



▲ PREMIOS



23° CONCURSO NACIONAL DE OBRAS DE TEATRO

**OBRAS BREVES. TEATRO ABIERTO
A NUEVAS MIRADAS**



**EDITORIAL
INTeatro**

TEATRO/23

Concurso Nacional de Obras de Teatro

Obras breves

Teatro Abierto
a nuevas miradas

PREMIOS

 EDITORIAL

23° Concurso Nacional de Obras de Teatro - Obras breves : teatro abierto a nuevas miradas / Prólogo Jurado de Selección ... [et al.] ; - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Inteatro, 2022.

426 p. ; 22 x 15 cm. - (Premios)

ISBN 978-987-3811-77-4

1. Teatro Argentino. I. Prólogo Jurado de Selección
CDD A862

Ejemplar de distribución gratuita

Prohibida su venta

Foto de tapa: Paula Salischiker

Consejo Editorial

Gustavo Uano

Gisela Ogás Puga

Nerina Dip

Carlos Pacheco

David Jacobs

Staff Editorial

Carlos Pacheco (Dirección editorial)

David Jacobs (Edición y coordinación)

Graciela Holfeltz (Producción)

Patricia Ianigro (Distribución)

Laura Legarreta (Asistente de edición)

Juan Ignacio Crespo (Asistente de edición)

Agustina Periale (Diseño de tapa)

Mariana Rovito (Diagramación)

Sofía Bontá (Corrección)

© Inteatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN 978-987-3811-77-4

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Reservados todos los derechos.

Impreso en Buenos Aires, abril de 2023

Edición a cargo de EUDEBA

Primera edición

PRÓLOGO

El jurado del concurso TEATRO ABIERTO a nuevas miradas quiere expresar:

Nuestra experiencia como jurado del Concurso Nacional de Obras de Teatro - Obras Breves: “Teatro Abierto a nuevas miradas”, fue muy gratificante. Marcó con claridad la geografía dramática prevalente en las seis regiones del país, donde circula una variedad de propuestas, desde aquellas que aceptan las convenciones escénicas más habituales hasta otras que proponen experiencias inéditas o muy poco transitadas. Algunas con más tradición teatral, otras con un sutil mestizaje, en donde lo teatral se mezcla con tradiciones y cosmovisiones regionales.

Fue una experiencia que nos llevó a encontrarnos con gran variedad de mundos imaginarios, pertenecientes a diferentes lugares del país, en el que conviven diferentes tipos de escritura.

Las obras elegidas contemplan propuestas estéticas y poéticas representativas de cada región, así como también, diversidad, nuevas temáticas con perspectiva de género, lenguajes y formas dramáticas disruptivas con las cuales se abordó el objetivo de este concurso, reflexionando sobre nuestra historia, la sociedad y el ser.

Teatro Abierto habitó una época oscura que no todos transitamos pero que sí está en nuestra memoria. Nos enseñó sobre la resistencia, sobre la militancia desde el escenario con un discurso coherente sobre nuestra identidad. A defender nuestros derechos desde la palabra, desde el decir. Nos enseñó la libertad.

Desde todas las regiones de nuestro país, se percibe la necesidad de visibilizar la problemática que nos atraviesa, anclada en nuestra historia.

Una memoria que nos hace reflexionar, que nos hace preguntar dónde estamos parados en nuestro presente, en nuestro territorio, el que habitamos, al que pertenecemos. Una geografía teatral que nos atraviesa. Desde el norte al sur, del oeste al este.

Hoy podemos decir, ficcionar, mostrar lo que sentimos, lo que creemos, lo que somos. Una nueva mirada sobre nuestra identidad, colectiva e individual.

Apostamos e incentivamos la formación en dramaturgia en todo el país, no para unificar en las tradiciones, sino para construir herramientas que puedan ayudar a expresarse.

Y creemos que la actual selección presenta un marco completo de nuestro teatro nacional, un beneficio de conocimiento tan amplio, y tan rico, que será de goce del futuro lector cuando las 24 obras sean editadas.

Roberto Perinelli, Susy Shock, Sandra Franzen, Lorena López, Gastón Krahulec.

REGIÓN CENTRO LITORAL

LO QUE PASA EN LA PIEL



Morgan Herbas Loureiro

Morgan Herbas Loureiro

Es escritor no binario, de nacionalidad boliviano-argentina. Nació en la ciudad de La Paz en 1996 y a los diecinueve años se trasladó a Argentina para ingresar en la Universidad Nacional de Córdoba, donde obtuvo la Licenciatura en Teatro. Ha desarrollado diferentes proyectos teatrales como director, actor y dramaturgo tanto en Bolivia como Argentina.

Actualmente realiza un Máster de Narrativa en la Escuela de Escritores de Madrid, donde continúa pensando formas posibles de narrar(se). Además, se encuentra realizando el montaje del presente texto *Lo que pasa en la piel* como performer. El estreno se realizó en París en el marco del Festival *Le miroir de l'autre*.

ADVERTENCIA

La mutación es contagiosa.

PROGRAMA DE MANO

Un fragmento de espejo envuelto en una página:

*cuánta distancia interna puede haber
sin que la piel se parta*

Florencia

Morgan

INVOLUCRADES EN EL ACONTECIMIENTO

YO

mutando

EL ESPACIO

siendo habitado

USTEDES

resonando

Prefacio

*Con la presencia primera
se rasga el espacio
y el espacio, siendo herido,
empieza a ser habitado*

*el cuerpo, espacio denso,
es atravesado por una fuerza
que entra a resquebrajar
la certeza de su trayecto*

nadie ni nada existe sin violencia

*una duda se inyecta en la médula
los fragmentos se dispersan*

y entre los vacíos que laten

las certezas mueren

*astillado, el espacio
acoge la pluralidad que llora*

I.

vomito flores

cada mañana que despierto
vomito flores bajo el mar

vomito flores

cada mañana, hasta vaciarme
flores marchitas
descoloridas
pero aún distinguibles
vomito flores bajo el mar

las flores

insisten en permanecer
insisten en desaparecer

vomito flores

vomito flores
hasta ahogarme

las flores imprecisas
ya no pueden ser nombradas
bajo el mar
entre flores deformes
una bestia me acecha

la bestia me rodea
mi cuerpo se impregna de arena
la arena se inserta en cada poro
en cada vacío de piel
mi piel se expande
como una flor deforme

la bestia me rodea
y hace una reverencia
ha dejado huevos
incubándose en mi pecho

II.

estoy de rodillas en el cemento del patio trasero
acaricio a la Tomasa, la perra de la casa,
Tomasita tiene algo atravesado en la garganta
tiene un hueso atravesado en la garganta, como yo
la perra tiene el hueso clavado en la carne, como yo
le sangra la garganta
a mí también me sangra
los gritos silenciosos se me han clavado en la carne
y desgarraron ya todo el interior

necesito sacarlos
necesito gritar
gritar tanto hasta que las cuerdas vocales revienten
gritar y ahogar el silencio
y capaz, con un poco de suerte,
mi voz cambie por accidente
así, en una noche de borrachera y gritos descontrolados
así, sin necesidad de inyecciones

el cemento está frío y la Tomasa se ha ido
alguien me ayuda a pararme
desde ahí puedo ver el mar azul
ahí donde todos los seres tienen algo roto

todos tenemos partes que no nos pertenecen
y que no nos animamos a subastar
pero ahí, en el mar azul, los miedos desaparecen
y los pedazos de carne se intercambian amorosamente
el lóbulo de la oreja, un pie, un ombligo, lunares a cambio de escamas, el dedo
índice, marcas de nacimiento, brazos, caparazones, una o dos tetas, dentaduras,
tentáculos, uñas, ventosas, lenguas, ojos, antenas, branquias, clítoris y aletas
sobre todo, aletas

los cuerpos se desarman y se ofrecen entre cantos
y así, entre cantos, se vuelven a inventar a deseo propio

a deseo propio

una lágrima me devuelve al patio trasero
caigo al piso

tengo el hueso atravesado en la garganta
una mirada aparece al lado mío
me agarra la cabeza
no logro distinguir nada más que esos ojos de bruja andina
me observan
como si yo me retorciera por una fuerza extraña que debe expulsar
pero no logra identificar nada
la mirada está asustada

el llanto está en todo el cuerpo
mi carne está en ebullición
se modifica
muta internamente
se retuerce
me estremece
tengo partes de cuerpo que no me pertenecen

¿qué significa ser hombre?
nada, no significa nada

una línea roza la paranoia
no aguanto más

quiero morirme
quiero morirme y renacer hombre

me voy
no te vas, yo te tengo

¿qué significa ser hombre?
significa ser vos
no

la rabia empieza a brotar

voy a morirme y renacer hombre
no te vas a morir
¿qué significa ser hombre?
no te vas a morir

lloro
llora
me abraza
voy a renacer hombre
se me acelera el corazón

voy a morirme y renacer hombre
mátame

no

¿qué significa ser hombre?

basta

mátame

no

los latidos me aturden
retumban
voy a explotar

EXPLOTA, EXPLOTA MIERDA ¡EXPLOTA DE UNA VEZ!

reviento

grito

golpeo el suelo

grito

me sacudo

suéltanme

reviento mi puño contra el cemento

apoyo la cabeza para tomar impulso y

alguien amortigua el golpe

el suelo se aleja

entre la neblina solo logro distinguir un par de brazos

me envuelven

me susurran cantos

estoy a salvo

no siento mi cuerpo

no necesito justificarlo

estoy a salvo

caigo en un hoyo profundo y negro
lleno de voces que gritan
el hoyo es infinito
las voces también

silencio

III.

*en el centro un abismo
al borde del abismo una ronda incompleta de animales salvajes
animales de pie
mirando al centro
animales sin cabeza
de pie
decapitados
el toro rojo sin cabeza aún conserva uno de los cuernos*

*el humano llega
se inserta en el espacio vacío del círculo incompleto
los animales lo miran
se desploman
los animales caen al abismo
el humano sale corriendo*

IV.

como cuando algo no encaja
como cuando no te sientes invitado a la fiesta
como un infiltrado
como si hubiera una constante sospecha de tu presencia
como si despertaras en un sueño ajeno

soy boliviano
sí, soy boliviano, carajo

ya sé que no lo parezco
no hace falta que me miren hueco
pero no me da la fucking gana de repetirles
una vez más, mi árbol genealógico

¿acaso es necesaria la explicación?
¿tengo que convencerlos de mi identidad?
¿quiénes son ustedes para exigirlo?
¿quiénes son ustedes?
¿quién soy yo?

tantos interrogatorios me han hecho dudar de mis respuestas
tanto repetirlas parezco una grabadora

s i e m p r e l a s m i s m a s p a l a b r a s
s i e m p r e l a s m i s m a s c a n c i o n e s
aprendí que quien dice la verdad siempre cambia un poco la historia
se acuerda de nuevos detalles y se olvida de otros tantos
en cambio, quien miente, nunca cambiará una sola palabra
porque la mentira se aprende de memoria

mi justificación
me la aprendí de memoria
soy un impostor

soy un boliviano que quisiera serlo
y al mismo tiempo no quiere porque ya lo es
soy hombre
mujer
y ninguno a la vez
soy un impostor
a donde voy y donde esté

soy un constante inmigrante
un exiliado de mi territorio
un desertor del género
un visitante en mi cuerpo

soy un extranjero decidido a peregrinar

adaptarse a las condiciones siempre

demostrar la identidad exigida

en cada frontera huidiza que deseo atravesar

para no perturbar

para no perturbar

impostando sonrisas con un nudo de nostalgia en la garganta

nostalgia de pertenencia a mí mismo

estoy en un no lugar

soy una no identidad

me siento vacío

mi vida se forma a partir de vaciamientos

de sentirme no parte de algo

elijo cada instante el vértigo del movimiento

y en cada minuto

me vuelvo a desconocer

V.

verificación de identidad

soy un desgraciado trans impostor

verificar y demostrar

uno o el otro

habla, muestra y demuestra

soy un error en el sistema

pruebas

¿se necesitan pruebas?

indicios en la infancia

debe encontrarse la causa que desató el trauma

la psicóloga escarba, agobia y aplasta con preguntas incoherentes e

impertinentes

mis padres, cómplices del sistema, atacan igualmente

sin infancia tormentosa

IMPOSTOR

para ser trans hay una edad

fuiste una gozosa niña princesa

¿y qué tiene que ver con el cuerpo que hoy decido habitar?

a la psicóloga no le hace sentido

insiste

hay un error en el sistema

cuestiona mi presente por un pasado ausente en la lógica trans

estoy tarde

se pasó el tiempo para metamorfosear

cada cambio será leído como enfermedad

deformidad

(escamas, aletas, cuernos, branquias, garras, tentáculos)

¿quién determinó el tiempo para mutar?

exijo hablar con el responsable

los detectives me persiguen, me acosan

trato de escapar dejando pistas falsas

invento infancias traumáticas

repito discursos escuchados

me atrapan

me interrogan

pruebas

se necesitan pruebas

les trans tienen la carne desgarrada

no hay sangre

IMPOSTOR

¿por qué necesitan sangre para confirmar?

¿por qué necesitan confirmar?

¿por qué necesitamos sangrar para existir?

no soy un hombre en un cuerpo de mujer

golpe

no nací mujer

no nací hombre golpe

verificación de identidad
pruebas

no tengo pruebas
soy carne mutante
incoherencia persistente

un error

un error que quieren eliminar
encontrar mi constante para encasillar
buscan el código con jeringas en mi cuerpo
¿qué cromosomas debo tener?
¿cuáles?
inventan mi trauma
inventan mi enfermedad
no tengo nada que demostrar

golpe

no tienen derecho a cuestionar
sus manos buscan pruebas
me agarran el sexo con violencia

vergüenza

me debería dar vergüenza no tener una pija entre las piernas
la anémona les quema la mano
sus caras se desencajan
el sistema colapsa y enfurece
no entienden nada
¿tener una pija te hace hombre?

golpe

¿qué es ser hombre?

golpe

sus miradas invaden
soy un error en el sistema que colapsa
no soy hombre ni mujer
soy un constante devenir
soy un entero que no pueden dividir
no encontrarán dos mitades en mí

la furia decide mutilar y curar
el bisturí busca la frontera de sus enciclopedias en mi cuerpo

no encuentra el límite para dividir
el bisturí transpira y tiembla
se pierde en la carne mutante
ya no puede identificar y catalogar
el bisturí, furioso, desgarrar en cualquier dirección

se logra oír una carcajada desde mis restos

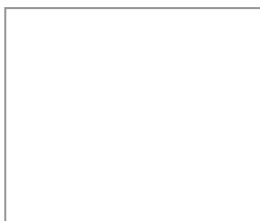
mi ser no termina
en los límites de mi piel

VI.

cada palabra
es un tropiezo
hacia su propia
trampa

camino por las calles con una mano colgando del cuello

cad
a
heri
da
es
un
esp
acio
abie
rto
a



cam
ino
por
las
call
es
con
prót
esis
en
la

la mano asesina se ha vuelto mi segunda piel

[illegible]

VII.

buenas noches
me presento
mi nombre es **Florencia** *Morgan*

desde que nací me vistieron de lenguajes ajenos
y ahora
frente a ustedes
me desvisto con mi propio lenguaje

cambiarse el nombre no es sencillo
hay lenguajes que se pegan en los órganos y en los huesos
y duele arrancárselos

uno no sabía que los llevaba tan adentro hasta que los saca
pero siempre quedan restos de los lenguajes ajenos
y el cuerpo duele demasiado
y sangra de tanto intentar borrar
que da miedo morir en el proceso

miro mi cuerpo
para descubrir esas ruinas
que han quedado impregnadas
el cuerpo no se resigna
resiste

hay quien devino en lobo
le crecieron garras, su piel se endureció, se volvió solitario
y la luna se convirtió en su obsesión
eligió en qué devenir
y robó moléculas

el cuerpo que yo deseo no existe
y me rehúso a elegir uno de catálogo

no entienden cuánto pueden llegar a modificar el cuerpo

el lenguaje
en todas las manos es tirano
y modifica constantemente
entonces uno se aísla
para que no lo modifiquen sin su consentimiento
pero la soledad también duele
en el cuerpo

entonces
hacer propios esos lenguajes ajenos
modificarlos
torcerlos
y hacerlos cuerpo deseado

estas no son tetas de hombre
estos son tentáculos
en su primera etapa de formación

este no es un clítoris enorme
es una anémona
iniciando su reproducción

esta no es una voz sospechosamente gruesa
es un canto acuático
en proceso de liberación

TERAPIA DE READECUACIÓN
DE SEXO MUJER A HOMBRE
instructivo para MUTAR

ANDROLONE
TESTOSTERONA 1%
Gel

o sobrecito de magia líquida

Fórmula

Cada sobre monodosis con 5g de gel contiene:

- Testosterona: 0,05g
- Alcohol etílico, miristato de isopropilo, carbomer 940, trietanolamina y agua desionizada 5g.

Uso del sobre monodosis

Abra el sobre monodosis y extraiga el contenido presionando desde el fondo hacia el extremo abierto, depositando el gel sobre la palma de la mano o sobre el área de aplicación. Aplique ANDROLONE sobre la piel de sus hombros o de la parte superior de su abdomen o de sus brazos. Esparza suavemente el gel sobre la piel hasta que no se observen restos del mismo. Permita que el gel se seque durante unos minutos antes de vestirse.

Precauciones y advertencias

~~Este tratamiento se le ha recetado a usted y no debe dárselo a otras personas, aunque tengan los~~

instructivo es de uso totalmente libre. haga mil copias y repártalo. regáleselo a quien lo necesite
~~mismos síntomas, ya que puede perjudicarles.~~

sobre todo si tiene sus mismos síntomas

Antes de comenzar el tratamiento su ~~déficit~~ de testosterona debe estar claramente demostrado

¿bajo qué medida?
mediante signos clínicos (regresión de las características masculinas, modificación de la constitución corporal, ~~debilidad o cansancio,~~

cansancio de esta fucking sociedad
~~incapacidad para tener/mantener una erección, etc.).~~

evidentemente ni el pene me encuentro

Antes de comenzar el tratamiento, su médico le realizará una

exploración completa ~~y se le realizarán~~ *y placentera*

y deberá realizarse exploraciones periódicas

~~revisiones periódicas durante el tratamiento. incluso diarias~~

que incluyan mimos y orgasmos para revisar sus deseos y asegurarse de seguir gozando

Su médico le indicará la cantidad de dosis de ANDROLONE a ~~aplicar.~~

y gozar diferente
aplicar la cantidad que el cuerpo precise y hacer una fiesta

Es conveniente evitar el contacto de la zona de aplicación con la piel

~~de otra persona, dado que en~~ *y traficar fluidos*

~~estas circunstancias puede haber transferencia del producto.~~

abrazar tocar besar

soy cuerpo

reflejo de un espejo disperso

cuerpo educado cuerpo moldeado cuerpo moderado reservado recatado normado

no mires tu cuerpo

límpialo, refriégalo, estríjalo

cuerpo clausurado cuerpo censurado cuerpo anulado cuerpo ignorado negado
olvidado

cuerpo vulnerado cuerpo maltratado cuerpo violentado sometido reprimido
forzado

cuerpo lugar de pecado

no lo conozcas

depílaló, mutilalo, despelléjalo, véndelo, entrégalo

cuerpo embutido inyectado impostado cuerpo tratando de ser objeto
cuerpo enjaulado juzgado mutilado manoseado abandonado asfixiado
putrefacto

cuerpo resentido violento moribundo

aprieto acá y aprieto allá, estiro, tapo, tuerzo, deformato,

abro, aprieto, aplico, deslizo,

me baño en testosterona,

acaricio,

bailo,

río

mira tu cuerpo

¿quién te lo fabrica?

¿desde cuándo compras tu cuerpo?

¿te lo inyectan sin tu consentimiento?

¿quién es tu dealer?

¿cuál es tu dosis?

mira tu cuerpo

y enfrenta la ficción inyectada

IX.

la primera persona a la que le confesé que ya no me sentía mujer
fue mi pareja de ese entonces

fue la primera persona a la que le dije
que decidía abandonar ese lugar nunca elegido y migrar
él fue el primero en abrazar la incertidumbre del movimiento
el primero en abrazarme
en celebrar el cambio
aunque implicaba dejarnos

también fue el primero en hacerse a un lado
y cuánto se lo agradezco

esa última noche nos fuimos a un bar
festejamos el carnaval de poder ser lo que se me cante el ojet
y brindamos
él lloró de impotencia
porque sus esquemas no le permitían quedarse a mi lado

pero mira de lo que me vengo a enterar
años después el también empezó a mutar
¡lo que se estaba perdiendo!

unas ganas de hacer fiesta con nuestros cuerpos desencajados
y dejar de lado ese sexo hetero
tan aburrido y abrumado por ideas y morales
que nos hizo tan mal
cómo me habría gustado acariciarle el ano
y animarnos a disfrutar ese goce sucio y amoroso

tal vez, la única vez que nos acercamos fue cuando perdió una apuesta
tuvo que usar mis tangas durante una semana
qué caras de placer ponía cuando sentía el hilito
cada vez más estancado entre sus nalgas
esos días los mimos fueron infinitos

a mí me solía dar vergüenza que la gente supiera cuando había cogido
me perseguía como un idiota paranoico

pero la última vez que viajé fue distinto

fue una despedida frenética
y en el aeropuerto lucí las ventosas en mi cuello
como perlas majestuosas

los chupones como un manifiesto tatuado
los cuerpos monstruosos desean
y son deseados

X.

esperar a que te llamen
esperar la consulta en la que no sabes qué consultar
pensar inocentemente que es una ironía
esperar a tener la consulta en medio de mujeres embarazadas
¿qué quieres lograr?
no sabes qué procedimientos seguir
rápidamente inventas una respuesta sólida
convinciente
las dudas solo pueden ser de orden práctico
pero esperas
esperas con tus dudas ocultas
esperas con tus deseos borrosos
esperas a que te llamen por la pantalla

mis manos transpiran
en esta sala mi exceso de estrógeno se hace más evidente
exudo estrógeno
miro la pantalla
¿qué nombre va a aparecer en la pantalla?
¿cuál?
no soy legal
a qué nombre
a qué nombre le recetarán el tratamiento
al que debe ser corregido
al que la ciencia cree que inventa
al que todavía no es

al que habita el lenguaje
al que habita entre
al que estoy tratando de deshabitar
¿a quién?

YO

yo quién

¿podré reconocerme en el nombre?
tal vez ya me llamaron
ya me llamaron y no me reconocí
y mi nombre ya desapareció
y mi turno ya pasó
y yo sigo esperando

no sé si me reconozco
decido no hacerlo

la espera se dilata
no saber mi nombre
ver un cuadro en blanco en la pantalla

es de noche
las mujeres embarazadas se han ido
solo quedan gemidos lejanos de bebés que nunca pariré
no han sabido mi nombre para pedirme que me vaya
el hospital ya cerró
he quedado adentro, atrapado
he cedido a sus reglas
firmar el contrato de los miedos
miedos por no saber
todas las posibilidades habilitadas
todas las enfermedades esperando entrar a tu cuerpo
todo por querer despertar este cuerpo deshabitado

ese vacío en la pantalla me representa

es de noche
sigo esperando a que me llamen

me paseo por los pasillos mal iluminados
el hospital no es aterrador
pero la piel se te desprende
y paseas a carne viva
y los gemidos que emergen del suelo te acarician
y los pasillos se multiplican
y las paredes se derriten (laten)
y las voces moribundas, prematuras y mutantes
entonan una melodía que ingresa por los poros de la piel
tus órganos vibran
y en cada vacío los silencios quedan tatuados
y cada silencio saturado de ecos
te acompaña
colgando del cuello

XI.

*las flores son hermafroditas
tienen ambos órganos reproductores
me dice mi mamá
después de volver de terapia*

*son hermafroditas
lo tendría que haber sabido antes
no te puedo llamar Morgan no me sale
tú eres Flor MI FLOR
pero cuando te digo Flor
ahora soy consciente de eso
estoy entendiéndote*

entonces es tu culpa
tú me diste el nombre

sus ojos se llenan de lágrimas
me arrepiento inmediatamente
pero qué bronca que me da

solo pido un nombre de diferencia

quiero abrazarla fuerte
pero con ella los abrazos no me salen

mi padre me susurra
paciencia hijo mío
y me enseña a abrazar de nuevo

XII.

ingreso a la crisálida
la que construimos
y ahí, acompañado
renazco

*los huevecillos han crecido entre las costillas
aún los lleva en el pecho
durante varios días
buscan abrirse espacio*

ni hombre ni mujer
renazco mutante
trans no binarie

*y los huesos ceden
se fracturan*

ensancho la piel
y habito la herida

*la piel se estira
se hincha y se parte
no sangra*

en la crisálida
tejemos cuerpos para respirar
y aprendemos a bailar
fracturamos los movimientos aprendidos
y parimos nuestros cuerpos

*aparecen branquias
la carne de su pecho danza*

*las tetas chorreando devienen tentáculos
y brotan escamas por todos lados*

con esta nueva voz
ya no hace falta gritar
*su voz retumba en un coro de canto mutante
los cuerpos se desarman y se ofrecen
y entre cantos
se vuelven a inventar
a deseo propio*

mírate al espejo
y habita ese nuevo cuerpo.

TRACCIÓN A SANGRE (DE CORDÓN)



Erica Fernanda Bortni

TRACCIÓN A SANGRE (DE CORDÓN)

Erica Fernanda Bortni

Nací en Córdoba en el año 1978.

Soy médica, especialista en reumatología, y mi currículum profesional en ese sentido es bastante más amplio que este. Acá puedo decir que hice talleres de narrativa con Luciano Lamberti, Elisa Gagliano y Flavio Lopresti; de dramaturgia con Maruja Bustamante y Ariel Dávila y clínica de obra con Ignacio Bartolone y Franco Rivero.

No tengo obra publicada hasta el momento, pero quizás un libro de cuentos termine de tomar forma en los próximos meses.

PERSONAJES

SOL: mujer joven, no pesa 50 kilos.

MADRE: elegante, con una bota ortopédica en la pierna derecha.

MARÍA: hermana de Sol.

Las tres tienen cordones que les salen de los ombligos y van hasta la cama.

Escenario:

Dos espacios que funcionan en paralelo.

1. Habitación. Alguien tapado hasta el cuello en una cama ortopédica. A los pies de la cama hay una X marcada en el piso. 24 cordones salen por debajo de las sábanas. Tres de ellos van a SOL, MARÍA y su MADRE; los demás se pierden por el escenario.

2. Sala de espera con sillas, contigua a la habitación.

SOL: —(Al lado de la cama.) Lo primero que me descoloca es que el médico me busca y empieza a darme el parte. Sí, a mí, que acabo de cumplir dieciocho hace un par de meses. En la habitación estamos todas porque la abuela es convocante hasta en ese estado. La vida de toda la familia gira alrededor de su eje desde que el mundo es mundo. Somos caballos de calesita pintados de gris, dándole vueltas. Somos el universo que ella fue capaz de parir; el árbol genealógico que le germinó y que sigue en el mismo frasco en el que puso los porotos y el papel secante.

“Circular de cordón” se llama en el embarazo cuando lo que tiene que nutrirte te ahorca, cuando el cordón está enroscado alrededor del cuello. Nosotros circulamos en su órbita y ella aprieta.

El médico está ahí parado. Me desconcierta que no le hable a mamá, o a las tías. Las ignora. Me mira y me habla a mí; que por su estado previo y por su edad no va a colaborar en un postquirúrgico —“colaborar” dice, como si fuera una colecta de Cáritas— así que no le parece prudente operarla. Me dice que la conducta va a tener que ser, necesariamente, “conservadora”. La abuela fue conservadora toda su vida, seguro estaría de acuerdo.

El tipo me mira, está esperando una respuesta. Me muero de ganas de preguntarle cuántos años tiene y a qué edad se recibió. Quiero decirle que se relaje, que no hace falta hablar difícil. Ese es un vicio que se te pega cuando cruzas la puerta de la morgue para cursar Anatomía, igual que la letra de mierda. A mí todavía no me pasó porque llevo apenas unos meses. Mi letra, hasta acá, sigue siendo tan redondita como yo.

A él la cara de adolescente no le ayuda, por eso se debe haber dejado el bigote. Pero es un bigote ridículo que da risa, alguno de sus amigos debería decírselo. ¿No tiene a nadie que lo quiera un poco? No se puede contar con gente que no te avisa cuando tenés un moco o una lechuga entre los dientes o un bigote tan lamentable.

Aunque hace calor mi abuela está tapada hasta el cuello, más pálida que nunca. Blanca verdosa está, casi fluorescente. Tendría que existir algún tipo de flujo inverso (*se toca el cordón*), que nosotros pudiéramos oxigenarla de alguna manera... Me desespera verla así. Nuestras vidas nunca son enteramente nuestras. Siempre algo nos tracciona y no nos deja avanzar, en un sentido o en otro.

En la cabecera hay un cuadro desteñado, con un paisaje del mar y unas gaviotas. Es una playa desierta y el mar está calmo; de tan descolorido da la impresión de que hubiera bruma. Me parece apropiado para la habitación, aunque un tanto fantasmagórico. El hospital debe estar lleno de fantasmas. Hace poco leí algo sobre los ‘miembros fantasmas’: cuando te amputan una parte del cuerpo y lo que te sacan te sigue doliendo. “Dolor de miembro fantasma” le dicen: duele la pierna amputada como si estuviera ahí. En mi familia pasa, nos duelen los que no están. La diferencia con el resto de las familias es que a nosotras nos duelen las ausencias de la abuela como si fueran nuestras: somos todas huérfanas. Somos todas viudas. Todas tenemos miembros fantasmas.

Acá nadie se mueve más que para asentir cuando el doctor habla. No sé cómo habrá hecho para callar a mamá. Me parece que una gaviota está a punto de abrir el pico, pero no.

Ellas me miran esperando que yo decida: que lo autorice a no operarla o que me haga responsable de las consecuencias. Y no tengo una propuesta superadora. Lo único que quiero con toda mi alma es poder retroceder el tiempo 24 horas: que la abuela no se me caiga.

Quiero que me trague la tierra. Desertar. Estar en la playa del cuadro y que la gente empiece a aplaudir, como cuando una criatura se pierde; total, ya tenemos el calor, el mar y la gente. Yo soy la criatura. Qué difícil va a ser subirme a los hombros de alguien.

MADRE y MARÍA paradas como en el programa de Feliz Domingo.

- MARÍA: —Sin repetir y sin soplar: un barquito cargado de... cosas que al romperse hagan CRAC.
- MADRE: —Las galletitas de agua.
- MARÍA: —¿Una gallina, cuando le rompen el cogote?
- MADRE: —Una cucaracha.
- MARÍA: —(*Piensa.*) Tus anteojos. Me senté encima.
- MADRE: —¿Te sentaste encima? ... Las cáscaras de nuez.
- MARÍA: —Mi corazón, cuando me dejan.
- MADRE: —Eso es una metáfora, el corazón no hace ruido.
- MARÍA: —Está bien, ¡el Perito Moreno cuando se raja!
- MADRE: —El taco de mis estiletos. ¡Ay!, ¡qué vergüenza!, ¡justo a la salida del restorán!
- MARÍA: —Las tostadas.
- MADRE: —¡No vale! Yo ya había dicho las galletitas. ¡Con vos no se puede, sos muy competitiva! Y no te calentés, Polvorita, que ahí está la señora haciéndote shhh.
- MARÍA: —La cadera de la abuela. No juego más.
- SOL: —(*Sigue en la habitación.*) Cualquiera que se haya cruzado con mamá en los pasillos sabe que la nena estudia Medicina. La nena soy yo. Así debe haberse enterado el mediquito, en los pasillos. No digo nada porque no puedo, no me salen las palabras. Y como el que calla otorga, él da por sentado que estamos de acuerdo, que yo soy su colega y que los dos nos manejamos en el mismo idioma: chino básico.

Me habla de una tracción. No atracción como le entendí al principio: trac-ción. Eso dice. Pero yo estoy en primer año de la facultad y no rendí ni una sola materia: es obvio que a él le falta ese dato y que a mí me faltan años luz. ¿Se supone que debería entender de qué me habla? Es una trampa, siempre el lenguaje es una trampa.

No me gusta estar acá, pero es imposible irse con la familia entera obstruyendo la puerta. Hasta las chicas del tío Ernesto vinieron (*Señala dos de los cordones en el piso.*) Pero el drama es mío y de nadie más. ¿Para qué se quedan? ¿No tienen otra cosa mejor que hacer? Quisiera teletransportarme. El médico me pide que lo asista y pienso en asistir como ir a algún lado, así que le contesto que sí, con mucho gusto, con tal de escaparme de la habitación. Pero en vez de decirme que salgamos, amablemente les pide a todas que se retiren. Buenos modales, eso sí, es impecable, un caballero hecho y derecho. Mamá seguro que se está haciendo pis. Nadie se opone, nadie levanta la mano para asegurar que yo no estoy en condiciones de opinar, de ser responsable y de decidir sobre la salud o la vida de alguien, si no sé ni hervir una papa.

Los odio por eso. Los voy a seguir odiando por eso toda la vida.

MARÍA lleva un carrito de curaciones a la habitación. Lo deja y vuelve a salir. La MADRE mientras tanto acomoda cordones en la sala de espera y enrosca algunos en los respaldos de las sillas.

Continúa SOL.

Hay algún movimiento alrededor de la cama que no alcanzo a registrar. Entran y salen enfermeras con medicación, una mesita de curaciones y una valija. Yo sigo atornillada al piso, en el lugar en el que el médico me marca para que me pare. Mi abuela, con la cadera rota, me dedica el esbozo de una sonrisa renga. No hay forma de que la enyesen, cualquier hijo de vecino sabe que la cadera no se enyesa. El médico se acerca y me dice que lo único que tengo que hacer es sostenerle fuerte el tobillo, que él va a colocarle una especie de clavo para que los huesos se le suelden solos, con el tiempo. Me pregunta si voy a poder. Fuerte, repite agarrándome el brazo.

Me hunde los dedos para mostrarme la presión necesaria y no me suelta hasta que yo le contesto que sí, que entiendo.

Pero me demoro a propósito.

Me encantaría que me muerda, no sé por qué pienso en eso ahora. Quisiera que me deje puesta la huella de su mordida para poder llevarlo conmigo en el cuerpo cuando todo esto termine. Se me ocurre que si lo araña voy a poder tenerlo también bajo las uñas, que van a encontrar ahí su ADN si me hacen una autopsia alguna vez. A mí lo único que se me junta bajo las uñas es tristeza, por eso es que necesito tenerlas tan cortitas.

Él se pone los guantes. Si se da cuenta de lo que me está pasando, lo disimula bien. Tiene desprendido el primer botón de la chaquetilla, así que cuando suspira y se le infla el pecho se le asoma una cruz. No me lo hacía creyente. Hasta donde alcanzo a ver es lampiño como un bebé. Se cubre con una bata celeste y una enfermera le ata un nudo por detrás y después le hace un moño. Qué detalle innecesario: ahora parece un regalo de cumpleaños. Para mí que lo hizo a propósito, para cagarse de risa. La miro con bronca, pero no me registra.

Abre la valija y yo hago lo posible por no mirar, no vaya a parecer morbosa o indiscreta, Dios no lo permita. Mi abuela tampoco espía, aunque daría lo mismo. Mira el techo mientras yo le acaricio el pie. Hace meses que no da señales de vida más allá de respirar. Modo ahorro de energía. Parece no sentir dolor, pero no hay forma de saberlo. Está adaptada; se aferra a un cuerpo que también la traiciona. Como yo.

Ramitas secas quebrándose: son los cracks de despedida. Me parece que quiere decir algo y tiene casi la misma imposibilidad que la gaviota del cuadro.

En la sala de espera.

MARÍA: —Yo la escuché gritar, acababa de poner los fideos en la olla. Sol se asustó con el CRAC, así dijo. Estaba en trance, desfigurada, ¡pobre hermana mía! A mí me tocaba bañar a la abuela, pero ella me la cambió por el almuerzo. Es malísima para hacer negocios. Yo acababa de partir los tallarines a la mitad. Mamá dice que

no está bien mutilarlos, que los fideos pierden la gracia, pero me molesta esperar a que se vayan resbalando en la olla.

La que se resbaló fue mi abuela. Y eso que a ella no la apuró nadie. Mi hermana no tuvo fuerza para sostenerla, aunque es robusta, gorda no, robusta. Pero la abuela es pesada. Lloraba la pobre. Mi hermana, digo; la abuela ya ni eso.

Sol quiere hacer todo sin ayuda, dice que puede. A mí me manda a cocinar porque para eso es inútil. No se da maña: ni un huevo duro te hace. Yo creo que le da miedo encender la hornalla. ¡Mirá la boludez! ¿Con qué coraje dice que va a ser médica? No sé. Es rara mi hermana. Parece que todo el tiempo estuviera buscando a alguien para salvar. Sale a la vereda y pregunta: ¿Usted es pobre, desvalido, desamparado? ¿Usted es vulnerable? Y ahí va ella, con sus curitas de Sara Key, en su auxilio, dios mío.

Apenas escuchó el ruido empezó a llamarnos a los gritos, pero mi abuela se le terminó de caer en la ducha antes de que llegáramos. Hay que agradecer que no se partió la cabeza contra el bidet.

Me oigo y parezco mi madre, qué horror... Mamá usa mi boca para hablar, pero yo la escupo a medio digerir cuando me doy cuenta. Hago: ¡Puaj! y sale un bodoque. O un insulto. Mi madre es tremendista: si alguien baja de peso, seguro que tiene cáncer; si vas a la farmacia, es para comprar la pastilla para abortar...

Fue raro, como si hubiésemos... Estábamos todos en casa, aunque ni los domingos comemos juntos últimamente. Cada uno hizo la parte que le tocaba: cuando arrancó el griterío, yo apagué el fuego.

MADRE: —(*La interrumpe.*) Mentira, al fuego lo apagué yo.

MARÍA: —¡No importa! Quiero decir que supe que no íbamos a almorzar. Llamé a la ambulancia.

MADRE: —¡Tampoco! Yo llamé a la ambulancia.

MARÍA: —Agarré el teléfono para llamar, pero me descompuse.

MADRE: —Robás protagonismo si lo contás así.

MARÍA: —Me da impresión la sangre.

MADRE: —No había sangre, María.

MARÍA: —Pero podría haber habido. Siempre me desmayo cuando hay un herido. ¿Te acordás en el casamiento de Aníbal y la Pomelo? Una de las sobrinas era epiléptica y con tantas luces le terminó dando

una convulsión. Cuando la vi pataleando y echando espuma por la boca, no pude evitar que se me bajara la presión. ¡Ni las manos puse! Caí redonda, cero reflejos, me reventé la cabeza contra el piso. Me contaron que el médico no sabía a quién atender primero. Por suerte estaba Sol, que tiene sangre fría en situaciones así. Tiene sangre fría en general, como los peces. Es coherente: si va a ser un pez me la imagino un bagre, un pez del fondo. No, no lo digo por los bigotes, lo digo porque no es de andar mostrándose a los saltos, ni remontando un río contra la corriente. Nunca vi a los peces sangrar. A Sol tampoco: ella llora, no sangra. Pero yo sí: me abrí un tajo en la pera. No quiero exagerar, pero por lo menos litro, litro y medio debo haber perdido. ¡Qué show inolvidable! Pensar que algunos contratan bailarines de salsa. Una convulsionando al medio de la pista y la otra con traumatismo de cráneo unos metros más allá. Y la mancha roja, caliente, viscosa, creciendo, inundándolo todo. Mi sangre. La mancha venenosa.

- MADRE: —Cambiás de tema para que no te diga que con vos no se puede contar. No estás nunca, y sos tan egoísta... No sé a quién saliste. Yo estoy todavía con la rehabilitación del tobillo ¡pero fui corriendo a ver a mamá!
- MARÍA: —Pero estabas más preocupada por taparla que por ayudar a levantarla del piso.
- MADRE: —¡Y qué querés, si mi madre estaba desnuda!
- MARÍA: —Mi hermana también estaba desnuda.
- MADRE: —No me quiero acordar, fue horrible.
- MARÍA: —¿Qué cosa fue horrible?
- MADRE: —Verla desnuda. ¡Y que tu padre la viera! Pasearse así; no entiendo qué les pasa. Se creen que conquistan derechos. Y la intimidad, ¿dónde queda?
- HERMANA: —¡Mamá! ¡No había ido a una marcha en tetas! ¡Estaba bañando a la abuela!
- MADRE: —Pero no le molestó que la viéramos todos.
- MARÍA: —¿Qué sabés?
- MADRE: —Yo le llevé una toalla y no se la puso.
- MARÍA: —¡La usó para tapar a la abuela que estaba tirada en el piso!
- MADRE: —Ver a una hija desnuda es horrible. ¡Pensá en tu papá! Todos creen que no le afectó. ¡Ojalá le hubiera hecho caso con lo del

geriátrico cuando me insistía para ahorrarle el disgusto! Pero no, no puedo hacerle eso a mi madre. Si tu hermana no es capaz de atenderla bien cuando le toque, voy a poner a una señora que la cuide. Tu hermana es pura voluntad, pero con la voluntad no hacemos nada.

MARÍA: —Es más cuerpo que voluntad, mamá. ¡Es mucho cuerpo! Por eso no te gusta, ni desnuda ni vestida, a vos que sos tan espléndida. Pero si vas a contratar a alguien, que de paso sepa cocinar, porque a mí ya me tienen harta.

Suena el teléfono de MARÍA. Atiende la llamada.

MARÍA: —Hola, China. Estoy bien, no te preocupes. Hoy no voy a entrenar porque tuve un desmayo, pero estoy bien, me tomé un café, quedate tranquila. Sí, ya sé que me impresiono fácil, no puedo con eso. ¿Cuando tenga hijos? ¡Qué pregunta de mierda! ¡No me hagás calentar!: no voy a tener hijos. No sé para qué te cuento, mirá. Igual, no piden certificados para ver si uno está apto, ¡a vos no te lo darían tampoco! Con nosotras se extinguiría la humanidad, cariño. Y no creo que eso sea tan malo. Sí, un beso.

SOL apoya el transductor de un ecógrafo sobre la panza de la abuela, por encima de las colchas, y se escuchan los latidos “fetales”.

MADRE: —*(También hablando por teléfono.)* Estamos todos bien; asustados, sí. A Miguel se lo escucha un poco acelerado, pero viste cómo es él. *(Va bajando el volumen de los latidos.)* Un santo Miguel, se portó de diez. No te quiero decir lo que tuvo que pasar, pobre hombre. Horrible es poco, algún día te voy a contar. La suegra tirada en el piso, ¡casi cien kilos! Y eso que bajó un montón estos últimos meses... La alzamos entre todos. Vinimos a la clínica atrás de la ambulancia. Yo no podía subir por el tobillo, te imaginás. Mi hija vino con ella. No, la que juega al fútbol no, la otra. Mi madre está bien, no la operan al final. No entendí qué le van a hacer, algo de la atracción. Sí. Bueno Mecha, pasamos el turno para mañana, perfecto. Ya sé

que ahora se usa dejarse las canas, pero paso. Glenn Close es una diosa, estamos de acuerdo ¡pero yo no soy Glenn Close! A mi hija le tendrías que cortar un poco uno de estos días. Sí, a la que juega al fútbol. Urgente, te diría yo: ¡tiene el pelo horrible! (*Le toca el pelo a la hija. Termina la llamada.*)

Chau, besitos.

MARÍA: —(*Mientras la madre la peina.*) No es que alguna vez quiera ser madre, no te ilusiones, no está en mis planes ni va a estarlo nunca, pero pienso nombres todo el tiempo. Qué nombre le pondría si fuera nena. Qué nombre le pondría si fuera varón. Es como una obsesión que tengo desde que me contaste lo del conjuro.

MADRE: —¿Qué conjuro, María?

MARÍA: —¡Vos me lo contaste, mamá! El que usaban no sé dónde para espantar a los malos espíritus cuando tenían un hijo.

MADRE: —...

MARÍA: —Que los padres nombraban a los hijos con una palabra que era lo opuesto a lo que les deseaban. Por eso les ponían Dolores o Martirio, porque les deseaban lo contrario.

A mí me llamaron María. ¿Cuál es el opuesto? ¿José? Bueno, no me quejo. Nombre de carpintero, de laburante. San Martín, Larralde...

Pero a ella (*Señala la habitación, la hermana está sentada en una silla al lado de la cama de la abuela, con los ojos cerrados y las manos con su cordón, como rezando el rosario.*), eso sí que no lo entiendo ¡le pusieron Sol! ¿No es macabro de tu parte? ¿Para qué nos contaste la historia? ¿Qué le deseaban, mamá? ¡Pobre chica! Todo lo que tiene de oscura lo tiene de obediente. El conjuro y la puta que lo parió.

MADRE: —Qué raro vos, tirándome mierda. Típico gesto tuyo: hacés leña del árbol caído. Querés oír cómo me rompo. ¡Justo ahora, que me pasa esto!

Da igual, más tarde o más temprano hasta el árbol mejor plantado termina siendo ceniza o mesita de luz.

Yo reconozco mis errores. Quise sembrarlas en macetas porque no les tenía fe, las veía con poco empuje. Después las fui podando a discreción, pero todos vivimos talando lo que se asoma por si nos hace sombra, reconoceme eso. No sé en qué pensaba, no me preguntes. Pero te puedo decir una cosa: las quería orquídeas, y

me salieron pencas. En biología no aprendí nada. ¡Ni leche tuve cuando ustedes nacieron! Soy mala con las cosas vivas.

MARÍA: —Mamá, ¡mucho cuidado con lo que vas a decir!

MADRE: —Por lo menos sos consecuente, es un mérito. Desde que aprendiste a caminar no hacés otra cosa que jugar al fútbol. Me rectifico: jugar al fútbol y discutir. Te pongo un tutor para que no te me tuerzas y nada: lo esquivás, lo rodeás, le hacés un amague, pero no pisás el palito. Cualquier cosa con tal de no ir por donde yo te señale. ¿A tu entrenador le hacés lo mismo? Capaz que sí, sos caprichosa... ¡Ojalá que tanta perseverancia te sirva de algo! Ser silvestre es mucho esfuerzo cuando naciste en invernadero. No venís del monte, my darling. No olés a tierra. Se te nota la cuna, aunque reniegues...

Capaz que la culpa sea mía, es obvio que tengo muy mala mano. Mi madre, en cambio —¡Dios me la proteja! (*Se persigna.*)—, tiene un don. Mano verde, decía ella que tenía. Llegaba a casa y revivían mis plantas moribundas. ¡Hasta ustedes florecían! Ella repartía todo el oxígeno con el que andaba, era muy generosa con el aire mi mamá. Con el aire y con todo...

Yo no supe qué hacer cuando se me fueron marchitando.

Las plantas.

Mi madre.

Mis chiquitas.

SOL: —(*Sigue sentada al lado de la cama.*) ¡Ojo mamá! ¡Te estoy oyendo desde acá! ¡Nosotras no nos marchitamos! ¿Qué decís? Cada vez que hablás así es como si nos rociaras con nafta, y estás jugando con fuego. Yo me evaporo, pero ella se enciende. ¡Y cómo! Si María hace otro de sus numeritos es porque acabás de darle el pie. ¡Ay, lo que patea mi hermanita! (*Se oyen los latidos fetales.*) Ahora en tu lugar, por prudencia, me alejaría.

SOL apoya las manos sobre la panza de la abuela, como acariciando y tranquilizando a un bebé. Mientras tanto MARÍA se levanta la remera: tiene explosivos.

MARÍA: —Polvorita, me dicen, burlándose. Pero el nombre de galletita me lo gané en buena ley. Me la paso explotando. Nuestra familia es transparente, a todos se nos ven los hilos. ¿Se nota que el mío es

una mecha? A ellas les cuesta manejarme, aunque todas seamos marionetas. *(La madre toma un cordón y empieza a curarle el empacho: extiende el antebrazo y hace la señal de la cruz hasta que llega a María.)* Estoy empachada de mierda. Que tu papá esto, que tu papá lo otro, que vos todo el día sin hacer nada, que podrías peinarte un poco y ¡boom! Polvorita, la niña bomba, revienta. Estoy en situación de estallido inminente. Aprendí a evitar fricciones y a no implosionar, pero me cansa vomitar lo podrido antes de que haga combustión. Gano tiempo soñando que soy una vaca que pasta, durmiendo o corriendo atrás de una pelota. ¡Es verdad que me circula pólvora en las venas! Porque a mí la abuela me nutre con otra cosa: por acá me manda su porquería. No es amable conmigo. ¿Generosa la abuela? Nadie la ve, pero no es amable. Ustedes no lo perciben, pero la mierda me la tira a mí, yo soy la cloaca de la familia. Y la mierda es inflamable, como yo, Polvorita. Las demás cavan un pozo en su cantero y esconden la cabeza. Llenas de pozos, están ellas. Después se pasan la vida buscando a alguien que se ocupe de rellenar los huecos que van dejando: empleados de bacheo, jardineros, psicoanalistas, hijos, médicos, maridos. Sepultureros. ¿En serio te preocupa mi pelo, mamá?

SOL sigue con su historia.

SOL: —Estoy sola con el médico en la habitación. Hay una enfermera invisible, en realidad, menudita, ahí al costado, que le alcanza las cosas. Él ni la mira; abre la valija y saca un taladro. Me quedo helada, mi familia no me va a creer cuando se los diga. ¡Resultado que ahora estoy con Jack el destripador! El tipo se acomoda y empieza a limpiarle la pierna con Mertiolate. Me va contando lo que hace como el relator de un partido: la va a tocar para el Diego, desinfecta el campo quirúrgico con un antiséptico, ahí la tiene Maradona, lo marcan dos, cubre con apósitos los lados del campo, pisa la pelota, infla ese pecho lampiño, arranca por la derecha y marca con una equis el punto de penal, agarra el taladro como si tuviera una ametralladora y apunta... ¡que empiecen a correr los que quieran salvarse! Eso no dice, obvio.

Intuyo que se avecina una carnicería. Él se pasa la lengua por los labios como si se relamiera; los tiene resecos. Yo tengo manteca de cacao en la cartera, lástima que no se la puedo ofrecer. Me dice algo de las várices de la abuela y me pregunta si afuera llueve. Deja el taladro sobre la mesita como si hubiera recordado algo de pronto. Llena una jeringa. Después de ponerle anestesia a la abuela mira el reloj.

El Cristo de la cruz que lleva al cuello se ve raro de cerca, parece que le hubieran cortado la cabeza. ¿La mayor de las correcciones para la demencia que va a venir? De tan amable me da terror. Estoy segura de que pronto va a perder la cabeza él también. Anestesia al reloj le tendría que haber puesto, para hacer que el tiempo me duela menos. Tracción y atracción. Es un buen momento para perder sensibilidad. Anestesíame, doctorcito... No me escucha.

De todas las veces que he fingido ser algo, esta es la más creíble. Es por falta de coraje, pero también por necesidad. Me convierto en su cómplice sin querer, después de un comentario banal de mi mamá, vaya uno a saber a quién.

¡Lo que hace el amor de madre! La perdono: mamá no podía saber que la historia iba a terminar así. (*Acaricia el taladro, lo acuna.*) Yo no soy mejor que ella, tampoco pienso en mi abuela. Quiero ver qué es lo que va a pasar. Necesito saber. Quiero descubrir al costo que sea, aunque el precio parezca excesivo.

Hay tensiones que tienen que resolverse para que una pueda seguir viviendo.

O para que no.

MADRE: —(*Molesta.*) ¡Andá!, ¡andá a entrenar si querés! Yo me quedo con la abuela. (*Sube la pierna sobre una silla, se saca la bota ortopédica y se la pone en la otra pierna.*)

¿Viste qué buen mozo el médico que le tocó a la abuela?

MARÍA: —...

MADRE: —¡No lo digo por vos! ¡Para tu hermana!

MARÍA: —No, no me gustó. Lo vi muy forzado, muy subido al pony.

MADRE: —Porque sos mala y no querés a nadie.

MARÍA: —A Sol sí que le va a gustar el pony. El pequeño pony.

MADRE: —¿Ves lo que te digo? Sos una víbora.

- MARÍA: —No, no es mala leche, es la verdad. Hace poco me dijo que había soñado que era una sirena.
- MADRE: —¿De ambulancia?
- MARÍA: —¿Te das cuenta quien es la víbora? No le digas que yo te conté, pero cuando está sola se pone a mirar dibujitos.
- MADRE: —¿Cómo que ve dibujitos?
- MARÍA: —My little pony. (*Lo pronuncia en inglés, exagerado.*)
- MADRE: —¿Es el de los ositos?
- MARÍA: —¡No, mamá! ¡El de los ponys!
- MADRE: —Me acuerdo, a vos te gustaba.
- MARÍA: —No, mamá.
- MADRE: —Sí, ¡lo veías!
- MARÍA: —Pero callate, ¿qué decís?
- MADRE: —Capaz que el argumento no era tan malo.
- MARÍA: —Son ponys que comen pastel y tiran rayos lasers de estrellitas. ¿Vos me ves? ¿Parezco una grupie de my little pony? (*Lo pronuncia exagerado.*)
- MADRE: —Claro, a la señorita no le interesan los dibujos animados ¿Qué te haces la superada? ¡Como si te la pasaras viendo documentales de History Channel!
No sé por qué sos tan mala. Dejala ser sirena si quiere, no le jode a nadie...
- MARÍA: —¡Pobre mi hermana! Las sirenas son tristes, no tienen ni culo para lucir. Pero a Sol no le da el target. De la cintura para abajo no tiene nada. Ni aleta ni concha marina. Nada de nada, nunca, jamás.
- MADRE: —¿Qué sabés?
- MARÍA: —Ay, mamá, ¡es mi hermana! ¿Vos la ves? (*Sol se pone a saltar la cuerda con uno de los cordones.*) Dánica dorada, Dánica dorada, era para untar, era para untar. (*Sigue saltando.*)
- MADRE: —Nadie dijo cuál era el género del canto hipnótico de la sirena. Es lo que hay. Por ahora, una sirena de fuentón. Dale tiempo. Ya va a aparecer algún marinero desprevenido; cuando la escuche se va a enamorar perdidamente de ella.
- MARÍA: —Y va a desear estrellarse contra el acantilado.
- MADRE: —Si me vuelvo a cruzar al doctorcito ese, le voy a decir que a Sol le encantan los caballos.

- MARÍA: —Los ponys.
- MADRE: —Son de la misma familia. Como nosotras. Andá a entrenar, andá. Si pasa algo yo te aviso.
- SOL: —Estoy petrificada. No, soy una estatua de cera que transpira y se derrite. El tipo acciona el taladro. No quiero mirarle la cara a la abuela porque voy a soltarle la pierna para ir a abrazarla y en el descuido él va a llenarla de agujeros. ¡Y también va a ser mi culpa!
- Sé que están pasando cosas, puedo sentir las, algo se me mete en el cuerpo. Lo primero que me aparece es el miedo. A esa sensación la conozco. Después el ruido lo tapa todo y vibramos los tres en una misma sintonía. Nunca pensé que una frase pudiera ser tan literal. El riesgo, si me muevo, no es hacerme visible o tropezarme: si me muevo vamos a perder el ritmo. Un, dos, tres, un, dos, tres, (*Se mueve.*)... Esto es nuevo, me gusta. Siento la fuerza que atraviesa los huesos de mi abuela y se transmite a los míos. El movimiento parte de él, se hunde y se abre paso a través de los obstáculos para llegar a alcanzarme. Él está abajo, arriba, en frente y dentro de mí. Es doloroso contraerme y convertirme yo misma en un calambre infinito para que siga tocándome. Con los ojos cerrados imagino astillas, esquirlas de hueso, alfileres que me dibujan en la carne un tatuaje. No escriben su nombre: graban el mío con letras mayúsculas. Se me agita el cuerpo, me falta el aire y no termino nunca de expandirme. Es una convulsión sin pérdida de conciencia. Una danza africana *inside*: mil mujeres bailando para mí, circulando por mis venas, invitándome al ritual. Es un golpe de corriente. Un orgasmo cruel. Un orgasmo al fin. La cama y mi abuela encima se sacuden como en un temblor focalizado, del cero al infinito en la escala de Richter. Él es el epicentro ¿cómo hago para poner a mi abuela a salvo y volver a dejarme destrozar por su furia? El mundo gira a la potencia del taladro. Todo se reduce a un punto sobre la superficie de la Tierra. No hay vida en los contornos ni la va a haber después. Aplaudiría si pudiera.
- No quiero que se termine el placer. Espero nuevas oleadas por si hay réplicas del terremoto. Que no vuelva la cordura. Cada vez que la tierra tiemble yo voy a soñar que estoy bailando con él.

Contengo la respiración esos... ¿Cuántos fueron? ¿Quince minutos? Después salgo a la superficie. Algo me transforma. Del fondo del silencio brota el color azul del mar y bajo la vista del cuadrito para mirar a mi abuela. Me da vergüenza estar sonriendo como una idiota.

Quedamos atravesadas las dos. Ella por un fierrito en el fémur y yo por una angustia rara, por si no vuelvo a sentirme así jamás.

Hay una unión. Lo que nos traspasa nos fusiona para siempre.

Mi abuela vuelve en pesadillas porque la llamo, porque todavía no termino de pedirle disculpas. Ella se ha convertido en la punta de un taladro y me persigue hasta que grito como debería haber gritado antes. Entonces frena y me contesta desde el fondo del túnel en el que estamos, el túnel que abrimos en sus huesos. Hace un eco que se repite y nos vuelve a sacudir a las dos. Y llora, ahora que puede. ¡Desgraciada!, me dice. ¡Atorranta! ¡Desagradecida! ¡Malparida!

Y llora, pobre abuela mía.

¿Será cierto que me parieron mal? ¿Que no terminé de nacer, que una parte de mí no nació conmigo?

Yo le agradezco, le agradezco infinitamente. Mi abuela es lo mejor que pudo haberme pasado. Es la oportunidad que tengo de marcar un antes y un después.

¡Salvame! me pide. ¡Salvame! le pido yo, como una virgen asomada al cráter del volcán, ofrecida en sacrificio. La herida que le hacemos supura lava. Y ardemos.

Oigo otra vez el ruido a ramita seca y me acuerdo: le hice daño, la dejé caer, fui culpable de que se quebrara. Pero no es eso por lo que vuelve. Vuelve porque no me perdona que siga extrañando el temblor que me estremeció en lugar de extrañarla a ella, a su abrazo, a su arroz con leche, a la trenza que me hacía en el pelo. A esa forma rara que tenía de ofrecer amor.

Estoy seca. Muerta. Como mi abuela, como mi madre, como una ramita. ¡Pero cada tanto crepito! Y qué lindo el fuego que soy capaz de encender.

Que piensen de mí lo que quieran, a esta altura, me da igual.
El deseo se cumplió. (*Tiene el cordón en la mano.*) Voy a reivindicar siempre esto que soy, si es que ser algo es algo. Diferente, sumisa, pacata, amorosa, rancia, valiente, aniñada, torpe, deseante. O, todo lo contrario. (*Comienza a enroscarse el cordón en el cuello.*)
El deseo se cumplió, sí. Excepto que desear sea otra cosa.

FIN

17 SEGUNDOS



Emilio Firpo

*Para mis abuelos Pocho y Héctor,
que me contaban
historias de Firpo.*

17 SEGUNDOS

Emilio Firpo

Actor, director y maestro de teatro. Se inició en dramaturgia escribiendo su ópera prima: *17 segundos*, que será estrenada el año próximo. Se formó en actuación y dirección en el Centro Cultural Arte y Vida de Martín Coronado, Buenos Aires. Hizo la Escuela Argentina de Mimo de Ángel Elizondo y formó parte de la Compañía Argentina de Mimo, actuando en *La Clase de Cant.* Tomó clases con Pompeyo Audivert, Mosquito Sansineto y otros maestros del under. Fundó Marchanta Teatro Independiente en el valle de Calamuchita y se especializó en la dirección de varias obras con la compañía. Sus últimos estrenos son *Freak show* y *Media pueblo* de Martín Giner, *Miramar de Ansenúza* de Sonia Daniel, *Ella amasa* de Judit Gutiérrez y *Los pocillos*, cuento de Mario Benedetti, donde realizó la adaptación y dirección.

La obra transcurre en la pelea por el título mundial de los pesos pesados entre Luis Ángel Firpo, de 28 años, primer argentino en pelear por un título mundial, y Jack Dempsey, campeón del momento. Es el 14 de febrero de 1923 en Nueva York.

Y en el velorio de su primo Luis, varios años más tarde.

El argentino es campeón sudamericano y ostenta un récord de 40 peleas, de las que ganó 33.

Ring de boxeo. Firpo está parado en el medio, con un guante a la altura de la cara. Lleva pantalón de box, botas y guantes de la época. Sesea un poco al hablar.

FIRPO: –Todavía tengo la sensación en la mano. Los nudillos se me machucaron cuando lo calcé en la sien. *(Repite el golpe en el aire.)*
Le metí dos firpasos bien dados. El primero fue más fuerte, con el segundo lo mandé afuera. Quedó echado sobre la mesa de los periodistas, panza al cielo, con las patas enredadas en la segunda cuerda. Grogui.
Polo Grounds de Nueva York.
80.000 tipos.
Silencio de tumba.
Dempsey está para dormir un rato. Como esos chorros que me quisieron robar la recaudación de la fábrica de ladrillos de Don Félix. ¿Te acordás? Se me vinieron los tres y me encararon. Fue todo tan rápido que ni se cómo, pero dos quedaron dormidos en el suelo mientras el otro salió corriendo como si hubiera visto un fantasma. ¡Don Félix estaba chocho! Ahí me propuso empezar el entrenamiento. Apadrinarme digamos. Él era de mi misma edad pero siempre nos tratamos con mucho respeto. Yo, Don Félix y él, Firpo.
Me invitó a su casa de la Avenida Alvear, donde funcionaba el Buenos Aires Boxing Club. ¿No viniste nunca vos? Habían improvisado un gimnasio en las caballerizas, un ring hecho con unas cuerdas que se ponían y sacaban. Los adoquines del piso se te clavaban cuando caías. *(Acercándose a donde está Dempsey y dirigiéndose a él.)* Algo así como la máquina de escribir que se clavó el campeón al caerse. Mirá, hasta se hizo un tajo.

Vuelve al centro, recordando.

¡Don Félix Bunge! ¡Un señor! Un tipo muy honorable. Hacía un culto de su honor. Se batió varias veces a duelo inclusive. Y hasta prestaba su casa para esas cosas. Se decía que ahí se agarraron Lisandro De La Torre e Hipólito Yrigoyen, por eso Don Lisandro usaba barba, porque Yrigoyen le metió un sablazo que lo dejó marcado.

De su vida privada no se sabía nada. De Don Félix, digo. Se chismoseaba que era hijo natural. En algún momento su padre lo llamó y se puso a administrar los campos y la fábrica de ladrillos. Salió bueno para los negocios. Yo aprendí mucho de él. Siempre le voy a estar agradecido.

Decían que era Radical, pero más adelante no fue más. Una vuelta me pidió que le diera una mano. Era la época en que la Liga Patriótica, de la que él era miembro importante, salía a fajar judíos y sindicalistas. Hasta me ofrecieron un arma, pero yo no hago esas cosas. A puño limpio sí, vos sabés. Fui una o dos veces. No sé ni qué se estaba discutiendo. A mí no me gusta eso de andar pegando fuera del ring. Menos por política.

Tuvo varios problemas con sus amigos... especiales, digamos. Si, era un poco manfloro. Cuando lo conociste lo primero que me dijiste fue: Este te quiere franelear. ¡Imaginate! ¡A mí!

Él tenía sus cosas por su cuenta. Una vez un fulano le pegó un tiro en su propia casa. Bueno y otro lo mató en un tren. Fue en el 35. “Confuso episodio” titularon los diarios. Pobre Don Félix. En su valija encontraron el libro sobre mi carrera. Se ve que fui importante para él.

Él también lo fue para mí.

Para salir de la emoción, vuelve a mirar para donde está DEMPSEY.

(Burlón.) Mirá che, como cachetean al campeón. Quién te viera y quién te ve. El Gran Jack fajado por el Torito de las Pampas. Sería tu primera derrota. ¡Y por knockout! *(Se ríe.)*

(Vuelve al centro.) ¡Hace un ratito, acá mismo, fue la primera vez que tocó la lona en toda su carrera profesional! Me quiso meter un directo, pifió y aproveché para meterle uno en la sien que lo dejó viendo estrellitas. Cuando se levantó le vi en la jeta la

sorpresa. (*Sonríe.*) ¡El “ohhh” del estadio se debe haber escuchado hasta Buenos Aires!

Un par de buenas manos ya me metió. Y claro, como dicen, él es un boxeador de estilo. ¡Parece una bailarina! Yo soy más bestia. The “Wild Bull of the Pampas”. A algún periodista gringo se le ocurrió el apodo. Dicen que en “las pampas”, una vuelta dormí a un toro de un ñoqui. (*Se ríe.*) ¡Cómo les gusta el circo!

Mirá ese periodista, Jack Laurence, cómo le clava la estilográfica en el brazo al bello durmiente. Parece que son amigos con Jack. Le habla al oído como novio nuevo. (*Ríe.*) Se está pasando con los mimos. Pero parece que el referí no se dio cuenta. ¡Fijate cómo se hace el otario! ¡Dale! ¡Subilo que te lo vuelvo a bajar! Estos yanquis son flojitos.

Yo estoy más acostumbrado a caerme. Trato de levantarme rápido. Siempre dije que para ser boxeador, hay que ser pobre. Negro, bah. Aunque tengas la piel de papa, para ellos sos negro. Somos como de otra clase. El hambre te hace mejor. Cuando peleas por el plato lleno, te va la tripa en cada guante. Te caés, pero la seguís.

¡Y mirá lo que me vengo a acordar ahora! ¿Te acordás de mi primera pelea? Fue hace mucho ya. Todavía andábamos en yunta nosotros. ¿No?

Fue en diciembre del 17. Le pedí a Don Félix si podía organizarme alguna por unos pesos. Siempre garroneando el mango yo. Bue, en esa época al menos. ¿Será de ahí que me viene lo de agarrado? A Don Félix no le gustó mucho la idea, decía que me faltaba, pero lo terminé convenciendo. Franck Hagney, El rey de los canguros. Un australiano. Una exhibición en el Internacional. A 5 rounds. Se supone que en una exhibición no se pega en serio, pero este cangurito me empezó a dar con el jab. Sus compatriotas le festejaban de lo lindo. Se fue entusiasmando. Encima pesaba 20 kilos menos que yo. (*Hace la mímica de la pelea mientras la relata.*) Entraba y salía. Me hacía parecer una momia. En un momento se cebó y me metió un gancho bastante fuerte. Entonces me dejé de andar marcando golpecitos y le encajé un uppercut y a la lona. A mí me dio calor, porque no era lo acordado. Así que voy y lo ayudo a levantarse, y podés creer que

el muy cocorito aprovechó para meterme flor de derecho. ¡Para qué! Me volví loco. Lo volví a tirar.

Terminaron suspendiendo todo.

Cuando me bajé, se me acerca un señor y me dice: “Usted tiene que pelear en serio. Le doy mil pesos por pelear con el uruguayo Rodríguez”. ¡Pua! ¡Mil pesos! Yo por esa exhibición cobré 100. ¡Imaginate! ¡Acepté en el momento! ¡Cuando se enteró Don Félix me quería matar! Que Angelito Rodríguez me iba a fajar. Que era mucho más boxeador. Que si yo le pedía, él deshacía el arreglo y esperábamos un poco más para estar mejor preparados. Lo agarré y le dije: “Don Félix, he dado mi palabra de honor”. Ahí aflojé, *(Sonríe.)* por su temita con el honor. ¡Ma, qué honor! ¡A mí me interesaban los mil pesos!

Angelito Rodríguez tenía mucha más experiencia que yo. ¡Seis años invicto peleando como profesional! Yo ni una pelea en serio tenía. Cuestión, que en el primer round, suena la campana de inicio y lo veo bien paradito, prolijito, guardia bien cerrada. Una postal el tipo. ¡Qué linda parada! De golpe saca un derecho directo y chau. Se me apagó la luz. No lo vi venir. Knockout en el primero. Una vergüenza. Ni una mano pude sacar.

Tardé como un mes en volver al gimnasio. Y volví con la cola entre las patas. Don Félix no me hizo ningún comentario. *(Avergonzado.)* Los muchachos sí. Me comí varias gastadas. “Qué pasó Luisito, ni tiempo de saludar al campeón y te fuiste a la lona”, me dijo el changuito Cardenal. “Qué debut pibe, Angelito ni transpiró”. “¡Está bien Firpo que hay que arrancar desde abajo, pero no tanto!”. Siempre se hacían jodas en el club. Pero conmigo se ensañaron. Incluso el negro Arce con el gaucho hicieron la mímica de mi pelea, haciéndome ver como una bolsa de papas. Me dio bronca pero las cosas son así. Unos días después en un entrenamiento le emboqué un lindo directo al Arce ese y lo dejé tecleando. *(Ríe.)* Seguí entrenando. A los negros no nos frena una paliza, nos da más hambre.

Vuelve a mirar para donde está DEMPSEY y luego a su esquina.

¿Estos puntos no van a decir nada? ¿Son mis segundos o los de él?
¿Qué espera para empezar la cuenta este perejil?

Hace un gesto de desprecio y vuelve a recordar.

Después de eso vinieron varias peleas. Todas por guita. Una vuelta en Chile, gané y el patrocinador me dio a elegir pagarme en sonante o con porotos. Porotos de esos de guiso, que producía él. Lo calculé y agarré los porotos. Me salió bien la cuenta, en Buenos Aires los vendí al triple de lo que hubiese ganado con la guita en mano.

Tuve suerte con la biyuya. Siempre fui mi propio mánager. Si las piñas las recibo yo, la plata es para mí. Y toda la que entra, se invierte. Bueno, casi toda. Una parte se gasta en las noches de parranda. Una de esas noches lo conocí al Zorzal. *(Imita la parada de Gardel, ríe.)* Qué tipo pintón Gardel. ¡Y cómo le gustaba la farra! Nos hicimos muy amigos. Aparecía de golpe por el Boxing y me decía: “Firpo, vamos a entrenar un poquito”. Y salíamos a correr o tirábamos unos guantes. Suavecito, ¡mirá si lo llego a marcar al mudo! ¡Imaginate! ¡Gran quilombo, gran! Bueno, también salíamos bastante con el morocho del Abasto. ¡Le gustaban las minas más que el tango! Y yo le seguía el tren. Una vuelta estábamos en un cabaret del centro y Carlitos se empezó a chamuyar a una percanta. Él no necesitaba mucho chamuyo. ¡Era Gardel! Las minas se derretían apenas las miraba. Qué habilidad el tipo, che. Yo tenía lo mío, pero las minas no miran tanto box, así que me tenía que presentar y toda la perorata, y ahí sí entraba. Cuestión que estaban ahí con la paiquita esta y viene un punto y le empieza a decir de todo. Yo estaba medio mamado, así que estuve lento para reaccionar. Además estaba con una minita hermosa y no la quería dejar. El punto empezó a los gritos. Me llamó la atención que no vinieran los gorilas a sacarlo de las orejas. Cuando me quise meter el tipo tenía un revólver y le mete un tiro a Carlitos. ¡en el culo! *(Se ríe.)* ¡El morocho del abasto con el culo agujereado! Por suerte no fue grave. Le sacaron la bala en una clínica bien discretita y sus colaboradores se encargaron de que no se hiciera público.

Imaginate los diarios. “Gardel internado por trifulca en un puterío”.
Qué Carlitos este, meterse con la jermu del dueño del cabarute.
Estaba por venir a verme. ¿Andará por ahí?
Vino a varias de mis peleas y después nos íbamos de fiesta. *(Ríe.)*

Mira para donde está el público.

Qué lindo es el tango. Y si lo canta él, ¡más!
El tango siempre acompañó al boxeo. Varias letras hablan de peleas. Algunas me dedicaron a mí. Ser boxeador es ser compadrito, como dice el tango ese. Burlón, también, un poco; es parte del circo. Burlón y compadrito. ¿Vos me ves así primo?

Canturrea.

Amainaron guapos junto a tus ochavas
Cuando un cajetilla los calzó de cross
Y te dieron lustre las patotas bravas
Allá por el año 902.
Hablando de tango, nosotros tenemos al primo letrista, “don” Roberto, que no me da mucha pelota. Se cree un Bunge pero no le da la nafta. Debe ser porque se siente de la alta sociedad. Si, ya sé que no te caía bien. Nosotros somos negros. Bue, capaz que vos pensás lo mismo de mí. Yo te quise mucho primito. A Roberto no. Una vuelta lo traté de aconsejar cuando compró las primeras vaquitas. Solo a él se le ocurre ponerlas en una isla del delta. Se vino la creciente y chau vacas. Pobre Roberto. Ahí anda, componiendo y tocando para vivir. Me gustan sus tangos. Pobre Roberto.

Mirando al referí, que no inicia la cuenta.

Este está entongado. ¿Cómo puede ser que no empiece a contar?
Y estos gatos levantando al campeón. Ese Laurence debe ser amigo del campeón. ¡Mirá cómo lo charla! ¿Está pesado el tomuer?

Bue, nos da tiempo para seguir charlando, primo.

En la gira previa a esta pelea casi liquido a uno. Que julepe.

Primer round, el tipo era nuevito, no tenía oficio. Me entró a buscar. Quería hacerse ver. Lo medí y le di un firpaso directo.

Knockout. Cayó desmayado. Se lo llevaron en ambulancia. 24 horas dormido. El cana del pueblo me dijo que si la quedaba me acusaban de asesinato. Qué cagaso. Por la pelea, por el título y por el perejil. Un tipo de pueblo que está arrancando. Imaginate si lo dejo seco. Me acordaba del knockout con Rodríguez. ¿Mirá si me caía mal y la quedaba ahí? Nadie la tiene comprada. La vida digo. Una ñapi mal recibida y chau pinela. Son los gajes, ¿no? A Blanquita siempre le da miedo que me pase algo.

Ella es una mina linda. ¿No la conociste vos, no? Una pena, Luisito. Linda de veras. Nos conocimos cuando estaba tomando clases de inglés y francés en la academia de los padres. Ella me daba francés. Tu me plais, je t'aime du toutmoncœur. Le espeté en una clase. Se puso roja como un tomate. *(Ríe.)*

Yo cada día le pedía más clases. Hasta que la vieja se avivó y empezó a dármeles ella. Ahí tuve que deschavarme y pedirle que me deje visitar a Blanquita. Y al final me dejó. Ninguna logi la vieja, vio que era buen partido. Siempre con cuidado. Al principio ella salía a caminar con nosotros. Iba unos pasos atrás, de chaperona. Cuando quería agarrarle la mano se escuchaba el “Chtss” de la lechuza. Después fue aflojando.

No nos casamos. No soy de esas ideas. Pero es mi mujer. Ella no quiere pibes, así que somos los dos. Me cuida mucho. Se banca mis noches de juerga. Y en cambio yo la tengo como una reinita. Nos hacemos compañía y nos gusta mucho salir a las fiestas y esas cosas. En realidad más a ella que a mí. Yo soy de salir con los muchachos.

¡Una vuelta me armó un escándalo! Yo había ido al Abasto, a cenar en lo de Sanguinetti, Chanta Cuatro se llama el boliche. ¡La mejor sopa de cebolla del mundo! La cosa es que estábamos con los muchachos cenando ahí. Esa noche estaban Gardel, Manzi, Discépolo, Troilo, Castillo y unos cuantos más. ¡Qué yunta! La junaban bien la del tango esos. Siempre íbamos a comer y jugar a las bochas. Esa vez nos sacaron una foto y al

día siguiente sale en La Prensa. A ella no le gustaba el ambiente del tango. No era ninguna gila. Sabía que se mezcla mucho con las minas mal y el frappe, más otras cositas que corrían en esas noches. Esa vez casi se manda a mudar. Pero la llevé a comer a un boliche pituco y le doré la pildora. Y terminó aflojando. Ella sabe que es mi esposa. Aunque no lo digan los pelpas. Ahora ya no se enoja por mis salidas. A veces vamos a verlo cantar al mudo. Eso sí, le encanta.

Yo tengo mis mañas. Siempre me gustó la farra. Y tener biyuya en el talero te da piola. Salgo bastante con los muchachos. ¡Hasta me compré un cabaret en New York! Bah, soy socio. Somos tres. Yo solo puse guita y hago visitas de dueño, cada tanto. Aunque estoy pensando en venderle mi parte al tano Napolitan. Yo no lo conozco, lo trajo Macaco Alzaga Unzué, él es mi socio en varios negocios. Me acompaña siempre en los viajes también. Le confío bastante al Macaco.

El punto este, Ricky Napolitan, que trajo para el cabarulo me parece que está relacionado con la mafia. Y yo, después de “La del siglo”, no quiero saber nada con esa gente. Sacan rodajas de todos lados. Y si no te gusta te mandan a dormir con los pescados. Yo no les tengo miedo, pero no quiero andar con bolonquis. Por eso me quiero pirar del negocio. Mi amigo tiene esas yuntas medio turbias.

Me encanta llegar y ser el dueño del cabarute. Dejo el auto en la entrada, me bajo con mi sobretodo largo bien cerradito. El portero me abre la puerta y entro. Siempre está lleno de gente y me saludan todos. Voy caminando despacito, repartiendo sonrisas hasta mi mesita, en el centro del salón, al fondo. Me gusta ahí porque puedo ver todo lo que pasa. Cada vez invito a una de las chicas a tomar un traguito conmigo. Así no se pelean. Pero con ellas no pasa de ahí. Soy el dueño, no me puedo meter en bolonquis.

Ay primito, si supieras todas las cosas que me tocó vivir. ¡Y todas las que me hubiera gustado hacer con vos!

Reflexiona un momento mirando al lado contrario al que está DEMPSEY y vuelve hacia donde está, se pone en el lugar donde estaba y recrea sus golpes desde el punto de vista de

*DEPMSEX, hasta que cae fuera del ring con las piernas enganchadas en la cuerda.
Desde el piso.*

Debe haber sido fulero. ¿No, Jack? Se ve distinto desde acá campeón. No conocías el sopi vos. A veces te sorprende el que menos esperas, ¿no? (*Mientras se va levantando despacio.*)
Difícil debe ser. Digo, que te vean estos ochenta mil caer así.
Al gran campeón. El tipo ese, el Toro, por el que no dabas dos mangos, ahí paradito. Mirándote desde arriba y vos entre las sogas, enredado como un pescado en la red. Qué vergüenza, ¿no?
El árbitro con esa cara de susto mirando pegadito a las cuerdas como un niño mirando el mar por primera vez. Ese negro de las pampas te volteó, Jack. ¿Mirá si te saca el título? ¡Qué julepe campeón! Pero no te preocupes, no va a pasar nada.

Vuelve al centro.

¿Querés que te cuente un secreto, primo? (*Se saca los guantes y va al lado donde está el primo.*)

Esta pelea no la podía ganar yo. O sea, sí podía, mirá al tipo ahí tirado. Pero no me iban a dejar.
Unos días antes de la fecha, vinieron a verme unos fulanos. Yo no los junaba, pero me los trajo uno de los organizadores de la pelea. Vinieron al hotel y me dijeron: “Firpo, usted va a ganar la pelea, pero tenemos que arreglar lo de la bolsa”. “¿Arreglar qué?”, les dije yo. Me explicaron que en estos casos se estilaba “donar” un porcentaje a las casas de apuestas. ¡Me pidieron la mitad! Y a cambio me daban un porcentaje de las apuestas a mí favor.
Los saqué carpiendo.
Yo peleo y si gano la bolsa es mía, porque me la gané. Si las piñas las recibo yo, la plata es mía.
Ahí se puso un poco pesada la mano. Al día siguiente empezaron las llamadas. “Le vamos a quemar todo a tu familia allá en las pampas”, “te vamos a matar, torito” y cosas así. Yo no me asusté. Anoche, antes de la pelea, me quisieron incendiar la habitación. Tiraron nafta por debajo de la puerta y le prendieron fuego. No pasó nada grave, enseguida lo apagaron los del hotel.

Ahí entendí que estos eran pesados. Y ahora veo que no me la van a dejar ganar.

Vuelve a dónde está DEMPSEY.

Mirá cómo lo levantan y lo meten en el ring. El referí ni cuenta. Bah, empezó tarde, cuando vio que el tipo reaccionaba. Le contó 7, en 17 segundos. Lento para los números, el punto. A la semana lo suspendieron del referato. Pero la pelea quedó como estaba.

Cuando se levantó, Jack estaba mareado. Traté de liquidarlo, pero se me terminó el round. Y en el segundo, ya más despierto me empezó a fajar. Y a mí ya no me importaba. Estaba clarito que la tenía que perder. Así que cuando me calzó esa mano, que sentí como un ladrillazo de la fábrica de Don Félix, me quedé acostadito. Ya está. Tendré revancha, pensé. Knockout en el segundo con el campeón mundial, no está tan mal.

No me mal entiendas, primo, a mí no me jodió haberla perdido. Me jodió darme cuenta que yo también tenía principios y esta vez me habían hecho perder el título.

Sabés Luis que después de la pelea a mí me llevaron a comer a un restaurante Argentó, allá en la City y este se fue a guardar en su casa. ¡Todo al vesre! ¡Parecía como que gané yo! Estaba lleno de argentinos y uruguayos. ¡El dueño preparó un asado bien Nacional! Y comimos como chanchos. Yo no entendía nada. ¡Había perdido pero estaba de festejo!

Encima, al otro día, tempranito, me junté con los de Stutz y cerré un negocio. Importar el Stutz Firpo en exclusiva para la Argentina. Y el primero que llegó tenía un toro pintado en la puerta. Linda máquina. No soy muy herrero, pero este me gustaba. Con eso hice mucha plata. Sí, tiene razón Rosita, tu jermu, a ustedes ni un peso les di. Pero es que estaba tan con esa cosa de que los golpes los recibo yo y esa perorata que me nublé. Igual que cuando te dan una buena ñapi y te quedas mirando raro.

Muchos años después vino Dempsey a la Argentina. A la inauguración de Canal 7. Y nos encontramos. Él se me acercó y me dijo:

“Debo decirte la verdad Toro, me ganaste la pelea, sí me ganaste”.

Y yo le dije: “Gracias, Jack. Yo perdí la pelea pero gané muchos amigos”.

Y es cierto, Luisito. Me hice más famoso que nunca.

Cuando volví a Buenos Aires, después de “La pelea del siglo”, me recibieron como un prócer. Fui el carnet número uno de la Asociación Argentina de Box. Se autorizó el boxeo profesional en el país. Conocí a todos los famosos y poderosos de acá y los que venían de visita. Hasta el presidente yanqui, Eisenhower, me vino a ver cuando estuvo en Buenos Aires. El príncipe de Gales. Era un dios. Y eso se te sube a la bocha. Más a mí, que era un negro. Y me olvidé de ustedes, primo. Bah, no me olvidé, pero me alejé. Por eso estoy acá hoy, primito. Te me moriste y no pude volver a verte. Quería contarte todas estas cosas, como cuando éramos purretes. ¿Te acordás cuando salíamos juntos? ¡Las piñas que habremos dado! (*Ríe.*) Eras como un hermano, Luisito. Y te me venís a morir. Todo eso que viví me hubiera gustado que estés conmigo. Ahora me doy cuenta, hermanito. Te sentís el gran campeón, volteaste al más grande, pero a veces no es tu momento y te roban la pelea. Podés tener guita, minas y amigos de la alta sociedad, pero si te olvidas quién sos, estás cocinado.

Baja del ring, mientras se va caminando tararea y canturrea el tango “Te acordás hermano”.

...¡Te acordás, hermano, que tiempos aquellos!
Veinticinco abriles que no volverán,
Veinticinco abriles, volver a tenerlos...
¡Si cuando me acuerdo me pongo a llorar!
¿Dónde están los muchachos de entonces?
Barra vieja de ayer, ¿dónde están?
Yo y vos solos quedamos, hermano,
Yo y vos solos para recordar...

FIN

LOS CUCHILLOS DE BRILLO AMOROSO



Matías Martínez Videla

Matías Martínez Videla

Director, dramaturgo, intérprete y docente. Especialista en Dramaturgia de Actuación y creador de la estructura creativa SITE INSIDE. Premio edición 23° concurso dramaturgia INT (2022). Primer premio dramaturgia Teatro Cervantes (2020). Segundo Premio dramaturgia Fondo Nacional de las Artes (2017). Premiado en 2018 y 2009 por IBERESCENA. Artista residente 2019 en Centre Cívic Barceloneta (Barcelona) y 2020 AECID-CCPE (Argentina). Representante argentino en Feria ARCOmadrid 2017. Becado en diversas ocasiones por INT y Ministerio de Cultura de Santa Fe. Ha estrenado más de 40 espectáculos que han recorrido Festivales Argentinos e Internacionales en Europa, Latinoamérica y Estados Unidos. Divide su actividad profesional entre Argentina y España.

PERSONAJES

NENUCHO LYNCH

GOYO OLIDEN

PANCHO ANAYA

TORCUATO PACHECO

PITUCO

CACIQUE PAPITO

GENERAL MANSILLA

CORO DE NIÑOS

MALÓN

ESCENA 1. DESPACHO EN PALACETE

NENUCHO: —(*Leyendo en voz alta.*) Estimado Mansilla: Debo con prontitud hacer de su conocimiento que la ciudad de nuestros sueños y amores se halla contaminada por una lacra pestilente y odiosa. Presencia bárbara que recuerda a los infieles felizmente pasados por las armas por los aguerridos y temerarios que usted comanda. Queremos hacerle llegar, sepa, que aquí nuestros honrados días patricios se suceden entre la agonía del civismo y la opresión de una chusma ultramarina y apátrida. Permítaseme, en nuestra condición terrateniente de aquellos campos que usted hoy limpia en su cruzada de moralidad y orden, pedirle que tenga a bien volverse a nuestra hermosa ciudad, esta urbe-sol, que hoy la cubren los oscuros nubarrones del impío, y con aquellos bizarros que usted férreamente comanda, sepa poner en su lugar a las bestias insolentes y pestíferas que subvirtiendo el orden natural de las cosas nos ofenden con su mera presencia. Suyos. Nenucho Lynch, Goyo Oliden, Pancho Anaya, Torcuato Pacheco.

TORCUATO: —Bien dicho.

PANCHO: —Expresa la ratio al pelo.

GOYO: —Enviarla ya, incluso es tarde.

NENUCHO: —Te capté, Goyito. Estampillo y largo.

Apagón.

ESCENA 2. MISMO DESPACHO

NENUCHO: —(*Leyendo en voz alta.*) Estimados amigos: Pocas siempre serán mis muestras de agradecimiento a vuestras palabras de confianza y vuestra inconmensurable fe en mi campaña; pero lamento, no sin las lágrimas pertinentes corriendo por mi semblante y desparramando esta tinta que imprime la esquila, anunciar que el panorama en vuestros campos inabarcables a la simple oteada no es tan favorable como vosotros creéis. Seré directo mis estimados: los indios nos rompieron el culo. La tropa que era ya no es o la que estaba ya no está y quien escribe estas líneas funestas hállese en poder del infiel. La situación de vuestro servidor es tan grave y desfavorable, a punto tal, que cuando termine la presente deberá realizarle por vez décima una felación al cacique Papito, nombre que no concuerda en punto alguno con la fisonomía del salvaje, ya que en lo que ustedes conocen de animales camperos y para hacerles una imagen exacta que los referencie, el hombre es lo más parecido a un toro. Una bestia realmente. A pesar de todo tengo la conciencia tranquila, ya que los valores morales y éticos que nuestros mayores me inculcaron en momento alguno se vieron mancillados al momento de sufrir la vejación arriba mencionada. Y a pesar que la continuidad de la humillación a la que estoy siendo sometido pareciera no tener límites dada la perversión y perseverancia de Papito, sepan que mi mente y espíritu no se desviarán un solo momento de nuestros valores nacionales y patrióticos. ¡Viva la Patria!
Suyo.Tte. Gral y Crl. en jefe, Eugenio Mansilla.

Silencio.

GOYO: —Perdidos, che.

TORCUATO: —Azorado.

PANCHO: —Carne de caos.

GOYO: —Perdidos, che.

Silencio.

NENUCHO: —¡El destino que se apersona!
GOYO: —Me perdí.
TORCUATO: —Largá el rapé.
PANCHO: —Date a entender.
NENUCHO: —La patria que nos llama a cuidarla.
GOYO: —Mansilla no pudo.
NENUCHO: —¡Mansilla miente! No mata el que no quiere.
GOYO: —La sangre me da asco.
TORCUATO: —No das eso cuando embuchas morcilla.
GOYO: —El embutido es excepción.
NENUCHO: —No hace falta sangrear.
PANCHO: —¿Y con qué pensás guerrear?
TORCUATO: —¡Le tiramos patacones!
PANCHO: —¡Vacas gordas!
GOYO: —¡Toros campeones!

Risas.

NENUCHO: —La risa. Atributo de la plebe.

Silencio.

NENUCHO: —Los vamos a fascinar.
PANCHO: —Inentendible me seguí haciendo.
NENUCHO: —Postrarán por nuestro porte.
GOYO: —¡Claro!
TORCUATO: —¡Cae de maduro!
PANCHO: —Sigo duro.
NENUCHO: —Por deslumbre de raza.
GOYO: —Como liebre encandilada.
TORCUATO: —Voy a llevar la escopeta.
PANCHO: —Aporto Mauser.
GOYO: —No te hagás el Mansilla.
TORCUATO: —Le rompieron el culo.
GOYO: —Nunca más una silla.

Risas.

NENUCHO: —El deslumbre de la raza que manda.
PANCHO: —Seremos el milagro de su postración.

Silencio.

PANCHO: —¿Qué quiso nombrar con “felación”?
TORCUATO: —Desconozco.
GOYO: —Ni por las tapas, che.
PANCHO: —¿Vos, Nenucho, que usas lentes?
NENUCHO: —Ajeno.

Silencio.

GOYO: —Suen a “filiación”.
PANCHO: —¿Aflie con el salvaje?
TORCUATO: —¿¡Eh!? ¿Amistad con la indiada?
GOYO: —Si no hay otra, es esa.
TORCUATO: —¿Traición a la patriada?
GOYO: —¡Cristo!
PANCHO: —¡Herejete!
GOYO: —¡Dios me libre y guarde!
TORCUATO: —¡Hay que ajusticiarlo!
PANCHO: —Acuerdo.
NENUCHO: —La urgencia es otra.
PANCHO: —¿Partir al desierto?
TORCUATO: —No
GOYO: —Partamos a Europa.
TORCUATO: —Acuerdo.
PANCHO: —¿Nenucho?

Silencio.

NENUCHO: —Partimos a la estancia.
TORCUATO: —¡Eso! ¡Relax!
PANCHO: —¡Que maten algún chanco, avisá!
GOYO: —¡Que pongan la champaña al frapé!
PANCHO: —Aguanten que enfrasco el rapé.

NENUCHO: —La única faena será la del indio. El único relax su extinción.
 TORCUATO: —Un buen salame antes tampoco ofende a nadie.
 NENUCHO: —La entraña del país sangra.
 PANCHO: —¡Hay que curar la patria, carajo!
 TORCUATO: —¡Mansilla, hijo de puta!
 PANCHO: —¡Viva la patria!
 TODOS: —¡Viva!

Apagón.

ESCENA 3. COMEDOR PRINCIPAL EN ESTANCIA

Los cuatro vestidos con trajes de esgrima frente a la máquina del tiempo de H.G. Wells.

GOYO: —De nuevo perdido, che.
 PANCHO: —¿De dónde la sacaste?
 NENUCHO: —La encontró la peonada.
 TORCUATO: —Es porquería, entonces.
 GOYO: —La servidumbre basurera.

El artefacto larga un chorro de vapor.

TORCUATO: —¡La puta madre!
 GOYO: —Parece vivo, che.
 TORCUATO: —¿Le meto un cuetazo?
 PANCHO: —Se ve que sirve.
 NENUCHO: —Esa manijería debe hacer andar la rotativa.
 PANCHO: —A ver Goyito, probá.
 GOYO: —Ni que me oferten el sillón Rivadavio.
 PANCHO: —¿Vos, Torcuato, que sos temerario?
 TORCUATO: —Temerario no es otario, che.
 GOYO: —¿Por qué no llamás algún servidumbre?
 NENUCHO: —¡Pituco!

Aparece un paisano.

NENUCHO: —¿Qué es este aparato?

PITUCO encoje los hombros.

GOYO: —(Sorna.) ¿Un caballo?

PITUCO: —Si usted dice.

Risas.

GOYO: —No distingue ¡Qué tierno!

NENUCHO: —¿Cuándo apareció?

PITUCO: —Jué uno e' los chiquitos que otea. Lo vio en la distancia y vino cagando a decirme: “¡La polvadera, Pituco! ¡La polvadera!”.

GOYO: —¡“Polvadera”! ¡Qué amor!

PITUCO: —“Otra vez la indiada” dije, manotíe lo que tenía al alcance y me juipa' la torreta. Ayá' rriba ya estaban las otras criaturitas que se van turnando.

PANCHO: —¿Esos mocosos son los que levantaron tanto batifondo anoche?

PITUCO: —Los estoy preparando, patroncito. A la noche los tengo que encerrar si no se me escapan. Por eso arman barullo. Se asustan e' las tinieblas.

GOYO: —¡Fue no poder pegar ojo, che!

PITUCO: —Están en adatación es lógico el griterío.

GOYO: —¡“Adatación”! Con este no te aburrís seguro.

NENUCHO: —La estancia es para el descanso.

PITUCO: —Si quiere yo los haigodirse pero ¿qué va a decir Don “Lyn”?

GOYO: —“Lynch” bestezuela... ¡“Lynch”!

NENUCHO: —¿Padre está al corriente?

PITUCO: —Él me pidió los chiquitos.

NENUCHO: —No se hable más, entonces. Hancelos venir.

Sale PITUCO.

GOYO: —¡Qué incultura este muchacho!

TORCUATO: —¿Qué es lo que cría tu padre?

NENUCHO: —Estoy en ascuas como vos.

Aparece PITUCO con un coro de niños aborígenes.

GOYO: —¿Qué son, che?
 TORCUATO: —Parecen chicos.
 GOYO: —¿Con esa pelambre?
 TORCUATO: —Son indios enanos.

Todos retroceden espantados.

TORCUATO: —¡Trae el Mauser!
 GOYO: —¿Muerden, che?
 TORCUATO: —Yo no me descuidaría.
 PANCHO: —¿Habría que atarlos, no?
 PITUCO: —Son mansitos mansitos.
 GOYO: —¡Están teñidos!
 PITUCO: —Son así nomás.
 GOYO: —Habría que blanquearlos
 PITUCO: —No sale. Intenté probar por pedido de Don Lyn.
 TODOS: —¡“Lynch”!
 TORCUATO: —¿Lija?
 PITUCO: —Probé.
 GOYO: —¿Ácido?
 PITUCO: —Probé.
 PANCHO: —¿Qué saben hacer?

PITUCO hace una señal. El coro de niños canta una melodía maravillosa.

GOYO: —Hasta hablan.
 TORCUATO: —Esto es de circo
 NENUCHO: —¿Vos les enseñaste?
 PITUCO: —Todo mérito de Don “Lyn”.
 TODOS: —¡“Lynch”!
 NENUCHO: —El touchée de la civilitia.
 PANCHO: —Tu padre es un excéntrico, Nenu.
 NENUCHO: —Lo traje de la Europa al vicio.
 TORCUATO: —Yo me tiro al África. Estos bichos no son cristianos, che.
 GOYO: —“El remoto sauvagecontinent”- Cané dixit.
 PITUCO: —Patroncito este gringuito jué el que encontró el aparato.
 NENUCHO: —(A un aborígen.) ¿Dón - de - lo - en - con - tras - te?

NIÑO: —Cristúquirú ti lúpolvarú minué...
 TORCUATO: —Eso es profano.
 PANCHO: —¿Qué blasfema este Satán?
 GOYO: —Yo entendí. Dijo “minué”.
 NIÑO: —...cantú curú tacurusesarancú.
 GOYO: —Esa se me escapó, che.
 NENUCHO: —¿Qué dijo?
 PITUCO: —(*Traduce.*) ¡La polvadera, Pituco, la polvadera! Era una nube petisita que como pampero meta enterrarnos los faroles se nos venía encima por ahí del quilombo nuboso ese le salió una cabeza de caballo y cerquita ya vimos que era una yegüita que cargaba un bulto como que muerto atado a la montura venía loca por el dolor del desvientre pero cuando le sobamos la jeta se amansó la putona el jinete chorriaba algo por la oreja.
 NENUCHO: —Preguntale para qué sirve.
 PITUCO: —¿Cristúprigúnsitú?
 NIÑO: —Arauca murácrístú
 GOYO: —Algo de Cristo dijo.
 PITUCO: —Dice que este aparato divide este mundo de aquel donde hay algo.
 NENUCHO: —Que lo abra.
 PITUCO: —Pitú curú.
 NIÑO: —(*Sobresaltado.*) ¡Garramúmurúgarramúmurú!
 TORCUATO: —Hay quilombo parece.
 PITUCO: —Dice que es muy peligroso quelque sale o quelquedentra ya se pierde nomá'.
 NENUCHO: —Que lo abra sin demora.
 PITUCO: —¡Pitú curú!

El NIÑO se acerca al aparato, mueve una manivela, sale un chorro de vapor y se abre una especie de compuerta de donde sale una niebla espesa que impide ver el interior. Luego que se disipa la niebla aparece el GENERAL MANSILLA vestido de india y traído con una correa por el CACIQUE PAPITO que va vestido de militar.

NENUCHO: —Lo ha traído cual primate.
 GOYO: —El atuendo lo deja pagando.
 PANCHO: —Parece una mona en verdad, che.
 PITUCO: —La vida e' un círculo.

PAPITO enciende un buscapié y les tira a los cajetillas.

PAPITO: —Silencio pido al quilombo y quilombo al corito este.

PITUCO da una señal y el coro entona una melodía.

PAPITO: —*(Sobre la melodía del coro.)* De hecho, este (por Mansilla) andaba encaramado con una india, propiedad de un servidor, que como no podía quedar de su marido, cada luna llena (Luna de preña) se dejaba llevar al cañadón y entre hondonadas lascivas se ofrendaba en amplio cauce a la verga deste milico feminizado. Facón que reverberaba con la luna. Cuchillo de brillo amoroso que a la infiel esposa mía le ponía a latir el salvaje corazón. Eran un arte esos cuerpos empapados de sudor y luna, entramados en un perfecto acople de civilización y barbarie. *(Pausa.)* Todos sabrán que donde hay amor, tragedia cabe.

PAPITO toca la manivela nuevamente. Aparece un malón.

PAPITO: —*(Presentando.)* ¡Los cuchillos de brillo amoroso!

Cantan una canción melódica a capella. Luego a punta de lanza obligan a los cajetillas a meterse en la máquina del tiempo. Fin de fiesta con porrones y pericón.

Continuará...

REGIÓN PATAGONIA

**CUMBIA
TRANSPIRADA
(MONÓLOGO)**

—

Alejandra Quiroz

CUMBIA TRANSPIRADA (MONÓLOGO)

Alejandra Quiroz

Nace en Rosario en 1967. Vive en El Chaltén Santa Cruz desde 2005. Pasó por la Lic. en Letras (UNR). Es Operadora Comunitaria en Salud Mental y Asistente Socio Familiar, docente idónea de Lengua y Literatura en Epja Secundaria de Adultes. Trabajadora del quehacer Teatral Independiente desde hace 20 años cruza su formación, experiencia y práctica teatral con la militancia feminista en el territorio comunitario.

Actriz, directora y dramaturga coordina talleres de Teatro Comunitario, y dirige Grupidades de Teatro de y en la Biblioteca Popular Mujer Pionera de Chaltén (adultes y adolescentes) desde 2005. Hacedora de Proyectos de gestión cultural comunitaria Ferias del libro Temáticas desde 2006. Recibió mención especial por adaptación de dramaturgia Obra *El amor perfecto de dos paraguas disfuncionales* de Conchi León México. Y el Premio Actriz Revelación (FESTESA 2014). Adaptó y dirigió el espectáculo concertado *Hermana rueda* de Norman Briski, seleccionada en 2do lugar Orden mérito para representar a Santa Cruz en FestiNac. Teatro (FESTESA2018). *Las que perdimos en el fuego*, performance teatral, soporte audiovisual fue seleccionada para la muestra federal *Para todos*, Centro Cultural Kirchner, Capital Federal (2019). Primer Premio Región Patagonia 23° Concurso Nacional Dramaturgia Obra *Cumbia transpirada*, 2022. Sigue estudiando, leyendo, actuando, dirigiendo y escribiendo, apostando a la construcción artística colectiva como praxis de transformación social.

Mujer mayor, de unos 50 años o más, curtida, migrante, de algún pueblito del litoral correntino, o cercano a la frontera con el Paraguay.

Cualquier espacio, sugerencia para puesta en escena: un artefacto teatral como una olla grandota de aluminio, de unos 22,5 cm de alto y 46cm de Diámetro (o más grande).

ACTO ÚNICO

Dentro de la olla la mujer bailando parada... una cumbia.

Luces de colores como lamparitas de Feria o boliche o puti club.

Mujer cansada se sienta en el borde de la olla y busca en el fondo, hasta encontrar unas fotos de una niña pequeña sentada dentro de una ollita, las reparte entre el público...

MUJER: —Le pregunté a la nena de la olla si era la que jugaba en el río marrón y me dijo que sí, y más me contó ella: Que era una viajera, una migranta buscando refugio, navegando en una olla, allá, ella, hulle (huye) de la noche, de la calor, del olor y del aluminio que envenena la comida... como envenenan a las mujeres algunos hombres... chiquittto su flequillito que tenía ella, ¿vite? ¿La vite? Y uté?... pobrecita tan solita... Y lla tenía su carnecita manoseáda.

Y dice que a esa ollita la llenaba su abuela grasosa y la vaciaban todos los que vivían en el conventillo, que olía a comino y canela y a flores de sapo... y que todas las caras son las mismas dijo, cada noche, sin nombre, como el que me empuja de la olla a la pieza, y más adentro del ropero oscuro, lleno de pilchas viejas, y ese olor a nastalina y a la leche que escupen y se chorrean ellos... y me salpica el vestidito de flores... de sapo, y era su cara de sapo en la oscuridá del ropero viejo de mi abuela.

Sube la música y se encienden todas las luces de colores, como de boliche.

El mismo olor a leche ¿vite?... y ese olor a la cumbia Traspirada en la piel... pero no hay río, acá donde me vine o me trajieron, es ría... acá es mujer... y casitas, no casillas ¡¡las casitas de migrantas como llo (yo)!! ¡¡Quéembolleré tan grande de, paisajes y mujeres y de frío mucho frío y muy gris es este frío... Y

siempre con olor a leña caliente... llo llegué viajando por su culpa de las ollas vacías y el hambre.

(Se sienta en la olla y navega... como en canoa... gritando.) Salí che salí... dejame... pirá nomás surubí...

Las luces bajan. Ella llora dice cosas que no se entienden... como borracha.

Luz cenital... la olla al revés y la mujer parada sobre la base o culo de la olla baila una cumbia con alguien como abrazada y le habla a alguien, mientras baila.

Qué hermoso culo de ollita tenés mi alma, es piropo nena, para mí las ollas son mágicas, como en el cuento que me contó la maestra en la escuela.

Una preciosidá, plateada, luminosa, que brillan como vos... hay veces calientes y hay veces frías... y ellas se dan al fuego como al amor, y cocinan los aromas y sus grasas y las mías... feliz cuando nos llenan y fríiiiias acá en la casilla, cuando se vacían... Como nosotras todas tan vacías y tan llenas... así como vos conmigo, nena... mi amor, mi brillanté Mimbí... que me llega medio vieja, jajaja *(Carcajada)*...

Y acá en el Bar de las montañas: “El Cálido y frío”, “el Hot y cool” le dicen acá... entre los turistas de todos los olores cocinamos con montañas chorreadas de merengue en la ventana... qué lugar pá el desencuentro, tan lejos de todo lo que duele... hasta acá me vine llo navegando por mi río y su correntada... llorando en el barro y meándome de la risa en los boliches borracha... jajaja. Qué loicas somos las minas... y qué carnes “mano se ádas” tenemos, ¿vite? Pués.

A veces se nos va la olla... es que la pobreza te enloquece ¿vite?... y de también tanto manoseo, por todas nuestras partes, y la locura te empobrece, pués.

Se arrodilla, mete las manos dentro de la olla y hace diferentes sonidos graves, agudos con los dedos y las uñas raspando y golpeando el fondo.

Minutos de sonidos de aluminio que acompaña tarareando y con percusión como untambor de aluminio.

(Acercándose al público.) ¿La has visto vo? ¿Y uté?, ¿y uté??

Parece que tenía agua en la ollita, porque tiene las manitos adentro y el cuerpito desnudo en la foto, con calor... atrás hay árboles verdes, y el flequillito chiquito, todo en blanco y negro la foto y su boquita de risa chiquita que mira, ¿y a quién mira la nena? ¿al que le saca la foto? ¿Y quién era él?? ¿Uté?? ¿O Uté? Algo le sacó pá siempre él a ella.

Ayyyyy!!! Tanto calor allá... y tanto fríoooooo acá... y el viento en todo el cuerpo, y en todas las vidas, empujando los recuerdos de todas las que vinimos con él, las migrantas del viento, por la culpa de él todo esto, pues.

Juega con la olla como en un estanque con agua.

Las olas y el viento sucunsuncun... viajando como llo y mi correntada, con las palabras como las olas... que se ahogaban, porque cuando llegas al cabaré nadie te habla, ni te quieren nadie. Allá nomás te quieren pá “manosearte”, pá “deslecharse”, como decía la Ivo, y dejarte su leche en la boca... y ahí justito es cuando te matan todas las palabras... Y te quedaste mudapá todo el viaje.

Aplaude y grita.

¡¡Vamoooo, vamooo ,vamooo femeninas!!... llegaron las fuerzas, siempre venía alguno de la fuerza pá “deslecharse”... pero ahora era otra cosa, te trataban de uté. ¿Y uté, y uté? ¿De dónde vino? ¿Y uté cuánto años tiene?, ¿y uté quién la trajo? Y nosotra como desmemoriada de las otras vidas que traíamos, tanto vino, tanto polvo, tanto manoseo y algunas pobrecitas hasta que se drogaban páalviarse la pena. Cerraron las casitas y las ollas se llenaron de vacío, y a mí lla la grasa me llenaba la cintura y las tetas se me iban pá bajo callendo jajaja... (*Carcajada.*)

Camina como una modelo en una pasarela.

Igual, lla no quería volver más por el río, como otro cuento que me contaron en la escuela, que se podía morir en una canoa

navegando río abajo, mordida por una llarará venenosa, pero llo digo que más te mata la lejanía, la soledá, el cuerpo “mano se ádo” y la concha rota... las mujeres... Uy... qué rotas que estamos, ¿¿vite??

NOOOO, volver nooo ¿y adónde?, ¿al ropero con el mostro metiéndose pá dentro de mí? ¿O al verano del río? ¿A la abuela y sus olores a comino y a canela? ¿A los árboles y las flores de sapo? ¿A los sapos con cara de tipos? ¿A las cumbias traspiradas en la piel? ¿Al embolleré en la cabeza? ¿A la caña y el vino en caja? Allá, ella, hulló y también aulló tantas veces, por tanta ruta de ripio y estepa y gauchito gil y san la muerte... ese era el santito de la Ivo, ella le era devota del san la muerte.

Mete la cabeza en la olla... como si intentara ahogarse... se sacude, patalea, grita palabras que no se entienden... levanta la cabeza... suelta el cuerpo en el piso... y descansa.

Sube música de arpas, del Litoral de alguna frontera... con volumen muy alto.

Se arrastra y se levanta, se saca la calza o pantalón y se lava...

Hay que lavarse bien por las enfermedades... llo te lo enseñé mi nena, mi Brillanté Mimbí. El primer día que llegaste como hizo conmigo la Ivoty... Vos migrando, y llo aullando la cumbia de puro mamada nomás que estaba, te besé en los ojitos tullós, y te lavé toda.

Y después cuando me dormía la mona, me trepaste y te subiste a mí, como si fuera un juego de niñas, o como subir a una montaña, del pueblito ese que te conté... que lo vi por el canal 9 y dicen que es un parque también nacional.

Mi lugar en este mundo sucio, será un lugar limpito, un bosque con lagos montados por hielos azules, mi final del viaje, ¡Qué lindo embolleré este!... te dije... ¿y si vamo como amigas nomás? Nadie va preguntar, allá... con tanta turista porá y gringa suelta, serán más modernos allá, vamo a cocinar nuestras cosas, y al amor como recién lavado, y que el viento nos amampare como decía la Ivo.

Hay que llevar mucho abrigo, vino, caña, o ginebra... el último pedacito de tierra al sur del mapa y su cruz santa... adónde me lleve el viento... allá, ella hulle... de la niña que fue, de sus

mostros del miedo y sus hambres y sus hombres sucios de vino y leche... alguno de ellos le hizo el embolleré malo en su cabeza, le salpicó el vestidito de flores y le dejó una marca entre las piernitas de carne suave....

Una tragedia mijá la migrancia me decía la Ivo en la casita... es larga, sucia, y hambrienta la migrancia... pero a los 16 hulló por su olla mágica ella también.

Usa la olla como valija, y camina como esperando que salga un bondi.

A otra tragedia me vine a la Patagonia, con sus petroleros, y gendarmes.

Las estepas y las estancias y sus corderos, me estreñían la panza y lloraba en los baños y el frío y el hielo y la escarcha y la nieve era blanca y muda como llo (yo)...

Y se acostumbró ella a esperar a ir algún acto en el mástil helado de la Roca y San Martín, patinando en el yelopá que alguien la rescatara, y le salvara la olla o sea... la cabeza... antes de perderse en una mamoa, bailando cumbia, y olvidarse hasta su nombre, y a su abuela tetona, y las flores de sapo y a su río marrón... y su barro con olor a surubí.

Nadie salvó a nadie y todas se enfermaron de alguna cosa femenina que les fermentaba ahí abajo, contagiadas por algún cliente de “LA IVO” que siempre, siempre cantaba y se juntaba las tetas ella.... Las tetas de la Ivoty eran brillosas.

Soy desmemoriada, o nunca supe que pasó con todas las chicas, mis compañeras de ser puta y mujeres rotas en el viento... Nadie pregunta por todas ellas, ¿vite?

Pero la Ivo era distinta de todas, tenía la voz ronca, la espalda ancha y el culito chato, era muy colorinche y se reía siempre, siempre, le gustaba cantar y bailaba como una loica brillante, hacía unos movimientos raros, ella decía que la cuerpa le hablaba y bailando se le manifestaba, se espresaba decía... era panambímimbi (mariposa brillante) cuando bailaba...

¿Ivo está por acá?? ¿La has visto vo? ¿Uté? ¿Uté? ¿Y uté? ¿No han visto a la Ivoty cantar?

La llama y le pide que cante, mientras va preparando una tarima, dando vuelta la olla la mujer arma un bulto con la calza o pantalón que se sacó antes. El bulto se lo pone dentro de la bombacha, simulando un pene. Se sube y canta una canción alegre mientras baila con movimientos de expresión corporal. Bajito suena música de arpas. Habla como personaje Ivoity, se junta las tetas, sonríe y saluda al público. Camina como modelando y aplaude diciendo con voz ronca.

Aplausos a mis cachis, mis luches, mis neinas, mis loicas y escúcheme ustedes pues mis deslechaus... que ni ellas, ni llo somos electromodésticas como sus maridas de uté y uté y uté...
jaja. (Carcajada.)

La actriz se saca el bulto y se vuelve a vestir mientras habla.

Era difícil entenderle lo que decía a veces, llo le cachaba cuando hablaba con la elle como del Paraguay, o de mi Corrientes porá, pero ella era de otro lugar, migranta de las fronteras y muy colorinche... hasta pá hablar, no se sabía, si hablaba pá la mierda, si era su guarany, o era muy inteligente la Ivo, y se inventaba palabras nuevas y limpiatas sin estrenar, no gastadas y sucias como se hablaba en las casitas.

Decían que las cosas que ella usaba, las pastillas de la hormona pá ser mujer, cuando podía comprarla, o la silicona de aceite de avión, toda esa porquería le había tocado un poco el parlamento, pero para todas nosotras de la hermandad, ella era más mujer que cualquiera de nosotras, “tanto laburo pá ser mujer, Ivo” le decía llo. Y ella decía: “no muller, sino gozosa”.

Me dijo que se había escapado del campo dónde vivía porque su madre no la dejaba usar vestidos, y le decía Ñamandú tenés pito vo, como un dios. Su mamá le decía que en el nombre le viene la fuerza de la familia, pero también vienen destinos marcados y hasta enfermedades y secretos de la familia... cómo un árbol... Pero Ñamandú en guaraní era un Dios...

Baja la luz... hasta la penumbra... grita y aplaude.

Viva la IVOTY. Ella, lla... se nos fué....

Pero en los sueños siempre me vuelve migranta de las frontera del Paraguay con perfume de Amambay (helechos)... mi hermana en la prostitución de Gallegos, en las casitas de atrás de la terminal... las dos con barro de río en los ojos. Un día/noche mirando la espuma de la ría nos besamos gozosas, como una olla llena de guiso, capaz fué pá calentarnos de tanto frío gris y tanto yelo en el alma...

Pero ahora lla sé que tanta migración me cambió la cuerpa, como ella, y la vida como ella y me alegró el corazón como ella, saber que no importa nada si tenés pito o concha pá enamorarte. Las mujeres siempre andamos migrando de vidas, ¿vite? Pues.

Al principio era medio raro, algo de loicas decía ella, como su cuerpa, con unas tetas preciosas y más abajo un bulto metido prolijito en una colaless, ella usaba ese hilito metido en su culo chato, y llo siempre usé mi bombacha vedetina porá....

Pienso que ella y llo y todas nosotras éramos esa verdadera Patagonia rebelde que decían... no de los libros, ni la historia. Las rebeldes de las horas, de la sangre y de las cuerpas, por todas las que vendrán, y de todas sus memorias en la piel. Como esas “putas de San Julián”, las chicas que llegaron antes que nosotras, y una noche rebelde echaron a soldados del ejército por todas sus partes, porque habían matado a peones huelguistas de las estancias, será por eso que me dan dolor de panza las estancias. Dicen que ellas, nuestras hermanas de “La Catalana” no quisieron deslecharlos a los soldados... las putas le hicieron la huelga de conchas... jaja. (*Carcajadas.*)

Levanta la olla como un arma o bandera, la golpea y grita.

“¡¡Asesinos, porquerías!! Con asesinos no nos acostamo”.

Baja la olla y la para en el piso, se arrodilla como ante una tumba y se persigna y habla como si rezara una plegaria.

En las tumbas de los peones jamás creció una flor, sólo piedra, mata negra, y este viento eterno de la Patagonia de acá.

Ellos están tapados por el silencio de todos, por el miedo de todos, igual que nosotras pues... pero pá mí las únicas flores que tuvieron esos pobres... fueron esas Putas hermanas de San Julián... ¡¡¡Flores de Putas!!!!... jaja. (*Carcajada.*)

Se levanta y vuelve a su lugar la olla y se mete dentro.

Era linda ella... perfume a amanbay (helechos) siempre tenía la Ivo... tirada en hamaca paragualla, aullando de cumbia traspirada... nos quisimos como loicas... y si hasta se me metió en el embolleré de la cabeza, empezar a tomar de la otra hormona esa pá hacerme hombre a pesar que eran cosas muy caras esas... ella me dijo que llo podía ser todo lo que quiero, sin necesidá de andar con las pastillas o los geles y esas cosas locas. Más vale que me pusiera a estudiar pá cuando pudiera migrar pá otra vida. Ella era toda una mariposa panambí, llena de colores de flores. Y su carne era suave y sin bello, por eso se había puesto la Yvoty, que en guaraní es flor.

Nos reíamos pensando que si el nombre que le había puesto su mamá era Ñamandú, que era un dios guaraní, ella tenía poderes y podía usarlos pá migrarse en una panambí (mariposa) y llamarse Ivoty... ella era mágica... podía ser mariposa flor brillante (mimbí)... y también podía ser fuerte y duro como Ñamandú un Dios que nos cuidaba, y nos cantaba y nos quería... y siempre se preguntaba... “¿por qué hay que ser o varón o mujer?, ¿por qué solamente uno de los do?”. Igual bailaba mucha cumbia traspirada, así le decía ella al trabajo de puta, para comprarse la silicona o la hormona... era una cuerpa de mariposa, con alas y todo, pero le quedaba el gusano entre la piernas... y todo era también pá parar la olla... ¿vite, vo?

Ella me enseñó que había que bailar la cumbia traspirada y aullarla, a veces de dolor... coger es como bailar... Y acá tenés que moverte en la cama como bailando cumbia, y traspirla, así es el trabajo acá... pensá en una cumbia que te guste y bailala... movete así y el cliente se deslecha, en el lecho y ¡¡chau!!... jaja... (*Carcajada.*) “¿Cuántas cumbias traspiradas te bailaste aller?... ¿son 10 deslechau que atendiste?”

Y nos repartíamos los pesos y las quejas, y los sueños, muchas de ellas eran madres pue y mandaban guita a otra parte... llo a la abuela viejita, la Ivo a la madre que estaba sola en el campo... siempre mujeres... todas las voces que me trae el viento... son de mujeres.

¿Cuántos nombres llevaré en la sangre de mi nombre, pue? Tengo ojos tristes para toda la vida, aunque los más tristes se quedaron encerrados en la oscuridad del ropero de la infancia mía, ¿vite? Pues.

Se acerca al público le pide la foto de la nena a alguien. Se achica como sentada adentro de la olla, como la niña de la foto mete las manos dentro, cierra los ojos, y se mueve como si se masturbara... gime y sonríe. Abre los ojos, se acomoda en la olla...

¿Y qué voy a hacer ahora con el miedo?

La jaula se ha vuelto pájara y migra, en el bosque porá y también en el pueblo, que acá es lo mismo, es todo parque por todas sus partes. Hay una ave pájara que tiene el pecho rojo y naranja, y es cantora y se llama loica, como nos decía la Ivo.

Aunque era mujer de río como llo, migramos a putas de Río Gallegos y después migramos a mujeres de viento y hoy seremos loicas del bosque porá o flores de cardo lilas.

Juega con la olla como valija otra vez, pero se mueve extrañamente como defendiéndose del viento o inventando una nueva danza. Va cambiando de posición la olla como si bailara con alguien. Para la música. En su cabeza.

Mi Brillanté Mimbí, mi culo de ollita, redonda, con el pelo y los ojos de veinte años.

Me apagaste el brillo de tus carnes frescas y gozosas.

Te gustaba tanto la montaña chorreada de merengue y los senderos, y los topa, topa, las loicas, y los zorritos colorados, y caminar arriba del yelo... que acá era hielo y era una excursión más cara que no se qué... y andar escalando piedras y escaladores flacos... jaja. (*Carcajada.*) Te gustaba todo, menos llo, mis tetas caídas, mi grasa frita, y mi carne “mano se áda”, lla no querías que te besara tu bosquecito, tu carnecita cruda y fresca porá.

Tanta cuerpa y tantas grietas en tu hielo, y mis años de lejanías, al final nos caímos al fondo del hielo azul del desamor, que es muy helado pue, siempre me deja las patas frías y me pongo muda como la nieve, ¿vite?

Vos aprendiste a escalar y te fuistes con un gringo boca de surubí, escalador y sin grasa, que hablaba no sé cuál lengua. Acá el idioma guaraní porá suena mucho en la construcción y en las mucamas de hoteles, pero no vale pá mucho y hay que aprender el inglés, dicen, justo el que hablaban los dueños de las estancias que me hacen doler la panza, pue.

Migrantes que valen más y migrancias que ni se ven en el paisaje, ni en la historia... siempre la misma historia muda de la tragedia. Hasta el culo del mundo llegamos viajando pobres en coletivos con más tierra adentro que afuera, entre piedras y rutas de ripio, y guanacos con ovejas y corderos y un manto de cielo sobre el tendal... Ahora andamos sin memoria, respirando viento del sur, que nos amontona al borde de un lago de glaciár azul porá. Cuando “las casitas de la tolerancia” que así le decían... se clausuraron, no sé qué pasó con la hermandad de las putas, que son todos los nombres que llevo hoy en la sangre.

Algunas migrantas migraron pá sus pagos, y otras buscamos hotel, y trabajo. Y un kiosco 24hs. me conseguí de changa... y la Mimbí en el súper La Anónima, que decían que era de los bisnietos de los estancieros asesinos de la historia. ¿Vite, vo? ¿Y uté y uté? ¿Me siguen el parlamento che? ¿O está muy lunga la historia?

Pá ese tiempo la Ivo lla era otra, hacía años me había cambiado por un oficial, sus armas la calentaban mucho me decía, y también decía que lla no era ella, que eran las hormonas la que la loiqueaban a ella... pobrecita porá.

Y hablaba como ella pero lla no se podía entender sus palabras nuevas y negras.

Perdió la olla y su magia de panambí y migró en cualquier bicho fiero de ciudá.

Será que en 2009 cuando nos clausuraron y se rompió la hermandad, quedó bollando ella mamada en cualquier boliche, hablando con el santito sullo, el San la muerte... hasta que una noche negra la mató la policía, o el oficial, o todo el vacío que no

podía llenar, ni con litros de siliconas de aceite de avión en las tetas... pobrecitas sus brillantes tetas, lo barato sale caro, decía y también se le enfermaron y toda su cuerpo se le enfermó a ella, ¿vite, vo?

Otra vez el yelo y la escarcha y la nieve blanca y muda del invierno, como la leche de ellos en la boca, me mató las palabras, la muerte de la Ivoty... me llenó de silencio.

¿Qué últimas palabras nuevas habría dicho? ¿Se acordaría de mí ella? ¿Cómo la habrán anotado como El Ñamandú? ¿Como la Ivo? ¿Como el trava de las casitas? ¿o La Panambímimbí mariposa brillante?

Arma la olla como tumba y se arrodilla a rezar.

Estuve en silencio muchos días, hasta que la culo de ollita, mi Brillanté Mimbí, me invitó a migrar a las montañas... la montaña que fuma y humea, con nubes de viento.

500 kilómetros de esperanza y piedra y estepa y lagos con hielos azules montados porá.

Hay veces las extraño a todas las que puedo acordarme, mi abuela, la Ivo, la Brillanté Mimbí. Y a otras hermanas con nombre de migrancia, la formoseña, la salteña, y la chaqueña... y a otras sin nombre, y con los mismos ojos del color de la tristeza. Ojalá sean gozosas y vivas... ¡¡así las quiero llo!!

Aunque a ninguna nos regalen flores, ni en las tumbas, si es que tenemos tumba, como los huelguistas, vivimos en estas tierras tan olvidadas y mudas de tragedia, así en las vidas como en las muertes. Pero con suerte migramos en flores de cardo lilas, a la orilla de la ruta, o en paramelas buenas para curar los dolores.

Toma la foto de algún bolsillo y la besa, y la pone en la olla hecha tumba.

El cuento de la olla mágica, que le gustaba tanto a la nena que era llo, era una historia un poco triste, pero como todos los cuentos tenía un final feliz y porá.

Era una nena que se llamaba Flor (Ivoty) y vivía con su madre enferma, y eran muy pobres, pero un día paseando y jugando la

nenas se encuentran una olla brillante (Mimbí), la lleva a su casa. Y la olla les cambia la vida de ellas y del Pueblo sullo también. En la historia real, a mi abuela no la ví nunca más, y a veces se me va la olla, la cabeza, que no es mágica, y aunque tenga el culo negro de quemadita, sirve pá hacer guiso de cordero, pá el turismo que se dá por mucho acá, changueo en el Bar “cálido y frío” de octubre a marzo que es la tempo, le dicen acá, y se llenan todas las ollas y hasta parecen mágicas.

Hay cuerpas pá todos los gustos, y cuerpos colgados de las paredes de las montañas. Jaja. (*Carcajadas.*)

Me quedé en mi casilla de lata, acá en la montaña, con mis fotos y mi perro Ñamandú que habla raro y canta como la Ivoty. En el año entero trabajo en el Municipio, que le dicen Muni, limpiando la terminal de coletivos, y aprovecho pá regalarle mi fotito a los turista viajeros. Hay veces me dan ganas de viajar, pero me quedo en casilla. Acá me dicen la loca de la olla, o la loca del perro, pero nadie me molesta acá. El cerro me saluda con sus colores rojos y naranjas como el pecho de las aves pájaras loicas que son mis hermanas.

Ando los senderitos más cortos pá no perderme y me siento libre y curada, acá en el bosque porá, me viene la fuerza de la cuerpa que se manifiesta, mi naturaleza salvaje, y andan las panambímimbí, que son las almas de la hermandad.

Cuando estraño mi río marrón Paraná, me voy pá el río de las vueltas, una preciosidámimbí. Ese río te muestra las vueltas de las vidas y las migrancias y sus piedras en el camino tullo y mío y de uté. Acá somos todos memorias de migrancias, venidos de otros pagos... ¡¡¡ay!!! ¿qué canción me hace acordar che??, una linda que le escuche en la radio, cuando teminaron los mensajes pá el hombre de campo, sí, sí... dice que viajando se fortalece el corazón, y si no me mató tanta cumbia traspirada, será que me salvó la migrancia al final ¿vite? Las mujeres migramos de vida en vida, pues.

Para de costado la olla y la hace rodar, mientras la saluda como a un bondi que se va.

No canto ni bailo más la cumbia... me hace acordar al trabajo en lo de "LA IVO".

Y no trabajo más la cumbia traspirada nunca más, o sea no soy más puta de trabajo.

No chupo más vino, ni caña, ni ginebra, hay veces las gringas en el bar, me invitan una birrita de las que hace un vecino de acá, y le doy un poco nomás a los escabios, y escucho música nueva del Pueblo, y alguna canción de amor, o chamamé de mi Corrientes Porá, o a Don Giménez Agüero, cantando al Chaltén "oh oh oh oh"... mirando sus cielos de fuego rojo y naranja porá....

Me voy a dormir a mi casilla rodante, acá se dá mucho la casilla de lata, ¿vite? Es como dormir adentro de una olla, no hay ropero, y no hay tierra ni mucha casa que no sea pá el turista, dicen.... ¿Y pá quiénes no hay, me pregunto? ¿Vite, vo?

Siempre es la misma historia repetida, como la cumbia traspirada de la prostitución.

Hay veces me tocan y hay noches me toco solita pá no perder las costumbres del goce.

Y de día cuando limpio la terminal por todas sus partes, cuento historias a los viajeros.

Les regalo las fotos, les regalo memorias, pá que no me olviden, ni a mí, ni a la hermandad de las putas de Santa Cruz, traídas lejos y engañadas, y después borradas del mapa, o mudas de la tragedia. ¿Las has visto vo? ¿Y uté, uté, y uté?

No hay que ser tan cordero, ni desmemoriau pá aguantar tantos años de soledá y frío.

Las verdades que nuestras patas pisan enterradas en estas tierras Tehuelches porá.

Ayyyyy... mi Dios Ñamandú guaraní escucháme, pues.

Gritando furiosa.

iiiiiiQué todaaaas las pesteees y las plagaaas les lleguen a los que duermen en paz, sin ver la tierra trágica que pisan!!!!

Respira, se calma y en silencio saca unos hilos o soguita del bolsillo y se cuelga la olla al cuello, percute sobre la olla en su cuerpo, como una caja y baila y canta.

“Quisiera morir... ahora de amor... para que supieras cómo y cuánto te quería... para que supieras cómo y cuánto te quería... Ivoty porá.

Aplauda y se ríe y se acerca gritando al público...

A uté y uté y bos qué, bosque, bosque, bos qué?... dale tira, tira noma una moneda a la suerte loca de la olla si quieres ver la vida color color plateado mimbí tira y pedí, pedí, pedí che vo x tu DESEO PORÁ...

Bajan las luces.

FIN

Glosario

Mbolleré: lío o confusión, mezcla de cosas o ideas.

Mimbí: brillante, fulgor, resplandor.

Ñamandú: dios guaraní.

Panambí: mariposa.

Porá: lindo, bueno.

Yvoty: flor.

Amambay: helecho.

LOS AGRAVIOS
PEQUEÑO DRAMA
DE PUEBLO CHICO



Darío Levin

Dedicado a Chavelita.

LOS AGRAVIOS

PEQUEÑO DRAMA DE PUEBLO CHICO

Darío Levin

Actor, director y docente de teatro. Realizó estudios de actuación, dirección y dramaturgia con destacados referentes, entre ellos Ricardo Bartis, Ricardo Monti, Rubén Szuchmacher, Mauricio Kartun, Luciano Delprato y Cristina Moreira. En Francia desarrolló una beca de perfeccionamiento en la escuela de Philippe Gaulier a través de la Fundación Antorchas. Fue dirigido entre otros por Gustavo Tarrío, Matías Feldman, Lorena Vega y Guillermo Angelelli. Desde 2014 reside en la Comarca Andina, Patagonia argentina, donde fundó la Compañía Teatro Casero, una usina de investigación, formación y producción teatral. Desde entonces dirigió varios espectáculos, entre ellos una trilogía a partir de obras de Anton Chéjov. Actualmente participa como actor de los espectáculos *La Aurora*, de su propia autoría, dirigido por Kevin Orellanes y *Ante* de Ivor Martinić y *La noche crece* de Fabián Díaz y Andrés Gallina, ambas dirigidas por Guillermo Cacace.

*La madre de pie, espera con la niña en brazos, en la galería de su casa en el campo bonaerense.
A lo lejos, y por el camino de sauces, se acerca despacito el niño de la pequeña.*

EL CUQUI: —Está con la Mecha en brazos.
Ansiosa por irse a trabajar al campo.
Su otro hijo. El campo.
Ella prefiere decir mi pampa.
Y así piensa que tiene dos hijas.
La Pampa y la Mecha.
Es inteligente la Vivi.
Sin límites y buena.
Como la llanura bonaerense.
Está con la Mecha en brazos.
Me esquivo la mirada.
Resopla.
Como si me quisiera pedir disculpas y no pudiera.
Perdón debería pedir yo por lo del otro día.
Y no lo hice.
No me salió.
La Noeli dice que esas cosas no salen solas.
Que hay que hacerlas salir a la fuerza.
Como empujando un rebaño.
La Vivi también tiene cosas adentro y no las saca.
Testaruda como un animal.
Lo del otro día no fue hace poco.
Sino hace dos meses.
Cuando vengo del club para cuidar a la Mecha.
Contento de volver a cuidarla.
Feliz y borracho llego.
Tarde pero seguro, llego.
La Vivi me olfatea.
Me ve zigzaguear a lo lejos.
Avanzo dudoso por el camino de sauces.
Y la veo con la Mecha en brazos.
Me mira con ojos brillosos de enojo.
De pie, las piernas abiertas frente a su casa.

Consolando a la Mecha que llora agudito.
De pronto me grita, me dice no sé cuántas cosas.
Muy feas.
Palabras hechas para lastimar.
Para producir dolor.
La Mecha le sube el volumen al llanto.
Entonces se desata el agravio.
Se le descose la boca a la Vivi y pronuncia:
“Mandate a mudar.
Volvete para tu casa, maricón”.
“Maricón”, repite y saborea los filos de cada letra.
Eso lastima, arde y ella lo sabe.
Es un tornado que despeina los sauces.
Para que vuelvan después a llorar mansitos.
Yo, apenas de pie por mi equilibrio precario.
Rauda, me giro, para ocultar las lágrimas.
Y desando el camino sombreado de la mañana.
Regreso a lo de mi hermana a campo traviesa.
Sorbiendo mi lloriqueo salado y los mocos.
Llego a la casa y el sermón de la Noeli.
Cómo me atrevo a presentarme borracho.
Que debo cuidar a la niña.
Que si esperaba una felicitación.
“Un aplauso, un premio o qué se yo”.
Ella me mira esperando una excusa.
Yo, sin despegar los labios.
Me mira fuerte, más fuerte.
Le brotan lágrimas que seca con el puño de su blusa.
Luego, dos meses sin ver a la Mecha.
Dos meses sin ver a un crío es mucho.
Son muchas las cosas que se acumulan.
El dolor por no verla más.
Sin cuidarla para que la Vivi trabaje en el campo.
Sin verla crecer con el asombro de cada día.
“¿Cómo estará la Mecha?
¿Le habrá crecido algo de pelo?
¿Estará más rellenita, más parecida a la Vivi?”.

Aprieto mis ojos para recordarla.
Pero no encuentro su cara en la maraña de mi memoria.
Lento pasaron estos dos meses.
Como vacas pastando a lo lejos.
Como si el tiempo fuera tirado por bueyes.
Yo paseando a los perros y la lotería.
Todos los días le aposté a la desgracia.
Todos los días al 17 y nada.
Con terquedad al 17 y no salía.
Cada día, todos los santos días.
Sin aparecerse el muy desgraciado.
Las semanas pasaban y más dolía.
Su carita en mi cabeza no aparecía.
Nunca tuve suerte yo.
“Nunca tuviste suerte vos”, me dijo una vez la Noeli.
Y eso se me grabó acá.

LA VIVI:

—“Maricón, volvete para tu casa”.
Las barbaridades que me hace decir la bronca.
Será por eso que me desboqué y se lo dije.
“Te voy a coser la boca”.
Me decía la vieja apretando los labios.
“Te voy a coser con tanza esa boca sucia.
El nudo bien fuerte te voy a hacer.
Para que no salga la basura que tenés adentro.
A quién habrás salido vos”.
La bronca me vino de solo verlo.
Zigzagueando por el camino.
Se apoya en un sauce.
La cabeza gacha, el brazo en jarra.
Aferrado a una rama.
A punto de quebrarla.
Las rodillas flojas como salteadas en manteca.
“Me va a escuchar si se atreve a cruzar la tranquera.
Llegar una hora tarde.
Con todo lo que hay que hacer.
Darle de comer a los chanchos.
Y ordeñar las vacas.

Todos los días, sin saltarme ninguno.
Como estribillo de payada que se repite.
No hay asueto, ni feriado.
Las vacas nunca descansan.
Las caras bobas de tanto apretar las ubres”.
Yo parada con la Mecha en brazos.
La Mecha llora y escala al agudo.
Me llora al oído.
Tengo la cabeza taponada de tanto llanto.
“Que se olvide de la Mecha.
Yo no sé razonar cuando me embroncan”.
Abandona el sauce.
Avanza haciendo dibujos y para qué.
Se me inunda la boca de inmundicias.
Le lanzo el “Maricón” y se pone a llorar como un nene.
Y se me revuelve el estómago.
Intenta disimular sus lágrimas.
“Eso es de poco hombre”, pienso con fuerza.
Una fuerza que daña.
En el campo matamos animales indefensos.
Se puede matar con el pensamiento también, pienso.
Y entonces se me descose la boca.
Me sale el malón por las fauces.
Desbocado, atropellando todo a su paso.
“Maricón, volvete para tu casa”.
Y se me nubla la vista o se nubla el día.
Vaya a saber qué pasó.
Me mareo, el marco de la puerta me ataja.
Me quedo unos minutos con la Mecha en brazos.
Recostada sobre la casa que me sostiene.
Toda la casa sosteniendo mi bronca.
Insultar agota el alma.
Lo pierdo de vista al Cuqui y entro cansada.
Me las arreglo solita desde hace dos meses.
Hoy la Noeli me prometió que lo mandaba limpito y en punto.
El Cuqui es el único que sabe cuidar a la Mecha.
Y ella se le encariñó.

Se recibió de niño criando sobrinos, dice su hermana.
 Yo los conozco muy bien a todos los hombres.
 Con la variedad que abunda en el pueblo hay para una muestra
 en la Rural.
 Mamados, debajo de cada árbol, tirados en las esquinas.
 Postales de hombres vencidos por el alcohol.
 Como un campo después de alguna batalla.
 Con formas raras, las bocas abiertas.
 Las cabezas son frutos fermentados, colgando de cuerpos rotos.
 Amontonados, los hombres se reproducen como plaga.
 Ahí viene.
 Cruza la tranquera.
 La abre y la cierra como si tuviéramos el día entero.
 Todo el tiempo del mundo.
 Estudiado el modo de acercarse.
 Una coreografía de ballet.
 Arrastrando los pies con estilo.
 Dejando surcos en la tierra seca.
 Decorando el paisaje con cada paso que avanza.
 —La Noeli me dijo que la Vivi me necesita.
 “A la Mecha, nadie la cuida mejor que el Cuqui.
 Se le encariñó”.
 Me dijo que dijo.
 Hay que admitirlo.
 La Vivi tiene que aceptar que la mejor niñera del pueblo soy yo.
 La que sabe mecer en brazos.
 La voz más dulce para entonar las nanas.
 La que apacigua mejor los llantos.
 Hermosa la Mecha.
 Calcada de quien la trajo al mundo.
 Si la viera su padre.
 Nunca más se supo de ese.
 No es joda parecerse a un desconocido.
 Por suerte es igual a su madre, como si a la Mecha la hubiera
 hecho la Vivi solita.
 Como si ella fuera la Virgen María Argentina que se las ingenió
 para hacer sin ayuda a su hija.

EL CUQUI:

—La Noeli me dijo que la Vivi me necesita.
 “A la Mecha, nadie la cuida mejor que el Cuqui.
 Se le encariñó”.

Me dijo que dijo.

Hay que admitirlo.

La Vivi tiene que aceptar que la mejor niñera del pueblo soy yo.

La que sabe mecer en brazos.

La voz más dulce para entonar las nanas.

La que apacigua mejor los llantos.

Hermosa la Mecha.

Calcada de quien la trajo al mundo.

Si la viera su padre.

Nunca más se supo de ese.

No es joda parecerse a un desconocido.

Por suerte es igual a su madre, como si a la Mecha la hubiera
 hecho la Vivi solita.

Como si ella fuera la Virgen María Argentina que se las ingenió
 para hacer sin ayuda a su hija.

Yo le dije que le ponga Jesusa pero ella se encaprichó con Mercedes.
 Como los camiones.
 Y le decimos Mecha o Mechita.
 Ahora no podría llamarse de otra manera.
 Mejor que Jesusa.
 Mejor que el nombre de un camión.
 La Mecha se sonríe cuando me ve llegar con los perros.
 En eso también se parece a su madre.
 Le gustan los bichos.
 Los perros mueven la cola.
 Y ella sonríe desde los brazos de la Vivi.
 Los cachetes colorados, como pulidos con kerosene.
 Mi sobrina postiza y bastarda.
 “Sobrio y en horario”, me recalca la Noeli.
 Termina de peinarme y me saluda con un beso en la frente.
 Mi hermana me hace la raya al medio cuando voy a salir.
 “Andá, no hagas esperar a la Vivi”.
 Me despide y sentencia.
 “No es fácil criar sola a un hijo y trabajar en el campo.
 Ayúdala, andá derecho para su casa”.
 Parece una madre más que una hermana.
 En el campo olvidamos los roles que Dios nos da.

LA VIVI:

—Ahí llega el Cuqui.
 Cierra la tranquera como si fuera una vitrina.
 Camina elegante.
 Los pasos parejos.
 La Noeli cumple.
 Despacito el Cuqui se acerca.
 Se detiene a distancia prudencial.
 Las manos en los bolsillos buscando palabras.
 Rodeado de sus perros que se tiran en la tierra a esperar la escena.
 Aburridos porque el show no empieza.
 Me miran a mí, lo miran a él.
 Las disculpas de rigor, el Cuqui no las pronuncia o las demora.
 No puedo mirarlo a los ojos.
 Se me piantan para otro lado.

Intento y otra vez se escabullen.
Parecen moscas espantadas por la cola de un caballo.
La terquedad se me clava como un anzuelo.
Acá cerquita del alma.
Las cosas no salen afuera.
Tengo cuero curtido en lugar de piel.

EL CUQUI:

—Yo vivo al día.
Si no trabajo, no tengo ni para los puchos.
Y la Noeli ya está cansada de darme plata para mis vicios.
“Deberías buscarte un trabajo fijo”.
“Estoy grande”, le digo.
“No voy a empezar ahora”.
“Yo sé cuidar criaturas y eso no es trabajar”.
“Te crié a tus hijos y a vos te sirvió”, le digo.
Entonces la Noeli me mira tristona y se calla.
Antes me daba pelea.
Ahora me da algo de plata y no dice nada.
Mira el horizonte y fuma en silencio.
Deja salir el humo como un alivio del alma.
Todos mis sobrinos salieron derechos como los álamos.
Muerto el padre, el tío ocupó el puesto vacante.
El mayorcito se encarga de las tareas del campo.
Y las trillizas le tienen la casa hecha un chiche.
Por eso nos complementamos con la Vivi.
Ella sabe cómo tratar a los chanchos.
Y yo a la Mecha.
Esta colonia huele a pino fresco.
A vestuario después del partido.
Cuando los muchachos terminan de ducharse y se perfuman para
ir al club social.
Se prestan la colonia, la pasan de mano en mano.
Y yo me perfume también.
A la Vivi le va a gustar.
Camino despacio y me detengo lejos para releer el momento.
Disimulo la culpa que acumulé estos meses.
Y la herida del Maricón.
Que puede sanarse con una disculpa cortita.

Una disculpita.
 Meto las manos en los bolsillos como una manera de callar, de
 cerrar la boca.
 No soy rencoroso.
 Nunca lo fui.
 Ni una palabra sale de mí.
 —Con todo lo que tengo que hacer.
 Las chanchas a punto de parir.
 Asistir a las madres y sus hijitos.
 Que no se pierda la mercadería.
 Los réditos de la labor.
 Atender las ubres que reclaman, que no dan descanso.
 Se detiene frente a la puerta.
 Distanciado, estudiando el cuadro de situación.
 Apenas murmura un buen día.
 Yo calladita, un gesto chiquito como respuesta.
 Las morisquetas que le hace a la Mecha.
 Qué descarado.
 La tiene comprada.
 A mí no me ablanda.
 A mí no me mira.
 Yo no lo miro tampoco.
 Y así estamos.
 La mañana pasa como una nube solitaria.
 Adivino sus gracias.
 La baranda del perfume.
 Siempre con esas ínfulas de señor importante.
 Tan empalagosa la colonia que atrae las moscas.
 Acá no hay tiempo para aparentar.
 Se hace el lindo, el muy feo.
 —Ni una palabra pronuncio.
 Que hable la señora que me mandó a buscar.
 Me aguanto, no digo por decir.
 Hay mucho tiempo, el día es soleado.
 No corre viento.
 El cielo, una pampa celeste.
 Un clima perfecto para disculpar.

LA VIVI:

EL CUQUI:

Yo estoy para otras cosas.
Estoy para viajar.
Conocer la ciudad.
Dicen que ahí vive gente distinta.
Quiero ir para constatar.
Si es verdad lo de la gente más suelta.
Acá, sin embargo, nos damos todos los gustos.
Todos hacemos lo mismo para ocultar las diferencias.
Lo que sé de la ciudad me lo contaron los camioneros.
Quiero ir ahí para ver con mis ojos.
Acá ya conozco todos los rincones.
Podría caminar con los ojos cerrados.
Nombrar las personas por el sonido de sus pasos.
Un día me voy a rajar.
Me van a tener que ir a buscar, para que vuelva.
Pero la Vivi me necesita.
“Vos no te vas a ningún lado”.
Y alza su puño en alto.
Pone cara de mala, frunce la boca.
Hace teatro y actúa.
Se pone más linda si anda de buen humor.
Yo me río, festejo sus gracias.
A veces le temo a la Vivi.
Tiene los brazos muy fuertes de trabajar en el campo.
Músculos tiene en los brazos.
Los hombros anchos como de varón.
Me dice que no confíe en los camioneros.
“Son aves de paso.
Nochean en la YPF, rapiñan y después se van”.
Mecha se llama Mercedes por un camionero.
Porque esa era la marca del camión del padre.
Mercedes Benz.
De él no se supo más nada.
“Cambió el Mercedes por otra marca para desorientar”, dice la Vivi.

LA VIVI:

—Yo no confío en los hombres.
Aunque uno me hizo a la Mechi.

Y eso hay que reconocer.
 Tomé lo que necesitaba arriba de un camión.
 Y el tipo se las tomó después.
 A él le interesaba una solo cosa.
 A mí, dos.
 Nunca supe su nombre.
 Se hacía el importante.
 Porque era el camionero más lindo.
 Por eso le puse Mercedes a la Mecha.
 Nombre de camión.
 Para que sea fuerte.
 Para que sea hermosa.
 Para que pueda cargarse encima la vida entera.
 Hasta el recuerdo de un padre que no conoció.
 Los chanchos chillan de hambre.
 Aturden.
 Van a romper el chiquero.
 Las ubres inflamadas de las vacas reclaman mi presencia.
 Que espere el trabajo.
 Mi pampa sabrá entender.
 EL CUQUI: —Quiero irme a la ciudad.
 Volver y tener de qué hablar.
 Para que el tiempo pase más fácil.
 Yo no me quejo.
 Le cuido la Mecha a la Vivi y ella puede hacer esas cosas de hombre.
 Siento que sirvo para algo.
 Me manda a llamar y vengo feliz.
 Son unos pesos.
 Pago los puchos, el alimento para los perros.
 Cuando llego, la Vivi me huele para ver si ando entonado.
 Yo me perfumo para que no sospeche si tomé alguna copita de más.
 A veces no se percata.
 Acerca su cara a la mía para olerme el aliento.
 Una vez me hice el gracioso y le encajé un beso en los labios.
 Me sacudió la jeta con un sopapo.

Y me subió un mareo como de haber tomado.
 El golpe me hizo tambalear.
 La Vivi me atajó en el aire y me dijo:
 “No te confundas, me visto como muchacho pero yo soy La Vivi”.
La de La Vivi sonó bien fuerte.
 Con voluntad la hizo sonar.
 Como si hubiera más gente alrededor.
 Mirando para todos los lados, como si fueran muchos.
 “Uso botas de hombre porque tengo los pies anchos de caminar
 tanto en el campo”.
 “¿Se entendió?”.
 Entendí.

LA VIVI: —El silencio se escucha cuando nadie lo interrumpe.

Yo no voy a hablar.
 Que se caguen gritando los chanchos.
 Pedí perdón, carajo.
 O se me descose la boca.
 Me sube la bronca como lecha hervida.
 Mi Pampa, en vez, requiere trabajarla con calma.

EL CUQUI: —Pateo la tierra.

Observo la nube de polvo hasta que reposa de nuevo.
 El tiempo es mucho y sobra.
 La miro a la Mecha.
 Me sonrío y me tiende los brazos.
 La Vivi los recupera con disimulo y los retiene en sus manos.
 Sigue sonriendo, los perros mueven la cola.
 Todos contentos menos la señora a quien le cuesta aflojar.
 No me avergüenza trabajar de niñera.
 Me esmero.
 Grandulones que tuve en mis brazos y que ahora me esquivan la
 mirada.
 Los pañales que habré cambiado.
 Yo conozco unos cuantos culos del pueblo.
 Así me gané la vida, cuidando criaturas de otros.
 Acá las necesidades son las que mandan y no las costumbres.
 La Vivi es madre soltera porque quería un hijo.
 Prefirió un amor golondrina.

Habiendo tanto peón y patrón amontonados en la YPF.
Ahí donde se acaban las diferencias de clase, hablan del clima
entusiasmados.

Pero ella eligió un amor de paso.
Y pudo criar la nena a su antojo.
Trabajó hasta el día del parto.
Yo quise ayudar pero no me dejaba.
“Vos estás para otras cosas”, me decía.
“Es lo que siempre decís vos”.

LA VIVI: –Voy a poner la pava.
Para no perder la educación.
Ni una palabra, digo.
Él le dice algo a la Mecha y me mira.
Le saco la mirada con destreza.
Él repite lo que ya dijo.
Y yo vuelvo a galopar el silencio.

EL CUQUI: –“Perdón por la curda del otro día, Mechita.
Decile a tu mami que me disculpe”.

LA VIVI: –“Perdón por la curda del otro día, Mechita.
Decile a tu mami que me disculpe”.
Qué tonto, la Mecha no habla.
Qué me va a decir.
Lo hace para que yo me ablande.
Para que me ría.
No me voy a ablandar.
No me voy a reír.
No le doy el gusto.

EL CUQUI: –“Decile que me disculpe, Mechita.
Que ese día me fui al club social a festejar con los muchachos.
A tomar unas copas por el campeonato que les ganaron a los de
Ramallo.
Y que se me fue la mano, me dejé llevar.
Decile todo eso a tu mami.
Y decile también que el mate me gusta dulce, que para amarga
esta la vida”.

LA VIVI: –Yo sigo sin decir nada.
Tengo los labios cosidos.

No sé sacar las cosas afuera.
 Como dice la Noeli que hay que hacer.
 Mecha, decile:
 “Te fuiste a emborrachar con los muchachos.
 Así terminan los campeonatos.
 Cuerpos sudados desparramados como si fueran vino”.

EL CUQUI: –Yo no sé sacar las cosas afuera como dice mi hermana.
 La fuerza que habrá que hacer, pienso y no me puedo imaginar.

LA VIVI: –Por eso se me descosió la boca.
 Me desboqué.
 “Maricón”, le dije.
 Cosas que uno dice sin pensar.

EL CUQUI: –Ajá.
 Qué estará pensando.
 La cara le cambió.

LA VIVI: –La Mecha me toma mi mano.
 Me mira a los ojos y me sonríe.
 Yo le sonrío, no lo puedo evitar.

EL CUQUI: –Se le dibuja una sonrisa en la cara.
 Ahora se muerde el labio de abajo.
 Gira la cabeza para el costado.
 Como si recordara algo con gracia.
 Luego respira, se recompone y me enfrenta.
 Sería, el entrecejo muy junto.
 Como mula insistente que mira el piso.

LA VIVI: –La Mecha me vuelve a tomar la mano.
 Yo se la tomo despacio y la hago saludar.
 “Hola, *Tío Cuqui*”.

Y pongo una voz de flauta.
 Hago la voz de la Mecha
 Una voz que todavía no tiene.
 Le pongo letra, como si fuera un títere o una muñeca.
 “Mirá el tonto que llegó”.

Le hago decir.
 La tonta soy yo por hacerla hablar.

EL CUQUI: –“Un poco de respeto”.

Le alza la mano a la Mecha y la hace saludar.

Yo no soy ningún tonto, tontita.
 No te olvides, la mejor niñera del pueblo, soy yo.

LA VIVI: –Gracias tonto por venirme a cuidar.

EL CUQUI: –Pone la voz finita para hacerla hablar a la Mecha.
 Menos mal, los niños no hablan así.

LA VIVI: –Dos meses sin vernos fue mucho.
 Te estuve extrañando, Tío Cuqui.
 Gracias por venir bien peinado y en punto.

EL CUQUI: –“Y a vos, tontita, gracias por mandarme a buscar”.

LA VIVI: –La Mecha le extiende los brazos.

EL CUQUI: –Yo la tomo en los míos.

LA VIVI: –La Mecha le agarra el cachete.

EL CUQUI: –Nunca había visto a la Vivi lagrimear.

LA VIVI: –La beso a la Mecha.

EL CUQUI: –Se despide para ir a trabajar.

LA VIVI: –La Noeli te engominó con esmero, Cuqui.

EL CUQUI: –Me dejó elegante para la ocasión, Vivi.

LA VIVI: –No hay brisa que te despeine, Cuqui.

EL CUQUI: –Las cabelleras desordenadas espantan a los pequeños, Vivi.

LA VIVI: –Me tomo una mate y salgo para el campo.

EL CUQUI: –Que sean dos seguiditos para retrasar la partida.

LA VIVI: –Hoy tengo mucho que hacer.

EL CUQUI: –Entonces andá tranquila, no quisiera entorpecer.

LA VIVI: –Nunca entorpecés. A la tarde nos vemos, Cuqui.

EL CUQUI: –Vamos a estar acá, Vivi.

FIN

CICATRICES, COMO HILITOS DE ESCARCHA

—

Nené Guitart

Nené Guitart

Actriz, dramaturga y directora. Dirige desde hace diecisiete años el grupo de teatro Efectos Colaterales en la ciudad de Esquel.

El grupo ha participado varias veces en las fiestas nacionales del teatro en representación de la provincia del Chubut.

Obtuvo premios en dramaturgia en concursos organizados por el Instituto Nacional del teatro y Argentores.

Tiene editados un libro de relatos, *Metafísica de la Digestión*, y una novela, *La Cadencia de la Marea*.

Obtuvo una beca del Instituto Nacional del teatro y otra del Fondo Nacional de las Artes.

PERSONAJES

CRISANTO NAHUELQUIR

SIGFRIDE MENÉNDEZ BROWNIE

ABELITO

Un ring de boxeo. CRISANTO está en el medio del ring planchando una camisa blanca sobre una mesa de planchar plegable. Hay otras prendas colgadas de las cuerdas. Está vestido con un short. Es robusto, tiene varios tatuajes y cicatrices. Aparenta unos 50 años y se mantiene en bastante buen estado.

CRISANTO: –Estamos en el Madison Square Garden de Nueva York. Crisanto Nahuelquir, 93 kilos...
Gira a la derecha y ahora traba... muy recio... con golpes abiertos... combate a distancia... se lo quita de encima con empujón... y lo vuelve a amarrar otra vez... se sostiene en su accionar ofensivo... lo barre a la distancia con impactos largos... a corta distancia busca la línea del cuerpo... busca un camino para la derecha, lo mide.... ¡Derechazo tremendo y cae Frazer! Dominador total Crisanto Nahuelquir... los espectadores se levantan aplaudiendo... y ahora Nahuelquir va a buscar el remate. Tiene la situación a su merced. Puede buscar con frescura mental el remate y no... lanza golpes a la volea.
Una situación magnífica que está dejando escapar de las manos. Pudo haber ganado por nocaut.
Especula con un contragolpe... cruza el gancho izquierdo a la cabeza... retrocede en línea recta hacia atrás.
Recibe un cross de izquierda y le da otro empujón. La pelea es ruda. Tiene un juego y lo aplica constantemente... se juega una carta fuerte... arroja la izquierda recta... busca la derecha por dentro... lo traba...
La pelea es encarnizada, agotadora, la izquierda tiene mucha fuerza. Se cubre el cuerpo. Es más lucha que pelea. ¡No llegó! Sexto round Madison Square Garden de Nueva York.
Los músculos ya no pueden más... le amarra los brazos... siempre sobre el adversario... siempre cerca... siempre en este despliegue... El argentino no puede dominar la pelea...

Se escuchan unos golpes. CRISANTO se detiene. Se ilumina un rincón. SIGFRIDE es una mujer vieja y enorme. Golpea con un bastón el piso del ring.

CRISANTO: —¿Usted?

SIGFRIDE: —Se te quema la camisa.

CRISANTO corre a la tabla de planchar. Levanta la plancha. Sopla la camisa. Con la plancha en la mano.

CRISANTO: —Pero usted...

SIGFRIDE: —No me paro porque me duelen los pies.

CRISANTO: —Pero usted está...

SIGFRIDE: —¿Planchás como yo te enseñé?

CRISANTO: —Sí, y con almidón. Los cuellos y los puños. *(Se acerca.)* Usted está muy pálida.

SIGFRIDE: —Seguís siendo el mismo pelotudo de hace veinte años. ¿Cómo es el chico?

CRISANTO: —No sé. Hace nueve años que no lo veo.

SIGFRIDE: —¿Le hablaste de mí?

CRISANTO: —A él le interesan otras cosas. Es bartender.

SIGFRIDE lo mira interrogante.

CRISANTO: —Prepara tragos. Como era antes el gancia con campari, el cinzano con fernet, whisky con Coca. Mezcla bebidas... y con otras cosas, algo así.

SIGFRIDE: —A vos no te quedan neuronas sanas. Menos mal que por lo menos aprendiste a planchar como yo te enseñé.

CRISANTO: —Sí, sí, mire.

SIGFRIDE: —¿Y la madre?

CRISANTO: —Vive en El Maitén. El Abelito me llamó. Dijo que quería estar conmigo. Un tiempo. Le pagué el pasaje. Pero, usted... Hace 15 años, ¿no se acuerda? La velamos acá en el cuartito del fondo.

SIGFRIDE: —No me hagás acordar. La mugre que había en ese cuartito. No tuviste la decencia de pagar un servicio fúnebre.

CRISANTO: —No podía, en esa época estaba en la lona.

SIGFRIDE: —No parece que tu situación haya cambiado mucho. Quiero conocer al chico. Ayúdame. Te voy a planchar esa ropa.

CRISANTO: —No, no. De ninguna manera.

SIGFRIDE: —(*Le tira el bastón por la cabeza.*) No me contradigas. Con lo que me costó llegar hasta acá.

CRISANTO: —¿En qué vino?

SIGFRIDE: —¡Ay! Por qué te habré sacado de ese patronato y te habré criado como a un hijo. Sos una bestia.

CRISANTO: —Me está ofendiendo.

SIGFRIDE: —Andá, vestite. Primero date una ducha. Apestás a negro. A indio piojoso.

CRISANTO termina de planchar la camisa. Mira de reojo a SIGFRIDE. Termina. Agarra la ropa de la cuerda y sale.

SIGFRIDE: —¡Ay estos indios! Así de chiquitito era cuando lo trajeron al patronato. Creo que una tía... una abuela. Con esta gente nunca se sabe. Se lo querían sacar de encima, seguro. Un animalito era. Andaba por ahí acobachado y no le podían sacar ni una palabra. A veces gritaba. Daba miedo. Eso me dijo una de las chicas que iban a ocuparse de estos chiquitos. Pobrecitos. Sí, era la hija del gerente del Banco Nación. Linda chica y muy comprometida con la labor. Después supe que se había hecho comunista. Y de esos comunistas salidos del vientre de la iglesia. Curas villeros y otras monstruosidades. En el patronato nos ocupábamos de todos esos chiquitos. Huérfanos. Dejados Abandonados. Expósitos. Expulsados. Rechazados. Desamparados. Les dábamos desayuno, almuerzo, merienda y cena. Echados al mundo como perritos. ¿Y las madres? Bestias. Putas. ¡Crisanto era una cosita! La carita seria y esos pelitos duros. Me lo llevé a casa. Yo venía de una desilusión amorosa tremenda. Julito Álzaga Unzué me había dejado plantada un mes antes de la boda. Embarazó a la menor de los Bullrich Anchorena. ¡Mosquita muerta! Y a mí ni un beso de lengua me dio. Que no. “Que yo te respeto mucho”. ¡Hijo de puta, mientras se revolcaba con Inesita! Gracias a Dios le salió una criatura espantosa. ¡Mierda! ¡Mierda! Como estaba tan deshecha mis hermanos no dijeron nada cuando me traje al chiquito a casa.

CRISANTO: —(*Aparece en el otro rincón del ring. Tiene puesto un pantalón negro y se termina de acomodar la camisa.*) ¿Y se puede saber qué quiere usted? (*Le cuesta hacer la pregunta.*)

SIGFRIDE: —Quiero conocer a tu criatura.

CRISANTO: —¿Al Abelito?

SIGFRIDE: —Sí.

CRISANTO: —¿Y por qué ese interés, si se puede saber?

SIGFRIDE: —Curiosidad antropológica. Me aburro tanto.

CRISANTO: —Yo pensé que no se volvía...

SIGFRIDE: —¿Cuántas veces te hablé de la resurrección de los muertos? Jesús resucitó al tercer día. Yo tardé un poco... ¡Está en los evangelios! Trae un trapo y una escoba para limpiar este chiquero. Que tu Abelito vea que su padre vive en una pocilga decente.

CRISANTO sale.

SIGFRIDE: —En la casa le armé un cuartito al lado de los cuartos de las sirvientas. Precioso el cuartito. Yo misma bordé unas cortinas con elefantitos azules. En las tardes cuando tomaba el té con mis amigas... Las pocas que me quedaron después de la cancelación de la boda. Alguien había corrido el rumor de que la que se acercaba a mí no se casaba. ¡Hijas de puta! Pero Adelita Casares y Mimisha Errázuriz venían todas las tardes. Pobre Adelita. Era enana. Le habían hecho creer que daría el estirón cuando se hiciera señorita. Cuando cumplió los dieciocho seguía en su metro diez. Y ahí la mandaron al sur. Enseguida nos hicimos amigas, en el patronato. Mimisha era preciosa, rubia, de ojos celestes. Tenía una leve deficiencia mental. Los padres eran primos hermanos. Era algo difícil tener una conversación adulta con ella pero era tan mona que no le hacía falta nada más. Después la internaron en un colegio en Suiza. Eso decían pero en realidad era una institución psiquiátrica. Se comentó durante un tiempo algún asunto con los peones de la estancia. Parece que Mimisha...

Entra CRISANTO con una escoba, un balde y un trapo.

SIGFRIDE: —¿Te acordás de Mimisha?

CRISANTO la mira y no dice nada. Barre.

SIGFRIDE: –Te daba masitas cuando venía a tomar el té a casa. Te sentaba en su falda y te decía que le tocaras las tetas. ¿Te acordás de las tetas de Mimisha?

CRISANTO y SIGFRIDE se miran desafiantes.

SIGFRIDE: –¿A qué hora viene la criatura?

CRISANTO: –No me dijo la hora.

Se escuchan golpes en la puerta. CRISANTO sale. Vuelve, trae algo en la mano.

SIGFRIDE: –¿Quién era?

CRISANTO: –Los de la iglesia de acá...

SIGFRIDE: –¿No te me habrás hecho evangélico o testigo de Jehova?

CRISANTO: –(*Segue limpiando.*) No me interesan esas cosas.

SIGFRIDE: –Ya veo. Seguís igual. A los golpes.

CRISANTO: –Es mi trabajo.

SIGFRIDE: –Trabajo de brutos. Analfabetos.

CRISANTO: –No le permito.

SIGFRIDE: –(*Se levanta. Amenaza con el bastón.*) ¿Qué es lo que no me permitís?

CRISANTO: –(*Agarra el bastón. Sigfride tambalea.*) ¡Siéntese!

SIGFRIDE: –Ahora te hacés el gallito. Vení. Boxeame. (*Se ríe.*)

CRISANTO: –¡Usted está muerta!

SIGFRIDE: –(*Se sienta.*) Tenés razón. Y me velaron en el cuartito del fondo.
Nunca te di las gracias.

CRISANTO: –No importa.

SIGFRIDE: –¡Claro que sí! Cuando los conchudos de mis hermanos se quedaron con todo, vos fuiste el único que me ayudó.

CRISANTO: –Ya pasó mucho tiempo.

SIGFRIDE se para con dificultad y lo abraza.

CRISANTO: –No se me ponga empalagosa.

SIGFRIDE: –¡Eras tan lindo! El pelito pinchado. Los ojitos como dos bolitas negras.

CRISANTO: —Sabe que no me gusta que me soben. ¡Siéntese!
SIGFRIDE: —¡Tuteame!
CRISANTO: —No quiero.
SIGFRIDE: —¡Decime mamá!
CRISANTO: —Yo no tengo mamá.
SIGFRIDE: —¿Naciste de un repollo? ¿Te traje la cigüeña de París? ¡Yo soy tu madre! ¡La única que conociste! ¡Desagradecido!

SIGFRIDE intenta pararse. Se tambalea. CRISANTO la sostiene. SIGFRIDE lo abraza.

SIGFRIDE: —¡Mi negrito!
CRISANTO: —¡Arroja la izquierda recta... se destraba y remata con la derecha!

SIGFRIDE acusa el golpe. Queda sentada en el rincón. CRISANTO se acomoda la ropa.

CRISANTO: —Tiene olor a bicho muerto. ¡Quédese ahí!
SIGFRIDE: —¡Bestia! Ahora le pegás a tu madre. ¡Bruto! No ganaste ninguna pelea fuera del pueblo inmundo en el que te criaste.
CRISANTO: —Usted no es mi madre. Vieja loca. Siempre estuvo loca. Yo no la llamé. *(Termina de limpiar.)*

Se escuchan golpes. Los dos se acomodan las ropas.

SIGFRIDE: —¡Andá a atender!

CRISANTO no se mueve. Se escuchan otros golpes.

SIGFRIDE: —¿No escuchás? ¿Estás sordo?
CRISANTO: —Quiero que desaparezca. ¡Ahora!
SIGFRIDE: —¡Entrá, Abelito!
CRISANTO: —¡Cállese y desaparezca!

El ring se oscurece.

ABELITO: —Llegué a la dirección que me había dado. El colectivo me dejó en la esquina. Al lado de un garaje me había dicho cuando hablamos por teléfono. Había un cartel. Gimnasio. Entrenamiento. Tenía

los colores de Boca. Golpeé dos veces. La puerta estaba abierta.
¿Hay alguien?

ABELITO tiene unos veinticinco años. Está maquillado. Las uñas pintadas. Vestido muy urbano. Lleva un bolso grande.

- CRISANTO: —El pibe se quedó ahí en la puerta. No sabía cómo saludarlo. Le hice una seña para que se acercara.
- ABELITO: —Cuando me acostumbré a la oscuridad lo vi. Me hizo una seña para que me acercara. Caminé a tientas por el espacio.
- CRISANTO: —Le pregunté si le había costado encontrar el gimnasio. Lo abracé.
- ABELITO: —Le pregunté si todavía boxeaba.
- CRISANTO: —Me preguntó si todavía boxeaba. De chiquito lo llevaba conmigo a los entrenamientos y a las peleas. Después la mamá no quiso. Y después me fui del pueblo. Siempre le mandé plata. Y regalitos.
- ABELITO: —Me dijo que ahora entrenaba a los pibes de los pueblos.
- CRISANTO: —Acá en el fondo hay una piecita. Te podés quedar.
- ABELITO: —No sé.
- CRISANTO: —Da al patio. A veces se queda algún pibe del interior.
- ABELITO: —¿Y ahora no hay nadie?
- CRISANTO: —No. ¿Cómo está tu mamá?
- ABELITO: —Bien.
- CRISANTO: —Vení que te enseño.

Salen los dos. Se ilumina el rincón en el que está SIGFRIDE.

- SIGFRIDE: —El chico tiene la dura piel indígena del padre aunque el morocho menos subido. *(Intenta pararse. Finalmente lo logra. Da unos pasos por el ring)* Qué sucucho maloliente. No es el sucucho. Soy yo. La cadaverina me supura. ¡Resurrección fétida! Olerán así todos los de mi casta. Papá, mamá, tan pulcros y ahora todos en este caldo *puant*. En francés parece menos repugnante. *Mondieu*, por qué esta curiosidad malsana. Me ahogaba en esa *soupe* celestial. Necesitaba revolcarme de nuevo, como cuando iba al patronato, entre criaturas torcidas, pieles con sarna, piojos, labios leporinos, bestioles, tan tiernas, rescatadas de ranchos. Olían a capón, a grasa, a humo. Como salidos de la tierra. Me hubiera gustado

que me enterraran acá mismo. En el patio de atrás. Pero no, los hijos de puta de mis hermanos me metieron en la bóveda familiar. Después de abandonarme durante diez años en un geriátrico infecto. Sólo Crisanto me iba a ver. ¡Mi negrito!

Vuelve CRISANTO.

- SIGFRIDE: —No me vas a presentar al chico.
CRISANTO: —No. No la quiero acá.
SIGFRIDE: —¿Adónde querés que vaya?
CRISANTO: —Usted ya está comida por los gusanos.
SIGFRIDE: —¿Qué decís?
CRISANTO: —Que usted está muerta, sepultada.
SIGFRIDE: —Pero yo te crié. ¿Te acordás cuando te llevé a conocer el mar? Te ayudé a buscar a tu familia.
CRISANTO: —No quiero hablar de eso.
SIGFRIDE: —Vos volviste. ¿Te acordás dónde vivían?
CRISANTO: —¡Fuera!

*La agarra de un brazo. La empuja fuera del ring.
Aparece ABELITO.*

- ABELITO: —¿Estás bien? (*Ve a Sigfride.*) Ah, disculpe.
CRISANTO: —(*Señalando a Sigfride.*) Ya se iba. La acompaño hasta la puerta. (*La toma de un brazo. Sigfride da unos pasos y se desploma.*) Andá a buscar algo para darle para tomar. Yo me ocupo.
ABELITO: —Pero pesa mucho...
CRISANTO: —Yo me ocupo. Trae agua.

La sienta en el rincón del ring.

- CRISANTO: —(*La cachetea.*) ¡Vamos, tiene que irse!
SIGFRIDE: —¿Adónde querés que me vaya?! No sé cómo se hace para volver.
CRISANTO: —¡Pero no puede quedarse acá!
SIGFRIDE: —(*Llora.*) ¿Me vas a dejar en la calle? ¿Cómo un perro abandonado? Como te abandonaron a vos.
CRISANTO: —A mí no me abandonaron.

SIGFRIDE: —Ah, no. ¿Y entonces porque estabas solo en el patronato? ¿Quién te venía a visitar?

CRISANTO: —No quiero hablar de eso. (*Amaga con una piña.*)

SIGFRIDE: —Pegame, pegame. Me lo merezco.

Entra ABELITO con un vaso.

ABELITO: —Le prepararé algo para que se sienta mejor.

SIGFRIDE: —¡Ay, qué criatura más amable!

ABELITO: —Esencia de alfilerillo, unas hojitas de yaoyín, licor de colapiche y algún otro secreto. El sabor de la meseta al amanecer. ¿Le gusta? También tiene efectos sedantes. ¿Se siente mejor?

SIGFRIDE toma un trago. CRISANTO le saca el vaso. SIGFRIDE no se lo da. Toma otro trago.

CRISANTO: —Sí, ya se siente mejor y se va. Le llamo un taxi.

SIGFRIDE: —No, no, está bien. Me voy caminando. Cuidá a tu papá.

CRISANTO: —La acompaño.

SIGFRIDE: —¡No! Gracias, querido. Muy rico. Dijiste meseta.

ABELITO: —Sí. Me inspiro en las plantas y en los aromas de la meseta.

SIGFRIDE: —Ay, ese desierto encantador. Papá tenía un campo con miles de ovejas. Qué tiernas y sumisas. ¿Te acordás, Crisanto, de ese rancho que buscamos durante horas y horas?

CRISANTO: —Usted ya se iba. La esperan.

SIGFRIDE da unos pasos torpes. ABELITO la agarra de un brazo. La ayuda a sentarse.

SIGFRIDE: —Gracias, querido.

ABELITO: —¿Se siente bien?

SIGFRIDE: —Sólo encontramos una tapera. Y huesos. Cientos de huesos esparcidos. Huesos lavados por la arena y el viento. ¿Te acordás, Crisanto? Se hizo de noche y los huesos brillaban bajo la luna. Una luna espejada y sarnosa.

CRISANTO: —(*Se pone unos guantes de boxeo.*) Gira a la derecha y ahora trava... muy recio... con golpes abiertos... combate a distancia... se lo quita de encima con empujón... y lo vuelve a amarrar otra vez... se sostiene en su accionar ofensivo...

- SIGFRIDE: –Vos desapareciste entre las ruinas del puesto. Yo quedé sola en ese paisaje lunar. Vi que las luces de la F100 parpadeaban. No pensé nada. Me subí. Apreté el acelerador. Sentía los huesos quebrados bajo las cubiertas. Manejaba a ciegas sobre esa superficie que se abría en miles de agujeros para arrojar huesos al mundo.
- CRISANTO: –Lo barre a la distancia con impactos largos... a corta distancia busca la línea del cuerpo... busca un camino para la derecha, lo mide... ¡Derechazo tremendo y cae Frazer! Dominador total Crisanto Nahuelquir...
- SIGFRIDE: –En un momento frené. No sé cuánto tiempo había pasado. Me recompuse. Quise volver a buscarte pero no encontré la huella. Descubrí rastros de animales. Me asusté.
- CRISANTO: –Los espectadores se levantan aplaudiendo... y ahora Nahuelquir va a buscar el remate. Tiene la situación a su merced. Puede buscar con frescura mental el remate y no... lanza golpes a la volea...

CRISANTO se desploma en el rincón opuesto de SIGFRIDE.

- SIGFRIDE: –Al otro día salí con dos peones de la estancia. Encontramos el puesto. Vos no estabas. Te buscamos durante una semana. Sí, Abelito, lo buscamos a caballo, a pie. Tragado por el desierto. Abducido por los médanos hambrientos. Ese páramo me confundía. Me parecía estar siempre en el mismo lugar. Mi cuerpo daba cuenta del transcurso del tiempo por la sequedad.

El ring desaparece. Ahora es la superficie de la meseta.

CRISANTO da algunos golpes al aire y dice algunas palabras inconexas. SIGFRIDE intenta pararse una y otra vez y también comienza a desarticularse su lenguaje. ABELITTO va diciendo el monólogo mientras saca del bolso plantas, esencias, huesos, una coctelera y va preparando los tragos.

- SIGFRIDE: –Clamaba por daikiris con Mimisha en el Palace. Así de seca seguí... Te lo juro. Te llamaba pero el viento y la tierra me sofocaban. Puta tierra que me había arrebatado a mi criaturita. Al final papá me tuvo que extirpar del desierto. Y me llevó a

un campo de la Pampa Húmeda para que me hidratara... Me metieron en un tanque australiano con un peón que me vigilaba, día y noche... Y al mes, Adelita me llamó para decirme que te habían encontrado...

ABELITO: —La meseta tiene memoria. Hay que darle tiempo. Entrarle despacio. Detenerse en un neneo. Acompañarlo callado. Y ahí se entrega. Igual que los huesos. Son desconfiados al principio. Yo los saludo. Con pocas palabras. Cuando hay mucha palabra se ponen sordos. Nadie me enseñó. Nací con una paciencia esteparia.

SIGFRIDE se levanta y va al rincón donde está CRISANTO.

CRISANTO: —Anduve perdido un mes. Un cuerito de oveja encontré en la tapera. Ahí en el fondo, entre la lana reseca y cuarteada me vino el olor...

SIGFRIDE: —Pero volviste. Y después cuando creí que ya no te vería más apareciste en el geriátrico. Decí que me querías. ¡Decímelo!

CRISANTO: —¡No se me acerque!

ABELITO: —Una paciencia esteparia. Una paciencia de arena. Una paciencia nacida de los huesos. Una paciencia de luz mala. Una paciencia de choique estelar.

SIGFRIDE: —Abelito, soy tu abuela.

ABELITO: —No, señora.

SIGFRIDE: —Podríamos vivir acá los tres.

CRISANTO se levanta y la agarra del cuello.

CRISANTO: —¡Usted está muerta!

ABELITO: —Una paciencia de fósil marino. Una paciencia huérfana. Una paciencia cavernaria. Una paciencia molecular. Una paciencia amasada en sangre. ¡Basta! ¡Cada uno a su rincón!

CRISANTO y SIGFRIDE intentan acercarse a ABELITO.

CRISANTO: —Pero... yo...

SIGFRIDE: —Querido...

ABELITO: —(*Sigue con sus tragos.*) ¡Se me quedan quietos! Uno en cada rincón. No me dejan escuchar. Paramela... macachín... michay... ¡quilenbai! Zampa... leña de piedra...

ABELITO termina de preparar los tragos.

ABELITO: —(*A Crisanto.*) Tome. Se lo toma todo. Sin respirar. (*A Sigfride.*) Para usted. Brindemos.

SIGFRIDE: —(*Toma un trago.*) ¡No veo! ¿Qué le pusiste a esto? ¡No quiero volver! Podemos...

ABELITO se acerca a SIGFRIDE, le acerca el vaso a la boca.

ABELITO: —¡Shhh! Usted es un espectro, una reverberación subterránea. Un eco de los ecos de las botas de los ejércitos que sus apellidos agenciaron y replicaron año tras año, legua a legua. Escuche los gritos de la arena. El dolor apretado en cada pliegue del páramo. Las cicatrices en la piel del mundo. La animalidad apagada. Los yuyos creciendo aterrados, tristes. Mire, este yaoyin me cuenta la desgracia, las aguadas secas, las nidadas turbias de hambre, el espanto en los ojos de las criaturas acechadas.

SIGFRIDE termina el trago.

ABELITO: —Ahora se va. Esta meseta no la puede digerir. Usted no es material nutriente para esta tierra.

SIGFRIDE se para y parece a punto de gritar algo pero no le salen sonidos.

ABELITO: —¡Se va! ¡Ahora! (*Hace algún amague y finalmente desaparece.*)

CRISANTO toma un trago largo. Mira el vaso que tiene en la mano. Lo huele. Camina unos pasos. La luz baja, sonidos de viento, de animales, de instrumentos mapuches, algunas voces.

CRISANTO: —Del puesto solo quedaba una pared roída por el salitre. Me acordé de la laguna... Me acordé de todo. Mi primera cicatriz... La laguna helada. Corro sobre el hielo. Me siguen los perros. Me río

de las patinadas sobre el agua helada del Mancha. El Coco ladra en la orilla. En las plantas de los pies siento las grietas del hielo resquebrajándose. El Mancha y el Coco ladran y corren por el borde de la escarcha. Grito y el agua me sube a las rodillas. Veo la puerta de la casa que se abre y la abuela que corre.

El corazón me late muy fuerte y el agua fría se me mete en todo el cuerpo. Escucho el chapoteo de la abuela rompiendo el hielo de la orilla. “¡Hijito!” grita mientras me aprieta entre sus brazos. El hielo me raspa las piernas. En la orilla se para a respirar. Me lleva a la casa. Me saca la ropa mojada y me mete en la cama. Me pone encima ese cuerito de cordero... *(A Abelito.)* Mirá, estas son las cicatrices, las primeras, como hilitos de escarcha...

ABELITO: —Nadie escapa a las cicatrices.

CRISANTO: —*(Se saca la camisa.) (A público.)* Miren, esta tierra está llena de cicatrices. La piel del mundo se deshace. Y yo. *(Se busca otras cicatrices.)* Esta. Es de cuando nos sacaron del puesto. Y acá... el patronato... Mi primera pelea...

ABELITO: —Eso. Siga. Busque. Las suyas. Las de la tierra.

CRISANTO desaparece. La meseta y la música y voces también.

ABELITO: —Un trago no es solo una mezcla, es una oportunidad... ¡Salud!

FIN

LA GUERRA, ESE ODIO FÉRTIL

Aníbal Albornoz Ávila

*“Imagínate que hay una guerra
y nadie va...”*

(Martín Niemöller)

Aníbal Albornoz Ávila

De la Cuenca Minera de Río Turbio, Santa Cruz, es poeta, dramaturgo, novelista y creador de letras para canciones. Es autor de los libros *Aguacero del triste* (poesía), *Pájaros con ojos de vidala* (poesía), *Aguas de lavar almas* (teatro), *El maridaje de Ivanikha Gorki* (teatro), *La jaula de un hombre*, *Las amanecidas del Fiordo Caupolicán* (Editado por el Instituto Nacional del Teatro), *La flor torrentosa* (teatro), *Tempranas margaritas* (novela editada en España) y *Probanza del retablo* (compendio de obras teatrales de su autoría).

Estuvo a cargo del elenco estable de la UART (Unidad Académica Río Turbio) de la Universidad Nacional de la Patagonia Austral, como dramaturgo y director.

Ha creado, con letras de su autoría, canciones con músicos de este país como Raúl Carnota, Eduardo Guajardo, Juan Falú, Mario Díaz, Ramón Navarro, Néstor Basurto y una veintena de músicos del cancionero nacional.

PERSONAJES

HOMBRE

MADRE

PROPAGANDISTA

El HOMBRE atildado de traje oscuro lee papeles sobre un escritorio. En el mueble hay libros, un vaso con agua, un teléfono y un retrato familiar. Tres sillas hay en escena: dos cercanas al escritorio y otra lejana. Una música suave (Paris in the spring, Enrique “Mono” Villegas) acompaña la atmósfera escénica. El HOMBRE alza su cabeza con ademán nervioso mientras se acerca a proscenio.

HOMBRE: —Ese escrito (*Señala un papel en el escritorio.*) es un grito. Tremendo, descarnado, verosímil... fiel. Pero, (*Largo silencio.*) yo alego en contra, sin cortapisa, ciego a cualquier demanda apelativa, por más fuerte o descarnada, como ya he dicho, que sea lo que me llegue. Y lo hago de un modo racional, expeditivo, pragmático. (*Silencio.*) Veamos, yo debo contestar a un grito, al drama de ese escrito; a la tragedia de ese texto. Este... (*Acomoda su corbata.*), podría decirle: Señor mío, (*Hace una señal con su dedo como si subrayara la frase.*) he recibido su misiva en donde usted plantea con claridad su punto de vista sobre la guerra, y expone, igualmente, con singular dolor, su experiencia de guerra. Otro será el momento de discutir sobre si los emblemas patrios son soberanías en sí mismos o si esos emblemas abstractos necesitan un contenido concreto, real, palpable, de soberanía. En otro momento será el tiempo de discurrir sobre el tema de alusión. Sí, señor. (*Silencio.*) Vuelvo sobre su misiva, y particularizo sobre lo que comenta que le ocurrió a la vuelta de la guerra, allá, en esas islas lejanas, frías, ventosas y con roquedales húmedos. Islas inescrutables en sus destinos. Confieso (*Entrelazando las manos en señal de disculpa.*) que no he leído al novelista peruano Manuel Scorza. Tampoco, obviamente, sé de esa anécdota que lo llevó a escribir su libro ‘Garabombo, el invisible’. En todo caso, es sumamente sabroso el episodio en el que el escritor se encuentra con un viejo amigo en un pueblo del Perú, y este, sin decir agua va, le comenta que cuando pasaba un puente cercano al encuentro de ellos dos se invisibilizaba. ¡Invisible!

El escritor, digamos el señor Scorza, sorprendido, creyendo que la locura había atrapado a su amigo, preguntó por qué la invisibilidad en ese lugar; es decir, cuando trasponía el puente. Su amigo le comentó que tenía un problema administrativo sin resolver con el municipio, y sabiendo que el alcalde pasaba por ese puente todos los días, al mediodía, puntualmente, se dio a esperarlo día a día, comprobando que presuntamente no lo veía. De allí esa situación de invisibilidad. ¿Qué tiene que ver esa anécdota con quien me interpela? Verán, *(Hace un silencio meditativo.)* usted me dice, señor, que una vez llegado al continente, al finalizar la guerra, sintió que nadie lo vio, que su ausencia se ha ausentado hasta la fecha de remisión de este, su escrito, y que no cree que esa situación vaya a cambiar. Que en su pueblo de montaña, bien al norte del país, lo creen loco desde que comenzó a esgrimir como situación de su sufrimiento moral el de ser un ser invisible. Pero esto no es óbice para decirle, señor, que un buen soldado tiene un renunciamento total, inclusive, con un martirologio posterior a esa guerra, como el suyo; todo esto entendiendo que la suma de cualquier vicisitud es nada si la lucha es por la patria. *(Eleva su voz.)* Ya sé, me dirá que la patria es un símbolo, una entelequia en esta discusión dialéctica, pero es a fuerza de un sentimiento profundo, de un interés ideológico que la patria se corresponde a lo más fuerte del sentimiento de un ciudadano. Algo visceral. Usted debe entender eso. ¡Patria! Siempre hay sevicia... *(Queda en silencio un momento, y luego, sin volver su cabeza para ver a una mujer sentada en la silla alejada del escritorio, pregunta.)* ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¿Tenía una cita conmigo?

La mujer acomoda en el piso un bolso, y luego, como si no hubiera escuchado las preguntas, desabrocha su saco de modo parsimonioso.

MADRE: —Soy, como verá, si da vuelta su cabeza, una mujer.

HOMBRE: —¿Una madre?

MADRE: —Alguien que lo escuchó pacientemente...

HOMBRE: —*(Interrumpiendo.)* Escuchando... ¿Pacientemente...?

MADRE: —Pacientemente... y vea que no creo que me hable la patria y su falsa épica. Es singular su sarcasmo, su mueca de ladronzuelo

de calles. El que aprovecha los descuidos de la gente... y algo le roba...

HOMBRE: —(*Arreglándose la corbata y tratando de parecer riguroso.*) También a las afrentas las combato con argumentos. A veces sin contestarle, dejándola en su evidencia discordante, mínima, grosera. Yo pregunto si es usted una madre. ¿Es una madre?

MADRE: —(*Silencio.*)

HOMBRE: —¿Es o no es? Una persona tan vehemente debiera contestar. ¿O le teme a la discusión inteligente? ¿O es una intrusa? De saber con quién hablo, sabré razonablemente si seguir hablando o no...

MADRE: —Una mujer siempre es una madre, pero si usted quiere no abundaré en sentimientos o lástimas. Ya veo que converso con la razón de las locuras.

HOMBRE: —O la razón.

MADRE: —O la prédica de la razón que siempre asiste a la locura, o las maniobras irracionales como son las guerras. La guerra, señor, es siempre un odio fértil. Eso es...

HOMBRE: —Siento que tendré que repreguntar... respetuosamente...

MADRE: —(*Interrumpiendo.*) ¡Soy madre!

HOMBRE: —(*Se acerca a la silla del escritorio y bebe un poco de agua.*) Una madre... ¿y madre de quién?

MADRE: —Hay hijos innumerables, señor.

HOMBRE: —Pero... un hijo particular, digo. Alguien con nombre y apellido. Con origen. Perteneciente...

MADRE: —(*Con suavidad.*) Hijo ausente. Hijo de duelo. Hijo deudo. Hijo... La guerra no sabe de hijos, mejor dicho, los que inventan las guerras no saben de más hijos que los suyos. Entrega sin remordimiento a los otros, a los que considera hijos de nadie... Pero estamos las madres. Las madres de un desconsuelo particular, levantisco. Naturaleza pura... Las madres, señor, doblegamos la conciencia de las guerras...

HOMBRE: —Las guerras, madre, tienen semillas en los mismos seres humanos. ¡Ya mismo (*Con severidad.*) les mostraría esa razón! (*Saca del cajón del escritorio un mapamundi.*) ¡Vea! ¿Dígame, en qué lugar de la Tierra no hay una guerra? Hablo de todas, inclusive, las rencillas más hogareñas. Niégume en qué lugar del globo no se está fermentando una próxima guerra. Dígame... Además, madre,

todas las guerras son santas, como dice Anouilh, sino los desafío a que encuentren a un guerrero que no crea tener el cielo de su parte...

- MADRE: —En mí, que soy un mapa visible, no hay guerra alguna... no creo en la destrucción del espíritu. Nos pasa a los hombres que tenemos muchos frentes de lucha. Un historial de luchas: dictaduras, por ejemplo; gobiernos condescendientes, por ejemplo. Desmemorias, también...
- HOMBRE: —Nómbreme alguien más...
- MADRE: —Las madres innumerables, las lágrimas que desatienden sus razones, sus razones mínimas... sus subterfugios más oscuros.
- HOMBRE: —Una apelación, madre. Una apelación no plural.
- MADRE: —Una apelación. Suficiente si es la madre del hijo innumerable...
- HOMBRE: —No es una razón, o mejor dicho no son todas las razones su razón... *(Se acerca lentamente a la mujer.)* ¿Usted, señora mía, no será la madre del soldado de la carta?
- MADRE: —¿Qué carta?
- HOMBRE: —*(Señalando hacia el escritorio.)* ¡Un texto! Singular...
- MADRE: —*(Interrumpiendo.)* Doloroso... Seguramente doloroso.
- HOMBRE: —*(Con sorna.)* Sin adivinanzas...
- MADRE: —Intuición, señor. El dolor es un sentido cercano a nuestra percepción. Raíz, matriz, lo que usted quiera que tenemos las mujeres...
- HOMBRE: —¿Las mujeres madres?
- MADRE: —Las mujeres. Las madres...
- HOMBRE: —Pero, ¿es usted madre del soldado que hizo esta remisión particular? ¿Cómo era el nombre de su hijo? ¿Cómo se llama su hijo?
- MADRE: —Una madre, según Galeano...
- HOMBRE: —¿El autor?
- MADRE: —*(Asevera moviendo sus manos.)* ¡Él! Eduardo Galeano... Sí, un autor.
- HOMBRE: —¿Diciendo qué...? ¡Perdón la interrupción!
- MADRE: —*(Amablemente.)* Tome asiento, señor. Quizá aquí cerca, o mejor ocupe mi asiento mientras le cuento.

Silencio.

MADRE: —Yo necesitaré decirle de pie y con modales esta historia fecunda...
HOMBRE: —(*Sentándose en la silla.*) ¡Veo que mi jornada será de sorpresa en sorpresa! (*Con ademanes ampulosos señala el texto, y luego, a la mujer que se concentra como si estuviera por realizar una actuación teatral.*)

Escena con una música instrumental de fondo 'No puedo creer que estés enamorada de mí' de Enrique "Mono" Villegas (Jazz).

MADRE: —(*Haciendo el remedo de alguien que abre un paraguas.*) Una señora se había batido a paraguazos en una avenida de París contra toda una brigada de obreros municipales. Los obreros (*Imita un arma con su paraguas.*) estaban cazando palomas cuando ella emergió de un increíble Ford a bigotes, un coche de museo, de aquellos que arrancaban a manivela (*Mueve imaginariamente la manivela.*); y blandiendo su paraguas (*Hace como si realizara una estocada furibunda, parando cerca del estómago del hombre que la mira con estupor.*) se lanzó al ataque. A mandobles se abrió paso, y su paraguas justiciero rompió las redes donde las palomas habían sido atrapadas. Entonces, mientras las palomas huían en blanco alboroto, la señora la emprendió a paraguazos contra los obreros. Los obreros no atinaron más que a protegerse (*Como si se protegiera con sus manos.*) como pudieron, con los brazos, y balbuceando protestas que ella no oía: “¡más respeto, señora, haga el favor!, estamos trabajando, ¡son órdenes superiores, señora! ¿Por qué no le pega al alcalde? ¡Cálmese, señora, ¿qué bicho le picó?! Se ha vuelto loca esta mujer...”

Silencio. Luego gira suavemente y se cruza de brazos. Aumenta por un instante la música, luego decrece.

Cuando a la indignada señora se le cansó el brazo, y se apoyó en una pared para tomar aliento, (*Hace como si estuviera apoyada en una pared.*) los obreros exigieron una explicación.

Después de un largo silencio, ella dijo: ¡Mi hijo murió!

Los obreros dijeron que lamentaban mucho, pero que ellos no tenían la culpa. También dijeron que esa mañana había mucho que hacer. “Usted comprenda”.

¡Mi hijo murió!, repitió ella. *(Moviendo sus manos con aflicción.)*

¡Murió! ¡Ay!

Y los obreros callaron y estuvieron un largo rato pensando. Y por fin, señalando a las palomas que andaban por los cielos y los tejados y las veredas, propusieron:

Señora, ¿por qué no se lleva a su hijo y nos deja trabajar en paz?

Ella se enderezó el sombrero negro: ¡Ah, no! ¡Eso sí que no!

Miró a través de los obreros como si fueran de vidrio y muy serenamente dijo: Yo no sé cuál de las palomas es mi hijo, y si supiera, tampoco me lo llevaría, ¿por qué? ¿Qué derecho tengo yo a separarlo de sus amigos? *(Queda con la cabeza suavemente inclinada, en señal de saludo.)*

El HOMBRE aplaude un instante y luego se detiene bruscamente moviendo la cabeza en signo de desaprobación. Cesa la música.

MADRE: —*(Volviendo lentamente a su asiento.)* La madre del hijo innumerable, señor. *(Hace como si cerrara el paraguas imaginario.)*

Silencio. Aumenta la música un momento y a continuación, decrece. El HOMBRE se saca el saco y afloja su corbata. Suspira hondo y estira los brazos buscando una distensión. La MADRE se acomoda lentamente en la silla y su expresión de actuación cambia a la MADRE lenta de movimientos, que pareciera en escena.

MADRE: —Ya ve, el hijo. El hijo es esta situación y esta otra y su repetición infinita. Puede ser esa paloma *(Señala el lugar en donde desarrolló su monólogo.)* o las ausencias que se callan con un dolor que fragmenta el corazón. Se debe imaginar usted tan terrible acontecimiento. Uno acomete con el coraje que le da el alma. Se remedia diciéndose “yo sabré buscar con fuerzas que me dará la tristeza”. Un modo, verá, de exorcizar la muerte...

HOMBRE: —Yo jamás negaría tal realidad. Pasa, madre, que debo responder sobre todas las cosas. Una especie de sepulturero, ¿me entiende?

MADRE: —¿Un sepulturero tiene dignidad? He conocido sepultureros.

HOMBRE: —Madre, hablo de lo inevitable. Yo realizo lo inevitable... Para serle más claro, desactivo la razón más razonable. Para eso necesito saber sobre el núcleo más sensible de ese artefacto, y

cuando hablo de esto como objeto me refiero a las palabras, a las apelaciones más deliciosas. Por supuesto que el núcleo del que hablo es la concordancia más perfecta entre el argumento y su destino. Las hay de variadísimas maneras...

MADRE: —¿Sería usted un fusible de algo?

HOMBRE: —¡Exactamente! Bien se imagina. Como usted es un fusible de su dolor...

MADRE: —Dignidad sobre dignidad, señor.

HOMBRE: —No digo menos. Yo concurro a desactivar, inclusive, su reclamo dolorido, luctuoso. *(Extiende los dedos de su mano como si tuviera algo en ellos.)* Yo, con este artefacto entre dedos, debo ser razonable de toda razonabilidad. Me han ordenado desactivarlo, por ejemplo. Es una orden, *(Como si dejara con mucho celo el contenido de sus dedos en el escritorio.)* debo cumplirla. Allí está esa carga y mi análisis no debe demorar. Debo procurar silenciar su eco, ¿entiende, madre?

MADRE: —*(Yendo al escritorio con decisión.)* Vea, señor, si este objeto de su celo absoluto es mi alma, yo lo defenderé con uñas y dientes...

HOMBRE: —*(Trata de que ella no toque el objeto.)* ¡Apártese, señora! ¡Juega con fuego, peligrosamente...! *(Forcejea con la mujer.)*

MADRE: —Si es mi alma, la defenderé, señor. *(Con vehemencia.)* ¿Es mi alma? Cuente sin miramientos...

HOMBRE: —*(Tratando que la mujer no guarde el objeto en un bolso imaginario.)* ¡No, no! Pasa *(Desesperado.)* que es un alma innumerable y...

MADRE: —Entonces, también es mío... ¡Retroceda! No ponga su deber sepulturero en este objeto...

HOMBRE: —No lo haré, pero déjelo sobre el escritorio. *(Angustiado.)* Se lo suplico.

MADRE: —Allí está...

HOMBRE: —Se lo agradezco, madre, ya que aparte de las almas imaginarias, está... *(Se queda en silencio.)*

MADRE: —¿Qué cosa? Aparte de las almas innumerables como quizá debió decir, y no imaginable, ¿qué más?

HOMBRE: —Bueno...

MADRE: —*(Interrumpiendo.)* ¿Está la mía? ¿Es así, señor?

HOMBRE: —¡Sí, madre! La suya es la más sangrante, pero tiene un coraje especial. Es un núcleo sustantivo... *(Como si recobrara la noción del juego que realiza con la mujer.)* ¡Basta de esta patraña! ¡Sensatez! ¡Sensatez!

Silencio.

MADRE: —¿Y la carta?

HOMBRE: —¿Qué carta, mujer...?

MADRE: —La del soldado, señor. ¿Ha olvidado el primer artefacto?

HOMBRE: —La recuerdo. Tengo su núcleo exponencial. Mi argumento es el sentido de patria, cuando no encuentro respuestas perfectas, irrefutables, antepongo un recurso de vileza muy usado, consuetudinario. Simplemente hablo de la patria. Un modo de decir consignas, axiomas poco analizables... Madre...

MADRE: —Y efectivo, como su desnudo cinismo. Ciertamente la propaganda es el primer fuego abierto, ¿no?

HOMBRE: —Vea... Volvemos al oficio del sepulturero...

MADRE: —(*Interrumpiendo con energía.*) Es un argumento poco creíble, señor. El sepulturero, como el carpintero que hace el ataúd, es gente con un servicio ajeno a las causas que sirven a sus justificaciones. En este caso, a la muerte. Dignísimos oficios. En cambio, usted trata de desbaratar mi aflicción o mi profunda tristeza. No es cierto que con la palabra patria usted pueda persuadir a cualquiera.

Ingresa el PROPAGANDISTA. Un hombre que viste la mitad de un traje de payaso y otra parte con un traje sobrio. Lleva en su mano un megáfono multicolor. Grita, señalando a la mujer, con burla.

PROPAGANDISTA: —¡Profana, profana!

MADRE: —(*Mira al hombre con asombro.*) ¿Y este hombre?

HOMBRE: —(*Se encoge de hombros.*) Prefiguro que debe ser El Propagandista...

MADRE: —¿Supone?

HOMBRE: —(*Con sorna.*) El ayudante del sepulturero... se lo presento.

El PROPAGANDISTA se acerca a la mujer.

PROPAGANDISTA: —(*Severamente.*) Profana, aún en silencio se oye un sonido torrentoso en su humanidad...

MADRE: —¿Es acaso un payaso?

PROPAGANDISTA: —(*Sin usar el megáfono y mostrando el ropaje de payaso.*) Soy el que con risa publicita y manda el mensaje adecuado.

Silencio.

PROPAGANDISTA: —(*Mostrando la parte del traje sobrio y con modos severos.*) Soy el que insiste con un mensaje exacto, irrefutable. Vea, así, de ese modo, escucho la humanidad del que se opone, del que me refutará. Un soldado, digamos, soy. Un soldado de causas... (*Señalando al hombre.*) Él me instruye en el pensamiento que me posee... Obedezco dictados.

HOMBRE: —Ya ve, madre, oficios humanos...

MADRE: —¿Humanos?

HOMBRE: —Terrestres, si prefiere...

MADRE: —¿...?

HOMBRE: —Intuyo su silencio. ¿En dónde nos ubicaría, madre? ¡Ojo!, más allá de cualquier catadura moral y ética.

MADRE: —Yo los ubico en un pozo ciego, en un albañal... lastimoso, porque son seres humanos...

HOMBRE: —¿O en la vereda opuesta de su pensamiento?

PROPAGANDISTA: —(*Con risas.*) ¡No me persuade, no me persuade!

MADRE: —¿Pregunte a su conciencia?

PROPAGANDISTA: —(*Mirando al hombre, tratando de encontrar un argumento.*) ¡Diga!

HOMBRE: —¡Háblele de patria, hombre!

PROPAGANDISTA: —(*Arrogante, a viva voz, utilizando el megáfono.*) La patria constituye el sentimiento más afectivo del hombre. La patria es una madre que necesita cuidados, aún con riesgos de la vida propia. Se trata de abrir el pecho en toda su extensión. Si no nos debatimos como leones, ellos, los imperios, se adueñarán de nuestro suelo. Hacer lo contrario, advierto, será de antipatrias. Antipatrias, señores... ¡Casus belli! ¡Casus belli! ¡Motivos de guerra, señores! ¡Ius in bello! (*Mira al hombre para que le dé el significado de la expresión latina.*)

HOMBRE: —(*Perdiendo su compostura, y a viva voz.*) ¡Derecho de guerra! ¡Derecho de guerra! ¡Muerte a los... apátridas!

MADRE: —Veamos, señores, sin gritos y con pensamientos... (*Dirigiéndose al hombre.*) Veamos entonces el núcleo de esa carta que tiene en su escritorio, señor. Por ejemplo, allí, quien innegablemente dio su esfuerzo por una patria, le cuenta de su desolación. Pregunto, ¿la patria, madre tutelar, deja a sus hijos en la desolación? ¿El interés mayor de la patria es de la patria o de quien argumenta salvarla? ¿Quiénes son los dueños de las guerras?

- PROPAGANDISTA: —(*Interrumpiendo.*) ¡Casus belli! ¡Motivos de guerra!
- HOMBRE: —(*Con severidad, interrumpe los gritos del Propagandista.*) ¡No lo autorizo a persuadir con el grito cuando le proponen debate con pensamiento! ¡No! ¿Oyó?
- PROPAGANDISTA: —(*Con un mohín iracundo como si fuera un niño que recibe una orden severa.*) ¡Excúseme, señor! (*Con un hilo de voz.*) ¡Por favor!
- HOMBRE: —Tome agua... distiéndase. Haga silencio. En cuanto a usted, madre...
- MADRE: —Se humaniza cuando dice madre ...
- HOMBRE: —No crea que una palabra me llevará a perder el objetivo principal. El interés mayor. En cuanto a nombrarla de esa manera, me ha sorprendido en muchas partes de nuestra extensa charla. Será un acto reflejo... ¡no sé! Provengo de una madre y eso es impugnable, difícil de negar.
- MADRE: —¡Hábleme de su madre!
- HOMBRE: —No involucre sentimientos en mis tareas laborales.
- MADRE: —¿Laborales?
- HOMBRE: —De eso hablamos hace largo rato, mujer.
- MADRE: —¿Y el convencimiento?
- HOMBRE: —En la tarea encomendada se ejecuta el convencimiento. Como una inmanencia... hasta que viene otra tarea...
- MADRE: —¿Usted cree que es más que El Propagandista? Más importante, digo.
- HOMBRE: —Son jerarquías. Él no tiene palabras, no elabora. Yo elucubro sobre el interés mayor. Él repite. Yo analizo, él repite. Pronuncia mi pensamiento.
- MADRE: —Su jerarquía, a mi parecer, no difiere mucho, salvo en algunas palabras o en el hilván que hace de ellas... ¿Es usted un servidor de cualquier patrón?
- HOMBRE: —No simplifique mi tarea, señora.
- MADRE: —¿De cualquier patrón?
- HOMBRE: —Muchas veces es mi conciencia, señora. Usted simplifica mi jerarquía, también.
- MADRE: —¿Cualquier patrón?
- HOMBRE: —Ya he dicho hasta el cansancio que mi tarea y también la del Propagandista sirve en cualquier guerra... Dictaduras o democracias peticionan nuestros recursos. Aún para la paz...

mejor dicho, para la obediencia. Inextricables caminos me llevan en un destino, como se dará cuenta, imprevisible. Hay momentos que yo guardo mis libros y mi pluma y mis palabras grandilocuentes, fatuas o razonables, y, también, al propagandista, si es necesario, y espero de modo avizor, acechante, la propuesta. No tarda. Es más, debo luchar algunas veces en desigualdad de condiciones, debido a que los propagandistas no siempre son efectivos... competentes.

MADRE: —Siempre inventando un argumento...

HOMBRE: —Simplifica y minimiza mi tarea, señora. Mire, según el ensayista Morgan, el éxito es la aceptación de la ficción; la suspensión (*Carraspea*.) voluntaria de la incredulidad. Por ejemplo, que se crea a ciencia cierta que el rey está vestido aunque la evidencia nos diga lo contrario.

MADRE: —Argucias, engaños...

HOMBRE: —Persuasión... eufemismos...

MADRE: —Engaños...

HOMBRE: —(*Desoyendo a la mujer*.) Por ejemplo, mujer, un eufemismo en cualquier guerra, y usted lo sabe, puede denominarse “Objetivo alcanzado”, aunque se trate del horror de una bomba en una escuela y la muerte de sus niños. También, “Efectos colaterales”. Verá que son frases usadas hasta el cansancio, pero no, no se confunda, es en la repetición en donde cobra la mayor fuerza. Se internalizan en nosotros como un elemento significativo y común. Daños colaterales, vea usted... No digo nada y digo todo. Digo todo y no digo nada. Efectos colaterales... ¿Imagina usted un número ingente de niños muertos, despedazados por bombas espantosas con esquiras destructoras...? O juguetes-bombas, llamados “Ofensivas sutiles”: un niño cruza su patio de juegos, figúrese, y allí encuentra un muñecote de bellos colores y pacíficos diseños que cuando lo aprieta con ternura junto a su pecho estalla... Ofensivas sutiles...

MADRE: —Vaya con los argumentadores del espanto... ¡Ay, con ese odio fértil!

HOMBRE: —Minimiza la tarea, señora. Sigue e insiste en esa ofensiva. ¿Se imagina, usted, si se hablara de una guerra de manera cruda, evidenciando su sevicia, su criminalidad? No, nadie en su sano

juicio aceptaría. Mire, recuerdo algo del prestigioso Horacio que, con el tiempo, supe que era un clásico, un poeta latino. En realidad, me la escribió en un papel un general de la Nación. ¿Quiere saber?

MADRE: —Diga su argumento...

HOMBRE: —En su original, era algo así como: «Dulce et decorum est pro patria mori» (*«Dulce y honorable es morir por la patria»*.) ¿Cuento más?

MADRE: —Siga, siga... muestre su verdadera cara...

HOMBRE: —No ironice; no he dicho que soy un hombre ínclito, ilustre, etcétera. De cualquier modo, mujer, la potestad del poder que me contrata es muy fuerte... cohesionado, monolítico.

MADRE: —Un vampiro, veo...

HOMBRE: —Algo así y no tanto. Soy un ser práctico, pragmático, ¿O no lo son los tecnócratas que instruyen al pueblo para no temer a las futuras destrucciones medioambientales, llámese agua, aire? Muchas cosas matan en la paz, luego inventamos un pájaro o cualquier otro animal y graficamos allí toda la inmundicia. Sabrá usted, señora, que la paloma no es pacífica... sin embargo, ya ve, es el emblema que todos conocemos.

MADRE: —O sino usa la palabra patria, ¿no?

HOMBRE: —(*Ríe.*) No se ría mujer, es el uso y abuso. Es que esa palabra fabrica los mayores consensos. Uno grita patria...

El PROPAGANDISTA pega un salto y se lleva de modo ostentoso el megáfono a la boca.

PROPAGANDISTA: —¡Patria, lugar sublime de los hombres de verdaderas enterezas! ¡La infancia es la patria de los hombres!

HOMBRE: —(*Lo interrumpe sacándole con violencia el megáfono.*) Eso último (*Con risas.*) es poética de otra cosecha. Ya ve, señora, el poco ejercicio, la mediocridad del Propagandista... Pero es lo que se tiene... Sigo diciéndole que al nombrar la palabra Patria (*Mira al Propagandista con el puño levantado.*) Digo, al nombrar esa palabra, el alma se alerta y es ese mismo momento en que la mente pide el mensaje... Después, son cosa de nuestros prestigiosos propagandistas en los ejes de discusión. Vea que a veces, hasta nuestros refutadores más brillantes se preguntan si tienen razón teniéndolas. Comprobable es que vivimos de representaciones, mujer...

- MADRE: —Jamás me convencerá... ¡Ah! la frase de este hombre alienado, loco de remate, es del poeta Rilke. ¡La infancia es la patria de los hombres! Cartas a un joven poeta. Exquisito.
- HOMBRE: —No lo sabía, bienvenido a un nuevo conocimiento. En cuanto a persuadirla o convencerla, mire, no necesito hacerlo. (*Enumera con sus dedos.*) La sociedad ya está convencida, su familia, sus seres más entrañables lo están, sus compañeros de trabajo, la vecindad. Es cuestión de esperar...
- PROPAGANDISTA: —(*Haciendo bocina con las manos, grita.*) ¡Manu militari! ¡Manu militari!
- MADRE: —(Mira al hombre con expresión de sorpresa) ¿Eso?
- HOMBRE: —(*Poniéndole una mano en la boca al Propagandista.*) ¡Esquizofrenia de este hombre!
- MADRE: —¿Digo la expresión de este desaforado?
- HOMBRE: —¡Recurso a la fuerza para resolver un conflicto, mujer! Eso dice: Recurso a la fuerza para resolver conflictos.
- MADRE: —Es un loco este hombre... ¡usted lo ha desquiciado!
- HOMBRE: —Está convencido. Él, aunque usted no lo crea, era un refutador... un durísimo opositor... no muy singular, por supuesto... pero un opositor duro, implacable; aún con su medianía cultural...
- MADRE: —Su locura es inmensa...
- HOMBRE: —Vea, discutía todos los días con su mujer sobre los motivos de la guerra. Después que se fue su mujer, comenzó a discutir con sus hijos... finalmente sus vecinos embistieron con discusiones... ¡Discutió hasta con su psicólogo! Una tarde llegó estragado hasta mi casa y se puso a mi servicio. No es malo, es un poco arrebatado. (*Carraspea.*) He debido persuadirlo para siempre. Quería impugnar mis argumentos, imagínese.
- MADRE: —Tenía su verdad.
- HOMBRE: —Yo persuado. Soy eficiente en eso.
- MADRE: —Persuade, convence o arrinconas hasta la sinrazón a los que no tienen pensamiento. Se trata de eso, de tener un pensamiento, señor, para que ustedes no existan. Ustedes son un producto, fusibles de un sistema...
- HOMBRE: —¡Ha dado en el clavo! Debo reconocer que esa es la clave... si existiera un pensamiento, el poder no conseguiría la hegemonía que sostiene. Pero, claro, reconocer esas verdades no me hace

perder mi rumbo. Mi idea sustantiva, digo. Mi quehacer de creador ideológico...

MADRE: —Crea usted un imaginario colectivo... señor.

HOMBRE: —De hecho, sí. Hace poco, una empresa me pidió que disfrazara legalmente los despidos y la precarización de los contratos de sus empleados, y yo tomé la frase “Reforma laboral”. De mi cosecha elaboré documentación con entrelineados para el gremio. Se dieron los despidos, pero las luchas intestinas entre los perjudicados debilitaron las protestas. Mis documentos tenían omisiones nada ingenuas. Pasa que las palabras tienen condimentos diversos.

MADRE: —Veo. ¡Aterrador, señor!

HOMBRE: —Persuasión, mujer. ¡Ah! Goebbels, a la caída del régimen, se suicidó. Su mujer, Magda, mató a sus seis hijos envenenándolos y, luego, se suicidó. Un drama, señora. ¡Sostuvieron una idea hasta el final!

MADRE: —¿Y el que no entiende su parloteo? (*Hace la señal de un encomillado con sus dedos.*) Su parloteo ilustrado. Digo, de lo que plantea sobre la propaganda...

HOMBRE: —(*Efusiva.*) ¡Todos quieren entender! Mejor dicho, todos quieren involucrarse. Tomar partido. Vea, hace muchos años, una mujer muy humilde, en tiempos de la guerra de los norteamericanos y aquella coalición de países en el Golfo Pérsico, me preguntó sin decir agua va: “¿Qué quieren, señor, esos viejos envueltos en trapos?”. Yo me reí de aquella ocurrencia y le dije que era una guerra contra fanáticos enloquecidos. Ella se fue con esa noticia, pero antes murmuró una opinión: “Son gente fea... por lo menos lo que me muestra la televisión”. Quizá ya nunca más sepa que esos hombres feos luchaban desesperadamente por...

MADRE: —(*Interrumpe.*) Su libertad. Ante el descarado crimen de niños, jóvenes, ancianos... ¡Ufa!

HOMBRE: —Allí ve usted lo que se oculta. Una sola imagen de ese exterminio habría despertado una fuerte amonestación de la opinión pública mundial. Recuerde los “Daños colaterales”. Esa era la información...

MADRE: —Certezas de lo que llamamos guerra...

HOMBRE: —(*Interrumpiéndola con sorpresa.*) ¡Ah! Eso me hizo recordar el texto del joven soldado, señora. Él escribió algo así como... (*Se acerca al*

escritorio.) Mejor se lo leo. Esto aseveraba: “Muchas de las certezas de este mundo provienen de los sueños, algunas tienen la materia del horror y el espanto, otras transitan la belleza, el milagro y la humanidad más imperecedera, como es el canto de los hombres y los pájaros”.

MADRE: —Preciosa reflexión... Humana, fresca.

HOMBRE: —Son varias las consideraciones del joven soldado, señora. Estoy en la respuesta. Pero no crea que me es fácil. He tratado de desbaratar su texto tomándolo como un joven sin experiencia, vehemente y atolondrado. Pero confieso, su sentido es fuerte, valiente... persuasivo... peculiar.

MADRE: —Verdadero.

HOMBRE: —Pero manipulable.

MADRE: —En eso está usted...

HOMBRE: —Sigue minimizando mi tarea, señora. Para que usted sepa, vengo de una prosapia de mentes imaginativas. Por el tiempo anda un abuelo que ideó la Guerra del Chaco, ¿recuerda? Aquella que llevó a la guerra de Bolivia y Paraguay. El problema era de dos empresas petroleras, no de dos países, sin embargo, la guerra se llevó a cabo. Se mataban entre desgraciados empobrecidos. Vea que digo empobrecidos y no pobres, señora.

MADRE: —¿...?

HOMBRE: —Algo más, uno de ellos, de los que fue a la guerra, un maestro escribió un libro significativo que llamó “¡Ah, guerra, cómo te maldigo!”.

MADRE: —Veo que pese a historias importantes de sobremesa nada cambió en el linaje...

HOMBRE: —No crea, mujer... no crea. Hemos tenido luchadores sociales, revolucionarios, pero en minoría, debo confesarlo. Las calles que llevan nombres de mi linaje no son precisamente de estos últimos... Mi tarea también me lleva, en muchos casos, a bruñir apellidos, darle un lustre singular y, en otros casos, inventar una leyenda que los perdure, para dejarlos en el bronce.

MADRE: —¡Confesiones de un cínico...!

HOMBRE: —Acepto su amonestación. Fíjese usted, señora, que solo se necesita un enemigo y ya está. Se concentra toda la artillería en ese enemigo y todo lo demás viene por añadidura. Un enemigo

público es un artilugio perfecto. Vea, cuando todos están distraídos en esa pelea con el enemigo inventado, se realizan componendas, negocios turbios, etc.

MADRE: —Una confesión de parte, señor. Confesiones de un cínico.

El PROPAGANDISTA está en una silla como un muñeco desarticulado que mira de un lado a otro, según el hablante. Siempre lo entusiasman las palabras del HOMBRE.

HOMBRE: —Es rebatible su intolerancia, mujer.

MADRE: —No cuando se tiene certeza... como las del texto que analiza...

HOMBRE: —(Interrumpiendo.) Vuelvo al texto que me ocupa, madre...

MADRE: —(Con ironía.) ¿Madre? Prefiero no serlo. Por lo menos de usted...

HOMBRE: —(Con vacilación.) No es un tratamiento que me desagrade. Usted me ha demostrado dulzura, convicciones...

Suena el teléfono. El PROPAGANDISTA da un salto grotesco y atiende ante la atenta mirada del hombre, que con un gesto afligido, le pregunta por la llamada.

PROPAGANDISTA: —(Pone la mano en el tubo y dice alarmado.) ¡El poder, jefe!

MADRE: —¿El poder? ¿Nuevos trabajos? ¿De nuevo la guerra?

HOMBRE: —(Dejando el teléfono en el escritorio.) Sí, necesitan nuestro servicio (El Propagandista se incorpora y mira con sorna a la mujer.) Sí, nuestros servicios.

Los hombres se miran con evidente emoción.

MADRE: —¿...?

HOMBRE: —(Con amabilidad.) Le pediré, madre, que se retire. Debo refutar el escrito del soldado, y luego...

MADRE: —(Con decisión.) No hará falta, por lo menos el de contestar a quien ya no recibirá jamás su alegato...

HOMBRE: —(Con vacilación.) Entonces...

MADRE: —Es exacto lo que usted piensa, sí, mi hijo, ese soldado invisible, es ya un suave alimento para pájaros... Ha muerto.

La MADRE camina hacia la salida recitando un credo malherido con una letanía melancólica en repetición.

Que nadie le ofrezca un cielo,
él guarda para la tierra
el polen de toda muerte
y la muerte que se entierra.
Sueña ser hoy por la tierra,
madurando sin cansancios,
un suave alimento fértil
para sus pájaros mansos.

La luz se desvanece lentamente sobre los dos hombres. El PROPAGANDISTA yace en una silla como un muñeco desarticulado, mientras se oye la música de 'Tin Tin Deo', de Dizzy Gillespie, o fragmento de 'September in the rain', por Dinah Washington.

REGIÓN NOA

FLORES BLANCAS



**Natalio Aníbal Leonel
Bognanni**

Natalio Aníbal Leonel Bognanni

(Capital Federal, 22 de mayo de 1974). Vive en Jujuy desde 2006. Es actor, titiritero, director de teatro. Comenzó como actor en vocacional con Marisa Sánchez en I. Casanova Pcia. de Bs As. Estudió actuación en la E.M.A.D con Hilda Elola y E. Pavelic, y Profesor de artes en teatro en Jujuy. Participó como actor en co-producciones Teatro Mitre y Teatro Nacional Cervantes con *Los mirasoles* de Julio Sánchez Gardel, dirigido por Suárez Marzal (2010). *El paseador de pájaros* de Pablo Novak, dirigido por Tony Lestingi (2011) y en *El reloj de la discordia* de Edmundo Asfora, dirigido por Tina Serrano (2016). Como dramaturgo realizó *Cacería Saturno*, obra ganadora del 34° Fiesta Provincial de Teatro INT - Jujuy (2018) y *Flores blancas*, Obra ganadora del 36° Fiesta Provincial de Teatro INT - Jujuy (2021).

La escena representa un patio de casa suburbana. Una medianera con enredaderas crecidas, tupidas. Momentos antes del amanecer. Sale ALICIA vistiendo un saco grande gris, pesado, le cubre hasta los pies. Valija y canasto en mano, lleva cactus envueltos en papel de diario. Mira hacia afuera como esperando algo o a alguien.

ALICIA: —(A público.) Nos estamos yendo a comenzar otro amanecer. Mis hijos y yo. Aprovechar la luz para andar. No me fue fácil llegar a esta situación. En este patio sentí tanto frío y calor a la vez; aquí sentí desamor, soledad y el inicio de una gran pasión. Este verano tuvo aroma a flor de noche, intenso, flores blancas. Mi sonrisa apareció, despertó en mí después de tanto tiempo como si fuese la primera vez. Vibro por dentro ese dulce compas. Su voz esperanzadora caló hondo en mí. Muchas tardes, durante varios meses.

Comienza a aclarar, amanece.

La luna y las estrellas; las flores blancas y los sueños marcan los pasos del tiempo. (Sonríe.)
El tiempo, (Mira si vienen a buscarla, deja la valija y el cactus en el suelo.) sabe marcar los cuerpos y las almas, nuestra manera de vivir. Nos enseñaron a aguantar, nos volvieron menos. Contaba los rezos, tocaba las teclas del piano, no sabía luchar por mis sueños. Acá, gallo, frutales y su frescura. Sus manos abiertas a través del ligustro. Eternidad. Mis pensamientos aprendieron a volar con palabras cargadas de sentido. ¿Cómo no mirar las estrellas y verlas a ellas? Juntas nos movemos, brillo entre ellas, me siento fuerte. Cada instante que tuvimos, quedó en mí, del primero al último. Están metidas en mí, perduran. Llené mi vida de ocupaciones, placer de tener la casa limpia e ir detrás de todo. ¿Y mis sueños? Mi nombre, es Alicia.

Apagón. Representación tiempo pasado. Deja su tapado y valija, se dirige al muro con ligustro espeso, lo convierte en uno a medio crecer. Acomoda las ramas.

Me gustan las plantas. En casa de mis padres practicaba el piano y daba agua fresca a los helechos, las magnolias, las aromáticas... “Siempre me llevé mejor con las plantas que con las personas”, decía mamá. Esas cosas... calan hondo. Las plantas crecen y me separan de todo. Para mis padres siempre fui demasiado buena. Es que... “dentro de casa se está mejor”, decían. Sentía soledad. En familia pero tristemente sola. Aquí, las verdades se inventan. Mis días se llenan de rutina en esta casa. Ya tengo dos hijos pequeños y la heladera llena. Mi marido me trajo a vivir a este lugar donde el viento manda. Barrio fabril, no tan cerca de la Capital, con estación de tren, cine y club de inmigrantes, europeos, ¿no? Las casas todas iguales. Arena, tierra y viento. ¡Mucho por hacerse! Aquí no hay piano, no pudimos traerlo. Lo acepté. Mis días pasan sin mejorar. Los chicos crecen, ese es mi disfrute. Hace dos años que nos mudamos aquí. Hace poco mis vecinos se fueron contentos dejando la casa sola. Los trasladaron a un sector mejor. Espero que un día nos pase lo mismo.

Se dirige al ligustro, acomoda las ramas.

Vendrán vecinos nuevos al barrio. Matrimonio joven con dos hijos. Los futuros vecinos se mudarán al lado de esta casa. Aquí, detrás del joven ligustro. Él, joven de muy buena figura, habla de ella con admiración, y sus hijos son adorables. No habían bajado una silla y ya hay que decir. Despertó curiosidad su llegada. *(Pausa.)* Yo tengo un santo, siempre me acompaña. Ya de soltera, en casa de mis padres, le pedía paciencia ante la soledad. Rezaba mientras practicaba piano o cuidaba del jardín, siempre ocupada. Los días 20 afianzo mi fe, son sus días. Pido que me pase algo, no me siento bien. *(Pausa.)* Mis ruegos... un día golpeó la puerta de la casa de mis padres. Era callado. Ya venía con la aprobación de ellos, fue todo... demasiado rápido. No salté de alegría. Tuvimos pocos encuentros. No hubo promesas de aventuras. Le cocino. *(Pausa.)* Busco

continuar mis ruegos de los días 20. A un tren y un colectivo queda la capilla del santito.

Vuelve al muro, suma arbustos que crecen. Sugiere paso del tiempo.

Todos los meses tengo una nueva oportunidad para mejorar las cosas. Al comienzo pedí que me pasara algo y me lo dio, ahora necesito que me quiera, que se apiade de mi corazón. Él ya no me respeta.

Estoy en el jardín. Llega a casa animado. (*Simula a su marido.*)

“Alicia”, dice. “Hoy comienza a cambiar nuestra vida. No vas a poder creerlo. Fueron mis esfuerzos. Lo conseguí...”. Y como una ingenua, en ese pequeño pedacito de tiempo pensé... una para mí. Volaba mi imaginación, una muestra de cariño, un futuro mejor. “Conseguí el lavado de manteles del bar del club alemán”. Y se pone a hacer números, “50 manteles tres veces por semana a 15 pesos el mantel. Solo por semana ¿Cuánto es?... ¿y al mes?... Por cuatro Alicia, multiplicá por cuatro... ¿y cuánto la temporada...?”.

Comprendo que ese trabajo es la gran noticia.

Apagón. ALICIA cuelga manteles, canta melodía monótona.

Es domingo de mañana, fresco y soleado. Estoy en el patio ocupada (*Controla los manteles.*) Hay expectativas en el barrio. No tengo más que esperar que ocurra. Se oye un automóvil que se detiene al lado, detrás estaciona un camión pequeño, silencia el ruidoso motor. Niños que ríen, gritan de contentos y voces de hombres que ordenan la bajada de muebles y cosas, no alcanzo a ver bien desde aquí. Se oye la voz de una mujer, dice algo a los pequeños que ríen y se quedan en silencio por un buen rato.

Representación tiempo presente.

A los pocos minutos, el camión se retira y la casa de al lado ya está ocupada. Quise acercarme, presentarme pero algo en ese momento me detuvo, algo que ya no está. Recuerdo que

almorzamos, no se habló mucho. Al terminar de comer dijo algo, se bañó y se fue. Aproveché para hacer dos budines. A la hora del té, arreglada me acerqué con un budín de mandarina. Me atendió la señora Emma, dio mucha importancia al gesto de darles la bienvenida, me presentó, ofreció que pase. Dije que estaba ocupada, al comenzar la retirada sentí su mirada.

Apagón. Representación tiempo pasado, noche.

Este aire fresco hiela los huesos, nublado y la bruma que viene del sur. Parece estar en un sueño. Estoy con problemas de ánimo, lloro sin saber porqué. Difícil conciliar el sueño, no duermo bien. Salgo al jardín, el viento sopla. Deseo que se forme un gran viento y se lo lleve y no podamos verlo más. Estoy cansada, la lucha es desigual. Un gran viento que se lo lleve, que se lo lleve. Este otoño, sabe de mi vacío.

Apagón. Paso del tiempo. Suma ligustros a la pared.

La tarde, el calor mueve la suave brisa. Los manteles están para ser descolgados. *(Comienza a descolgar los manteles.)* Los chicos juegan en la calle. Escucho una melodía. La vecina Emma está sola detrás del ligustro. Estamos las dos solas, bajo un cielo despejado. Me saluda y nos ponemos a charlar. Segura de sí misma, tiene calma al hablar y a mí como si me arrancase algo de pesar. Muy respetuosa. Dice que trabaja en una textil, hacen medias finas. Le cuento de mi niña y mi niño, que desde pequeña toco el piano. Reímos. *(Termina de descolgar los manteles.)* Quedamos en encontrarnos otro día, por la tarde. Como cuerdas en el alma, algo bello sonaba en mí. En pocas palabras comprendí porque la admira su marido, es admirable. *(Sale de escena mirando hacia la casa de la vecina.)*

Apagón. ALICIA sale al patio algo turbada.

Es domingo, salgo a respirar. En casa de la vecina están con visitas, están animados. Tocan guitarras y cantan. Se acerca

la vecina al ligustro, cruzamos palabras amables, dice que el domingo próximo festejará el cumpleaños de uno de sus chicos, nos invita. (*Alicia representando a Emma.*) “Un día podríamos salir al centro, nosotras, a mirar tiendas, al parque como buenas vecinas, ¿qué me dice Alicia?”.

Quedo movilizada por dentro, no sé qué contestar. Me gusta poder tener alguien con quien hablar. Entro a casa, mientras doblo los manteles cuento de la vecina, los niños ríen de contentos y... no le interesa, otro enojo, dice algo que no entiendo, se ríe y se va.

Este marido me desprecia delante de mis hijos. Mi pequeña siempre al borde de las lágrimas. Ya no lo soporto. Esta noche quedo mirando hacia la casa de mi vecina.

Apagón.

Es de mañana, despierto de mejor humor. Sirvo el desayuno y se va a trabajar.

Canturreo mientras riego las plantas. Cocino, lavo, espero la tarde, quizás suceda otro encuentro para cruzar palabras con mi nueva vecina.

Todo con olor a tierra mojada, con aroma a flor de noche, intenso. El regalo de las flores blancas inundaba el aire de fragancias, alegría.

La paso bien con Emma. Nuestras conversaciones pese a ser cortas, me animan. Ella está poco en su casa. Nos seguimos frecuentando ligustro por medio.

Coloca ligustro en el muro, paso del tiempo.

Las plantas crecen de a centímetros por día, cada vez nos vemos menos, pero aquí estamos. Al hombre que tengo en mi casa no le gusta que la vea. Desgraciado.

Ella me cuenta de su vida antes de formar familia, sus gustos, sus ideas. Yo escucho e imagino ese mundo y me hace olvidar. Todo en mí despierta. Le conté de mis plantas y del santito.

Representa a Emma.

“Este 20, podríamos acompañarla a ver al santo... podemos ir en auto. Iremos con nuestros hijos...”. Quedamos en ir juntas a la iglesia ese 20 de enero. No le dije a mi marido. Él no los quiere a mis vecinos. El viaje es rápido. Mis hijos están contentos. De regreso, a mitad de camino, detiene el auto frente a un parque, apaga el motor, los chicos suben a los juegos. Veo como se encienden sus ojos con cada proyecto que tiene. Las cosas que hacen con sus compañeras. Se preocupa por mí, iluminando mi interior. Recuerdo la fragancia de las flores blancas, las charlas ligustro por medio. Algo parece salirse de mi pecho.

Representando a Emma.

“Donde nos juntamos hay un piano, también un patio con un gran níspero donde juegan otros chicos”. Sus palabras comenzaron a tocar mi destino.

Apagón. Representación tiempo presente.

Fue la primera de una seguidilla de salidas, todos los sábados se hacen reuniones en casas de una amiga de Emma, una de las señoras. Al comienzo sólo iba a tocar el piano, mis hijos jugaban. Ellas charlaban, organizaban, escribían. Empecé a saber de sus ideas, me interesé. Emma supo de los maltratos a los que era sometida en mi casa, de las humillaciones, de las palizas. Me entregué a llorar en sus brazos. Teníamos mucho que hacer, tenemos mucho por hacer. Y como si hubiese estado escrito, como sin poder salir del destino, pasó lo que podía pasar.

Apagón. Representación tiempo pasado.

Es sábado, día de encuentros tranquilos. Tenemos para nosotras bastantes horas para estar, cada vez toco menos el piano. Me gusta estar con ellas, leemos, charlamos, sumamos fuerzas. Mis hijos disfrutaban tanto. Estas salidas son nuestro secreto.

Almorzamos. Mi alma se llena. Quiero que cada momento dure por siempre. Recuerdo que tengo que comprar unas cosas para mi niña. Emma se ofrece a acompañarnos a comprar. No, Emma, mejor no. No pueden vernos juntas, mi marido dice cosas feas de ustedes, por cómo piensan. Va ser para problemas. Sé que no estaba bien que nos vean juntas, no tendría como explicar esa situación. Supo convencerme, caminamos unas cuadras. Mis chiquitos estaban alegres, entramos a una tienda, y volvimos al vehículo.

Apagón. Patio de la casa de ALICIA.

Nos encontramos algunas tardes a leer un rato, ligustro por medio; manteles y palabras. Disfruto de los encuentros en este patio, reímos. Espero con ansias que vuelva de su trabajo. Lluve todos los días, empezamos a cortar ramitas que impiden que nos veamos, me pasa anotaciones, poesías, recortes de diarios. Mis ojos sedientos de saber comienzan a construir un túnel que permita vernos, acercarnos.

Tengo nervios de que me descubra. Comencé a darle a mi esposo pastillas para el sueño, menos golpes y desprecio para mí. Cansada de recibir nada, nada nuevo.

“No la dejaremos sola en esta. Queremos ayudarla Alicia. Cuando usted quiera. Mañana por la tarde tenemos reunión. Si quiere comenzamos mañana mismo. No tiene por qué sufrir esto. Duerma, piense y mañana antes que aclare me avisa. Aquí estaré esperándola”.

Ilusión de merecer estar con alguien sincero. Una amiga, compañeras. Siento esperanza. Tengo que alejarme de ese hombre, por mí, por mis hijos. Suspiro, miro al cielo y agradezco por sentirme viva.

Entro a la casa, ese hombre, el padre de mis dos hijos había vuelto. Grita, tira cosas, quiere humillarme, no sabe que me fortalece.

Todo sucede muy rápido. Mi esposo bebe más de la cuenta, gritos y más golpes. Y yo que ya no puedo cerrar los ojos, ya no puedo soportarlo.

Nos vemos de madrugada en horarios que no somos vistas. El túnel del ligustro es fácil de notar, planeamos lo prometido, empezar nuevamente con mis niños. Sueño estar junto a ellos, con mis niños en algún lugar siendo feliz. Sin desprecios, ni violencia. Nunca me sentí mejor.

“Mañana pasaré a buscarla por la confitería, ya tenemos una pensión para ustedes, es el comienzo. No estás sola querida”. Me acerco al qué dirán. En vilo a más de uno, envidian tanto, murmuran, viven como muertos.

Nuestra relación ya es sabida por casi todos en el barrio. Se dicen cosas de Emma y su marido. No están bien vistos para muchos. Pero si no te ayudan es muy difícil salir.

Ese mocoso pedante, inmaduro. Nos vio en la confitería juntas, planeando mi escape. La noticia corre como un virus, fortaleciéndose en sí misma. No me extraña que este secreto a voces traiga lamentos. Comienzo a subir la cantidad en las dosis de somníferos durante la cena. En la cama se oye el sueño pesado.

Apagón.

Es viernes por la tarde, los niños ya bañados. Momento de encontrarme con Emma.

Mañana es el gran día. Estoy nerviosa, a un día de nuestra libertad. Ya tengo alquilada la pensión donde alojarme junto a mis niños. Gracias, Emma, estoy tan cerca de comenzar de nuevo...

Se escucha el abrir de la puerta de casa, el ruido del rose de las maderas; Mi marido: “¿Qué hacés ahí junto al ligustro con esa quilombero?”, gritó. “No voy a soportarlo, voy a denunciarlos, ya te lo advertí, se acabó”. Entró a la casa, Emma me tranquiliza, luego entró a la suya. Sólo escucho silencio. *(Comienza a desvestirse)* Entro y trato de que se tranquilice, lo llevo a la habitación, acaricio su cabello, intento que se olvide, le digo que soy suya, me toma con fuerzas nuevamente. Trato de no hacer ruido, por los chicos, por Emma. Recuerdo el aroma de las flores blancas.

Apagón. Representación tiempo presente. ALICIA se viste, busca la valija. Se coloca su saco.

De esto ya pasaron dos semanas. Al otro día temprano, de madrugada, Emma y su familia se fueron de la casa de al lado, se fueron huyendo. Se fue al norte, con su marido y los chicos, a seguir con sus compromisos. Estoy segura de lo que quiero. Escribí una carta, ya me respondieron. Tengo trabajo, en la fábrica de medias de Emma. Tenemos casi todo arreglado. Hoy me voy de este lugar, de este mal hombre, con mis dos niños, a comenzar un nuevo amanecer, con lo puesto, lo mínimo. Las chicas son imprescindibles. Cama, mesa, silla, ollas, garrafa, su compañía. No será imposible, estoy acompañada. Él se fue a trabajar temprano.

Ellas me dieron todo en el momento más difícil.

Desde que se fue Emma, preparé el jardín. *(Busca el cactus.)* Separé gajitos de cactus, flor de noche. Los cactus crecen y florecen. Sus flores blancas son de una noche, embriagan, perduran en el tiempo, resisten. Caen para levantarse.

Mira hacia afuera, ve que vienen a buscarla, levanta la mano. Se dirige a foro.

Niños, tomen sus abrigos, rápido, que vinieron a buscarnos.

Toma la valija, el cactus, suspira y sonríe esperanzada.

FIN

NACER EN TIEMPOS VIOLENTOS

—

Reynaldo Castro

Reynaldo Castro

(San Pedro de Jujuy, 1962). Autor de *Cómo hacer identidades con las memorias. La experiencia de (re)construcción identitaria de familiares de detenidos-desaparecidos de San Salvador de Jujuy, Argentina* (2016); *El norte del sur: Escritores, escribidores y otros sujetos de moral dudosa* (2014); *Con vida los llevaron: Memorias de madres y familiares de detenidos-desaparecidos de San Salvador de Jujuy* (2004, 2008 y 2021); *Téjer con hilos rotos: Notas y entrevistas sobre una cultura de la memoria* (2005); y *El escepticismo militante: Conversaciones con Ernesto Aguirre* (1988). Ha editado: *Científicos de Jujuy* (2009); *Encuesta a la literatura jujeña contemporánea* (2006); y *Nueva poesía de Jujuy* (1991). Ha organizado el libro con poemas y dibujos de la poeta detenida-desaparecida Alcira Fidalgo, *Oficio de aurora* (2002). Fue el editor de la revista de memorias *Nadie olvida nada*, que dirigió Andrés Fidalgo, San Salvador de Jujuy, siete números (nº 1, 2004 – nº 7, 2006).

Entrevisté a mujeres que nacieron entre 1973 y 1983, en Jujuy o viven actualmente en esta provincia o sus padres vivieron aquí en la década del setenta. Con este trabajo intento conocer las subjetividades de aquellas que, desde temprana edad, fueron marcadas –de una u otra manera– por un ambiente social opresivo y peligroso.

Sus edades oscilaban, al momento de entrevistarlas (en el 2013), entre los 30 y 40 años. Hijas de personas que fueron detenidas y/o desaparecidas por el terrorismo de Estado. Indagué sobre los recuerdos o imágenes que tienen de los años de plomo. Con estas memorias, intento explicitar los problemas que tuvieron o tienen que resolver por formar parte de una generación que fue marcada muy tempranamente por aquellos trágicos años.

Las entrevistadas exponen sobre las marcas que guardan en sus memorias, sus miedos, dudas y certezas, como así también sus maneras de mirar críticamente a la situación social en la que vivieron su niñez.

En este trabajo no fijo la mirada sobre las atrocidades de la dictadura o las maneras en que los y las jóvenes de la década del setenta entregaron sus vidas por un ideal revolucionario. Ajusto mi objetivo en problemáticas de las hijas de aquellos que protagonizaron las luchas por subvertir los valores de una sociedad injusta y represiva. Coloco, en primer plano, el discurso de la generación que fue violentada desde sus primeros días y que muy pocos conocen.

Existen hijas e hijos que nacieron cuando sus madres estuvieron detenidas. A muchos, las Abuelas de Plaza de Mayo los siguen buscando, otros, afortunadamente lograron crecer con sus familias biológicas o fueron recuperados por las Abuelas.

¿Por qué no hablamos de los que nacieron en tiempos de represión dictatorial? Quizás porque aún no terminamos de cicatrizar esta herida. Algo grave nos ha pasado como sociedad. La dictadura fue tan terrorífica que rompió el diálogo entre generaciones. Trabajar esta cuestión es una deuda que tenemos para con los hijos e hijas de sobrevivientes a la masacre en su más extrema crueldad.

Para achicar esa deuda, me contacté con una decena de hijos e hijas, la mayoría aceptó la entrevista; pero, a la hora de contestar, sólo lo hicieron tres (una cuarta mandó unas breves, pero significativas líneas).

¿Cómo recuerdan sus primeros años? Mariana expresa que su único recuerdo es una imagen de su padre que la reta porque estaba comiendo con la boca llena. Ella precisa:

Esto se remonta a mis tres años de edad. Siempre he pensado que ese momento es previo a su secuestro que ocurrió un sábado, al mediodía, durante un almuerzo familiar, con motivo de la celebración de mi cumpleaños número tres. Esto último, lo de la celebración de mi cumpleaños, es un dato que descubrí recién hace poco; entre papeles archivados encontré un testimonio de mi abuela que relataba el secuestro de mi viejo. Desde muy chica, la fecha de mi cumpleaños es un momento muy especial.

Daniela nació en 1980. Sostiene que no tiene ningún recuerdo referido al terrorismo de Estado. Sabe que empezó a sacarles información a sus padres a partir de un hecho particular:

No recuerdo bien el año, sólo recuerdo que viajamos a Buenos Aires, con mi mamá y mi papá. Yo tendría entre 15 y 16 años, o tal vez 17, no puedo recordar... Recuerdo que con mi mamá nos sentamos en la Plaza de Mayo, a darle de comer a las palomas, mientras mi papá iba a hacer un trámite. Luego de unas horas volvió mi papá y lo acompañamos al Banco de la Nación, recuerdo que me quedé sorprendida por las grandes columnas de mármol del Banco... íbamos de oficina en oficina y hacía mucho calor. Entonces mi mamá y yo volvimos a la plaza, y ahí le pregunté qué estaba haciendo mi papá. La verdad que no recuerdo la respuesta exacta, pero sí recuerdo que me lo dijo, de una manera poco clara, algo así como un cuentito. Me dijo que hacía muchos años había pasado algo muy grave y que papá había estado preso, pero como había sido un error del país, ahora el país le pagaba por el daño que le habían hecho. Me veo en esa plaza, sentada con mi mamá, en un banco, dándole de comer a las palomas; algo que a mí me molesta, pero a ella le encanta. Nunca más pensé en eso, unas cuantas veces más lo hablé con mi mamá y me contaba cosas salteadas. Me ha contado que mi papá había estado desaparecido un tiempo, que luego lo

encontró gracias a la ayuda de mi padrino, que trabajaba en el partido Justicialista de Jujuy y que tenía muchos contactos; pero esa versión después cambió y me contó que lo encontró porque el hijo o el yerno de una vecina de una amiga de mi abuela materna, que vivía en Buenos Aires, tenía un compañero de celda que era de Jujuy. Algo que también me contó mi mamá fue que mi papá había estado preso en La Plata, pero yo nunca hacía preguntas porque de ese tema no se hablaba, ni se habla, en mi casa. Cuando yo decido ir a estudiar a La Plata, en 1999, ellos me llevaron en auto, paramos en la casa de mi tía Susana hasta que yo encontrara un lugar a donde quedarme. El día que volvían, mi papá, mientras se despedía, me dijo que para él había sido muy duro volver a La Plata y me quiso contar porqué y yo, en mi inocencia, lo interrumpí porque vi que tenía los ojos llenos de lágrimas. Le dije: “No te preocupés, pá, yo ya sé todo: la mamá me contó”, él me miró fijamente, sin entender por qué y cuándo mi mamá me había contado. Recuerdo que tragó saliva y me dijo: “Bueno, espero que La Plata te trate mejor; cuidate y estudiá mucho”.

Con pocos años de vida, Martina conoció la separación por partida doble. Primero fue separada de su madre y vivió con sus abuelos paternos; al poco tiempo tuvo que mudarse con los abuelos maternos. Desde Israel rememora:

El primer recuerdo nítido que tengo es el del día en que vinieron mi tía Rosa junto con mis dos hermanas a buscarme, a Buenos Aires, para llevarme a vivir con ellas a Paraná, Entre Ríos. A pesar de haber nacido en cautiverio, desde los once meses de vida había estado viviendo con mis abuelos Mauricio e Irene, padres de mi padre, en Buenos Aires. Pero a la edad de tres años y medio ellos decidieron irse del país y venirse a vivir a Israel. De ahí, el viaje de mi tía. En la escena que conforma mi primer recuerdo, yo lloro y grito desesperadamente por volver con mi abuelo Mauricio, al que llamaba “Papilí”. Él está parado en un andén de la terminal de ómnibus, mientras mi tía Rosa intenta calmarme desde arriba del colectivo. Era la segunda vez que me separaban de mi familia. La primera había sido cuando trasladaron a mi

mamá desde la cárcel de Villa Gorriti, en San Salvador de Jujuy a la de Devoto, en Buenos Aires; entonces, mis abuelos paternos se hicieron cargo de mí.

El lugar y fecha de nacimiento son cuestiones que nos acompañan siempre. En los documentos, en un curriculum vitae, en los datos para ingresar a una institución o empresa, siempre están esas coordenadas. Sin embargo, en el caso de Daniela, ella afirma que no son significativas. Distinta es la apreciación de las otras entrevistadas.

Para Martina, pesa más el lugar que la fecha.

El año en sí, 1975, no me resulta particularmente determinante, pero sí las circunstancias y el contexto de mi nacimiento. En cierta medida, la cárcel de Villa Gorriti, en la que pasé mis primeros meses de vida, sigue siendo el lugar desde el cual contemplo la existencia.

Mariana, en cambio, valora más la década en la que nació:

Nacer en los 70 no es lo mismo que haber nacido en los 80. Por una parte, no puedo dejar de valorar las cosas que tienen que ver con la militancia, la lucha por los derechos sociales, la defensa de los derechos humanos; es decir, todo lo que tenga que ver con el compromiso y la militancia. Al mismo tiempo, la derrota del proyecto político del cual formó parte mi viejo, me ha provocado cierta desconfianza y escepticismo, a tal punto que me resulta difícil identificarme plenamente con algún partido o agrupación política.

La transmisión de los hechos trágicos vividos en cada familia no es algo uniforme. Daniela dice que a ella “mucho no le transmitieron”. Mariana sostiene que los vivió en carne propia. Ella, desde niña, sabía que su padre había

formado parte de la organización Montoneros. Se lo había dicho su madre, pero no ocurre lo mismo con el resto de su familia: “es un tema tabú que hasta hoy en día no se habla”. Para Martina la cuestión resulta más difícil, quizás porque con la desaparición de su padre, su familia básica quedó compuesta por cuatro mujeres que “interpreta ese pasado en forma diferente”. Sostiene Martina:

Durante muchos años, la tragedia inundó nuestra cotidianeidad desde lo innombrable. Existieron frases sueltas, alguna que otra respuesta frente a algunas preguntas concretas... Pero, en realidad, creo que mi visión acerca de lo que le sucedió a mi familia es más bien un rompecabezas que sigue armándose a medida que voy encontrando piezas nuevas. Continuamente aparecen elementos (a través del encuentro con alguna persona, de un libro, una película, un lugar...) que le van agregando detalles a mis imágenes de ese pasado. Es como un enigma a descifrar.

Es posible que la reconstrucción completa sea irrealizable, por lo doloroso que significa la tarea misma. Así como existen padres que no quieren rememorar, para evitar la transmisión del sufrimiento a la generación siguiente, vemos que una hija prefiere que su padre no vuelva a sufrir al revivir los hechos trágicos. A nadie, por otro lado, le resulta soportable pensar en el horror por el que tuvieron que pasar sus progenitores.

María, otra hija de un desaparecido, me envió unas pocas líneas que son muy claras al respecto:

Conozco historias de muchas madres desaparecidas y de otras tantas, por suerte, sobrevivientes. Sé lo que duele pensar a tus seres más queridos torturados, golpeados. Sé cuánto más duro es pensar que alguien haya violado a tu vieja. Me cuesta hasta escribirlo porque fue el objeto de mis pesadillas durante mucho tiempo, esa violación quedó inscripta hasta en mi propia sexualidad.

La manera en que cada entrevistada rememora su infancia en medio de la represión dictatorial tampoco es uniforme. Para Daniela no existen recuerdos de la niñez asociados con la dictadura:

Siempre nos ocultaron la verdadera historia. Yo creo que lo hicieron a modo de protegernos, por miedo a que nos suceda algo e incluso pensé que no nos contaron para que otras personas no nos discriminen. Porque, antes del gobierno de [Néstor] Kirchner, a mucha gente le daba vergüenza o miedo hablar del tema; después, se puso de moda, se empezaron a recuperar una gran cantidad de hijos de desaparecidos. Mi infancia no está marcada por la dictadura, al menos conscientemente, sólo puedo decir que siempre me estigmatizó que me hayan bautizado a los cinco años, no era “normal”, y alguna vez pregunté por qué nos habían bautizado de grandes (mi hermano tenía diez años) y mi mamá me dijo que porque ellos recién se habían podido reconciliar con Dios.

Mariana, quizás por haber presenciado el secuestro de su padre, tiene un acercamiento más próximo a la historia en su más extrema ferocidad:

Desde muy pequeña siempre supe lo que le sucedió a mi viejo en su primer secuestro: las torturas y vejaciones que le hicieron. Cuando tenía diez años, sufrimos un allanamiento durante la noche. Nunca me voy a olvidar al otro día cuando me levanté y vi mi casa toda revuelta y desordenada. Recuerdo también cómo me enfrentaba con mis compañeras de la escuela durante la guerra de las Malvinas; para ellas, los militares eran unos héroes y para mí, asesinos. Si veía un Falcón verde me daba miedo. Cuando tocaban fuerte la puerta me daba miedo porque mi abuela me decía de la forma violenta en que entraban las patotas en los allanamientos. Me parece que la vivencia de los hijos ha sido muy distinta a la de las madres, esposas y demás familiares. Yo casi no conocí a mi viejo y más bien tengo una imagen fuertemente idealizada de él. Creo que me falta conocer más al padre de “carne y hueso” que al héroe.

Martina no tiene tan nítidos los recuerdos de aquellos años:

Hay retazos de mi historia de aquellos años que podría decir que conozco, pero la mayoría se me aparece como un eco, una sombra llegada de algún lugar remoto.

Como aún nos faltan narraciones que den cuenta de los años del horror, les pregunto cómo es el diálogo con los integrantes de la generación anterior. Daniela no conoce experiencias de intercambios generacionales en Jujuy y, en su caso, afirma que no existe ese diálogo. Mariana mira positivamente el desarrollo del primer juicio por crímenes de lesa humanidad, en esta provincia. “Antes era como más retaceada la información, era más difícil que se cuenten ciertas cosas por la impunidad reinante”, afirma. Martina va más allá:

En Israel tuve la oportunidad de conocer mucha gente que es de la primera, segunda y tercera generación de supervivientes del holocausto. En general, incluso los miembros de la tercera generación, no saben muy bien qué hacer con semejante carga. Hay cosas que sólo pueden asimilarse después de varias generaciones.

Desde el otro lado del océano, ella vislumbra algo nuevo:

Creo que hay cosas que incluso la generación de mis padres no logra comprender. Y nadie puede dialogar sobre cosas que no entiende. Desde mi punto de vista, las situaciones límite generadas por la dictadura abrieron una fractura a nivel de lo social, pero también en las dimensiones morales, espirituales, existenciales y estéticas de nuestra vida. En ese sentido, considero que los terribles sufrimientos, así como las experiencias dantescas que nos han tocado vivir son a su vez dolores de parto de algo nuevo que recién se está empezando a formar.

Martina sabe muy bien que la lucha contra la barbarie tiene una larga historia. Por eso, expresa:

Hace poco vi una ilustración hecha por un español donde se retrataba el entierro de un soldado republicano asesinado durante la guerra civil. Debajo estaba escrita la frase: “No son muertos, son semillas”. Pues bien, creo que nuestros desaparecidos también fueron semillas y que aquello que sembraron ahora está creciendo.

Y el diálogo entre las generaciones es uno de sus principales alimentos.

Mariana recuerda el reto de su padre, primero; la alegría de su cumpleaños, después; el dolor por el secuestro, finalmente. El cumpleaños como una marca de dolor que emerge en medio de una alegría fugaz.

En un segundo caso, no hay recuerdos de la temprana edad, quizás porque el padre no desapareció y por eso la que recuerda tiene una memoria enmarcada en su adolescencia. En ese recordar, aparece una madre que la trata como si fuese una niña a la que hay que contarle un cuentito. A esta hija, ese recuerdo queda asociado a una sensación molesta que no comparte con su madre, quien le cuenta versiones modificadas sobre la detención del hombre de la casa. Quizás, a la hija le molesta que de un tema crucial de la vida del padre no se hable en su casa. Le molesta y le duele porque, a pesar de no conocer toda la historia, debe mentirle a su propio padre (“No te preocupés, pá, yo ya sé todo”) para evitar que él vuelva a sufrir en la rememoración.

Que el primer recuerdo nítido de una persona sea una imagen de separación es muy fuerte. Una niña llora desde el ómnibus porque la separan de sus abuelos. Ella parte hacia un exilio interior, ellos emigran a Israel, los tres mirarán otros lugares, o mejor: ya no mirarán el mundo con los mismos ojos. Ella llora porque la separan de su “Papilí”, no de su “papi” o su “pá”; no es menor la diferencia: a un verdadero padre, por lo general, no se le dice “Papilí”, pero en este apodo hay parte (“Papi-lí”) de un padre que no puede estar presente. Es una imagen fuerte porque la que enuncia sabe que antes existe otra separación más fuerte que ocurre cuando a su madre la trasladan de cárcel. No lo expresa, pero sabe que también existió otra más dolorosa aún: la de su padre (su “papi”) que apenas alcanzó a verla en los primeros meses de su vida.

La imagen de un padre que reta quizás ayude a tapar otra: la de un joven que sufre en la tortura. Por otro lado, el padre que no sabe cómo contar quizás empuja a que una hija sostenga que ya sabe todo, cuando sabe muy poco o tal vez nada de lo que tuvo que sufrir su progenitor. Finalmente, está la imagen de la ausencia.

Lugar y fecha de nacimiento: dos coordenadas claves en la vida de cualquiera no resultan tan significativas para quien nació en 1980. Por el contrario, para una entrevistada que nació en la década anterior, los setenta connotan la militancia y el compromiso, pero también la derrota de una generación. Para la otra, vale más el lugar: nacer y vivir los primeros meses en prisión no es un detalle menor; para ella, la contemplación de la vida –o mejor: de su vida– aún hoy es desde la cárcel de Villa Gorriti, por más que viva actualmente en Israel.

No hablar de los hechos trágicos parece ser un denominador común. No transmitir nada o muy poco. Saber el nombre de la organización donde militó un ser querido, pero todo es incompleto, dolorosamente incompleto, porque duele nombrar y escribir sobre las vejaciones. Duele a la que rememora tanto o más que a la persona violada; afirmo esto porque cuando, en el relato, una hija afirma “sé lo que duele”, sabe, efectivamente que es un dolor muy grande pero no puede precisar qué tan grande es, por eso usa un artículo indefinido (“lo”). Aun así, sabe que es inconmensurablemente doloroso.

La rememoración de la propia infancia en tiempos represivos presenta variantes que señalan distintos climas de épocas. Mariana, quien nació antes del Golpe, puede recordar un allanamiento y el caos posterior de la mañana siguiente; también recuerda los enfrentamientos que tuvo con compañeras de colegio por la aventura bélica de Malvinas. Martina, en cambio, tiene un recuerdo difuso, quizás porque –como ella misma lo señaló– aún siente que su vida la contempla desde una cárcel. En tanto que Daniela siente que siempre le mintieron, que hasta su bautismo fue tardío porque a sus padres les llevó años reconciliarse con su religión. Una recuerda que sabía perfectamente sobre los mecanismos de represión; otra que su vida no encajaba en la normalidad de sus compañeros. Una vivió el bautismo de una de sus hermanas con militantes de una organización armada (este dato me contó la madre); otra fue bautizada muchos años después que la mayoría de los cristianos de su edad. Entre una y otra, están los hechos nunca bien aclarados, siempre insuficientes, de cómo fueron aquellos años.

Necesitamos narraciones y reflexiones para tener en claro lo que nos pasó. En algunos casos, por propia decisión de la generación mayor, no existe diálogo con la generación siguiente (por eso aparecen historias como cuentitos o de determinados temas no se habla). En este punto, las respuestas de Martina son extremadamente lúcidas; ella sabe que, en determinados momentos, la historia

es demasiado pesada para ser llevada por los hombros de una generación, que hacen falta varias generaciones para estar a la altura de las circunstancias que nos tocaron vivir. Asimismo, Martina es consciente de que el diálogo intergeneracional se realiza, en gran parte, por medio de silencios compartidos; por eso, necesitamos soluciones sociales, morales, espirituales, existenciales y estéticas. Sabe, además, que los dolores que nos quedan son señales de algo que está por nacer.

En sus respuestas, ella demuestra que no quedó detenida en la cárcel de Villa Gorriti. Que pudo viajar por el espacio para mirar con distanciamiento crítico lo que nos sucedió y compararlo con el holocausto generado por los nazis. Ella pudo viajar por el tiempo y comprender que nuestros detenidos son semillas que ahora empiezan a germinar gracias al diálogo fecundo que generan sus propias reflexiones.

En este trabajo hablamos sobre lo que significa nacer en tiempos represivos. Parece algo novedoso y, de hecho, lo es para nuestra sociedad. Hasta ahora casi nada se había dicho de los que nacieron en aquellos años. Sin embargo, en un libro que ya tiene varios siglos, alguien (o Alguien) escribió una posible solución para esta problemática: “Acuérdate de los días pasados, recuerda a las generaciones anteriores”.

Preguntá a tu madre, que te cuente.
Preguntá a tu padre, que te cuente.
Preguntá a tus abuelas y abuelos, que te expliquen.
Preguntá a tu tía, que te cuente.
Preguntá a tu tío, que te cuente.
Preguntá a tus hermanas mayores, que te cuenten.
Preguntá a tus hermanos mayores, que te cuenten.
Preguntá a tus amigas y tus amigos más grandes, que te expliquen.
Preguntá, pregunta, preguntá.

San Salvador de Jujuy, 20 de junio de 2013.

LA NORMALIDAD



Natalia Aparicio

A Julita.

A Pablo y a Manuel.

A mi mamá, por mostrarme el camino.

“La normalidad es un estado individual.

Propio e intransferible.

Existen tantas normalidades como seres”.

Natalia Aparicio

Artista Escénica. Licenciada en Actuación y Actriz Nacional. Egresada del Instituto Universitario Nacional de Artes y de la Escuela Nacional de Arte Dramático. Se ha perfeccionado en clown, dirección y dramaturgia. Ha trabajado en teatro, cine y televisión; tanto como actriz, coach, directora y dramaturga. Es docente de la Tecnicatura de Puesta en Escena y Producción Artística y del Profesorado de Teatro de Salta (I.S.P.A.). Es fundadora de la Escuela de Arte Dramático de Salta y directora del Centro de Teatro Expansivo. Como autora fue seleccionada por su obra Tanabata. La leyenda de papel en el Concurso de dramaturgia Proyecto 34° Sudáfrica-Argentina (Proyecto en traducción 2011). Y por su monólogo teatral Atenix en el 23° Concurso Nacional de Obras de Teatro: Teatro Abierto a Nuevas Miradas (2021). www.nataliaaparicio.com.ar / [@centrodeteatroexpansivo](https://www.instagram.com/centrodeteatroexpansivo)

PERSONAJES

BEATRIZ

LA PELUQUERA BERTA (OFF)

MARIDO (OFF AL TELÉFONO)

ESPECTADORAS/CLIENTAS

Peluquería dividida en tres zonas. Una sala de espera, muy amplia. La primera fila de butacas es parte de la sala de espera, rodeando la zona donde BEATRIZ esperará ser atendida en una silla que debe tener rueditas. Se sugiere que las personas que se auto perciben como mujeres ocupen las primeras filas de butacas, ya que la actriz, les otorgará un carácter ficcional como clientas de la peluquería. Una segunda zona de secado donde vemos una secadora de casco. Y otra zona, fuera de escena, de la que solo vemos su señalización que dice “Corte y tintura”.

ESCENA 1: PRESENTACIÓN DE BEATRIZ

Ingresa BEATRIZ, entra y sale tres veces. Transita la sala de espera. Está en un estado de duda constante.

BEATRIZ: —(A público.) Hola ¿Tengo que esperar a que salga alguien?... Ah...
(Espera muy inquieta mirando hacia afuera. Beatriz dialoga con la peluquera, que está en la zona de corte y tintura. Siempre que hable con ella será excesiva e involuntariamente amable.) Hola, me vengo a cortar el cabello, sí. ¿Le muestro? (Sacándose el sombrero y la chuleta¹ para dejar caer su cabello.) ¿Ve que está a cuatro centímetros del hombro? No. Eso está mal. Yo necesito cortarlo a ocho centímetros. Pero de todos lados. Ocho de atrás, ocho de este costado, ocho de adelante —no, de adelante no porque me degüella— y ocho de este otro costado. ¡Yo traje un centímetro! Ah, ok, no hace falta. Muchísimas gracias. Sí, espero. Veo que hay gente. Me llamo Beatriz, digo, para cuando me llame.

¹ Chuleta: modismo usado en el norte argentino para hacer referencia al sujetador de cabello o goma elástica.

Duda donde sentarse. Durante toda esta secuencia se la ve muy incómoda, no sabe dónde ni cómo colocar su cuerpo en el espacio. Será una secuencia sin pausas hasta el final. Cae en la cuenta que tiene el sombrero y la chuleta en la mano, busca colocarla en un bolsillo que no tiene, se la enrolla en el brazo para inmediatamente desenrollarla. Luego la sujeta a su dedo pulgar. Le corta la circulación. Intenta sacárselo desesperadamente, lo logra, pero continúa sin solucionar su ubicación, hasta que decide quedarse con la chuleta en la mano sin más. Busca donde sentarse pero no puede decidirse. Se queda parada al lado de una silla vacía un buen rato. Finalmente toma el coraje de sentarse en esa silla, pero antes abre su cartera-maletín, la tapa del maletín la golpea, saca un vaporizador de alcohol, lo esparce sobre la silla; intenta tomar de su maleta un papel higiénico, el cual se desenrolla involuntariamente sobre el piso; le echa alcohol y con esfuerzo para no tocar aquellas partes que tocaron el piso, logra agarrar el papel, pero se enreda. Lo corta y finalmente seca el alcohol de la silla. Se da cuenta que se ha quedado con el papel, ahora sucio, en la mano. No sabe dónde colocarlo, hasta que lo mete en su entrepierna y se sienta. Se para. Se sienta. Se para. Se sienta. Ve el papel en la entrepierna. Le echa alcohol antes de meterlo en su maleta, pero el alcohol hace efecto en su entrepierna. Le arde. Se sopla. La silla se va deslizando hacia atrás sin que BEATRIZ lo perciba, quedando muy cerca de una ESPECTADORA/CLIENTA. No sabe dónde apoyar la tapita del vaporizador que tiene en una mano, ni como poner la chuleta que le ha quedado en la otra mano, para colocarse alcohol en ellas. Parece que va a lograrlo pero en la mitad de la peripecia ve a la espectadora/clienta pegada a ella.

BEATRIZ: —Disculpe. *(Desesperadamente hace rodar su silla para alejarse, la silla se desliza y choca de espaldas con otra Espectadora/clienta.)* Mil disculpas. *(Vuelve a hacer lo mismo con otra Espectadora/clienta más.)* Ay, perdón.

Al alejarse de esta última, se le cae la tapita del vaporizador. Gira en la silla en busca de la tapita, la silla gira demasiado y no logra atraparla. Hace un nuevo intento y finalmente lo logra. Con un esfuerzo sobrehumano se pone alcohol en las manos, guarda el alcohol y la chuleta, y cierra la maleta. Ve el papel higiénico que ha quedado en el piso. Abre el maletín, saca una bolsa, recoge el papel solo tocándolo con la bolsa. Guarda la bolsa con el papel dentro. Cierra la cartera. Respira agitada. Se calma. Pausa larga.

ESCENA 2: EL SUSTO

Desde el espacio extra-escénico de corte y tintura se oye una secadora de cabello. BEATRIZ sale disparada fuera de la peluquería. Vuelve a entrar con grandes auriculares en sus orejas. Le habla a las ESPECTADORAS/CLIENTAS.

BEATRIZ:

—¡Disculpenme, disculpenme! No se asusten. No tengan miedo. ¿Estoy gritando? No se asusten, es que adentro se ve que alguien prendió una secadora. Me hace mal el sonido. Sí, ya está. Por eso traigo... (*Señala los auriculares.*) (*A la espectadora/clienta que está enfrente, a quien, para facilitar la lectura, llamaremos “Marta”.*) ¿Se sentó alguien acá? (*Moviendo su dedo índice en gesto de “no”.*) Hágame así. ¿No se sentó nadie? ¿Qué me dice, que no se sentó nadie o que no me siente? A ver, comencemos de nuevo: ¿se sentó alguien acá? Ah, no. Gracias. Muy amable. (*Se sienta.*)

Lo que pasa es que yo en general voy a otra peluquería. (*A la espectadora/clienta que tiene más cerca.*) Disculpe, le estoy gritando en el oído, discúlpeme (*Señalando los auriculares.*) es que con estos cosos... (*A Marta*) ¿Usted sería tan amable de hacerme así si hablo estándar? (*dedito de “me gusta”*) Y me hace así (*Dedito de “no me gusta”.*) si hablo muy fuerte. Muchísimas gracias. (*Silencio.*) (*Gritando.*) Es que yo los ocho voy a la peluquería... Los ocho ¿sabe? Sí, todo los ocho de cada mes. Y hoy es ocho. Pero es lunes y los lunes cierran las peluquerías. Y mi peluquería, la que voy siempre, desde hace muchísimos años; muchísimos, muchísimos, muchísimos... ahora empezó a cerrar los lunes, como la mayoría de las peluquerías, ¿no? Y hoy es ocho y es lunes, entonces vine a esta. Por eso no saben que me molesta cuando prenden el... (*Se apaga el sonido del secador. A Marta.*) ¡¿Ya apagó?! Ah, ya apagó. Ah, muy amable. (*Se saca el auricular. Pausa.*)

(*A la peluquera.*) ¿Tiene el aire acondicionado? (*Se vuelve a poner auricular.*) ¡No! No lo apague por mí. No lo apague por mí. No lo apague por... Bueno, lo apago yo. (*Va en busca del control remoto.*) Lo hago yo que estoy más cerquita. (*Lo hace.*)

(*Al volver hace el mismo juego con Marta.*) ¿Se sentó alguien acá? (*Moviendo su dedo índice en gesto de “no”.*) Hágame así. ¿No se sentó nadie? ¿Qué me dice, que no se sentó nadie o que no me siente? A ver, comencemos de nuevo: ¿se sentó alguien acá? Ah, no. Gracias. Muy amable. (*Se sienta.*)

(*Gritando.*) ¿Estoy gritando? Ah, estoy gritando. (*Se saca los auriculares. Simpática.*) ¿Y por qué no me dice? Disculpenme. ¿Cómo se llama usted? Ah, Marta. Un gusto. Marta-Beatríz. Beatríz-Marta. (*Silencio incómodo.*)

ESCENA 3: COMO EN TERAPIA

BEATRIZ: —(*No soporta más la incomodidad y escupe.*) Bueno, en realidad yo voy a la tarde a la peluquería. Los lunes a la mañana voy a terapia. Pero hoy no me atendió. No, no me atendió. No sé por qué. Bueno. (*No muy convencida.*) No pasa nada. No pasa nada. No pasa nada. Estoy acá. Es la mañana del lunes y estoy en la peluquería. Qué cosa de locos ¿no? (*Silencio incómodo. A Marta.*) ¿Usted está cómoda? Ah, qué bueno. Yo me voy a poner las chinelas. (*Saca unas chinelas del maletín.*) Es que yo en terapia me pongo las chinelas, para estar más cómoda... pero hoy no tuve terapia... no... Hoy... hoy me suspendió. Pero es lunes, y esta es la hora de las chinelas. Ya está. Me pongo las chinelas y no hay ningún problema. ¡Ya está! Es como estar en terapia ¿no? Hoy tengo un día, todo salió al revés. No importa, si tengo las chinelas puestas... (*Se termina de poner las chinelas.*) Listo (*Pausa. Por un momento pareciera que está en paz, pero no.*) Tampoco me voy a poner a decir... ¿qué me voy a poner a decir? Tampoco voy a ponerme a hablar como en terapia. No, ¿qué voy a decir? ¿qué voy a... ¿qué voy... qué, qué... qué... tengo TOC. No, de ninguna manera me voy a poner a decir eso. (*A una Espectadora/clienta que, para facilitar la lectura, llamaremos Elsa.*) ¿Sabe lo que es TOC? Ah, sí, por la película. Bueno, pero no es tan divertido. No. TOC es hacer muchas cosas, muchas cosas. Tics, que en realidad no son tics, son rituales; hay que decirle rituales, acciones repetitivas para desbaratar algo, cosas... básicamente el pensamiento compulsivo, que siempre es negativo, claro. (*Silencio incómodo. Desde el espacio de corte y tintura se oye el sonido de una secadora nuevamente. Vuelve a salir corriendo de la peluquería. Entra con los auriculares puestos. Algo avergonzada vuelve a su silla. Mira a Marta para que le dé el ok antes de sentarse. Lo hace. Obligada a explicar, confiesa.*) Sonido fuerte - tormenta - tormenta eléctrica - tornado - huracán - terremoto - tsunami - alud - avalancha: Eso es TOC.

ESCENA 4: EL MIEDO A LA PELUQUERA DESCONOCIDA

LA PELUQUERA: —(*En off, desde la sala de corte y tintura.*) Beatriz, en cinco minutos le toca.

BEATRIZ: —(*Separando un auricular de su oreja, a la peluquera.*) ¿Cómo? ¿A mí? Ah, ¿en 5 minutos? Sí, cómo no. Ningún problema. (*A Marta.*) ¿Estoy gritando? (*Simpática.*) ¿Y por qué no me dice? (*A Elsa.*) Hola, soy Beatriz. ¿Cómo es su nombre? Ay, espere que me saco que no la oí. Ah, Elsa. Un gusto. Elsa-Beatriz. Beatriz-Elsa. Elsa, ¿usted conoce a la peluquera? ¿Y usted? Ah, no, no importa (*Hace rodar la silla sin levantarse hasta llegar a Marta. Confidencial.*) Disculpe, usted me da confianza ¿Estoy hablando muy fuerte? Marta, hágame así. Escúcheme, (*Comienza bajito y a medida que avanza el miedo va gritando cada vez más.*) ¿usted conoce a la peluquera? Porque yo quiero saber si ella es de las que sigue la regla. O sea, que se le dice una cosa y la sigue. Porque ¿vio como son las peluqueras y los peluqueros?, hacen cualquier cosa. (*El sonido de la secadora de casco desaparece pero Beatriz no se percata.*) Una les dice ocho centímetros y cortan a nueve, o siete, o seis... Nunca siguen la regla. Porque siempre hacen lo que quier... (*Se hiperventila. Trata de calmarse con mudras que dice para sí misma.*) Sa-ta-na-ma-wahe-gurú-PISH-PISH-PISH. (*A Marta.*) Discúlpeme. Es que no la conozco yo a ella. Ella no me conoce tampoco. ¿Y si no me corta bien? ¿Y si me corta más? Si me corta menos no importa porque me corto de nuevo. Ay, no, mejor espero. Espero y voy a mi peluquería el ocho del mes que viene... ¿Y si me crece mucho? Porque ahora ya lo tengo a 4 centímetros... y después lo voy a tener a 2... ¿y si me toca el hombro? ¿Si el pelo me toca el hombro? (*Comienza a tener un ataque de pánico. Recita mudras hasta que llega al canto.*) na-mioho-rengue-kio-PISH-PISH... (*Desaparece el sonido del secador pero Beatriz no lo nota. Canta para sí misma.*) “Soy de alto Perú” (*A Marta.*) Es mentira. Estoy con miedo y canto (*Canta cada vez más relajada.*) “Rostro Bolivia, estaño y soledad” (*A Marta.*) Está claro que es mentira. “Un verde Brasil, besa a mi Chile cobre y mineral. Subo desde el sur” (*A Marta.*) Eso es verdad (*Canta cada vez más eufórica.*) “Hasta mi entraña América y total. (*A todas.*) Ya me siento mucho mejor (*Canta.*) “Una raíz de un grito destinado a crecer” (*A Marta.*) Eso

también es verdad (*Se levanta para estallar.*) “Y a estallar. Canta conmigo canta. Hermanaamericana. Libera tu esperanza con un grito en la voz. En la voz” (*Desmedidamente eufórica.*) ¡Como me gustaría ser latinoamericana!

(*A Marta.*) ¡¿Estoy gritando mucho?! ¿Ya apagaron? ¿Y por qué...? (*Se arrepiente. Se quita los auriculares.*) Disculpenme. Me entusiasme. Mejor me voy. (*Comienza a retirarse.*) No, no tengo miedo. Pero mejor me voy. Tengo que ir a preparar el arroz, los lunes a las doce y cuarto comemos arroz con a...

LA PELUQUERA: —(*En off, llamándola.*) Beatriz, pase por favor.

BEATRIZ: —(*Se detiene.*) ¿Me toca? (*A la peluquera.*) No. Sí. Voy. Salí a tomar aire. Sí, cómo no. Como no. Ningún problema. Ahora. Sí, ya estoy yendo. Ya estoy yendo. (*No se mueve.*) Ya estoy yendo. (*Su cuerpo se niega a moverse hasta que sale abruptamente. Al instante vuelve a entrar. Vuelve a salir. Vuelve a entrar. Y ahora sí, sale; esta tercera vez lo hace hacia atrás, al estilo Michael Jackson, como si una fuerza superior la abdujera, mientras lo hace no deja de mirar a Marta con los ojos desorbitados.*)

BEATRIZ: —(*En off.*) ¿Cómo es su nombre? ¿Berta? Ah, un gusto. Ahora nos conocemos. Beatriz-Berta. Berta-Beatriz. (*No muy convencida.*) Ahora sí, ya es otra cosa. ¿Me siento acá? ¿Me puedo quedar parada? Ah, no importa, no hay problema, no hay problema, no hay problema; le echo alcohol. Ah, ¿ya le echó? Perfecto. Me siento. Me siento. Me callo. (*Lo hace.*)

ESCENA 5: EL DESPLIEGUE DE TÉCNICAS INSERVIBLES

BEATRIZ *vuelve de la misma manera que se ha ido, al Michael Jackson, mirando a Marta, con rulos puestos, sorprendidísima. Se sienta. Silencio. Momento de confusión muy largo.*

BEATRIZ: —(*A Marta.*) Me dijo: “¿Quiere que le haga rulos?”. “Sí”, dije, sin pensar. No sé qué me pasó. Mire que hice de todo para superar el terror a los cambios abruptos y nunca pude, desde chica. Una vez mi mamá me dijo: “Vamos a pintar la cocina”, y a mí me agarró un ataque de asma por el cambio, de color. Y ahora esta mujer desconocida me dice: “¿Quiere que le haga rulos?”. Y “sí” es lo primero que me sale decirle. No sé qué me pasó. Qué cosa de locos ¿no? (*Entre feliz y asustada, a todas.*) Hasta EMDR hice para

superar mi pavor a lo nuevo. *(A otra Espectadora/clienta.)* ¿Sabe lo que es EMDR? Una técnica de psicoterapia: desensibilización y reprocesamiento mediante movimientos oculares específicamente. Eso me hicieron, para destrumatizarme del temor al cambio, y nada che... También hice un par de cosas más: terapia lacaniana, terapia freudiana, logoterapia, terapia gestáltica, y nada che. Entonces probé con terapia floral, tintura madre, feng shui, reiki, hatha yoga, kundalini; todo muy relajante, pero nada che. Teatro del oprimido, teatro del opresor, memoria emotiva, memoria regresiva, psicodrama, antropología teatral, musicoterapia; todo muy expresivo, pero de cambiar ni hablar. Constelaciones familiares, biodescodificación, bioneuroemoción, biodrama, bio existencia consciente, hipnosis, técnica de una creencia a la vez y técnica del PISH... *(A Elsa.)* Con esa te maté, ¿no la conocés? La única efectiva. Una papa. Se las cuento *(muy canchera comienza a explicar el significado de la sigla, remarcando excesivamente la primera letra de cada palabra.)* PISH: Percibo- Interpreto-Siento-Hago. *(Muy superada.)* Si hago lo que siento y siento lo que interpreto, entonces, cambiando lo que interpreto, cambiaré por añadidura lo que siento y, en consecuencia, lo que hago. Sencillo *(Se le dispara un tic en el ojo.)* Por ejemplo: *(Comienza muy didáctica y de a poco se va desequilibrando con lo que imagina de su relato.)* Si veo mosquito e interpreto que se me puede meter por la oreja y hacer nido, poner sus huevos y nacer, entonces millones de mosquitos alienados que me pican por dentro, el páncreas, el corazón, el hígado; ¿qué voy a sentir en ese caso? Claro: frío-calor; frío-calor, fiebre, ¡dengue! ¿Y qué voy a hacer frente a ese miedo a agarrarme dengue? O una cosa peor: zica, chikunguña, malaria, el virus del nilo, ébola... *(Se reta a sí misma.)* Bueno, paremos. *(Vuelve a la explicación.)* Claro, frente a semejante interpretación voy a sentir pavor, y frente al pavor, posiblemente, corra desesperadamente al baño *(Comienza a representar la imagen.)* y me meta a la ducha para ahogar el mosquito que me persigue. Pero el muy sorete no se ahoga. ¡Se va al techo! Salto. Trato de alcanzarlo. Pero no llego porque soy petisa. Agarro lo primero que encuentro: un acondicionador. Se lo arrojo. Se me revienta en un pie. Se desparrama el acondicionador por toda la bañera.

Resbalo. Caigo sobre la cortina de baño en una danza sin fin de resbalones y agarres de cortina; se me cae la cortina encima, me enredo: ¡no puedo ver! Trato de desenredarme pero me enredo aún más; finalmente logro sacar la cabeza, respiro ¡ya veo... veo el mosquito! (*Lo sopla para que se aleje. Libera una mano y lo espanta, pero sin querer se da un cachetazo ella misma y cae en cámara lenta hasta estamparse en el piso. Queda inmóvil con los ojos bien abiertos.*) ¡No me puedo mover! El mosquito se va acercando a mi oreja, lentamente; cada vez está más cerca, cada vez más cerca, cada vez más cerca, más cerca, más... (*Se desmaya.*) Me desmayo (*Sigue relatando.*) El mosquito se me mete en la oreja y me hace un nido. (*Pausa. Se levanta.*) Un desastre total. Una tragedia autoconvocada, terapéuticamente hablando. ¿Todo por qué? Por culpa de una interpretación catastrófica. Porque si yo hubiera (*Remarca las primeras letras de cada palabra.*) Percibido: mosquito. Interpretado: es solo un insecto. Hubiese Sentido: confianza y Hubiese... (*Se pega un cachetazo y mata al mosquito.*) ¡Listo el pollo, pelada la gallina! Muerto el perro se acabó la rabia. Se terminó la tragedia. Es una técnica muy efectiva. (*Remarcando la primera letra también.*) ¡Infalible! (*Berta la llama.*)

ESCENA 6: PUESTA EN PRÁCTICA DE LA TÉCNICA PISH

LA PELUQUERA: —(*En off.*) ¿Beatriz?

BEATRIZ: —¿Sí?

LA PELUQUERA: —En un ratito le toca la secadora de casco.

BEATRIZ: —(*Aterrorizada.*) ¿A dónde? (*Mira la secadora de casco que se encuentra en un rincón de la escena.*) No. ¿Pero por qué tengo que entrar a esa cosa yo? Los rulos, claro. Como no lo pensé. (*Mira la secadora de casco como si fuese un monstruo.*) ¿Ahora?

LA PELUQUERA: —No, no. En 10 minutos, solo le aviso para que se vaya preparando. Primero tiño a Marta.

BEATRIZ: —Ah, sí, sí. No hay problema. Encantada... ¿En cuánto? Ah, ya me dijo. Sí, espero ningún problema. (*Puede percibirse en sus ojos los pensamientos aterradores que la atormentan. Respira lo mejor que puede.*) PISH PISHPISH... (*Se calma.*)

LA PELUQUERA: —¿Marta?

BEATRIZ: —(*A Marta.*) Marta, le toca a usted. Vaya. ¿Le da miedo? La acompaño. Repita conmigo: PISH PISHPISH. Percibo- Interpreto-Siento-Hago. Percibo: peluquera. Interpreto: es solo una peluquera. Siento: tranquilidad. Hago: Voy. (*Acompaña a Marta hasta salir.*) Berta le dejo a Marta, (*Las presenta.*) Berta-Marta. Marta-Berta. Listo, ya se conocen (*Beatriz regresa. Observa la secadora casco. Se sienta e intenta meditar.*) Nam-Myoho-Rengue-Kyo-PISH (*Vuelve Marta con cabello platinado.*) Waw, Marta, que cambio. Le tomó bien el color ¿La metieron al casco? Ah, mire usted. A mí sí me van a meter. No pasa nada. No pasa nada. No pasa nada. Tengo el PISH. Es infalible. (*Intenta poner en práctica la técnica del PISH.*) Percibo: es solo una secadora de casco, (*Empieza bien.*) solo seca. Seca. Seca. Seca el cabello... (*Le gana el pensamiento.*) Seca el cuero cabelludo. Seca cerebros. Seca pensamientos. Seca proyectos. Seca cabeza, orejas y ojos. Después no podés llorar. Te volvéis insensible completamente. Seca de adentro hacia afuera, y de afuera hacia adentro. Todo. Lagrimales y ojos. Sesos y cabeza (*Cae en la cuenta de que no está funcionando el PISH.*) ¡Basta cerebro! ¿Qué estás interpretando? (*Repite como mantra.*) PISH PISHPISH Nam-Myoho-Renge-Kyo- PISH PISHPISH. (*Vuelve a intentar; pero en cada nuevo intento le gana el pensamiento negativo cada vez más rápidamente.*) Secadora de casco. Listo Percibo: secadora de casco. Interpreto: solo te saca la humedad del cabello... te saca las ideas. Por eso anda tanta gente sin ideas por ahí. Claro. Vaya a saber para qué usan nuestras ideas. Por eso el ruido de esas máquinas del mal. Para que pierdas tu sensación auditiva y no percibas que te sacan tus ideas y/o/u ideales, quien sabe... (*Intenta tranquilizarse y vuelve a poner en práctica el PISH cada vez más desesperada.*) ¡Es solo un secador! Una máquina que se enchufa. No anda por sí misma. No tiene posibilidad de vida. Anda con electricidad (*Su voz se convierte en fantasmal.*) La luz eléctrica irradia ondas que son malas para el organismo. (*Vuelve en sí.*) Percibo: secador de cabello. Es solo un elemento de peluquería, de belleza, como la tintura. (*Con voz fantasmal y girando en su silla cada vez más rápido.*) Puros tóxicos. Amoníaco. Y si no tienen amoniaco, tienen parabenos y phthalatos. Y sino glicerina... (*A parte, con*

su voz regular, a una Espectadora/clienta en particular.) ¿usted sabía que la glicerina es un derivado del petróleo?... ¿Ha visto? (Voz fantasmal.) Y si no tiene eso, tiene parafernalia moníaco, mercurio, hydrogenperoxide, bensoato de sodio, ácidos cítricos, piritonato de zinc, nonilfenol y octilfenol... (Se interrumpe porque la llama la peluquera nuevamente.)

LA PELUQUERA: —*(En off.)* ¡Beatriz!

BEATRIZ: —¡¿Ya?! Sí, cómo no. Encantada. Ya estoy yendo *(Su cuerpo se niega a moverse. Lucha con él hasta avanzar hacia la secadora de casco, al estilo Michel Jackson, otra vez como si la abdujeran. La luz desaparece.)*

ESCENA 7: EL CASCO-MONSTRUO

Oscuridad. Suena “Paint it black” de los Rolling Stones. BEATRIZ prende una linterna e ilumina la secadora de casco, que reflejado en la pared parece un ser con cabeza gigante. Avanza hacia la silla donde debe sentarse y el monstruo se vuelve más grande. Luego, se ilumina a sí misma. Se sienta. El casco parece abducirla, de la parte superior del mismo sale humo. BEATRIZ se aleja del monstruo y vuelve a iluminarlo. Él se agranda y se achica. Ella comienza a girar desesperadamente bajo la pregunta de: “¿Dónde estoy?”. Ilumina al público y les pregunta eso mismo. De repente se ilumina los pies y recorre todo su cuerpo de abajo hacia arriba con la luz, cuando llega a su rostro dice: “Acá estoy”. Ilumina la secadora de casco y hace desaparecer la sombra. La saluda. Se ilumina su rostro. Sonríe. Se sienta en la silla de la secadora de casco. Ríe. Luces de colores se prenden en el casco de la secadora; como un arbolito de navidad, se prenden y se apagan mientras BEATRIZ disfruta plenamente. Apaga la linterna. Se van las luces de colores, la música baja y en oscuridad se oye a BEATRIZ).

BEATRIZ: —¿Terminó? Ay, fue muy hermoso el calorcito. Yo pensé que iba a ser... no se... no mejor no le digo lo que pensé, Berta, ¿para qué? Si pasó otra cosa. No la arruinemos *(La luz desaparece. El espacio donde está la secadora de casco se ilumina, allí se la puede ver a Beatriz, ya sin rulos, con unos rulos preciosos, sentada en la silla perteneciente a la secadora de casco.)*

ESCENA 8: LA EXIGENCIA

Suena un teléfono. BEATRIZ mira para todos lados.

- BEATRIZ: —Suena un teléfono. *(Se levanta de la silla de la secadora de casco y busca a quien le está sonando el teléfono entre el público.)* Ah, es el mío. *(Saca el teléfono del maletín.)* Es que como no salgo mucho no lo reconocí. *(Atiende y lo pone en altavoz.)* Hola.
- MARIDO: —Hola.
- BEATRIZ: —Soy yo.
- MARIDO: —Sí, ya sé. Yo te llamé.
- BEATRIZ: —Sí, claro. Es que siempre te llamo yo. Esperame un cachito *(Busca la silla con ruedas y la arrastra hasta un rinconcito más íntimo. Prueba varios hasta que se decide por uno.)* ¡¿Pasó algo?!
- MARIDO: —Sí, me caí en el foso del ascensor.
- BEATRIZ: —Tarado. *(Ambos rien.)* Si no tenemos ascensor.
- MARIDO: —*(Con voz fantasmal.)* Pero quién sabe... la fatalidad es imprevisible.
- BEATRIZ: —¿No te caíste de un ascensor no? *(La atrapa un pensamiento.)* ¿o fuiste al supermercado? Ahí es muy peligroso el ascensor. ¿Estás bien? *(Se levanta como resorte con intención de salir.)* ¿Querés que vay...
- MARIDO: —Era un chiste.
- BEATRIZ: —Claro. *(Vuelve a su silla.)*
- MARIDO: —¿Saliste de la psicóloga ya?
- BEATRIZ: —No.
- MARIDO: —¿No saliste todavía?
- BEATRIZ: —No, salí. No salí. Quiero decir, nunca entré.
- MARIDO: —*(Sorprendido.)* Ah...
- BEATRIZ: —No me atendió.
- MARIDO: —Ah... ¿Por?
- BEATRIZ: —No sé. Tuvimos una mala sesión la vez pasada, pero no sé... ¡No me hagas pensar!
- MARIDO: —¿Pero le dijiste algo, pasó algo, te dijo alg...
- BEATRIZ: —*(Cambiano de tema.)* Estoy en la peluquería.
- MARIDO: —*(Cada vez más sorprendido.)* Ah...
- BEATRIZ: —Sí, ya sé que no es la hora. Tampoco es mi peluquería.
- MARIDO: —*(Pasmado.)* Ah...
- BEATRIZ: —Es que a la que voy siempre, ahora cierra los lunes y hoy es lunes, pero es ocho, y yo los ocho voy a la peluquería. A la tarde, pero como no me atendió la psicóloga vine a la mañana. No pasa nada, ¿no?

MARIDO: —No, claro, está muy bien. Te felicito.

BEATRIZ: —(*Reconfortada.*) ¿Sí, no? Gracias... ¿Qué hora es?

MARIDO: —Doce y cuarto.

BEATRIZ: —¡Doce y cuarto! A esa hora comem... (*Se levanta como tiro para salir de la peluquería pero se arrepiente.*) ¡No pasa nada! Comemos más tarde ¿no?

MARIDO: —Sí, pido una pizza. No te hagas problema, amor, de verdad. Disfrutá de la aventura. (*Ríe.*)

BEATRIZ: —Aunque los lunes comemos arroz con acelga. Bueno, no hay problema. Por una vez... si vos me dijeras que todos los días comemos pizz...

MARIDO: —(*La interrumpe abruptamente.*) ¿Querés que haga arroz con acelga?

BEATRIZ: —No, no, no. Bueno, sí. No, mejor no. Tranquilo. Se te va a pasar todo. Se te va a pasar todo. (*A Marta.*) Se le va a pasar todo.

MARIDO: —Estás repitiendo tres veces.

BEATRIZ: —¿El nene?

MARIDO: —En el patio.

BEATRIZ: —Ah. Qué bueno. Aire fresco. ¿Está fresco?

MARIDO: —No sé.

BEATRIZ: —No, claro. Si está fresco ponele un chalequito ¿viste?

MARIDO: —Un chalequito.

BEATRIZ: —No, fijate vos. Si te parece y lo tenés a mano. Es que corre, transpira, y cuando se enfría esa transpiración es el prob... Si podés y querés, ponele Off... ¡No, Off no! Mejor citronella; el Off es re contaminoso. (*Silencio.*) Bueno, ya te cansaste.

MARIDO: —No, no me cansé. Solo quisiera que te relajés. Despreocupate. No pienses. Estás en un lugar distinto. Tomate las cosas distinto, no sé. No todo es una catástrofe. Un mosquito no es un vampiro. La transpiración no es pulmonía y el nene no es de cartapesta.

BEATRIZ ríe mucho, como descontracturada y repite la palabra “cartapesta” para sí. Le encantó como suena. Abruptamente un pensamiento la toma.

BEATRIZ: —Es que hace frío.

MARIDO: —¿Podés no preocuparte por todo, todo el día? ¿No podés decir “qué bien” y listo? ¡Relajate!

BEATRIZ: —Bueno. Bueno. Bueno. (*Ve las revistas. Forzosamente liviana.*) Mira, de

hecho acá estaba por leer unas revistas, voy a hablar de pavadas para pasar el rato con las chicas. Tengo que esperar que se me asienten los rulos, o algo así, me dijo Berta...

MARIDO: —¿Te hiciste rulos?

BEATRIZ: —(*Orgullosa.*) Sí.

MARIDO: —¿Y te pusieron en la secadora de casco?

BEATRIZ: —(*Orgullosísima.*) Sí. Bueno, te dejo porque voy a relajar, leer pavadas, no preocuparme; así cuando llegue a casa te cuento unos... ¿Cómo se llama?

MARIDO: —Chismes.

BEATRIZ: —Eso, ¿dale?

MARIDO: —(*Desafiante.*) Si podés.

BEATRIZ: —Claro que puedo.

MARIDO: —No sé. Vamos a ver... Amor, escucho mi voz. Beatriz, ¿otra vez me pusiste en altavoz?

BEATRIZ: —Sí, claro.

MARIDO: —¿Cómo claro?

BEATRIZ: —Si sabés que no me pongo esta cosa en la oreja por las radiaciones.

MARIDO: —(*Grita.*) ¡Hola, a las mujeres de la peluquería! ¿Cómo están? A ver si logran que mi mujer se relaje... (*Beatriz tapa el altavoz.*)

BEATRIZ: —Es un pavote este. (*Miente.*) Ya está, lo saqué.

MARIDO: —¡No! ¿Sacaste el altavoz? Te va a llegar la radiación electrofónica.

BEATRIZ: —(*Enojada.*) Es radiación de radiofrecuencia o energía electromagnética, y depende de la tasa de absorción específica. Y no me vuelvas a decir “mi mujer” que no soy un mueble y que aunque esté naturaliz...

MARIDO: —¡Achís!

BEATRIZ: —¿Estornudaste?

MARIDO: —Sí, debe ser Covid.

BEATRIZ: —Salame.

MARIDO: —Chau, mi amor. Te quiero (*Le lanza dos besos ruidosos y corta.*)

BEATRIZ: —Chau. (*Para sí.*) Por ahí me tiene alergia. Está fresco. Sin chalequito. (*Tratando de sacarse ese pensamiento de la cabeza.*) No pasa nada. No pasa nada. No pasa nada. (*Limpia el teléfono con alcohol y lo guarda. A una de las Espectadoras/clientas que está cerca de las revistas.*) Pásame una revista, por favor. Cualquiera...

LA PELUQUERA: —(*En off.*) ¿Elsa?

BEATRIZ: —(A Elsa.) Elsa, la llaman. Vaya. No tenga miedo. La acompaño. (Lo hace.) No hay nada que temer. Mire qué divina volvió Marta. No se preocupe, va a ver que es como una especie de removedor de basura sesal. (Acompaña a Elsa haciéndola salir hacia la zona de corte y tintura.) Berta, te dejo a Elsa. (Las presenta.) Berta-Elsa. Elsa-Berta. Berta, te la dejo para que le desfrizzes de trastornos (Ríe), para que le colorees el cerebro. (Vuelve al centro de la escena riéndose.) ¡Qué ingeniosa! (De repente mira su maletín, y eso le recuerda el teléfono, el marido y el desafío que le generó en relación a relajarse.) “Relajate”. “Si podés”. Claro que puedo. Claro que podemos. (Le grita al maletín como si adentro estuviese el marido.) ¡Claro que puedo! Vas a ver como me relajo (Se sienta.)

ESCENA 9: EL DESAFÍO

BEATRIZ: —(Para sí.) Me relajo. Leo pavadas. No me preocupo... (Abre una revista y lee un titular.) “El chaqueño Palavecino y un show de pura cepa”. (Silencio. Se la ve luchar con sus pensamientos para no decir lo que piensa, en un intento desesperado de hablar pavadas. Al inicio pareciera que lo va a lograr, pero la indignación la va metiendo en lo más profundo del titular.) De pura cepa. ¿Qué querrá decir “de pura cepa”? ¿Qué el Chaqueño —que es salteño— es como un vino de Cafayate? Y si es un vino, ¿está estacionado? Fijo. Inamovible. Mansito. De pura cepa, ¿qué sería? ¿Qué la uva es salteña, sus uvitas también, sus uvones fueron salteños; que la semilla es nacida, criada y exprimida hasta su última gota en tierra salteña? ¿Que no vino de ningún vayo a saber qué otro lugar impuro, que no está pasada por ninguna alteración transgénica? (Vuelve Elsa con unos mechones de color en su cabello. A Elsa.) Ah, ¿claritos, Elsa? Buena elección. Ahora, digo yo, esa persona de pura cepa, si se emparenta, para decirlo finamente, con alguien no puro, ¿se le transgeniza la sangre? (A Elsa.) Elsa, ¿usted es salteña de pura sepa? (A todas.) A ver... ¿Quién es una salteña de pura cepa? A ver... ¿De cuántas generaciones? Cuéntenos. (Aquí Beatriz trabajará con las Espectadoras según lo que suceda en presente.) Y digamé, ¿cómo es ser de pura cepa? No sé. ¿Duerme con poncho? ¿Se

levanta zapateando? Y si no se es puro, ¿qué se es? ¿Mezcla? ¿Como el aceite? ¡Soy aceite mezcla! Y si el vino es la sangre de Cristo, cuando está transgenizado, ¿es la sangre de quién? ¿O se convierte en vinagre? Los puros toman la sangre de Cristo y los mezclan tomamos vinagre. Y nos hacemos una ensalada. ¿Criolla? No, mestiza. Una ensalada sería mucho mejor que comer una pizza llena de conservantes. *(A una Espectadora/clienta en particular.)* Simón, mi hijo es Simón, va a comer pizza. *(Para sí.)* Una ensalada sin transgénicos. Eso debería darle. Pero a esta hora dónde voy a conseguir algo orgánico. Una remolacha de pura cepa, imposible... *(Reacciona.)* Me relajo. Leo pavadas. No me preocupo. *(Toma otra revista y lee los titulares de la portada.)* “Enrique Ponce y Paola Cuevas...”. No, estos no. A ver. “Iker Casillas y Sa...”. No, tampoco. “Jacqueline de la Vega...”. No. “Patricia Rato y...”. Menos. “Boda de Hilaria Tom...”. ¡¿Quiénes son estas personas?! No, estos deben ser de pura cepa, porque yo ni jota. *(Cambia de revista y lee.)* “Suar- Sciciliani”. A estos los conozco *(Sigue leyendo.)* “Ella bajó 25 kg. y se la ve hermosa. Él, baboso con Margarita”. *(Se queda callada en una lucha sin cuartel por no decir todo lo que se le está cruzando por la cabeza.)* Es que no me la hacen fácil tampoco... *(Sigue luchando hasta que...)* Él, baboso con Margarita. Qué bien. Se lo ve como padre y se lo juzga como tal. Ella, bajó 25 kg. y se la ve hermosa. Se la ve como objeto y se la juzga como tal... Bueno, está bien. Lo dejamos pasar. Lo dejamos pasar *(Le grita al maletín.)* ¡Lo dejamos pasar!... A ver, leamos adentro... “La mujer del gerente —ya empezamos mal— de programación de canal 13 recuperó su figura a 5 meses de dar a luz a Margarita”. *(Silencio incómodo. Se golpea la boca, escupe al cielo, hace cosas raras; todo, para no hablar. Realiza una discusión minimalista con ella misma donde se la ve mascullar.)* Basta, Bety. Relajate. No te metas ahí. *(Repite.)* “Recuperó la figura” *(A punto de reventar se airea con la revista. Finalmente escupe sus pensamientos.)* Se ve que anduvo sin figura unos cuantos meses. ¿Por qué? ¿La gordura no es figura? ¿Esta mujer era transparente? Se ve que, paradójicamente, cuando una engorda, la figura desaparece. La persona gorda no existe. Se vuelve fantasma. El fantasma de la verdad verdadera. Y si al engordar ya no somos figura, ¿qué somos? ¿Desfigura? ¿In

figura? ¿Anti figura? ¿La negación de la figura? Por eso Siciliani debe salir corriendo a recuperarla. ¡La pucha! Cuánta exigencia por ser las mismas que éramos, ¿no? (*En un ataque de risa crispada.*) Como si eso fuese posible... Volver a ser la misma después de tener una criatura... (*Ya no se sabe si ríe o llora.*) Pesés lo que pesés no volvés a ser la misma nunca. Y si eso me hubiera pasado sería una pavota descomunal, una papa frita, una muerta viva. El embarazo a mí me embarazó. El parto a mí me partió. Y ahora tengo una vida que depende de mí... (*Se va en su pensamiento.*) que está en el patio, quién sabe, pasando frío, sin citronella... (*Vuelve.*) Es como que se te muera un ser muy, muy querido, y te exijan volver a ser la misma; inmediatamente, claro. (*Se para, ya no puede permanecer sentada del enojo que tiene.*) La vida y la muerte te dejan un agujero así de grande, no importa si ese agujero te mejora o te empeora como persona, pero la misma nunca. Ya nunca cambiará el clima sin que vos te preguntes: “¿Se habrá puesto el chalequito? ¿Tendrá pañuelo, bufanda, papel higiénico, alcohol en gel, jabón...?”. Se te va la pavotes sabés a dónde. (*Recordando las palabras de su marido.*) “Relajá. Relajá”. (*Al maletín.*) ¡Relajá las de Mahoma! El parto me partió la pavotes; y eso está bien. ¿Pero qué pretenden? (*Pausa. Mira el maletín, lo toma impulsivamente, saca el teléfono, marca, y esta vez, se lo apoya en la oreja. Al marido.*) Hola, mi amor. Hacete un arroz que no se pegue y ponele chalequito y citronella al nene. Porque yo lo digo y san se acabó. (*Le lanza dos besos ruidosos y corta. Envalentonadísima se acerca a la zona de corte y tintura y le grita a la peluquera.*) Berta, quiero teñirme y hacerme extensiones también, o como se llamen. Espero. No tengo apuro. (*Pausa.*) Ay, qué bonito se sintió eso. (*Repite placenteramente.*) No tengo apuro. (*Se corta la luz.*)

ESCENA 10: GRACIAS MIEDO

BEATRIZ: —Se cortó la luz. Tranquilas, tengo velas. (*Ríe. Parece más liviana. Reparte velas mientras charla.*) No se asusten. No tengan miedo. Aunque, “el miedo no es sonso”, decía mi mamá. Y debe ser verdad. El miedo a que esto pase me hizo traer las velas. Y creo

que el miedo me hizo entrar a esta peluquería. No sé. *(Comienza de a poco a formarse un círculo de luz en el que Beatriz pareciera estar contando un cuento.)* Había una vez una mujer que el miedo a quedarse sola la hizo buscar pareja. *(Prende otra vela y la entrega.)* Pero a la vez, el miedo aún mayor a ser una infeliz la protegió de casarse con un soquete a quien no quisiera. *(Prende otra vela y la entrega.)* Y una chica que el miedo a no tener hijos por miedo la empujó a tener a Sol, su hijita a la que ama profundamente. *(Prende otra y la entrega.)* Y Luisa, una anciana que el miedo a que le robaran en la casa la hizo buscar a PlínPlín, su perro. No protege la casa, hay que decir la verdad, pero la protege de sus malos pensamientos. *(Observa las sombras de la pared.)* No tengan miedo. Son nuestras sombras. *(Se encuentra con la mirada de Elsa.)* Elsa. *(Prende una vela.)* ¿Le puedo hacer una pregunta? *(Le indica el dedo de “me gusta” y “no me gusta”).* Si quiere me hace así, sino así y listo. No hay obligación. *(Le entrega la vela.)* Aunque voy a insistir. Soy insistente. *(Pausa.)* ¿A qué le tiene miedo, Elsa? ¿Cuál es su talón de Aquiles, digamos? (...) Mire usted *(prende otra vela)* porque si le sacamos la carga negativa, el miedo se puede convertir en un ángel de la guarda... pero menos ñoño *(Se encuentra con la mirada de Marta.)* Marta *(se le acerca.)* No me mire así, no tenga miedo ¿Le puedo hacer una pregunta? Si quiere, si no quiere, ya sabe. No hay obligación. Aunque voy a insistir. Soy insistente. *(Le entrega la vela.)* ¿Usted es normal? (...) ¿Vio?, es difícil asegurar eso. *(Prende la última vela que se quedará ella.)* Es que el globo terráqueo también se puede dibujar al revés, o de cualquier otra manera, en movimiento digamos. Hablando de movimiento, recuerdo que el miedo a tener que viajar 3 horas para llegar al trabajo me hizo buscar un terrenito alejado de la ciudad; a pesar de mi miedo al cambio. Se ve que fue más fuerte el miedo al tren San Martín... *(De repente queda inmóvil, atrapada por un pensamiento.)* Ay, ¿cómo no me di cuenta antes? Todas las decisiones importantes de mi vida fueron realizadas por luchas de miedos. *(Jugando con las sombras en la pared genera una pelea.)* Miedo 1 pelea con miedo 2. Ganador: miedo 2. Me mudo. ¡Qué genial! El miedo hizo todo por mí. *(Gira y se encuentra con su sombra reflejada en la pared.)* ¡Gracias miedo! *(Vuelve la luz.)*

LA PELUQUERA: —*(En off.)* ¿Beatriz?

BEATRIZ: —(*Todavía en shock, a la peluquera.*) Voy. (*A las espectadoras/clientas.*) Ya pueden apagar las velas. (*Sale tranquila hacia la zona de corte y tintura. Se la oye en off hablando con Berta.*) ¿Sabe qué, Berta? Este lugar puede ser un excelente espacio de apoyo, o una unidad básica; o una mezcla de ambos. No sé. Como una especie de militancia de los sesos libremente acompañados, un espacio donde enrularse de pasiones, donde descabellarse de lo que sobra... o donde hacerle la toca al corazón... No sé, lo voy a pensar mejor. ¡¿Ya está?! (*Se corta la luz nuevamente. Beatriz entra a escena en total oscuridad.*) Tranquilas. Ya les prendo las ve... (*Vuelve la luz. Beatriz está en el centro de escena con un look completamente nuevo.*) Waw ¿eh? Qué sorpresa ¿No se lo esperaban? Yo tampoco me lo esperaba, la verdad. Bueno, mujeres, me voy. Agradecida de corazón con todas ustedes. Espero que sus almas estén tan colmadas de posibilidades como está ahora la mía. Les dejo las velas, por si necesitan luz. Volveré. (*A Berta.*) ¡Volveré, Berta! Tal vez mañana u otro día... (*Camina hacia la salida. De repente se detiene y mira a las Espectadoras/clientas.*)... cuando el viento, o el miedo, me traigan. (*Sale. Suena la pista de “Paint it black” de los Rolling Stones. La luz baja lentamente hasta desaparecer.*)

APAGÓN

REGIÓN NEA —

NO ME LLAMES *LADY*

Carlos Leyes

Carlos Leyes

Argentino, formoseño por elección y artista teatral, desde hace más de treinta años. Abogado, actor, director, dramaturgo, productor y gestor cultural, docente e investigador. Realizó estudios de posgrado en Gestión Cultural, Ciencia Política, Cultura Pública y Derecho Cultural, con artículos y ensayos publicados. Desempeñó distintos cargos en el Instituto Nacional del Teatro por más de doce años e integró el Comité Ejecutivo de festivales teatrales públicos de gran formato. Actualmente es Director de Cultura de la Universidad Nacional de Formosa, y en el sector independiente ha trabajado y trabaja en numerosas obras teatrales, películas y miniseries como actor, director, productor, dramaturgo y guionista, con premios y concurrencia a eventos y encuentros. Dirige la productora formoseña Leyenda Contenidos Culturales. Actualmente escribe en compañía, mirando al Ancasti y se aferra a las experiencias de tramas tejidas en cruce, para La Trenza y Salvadora Editora.

PERSONAJES

EL ACTOR

LA ACTRIZ

(Podrían tener entre 40 y 60 años)

Una tarima sobre el escenario. En el borde, sentados frente al público, EL ACTOR y LA ACTRIZ. Hay objetos de utilería diseminados por toda la escena y un par de baúles. Los intérpretes están caracterizados con coronas en sus cabezas, y usan máscaras de plástico transparente, de protección sanitaria.

ESCENA 1

Acaban de representar ‘La obra escocesa’. Él como el Rey, ella como su Lady. Ambos tienen las manos llenas de símil sangre utilizado en la pieza. Se la están intentando sacar con un trapo. Él, una camisa manchada con lo mismo.

LA ACTRIZ: –“Aún queda una mancha. ¡Fuera maldita! ¡Fuera, digo! La una, las dos. El infierno es sombrío. (*Hacia el actor.*) ¡Cómo mi señor!? ¡Un soldado y con miedo!... ¿Quién iba a pensar que el viejo tendría tanta sangre?...”²

EL ACTOR: –(*Pausa, mirándola.*) Ése era el texto, no sé para qué me lo decís ahora que...

LA ACTRIZ: –¡Porque recién me acuerdo, boludo! (*Se sigue limpiando frenéticamente.*)... Se me hizo un blanco en el momento... se me hizo un blanco... “Aún queda olor a sangre. Ni todos los perfumes de Arabia darán fragancia a mis manos... ah... ah...” y bla bla y la puta que lo parió.

EL ACTOR: –Metete detergente...

LA ACTRIZ: –El trapo tiene... pero no sale... se ve que le puse más que en la función de ayer. Me pasé con el colorante... vos también tenés las manos rosadas, no te salió del todo. (*Pausa. Ambos se limpian en silencio.*)... un blanco se me hizo la puta madre.

² Los textos originales de *Macbeth* (1623) de William Shakespeare, pertenecen a la traducción española de Marcelino Menéndez Pelayo (1881). No constituyen adaptación de la obra ni requieren autorización de autor, y sólo juegan intertextualmente, en citas eventuales.

- EL ACTOR: —Bueno, no fue tan grave al final. El público qué sabe. Eso que dijiste de que no perdamos la memoria por la muerte de la familia de Macduff quedó más o menos bien. Medio político nomás... pero estuvo bien. A nadie le importa.
- LA ACTRIZ: —(*Se incorpora.*) No sale. Bueno, lo termino en camarín. ¿Vamos?
- EL ACTOR: —(*Que sigue intentando quitarse el colorante.*) Andá vos nomás. Me quedo acá un rato. Hay que acomodar todo para mañana.
- LA ACTRIZ: —Te ayudo después de comer.
- EL ACTOR: —No, no. Andá tranquila y fijate qué se puede preparar.
- LA ACTRIZ: —Estás medio raro vos. Desde la función de ayer que te veo medio tristón. No estarás aflojando, ¿no? (*Silencio.*) ¿Cómo carajo vamos a actuar con esta máscara de mierda puesta?... (*Se la saca y la tira sobre la tarima.*)
- EL ACTOR: —Deberías llevarla, para desinfectarla.
- LA ACTRIZ: —Lo hago después de comer.
- EL ACTOR: —Para seguridad digo... Pará un poco con la mala onda, ¿eh?
- LA ACTRIZ: —Ah, muy bien, en lugar de agarrártelas con el pelotudo que dirigió esta bosta, ¿me recriminás a mí la mala onda, por una función de mierda? Claro, el señor no se olvidó ningún texto... ¿es eso, no?... ¡Te cagabas de risa atrás cuando me veías transpirar y refregarme las manos como una estúpida sin saber qué decir!
- EL ACTOR: —(*Contiene la risa.*) Es que... es que... cuando pasaron quince segundos que te refregabas las manos y no decías nada... pensé... “se tildó... se tildó carajo, hay que largar el efecto de los cuervos...”.
- LA ACTRIZ: —¿Qué cuervos, boludo?... No van los cuervos ahí... (*Se miran un instante y estallan en carcajadas los dos.*)
- EL ACTOR: —(*Riendo.*) Es que... te refregabas como loca mirando al cenital... y solamente te salía... “Cuervos... cuervos... vengan a mí...” y era la letra que no venía... (*Siguen riendo tentados.*)
- LA ACTRIZ: —Bueno, basta boludo... que al final algo coherente me salió... (*Van dejando de reír de manera paulatina.*)... Además ese muerto del sonidista se fue hace días... así que los efectos de mierda que grabaron en la radio de acá a la vuelta no iban a salir nunca.
- EL ACTOR: —Si corría hasta cabina podía largarlo yo, total, me da tiempo a volver y entrar. (*Pausa.*) Si al menos se hubiera quedado María. Aunque sea una de las brujas... el público qué sabe. (*Pausa.*)

Tenés razón con esto del colorante, creo que no me va a salir para la función de mañana.

LA ACTRIZ: —(*Pausa.*) ¿Y si descansamos mañana?... Digo, no está viniendo gente. Se ve que no salen a la calle. Yo podría hacerte un hermoso guiso de lentejas... vi que nos quedan varias latas en el depósito de utilería todavía. Y nos tomamos el vinito ese que dejó equivocado el delivery de ayer... no volvió más. Yo digo a esta altura que ya es nuestro, si vuelve lo negamos a morir y listo... y después, después me llevás de paseo por el pullman, y... quién te dice, nos tocamos un poquito y...

EL ACTOR: —(*Interrumpiendo.*) Había una pareja con barbijos en la última fila.

LA ACTRIZ: —(*Pausa, excitada, avanza a proscenio, mira atenta, ajustando la vista por la luz frontal.*) ¿Estás seguro?

EL ACTOR: —Ese frontal es fuerte, me deja ciego en cada soliloquio. No sé cómo no me fui al carajo en el proscenio.

LA ACTRIZ: —Entonces ¿cómo los viste? Yo no vi nada.

EL ACTOR: —Los presentí... por sus barbijos blancos. Eran como transparentes. Respirando con dificultad. Ella se emocionaba a cada rato. Parecían estudiantes. A él le salía la barba por debajo y se le empañaban los anteojos Lennon redondos. Tan mal no la hicimos después de todo. Esto de doblar todos los personajes es muy difícil la verdad.

LA ACTRIZ: —(*Que sigue mirando y recorriendo el proscenio con las manos como viseras.*) ¿En la última fila? ¿Allá, al lado de la puerta izquierda?... Pero carajo, ni tosieron siquiera. Un poquito, aunque sea una tosesita chiquita. Capaz estaban de trampa, o escapando de algo, ¿no? Ufa, encima que se largan a venir, con todo lo que debe estar pasando afuera. (*Pausa.*) ¡Me hubieras avisado! Si sabía que había dos personas me esforzaba más. ¡Y si eran estudiantes con más razón! Sabés cómo quiero a los estudiantes.

EL ACTOR: —Por favor, no largues de nuevo el monólogo de la pobreza de tu niñez.

LA ACTRIZ: —(*Con reproche.*) No es ningún monólogo, no deberías burlarte. Mi viejo se rompió el lomo juntando cartón para que vaya a la facultad y lo defraudé. Se murió en la miseria sin que ni su país ni yo le diéramos alegría. (*Conmocionada.*) Si los hubiera visto actuaba como en el estreno, le dedicaba la función a ellos... me hubieras avisado.

- EL ACTOR: —Hay que poner todo en cada función. Es independiente de la cantidad de público que...
- LA ACTRIZ: —(*Interrumpiendo.*) ¡La ética de teatrista concheto!... pero dejate de joder... esta obra es un fracaso. Y va a empeorar... yo te dije... te dije... tiene la puta maldición... no teníamos que haber invertido. No tendríamos que haberla hecho... No sé cómo te dejaste convencer y me convenciste a mí.
- EL ACTOR: —Es una superstición. Cosa de los ingleses que no dicen ni su nombre. ¿Cómo no se va a poder decir “Macbeth”?
- LA ACTRIZ: —(*Lo interrumpe superponiéndose.*) ¡Shhhh! ¡No lo nombres carajo, que no estamos en función! (*Se persigna. Se toca un pecho.*) ¡Qué ganas de tentar al diablo, che!... Lo mismo dijiste de la peste. “No existe”, dijiste. “Es un verso” te reías... es algo inventado por ellos para desaparecer gente. Con todo este peligro afuera... encima la obra escocesa... (*Pausa.*) Siempre hay nombres que no pueden decirse, y listo, qué tanto darle vueltas.
- EL ACTOR: —Mejor andate al camarín nomás, te veo en un rato. Abrimos el vino si querés. Dale, no te des manija.

LA ACTRIZ duda un instante, pero enfila hacia el lateral. Se detiene.

- LA ACTRIZ: —¿Por qué te hubiera gustado que se quede María?
- EL ACTOR: —(*Ausente.*) ¿Qué?...
- LA ACTRIZ: —María. La bruja uno. Dijiste recién que todo sería mejor si se hubiera quedado.
- EL ACTOR: —María, o Laura, la bruja dos, cualquiera. No sé, *Lady*, no sé. Es complicado contar la historia sin elenco, qué se yo.
- LA ACTRIZ: —No me llames *Lady*.
- EL ACTOR: —(*Que se incorpora fastidiado.*) Bueno bajá un cambio ya, no te digo ni *Lady* ni nada. Esta mierda no sale (*Se quita la máscara y la corona, va hacia un pequeño baúl de época que forma parte de la utilería, y los guarda allí.*) ¿No te ibas al camarín?
- LA ACTRIZ: —(*Pausa.*) Te estás cogiendo a María.
- EL ACTOR: —¡Pero no digas boludeces, ¿querés?! (*Junta utilería frenéticamente y la va acomodando.*) ¿No estamos solos acaso?... No cogemos ni nosotros y venís con que...

- LA ACTRIZ: —(*Interrumpe.*) No digo ahora... antes digo, antes de la peste.
(*Pausa.*) ¿Eh, qué pasa?... ¿Se te fue la hombría ahora que no podés reconocer lo que es obvio? (*Se acerca a él actuando una escena de la obra.*) “Cuando te atrevías eras un hombre; entonces no importaban ni el tiempo ni el lugar. Ahora se presentan y la ocasión te acobarda”.
- EL ACTOR: —¡Basta!... Basta ya. Estás paranoica. Ahora el tema es María. En los ensayos era la bruja dos. En el preestreno fue la bruja tres. ¿Qué sos, de la inquisición?...
- LA ACTRIZ: —¿Sabés qué? No me voy nada. Me quedo a guardar las cosas con vos. Por ahí aparece la María ésta y se lo preguntamos a ella.
- EL ACTOR: —Hacé lo que quieras. Sabés bien que no va a aparecer nadie.
- LA ACTRIZ: —Nunca se sabe... (*Con sorna.*) ¿no viste dos personas hoy?... por ahí, vuelve María... o Laura... y las “presentís” en la oscuridad.

Siguen juntando y limpiando cosas, en silencio.

- LA ACTRIZ: —Si me hubieras avisado, por ahí les gritaba que estoy orgullosa de ellos. De que sean jóvenes, idealistas, estudiantes y valientes. De que salgan y que no tengan miedo a las sirenas, de que tiren piedras a la yuta. Les gritaba fuerte y me cagaba en el texto, en María... y en vos.
- EL ACTOR: —Estuvimos todos de acuerdo.
- LA ACTRIZ: —¿Con las tres brujitas?
- EL ACTOR: —En que hacíamos la obra escocesa a pesar de la maldición... quedó bien claro que la hacíamos lo mismo. Que era una puta superstición.
- LA ACTRIZ: —Ahí los tenés a los traidores. No quedó ninguno, ninguna. Rajaron con el primer bando, o decreto, o como se llame. Eso en el fondo porque siempre sospecharon como yo, de que la maldición en algún momento iba a golpear las puertas, las iba a tirar abajo a los gritos. (*Pausa.*) ¿A vos te parecía natural tener que estrenar con esas máscaras?... Te ahogan, te... te... alejan... te exilian. Ahí comenzó todo... (*Angustiada.*) hay que hacer algo, hay que decidirse, hay que actuar... no se la pueden llevar de arriba.
- EL ACTOR: —(*Se acerca a ella amorosamente.*) Dejá... dejá, acomodamos todo mañana temprano. Dejá. No seas celosa, negra... Y dejá de darte

máquina con lo que no puede cambiarse. Vamos. Vamos a tomar ese vinito, dale.

La abraza, y luego la toma de la mano, llevándola hacia el foro. Ella lo deja, camina unos pasos y se detiene.

LA ACTRIZ: —(*A proscenio.*) Capaz vuelven mañana los chicos. En una de esas vuelven, y se sientan allá, arriba, para ver la obra desde otro ángulo. Ahí los vamos a ver bien. Me voy a esforzar mucho. No pueden ser transparentes. Los voy a ver, los voy a contar, uno, dos, uno y dos de vuelta, y mil, y dos mil, y tres mil, y treinta mil. Capaz vienen con afiches, con volantes. Los ayudamos a repartir. Los ayudamos. Puedo prepararles engrudo, nos sobra harina en el depósito. Esta noche repaso todas las escenas. Repaso todo. La hago bien, te juro, la hago mejor, no me olvido de nada.

EL ACTOR: —Dale, vamos. Si los vuelvo a ver te aviso, te aviso negra... (*La lleva amorosamente fuera del escenario. Salen.*)

ESCENA 2

Suena un timbre. Viene del lobby de la sala más allá de las butacas. Entra EL ACTOR bebiendo de una botella de vino, del pico. Sigue con el mismo vestuario, pero completamente desarrañado. Un barbijito sucio cuelga de una oreja. Lleva una pequeña radio vieja en la mano, tipo Spika.

EL ACTOR: —(*Levemente ebrio.*) ¡Va, va! ...¡Ah, malditas serpientes de las alcantarillas!... ¡Ah, bestias de la oscuridad, testigos de la desgracia que se cierne sobre nosotros!... ¡Si no fuera por el elixir de la paz, que nos acompaña!... (*Bebe. A proscenio.*) Sé bien que estoy a las puertas del infierno. ¡No me graben!... no me miren... sé que me escuchan, que me sentencian, lo sé bien. Yo seré actor, pero no boludo. Quieren que salga, eso quieren. Ya conozco las estrategias. Los actores sabemos textos, historias. Recitar. Engolar la voz, proyectarla. Cuando pasan las sirenas, les grito un soneto desde el blindex del lobby. Ni pelota. Entonces, hago que pongo un afiche que despego y que vuelvo a pegar. (*Para sí.*) Ya casi no queda cinta

scotch, apenas se pega. Mucha pelusa.

Me hago el tonto. Callado, para oír. Y puro silencio. Nada.

A veces no sé si es un patrullero o una ambulancia. ¡O los bomberos!... Deberían tener sirenas distintas. Bueno, no sé qué tipo de sirenas tienen la verdad. Qué carajo importa por otro lado, pasan todo el día. Vuelan.

Pongo la radio, que todavía anda no vayan a creer. Hasta que se quede sin pila por lo menos. Ahora que no hay fútbol, escucho chamamé (*La enciende y se escucha lejanamente. Pausa.*) Es una máquina, porque son los mismos, todos los días. Dejaron una máquina prendida que los repite y ellos se fueron. Yo me doy cuenta de las cosas, no soy un improvisado. Me voy a inflar las pelotas, y la voy a tirar a la mierda. Desde la terraza del teatro la tiro. (*Amaga arrojarla y la deja en el suelo.*)

Tímbre.

¡Va! ... ¡Ah, Corazón de Cristo que sufre la traición! (*Balucea algunas incoherencias ininteligibles.*)

A mí nadie me notificó, ¿eh? Así que la obra sigue en cartel, que no jodan. (*Hacia el lobby.*) ¡Estamos aislados mierda!... ¡¿No ven que no circulamos?!... Se hacen los boludos. Pero no son. Sabemos muy bien lo que pasa la *Lady* y yo, aunque no haya televisión en este teatro de cuarta. (*Pausa.*) Que se fueron todos. La vi a la boletera llorar cuando ya no se vendía. “Pobrecita” pensé. Jovencita, la boletera. Y se fue de madrugada, calladita, sin avisarle a nadie.

Igual que las hermanitas que repartían volantes en la vereda. Calladas. “Orden de las señoras del sigilo”. (*Se ríe. Bebe.*) No me burlo, lo que pasa es que quiere decir que son calladas. Las hermanitas. No hablaban, pero entendían lo que estaba pasando, como nosotros. Se daban cuenta. Porque estar callado es mejor que aturdirse con textos todo el tiempo. A mí me cuesta, entre tanta gente muerta en la cabeza, diciendo sus cosas una y otra vez. Gritando tragedias, riendo por pelotudeces. Me cuesta estar callado. Los textos aturden. Los gritos espantan. Decirlos, a veces es peligroso.

Timbre.

¡Ya va carajo! (*No logra acomodarse el barbijo sucio, se frota las manos con vino.*) Que no hay más alcohol en gel... (*Va a salir entre las butacas.*) A veces escucho gritos desde el foso de la orquesta. Pienso que podrían ser fantasmas, o gente que ya no está. Desaparecida de las memorias. Le pido a la *Lady* que escuche, que suenan reales. Pero nada. Ella me putea y se da la vuelta, y sigue durmiendo. (*Timbre insistente.*) Seguro no hay nadie afuera tocando. (*Al público.*) ¡Quieren que salga! ... (*Ríe.*) ¡Es como un ring raje!... ¡Eso!... Tocan, salgo, me dicen que estoy contagiado de toda esta mentira, me agarran... y fui, me llevan.

Timbre.

(*Con voz afectada.*) ¿Quién es, en nombre del Dios olvidado?... ¡Hágase ver! (*Ya caminando entre butacas.*) No contestan, fieles a su mandato. Guachos, después de todo lo que laburé para ustedes. Años de transpirar la madera de los escenarios para que se caguen en nosotros. Para que se olviden, para que no vengan, y nos dejen a merced de los asoladores, de los que eliminan la ida y la vuelta, las visitas y las caminatas bajo el sol. No descansan. Puerta por puerta. Timbre por timbre. Basta ya, no se puede entrar, no se puede salir. No hay plata para pagar.

Sirena larga, como pasando.

(*Transición.*) ¡Ah, las sirenas voladoras!... Como estrellas fugaces que corren de norte a sur, pero sonando, llevando malas noticias. (*Pausa.*) Hace mucho que no aguanto más. (*Mira hacia el escenario preocupado.*) Shhhh, ni la *Lady* lo sabe. Abro, y que me lleven, qué puta, cierren esta sala también. ¡Sigan cerrándolas! ¡Sigan quemándolas! ¡Que ardamos en el calor de tanta incultura!... Ni un día más entre alimañas (*Engancha al fin su barbijo, sale por alguna puerta del fondo de la sala y entra por el mismo lugar con un pequeño moisés.*) (*Regresando al escenario.*) ¿Ven?... Llegó, ángeles caídos, llegó... ¡Delivery del paraíso perdido! (*Suena un chamamé lejano.*) Ahí está, se

arranca sola ya. Se está quedando sin pilas. Es verso, no transmite nadie. ¡Lady!... ¡Llegó la pizza, Lady!... (*Deja el moisés en un costado y saca una caja de piza de adentro. La radio cesa.*)

ESCENA 3

Ingresa LA ACTRIZ por un lateral. Lleva puesta una bata y sólo un ruler. Se está quitando el maquillaje. Un cuchillo ensangrentado en la cintura.

- LA ACTRIZ: —¡Cómo tardó!... Y eso que pedimos una muza simple, que si no. (*Abre la caja y comienza a cortar la pizza en porciones.*) Te tomaste casi todo el vino vos solo, angurriento.
- EL ACTOR: —Ese cuchillo es de la utilería... y está lleno de colorante, ¿qué hacés?
- LA ACTRIZ: —Que sirva para algo, ya que no hay Rey que matar. (*Ríe. Le alcanza una porción. Toma un trago de vino del pico.*) Te tomaste casi todo. Te pegó bajón lo de los chicos que viste.
- EL ACTOR: —Tomalo todo si querés, metele, antes de que me lo termine yo. No estoy bien.
- LA ACTRIZ: —¿Te sentís mal?... ¿Vas a vomitar? Ojo con el vestuario que mañana...
- EL ACTOR: —(*Interrumpe.*) Mañana, y mañana, y mañana. No sé si hago la función mañana. (*Se recuesta en el tablado.*) Tenés razón. Si no viene nadie o aparece algún descolgado solo, no la hacemos y listo. Recién grité en el lobby, y no pasó nadie. Solamente están esas sirenas de mierda y el pibe de la bici con la caja de entregas, que cambia de barbijos pero para mí es el mismo siempre. Le hablo y no me contesta. Me pasa el ticket y no dice palabra. Yo ya no le hablo tampoco, le pago y ya, que se vaya. Me cansé también de mendigar palabras... Y la radio repite los chamamés una y otra vez. No hay nadie. O están todos muertos, o nos dejaron acá, aislados en este teatro del orto. Nunca nos tendríamos que haber quedado.
- LA ACTRIZ: —Te pintó la depresión otra vez. ¿Ves? No tenés que tomar después de una mala función, te pega mal. A mí el baño me cambió el humor, estoy lista para hacer una segunda si fuese necesario. (*Observa el moisés.*) ¿Y eso?

- EL ACTOR: —No sé, venía con la pizza. Me lo entregó así el delivery.
- LA ACTRIZ: —(*Se acerca con sigilo y preocupación, lentamente descubre la manta. Se sobresalta.*) ¡La puta!
- EL ACTOR: —(*Pega un salto.*) ¿¡Qué hay!?! ¿¡Qué hay!?!
- LA ACTRIZ: —Nada boludo... nada hay... qué susto carajo.
- EL ACTOR: —¿Susto de qué? Me vas a matar así.
- LA ACTRIZ: —Susto de que hubiese algo digo. ¿Te imaginás si nos dejan un nene?
- EL ACTOR: —¿Quién nos va a dejar un nene?
- LA ACTRIZ: —No sé, no sé, el delivery por ahí. ¿No te llamó la atención que te deje la pizza en un moisés?
- EL ACTOR: —No. Qué se yo, para mí era una canasta nomás. Nada me llama la atención viniendo de afuera. Cómo me vas a asustar así.
- LA ACTRIZ: —“Viniendo de afuera”. Viniendo de afuera cualquiera que se quiera deshacer de un bebé, lo deja acá, en el teatro, para que nos hagamos cargo nosotros, y se va para siempre.
- EL ACTOR: —(*Todavía reponiéndose del susto.*) Se lo devolvemos al pibe cuando vuelva. Nadie anda por las calles, están todos encerrados, escondidos, asustados. Mirá si a alguien se le va a ocurrir salir con un moisés a regalar una criatura en medio de la noche.
- LA ACTRIZ: —(*Comenzando a comer.*) Por eso, justamente por eso. Porque hace años que están encerrados, o meses, o semanas, no sé. Y tanto verse todos los días, por ahí, dejan de aguantarse. Por ahí se dan cuenta de que no querían tener hijos, o de que el que tienen no se parece en nada a ellos. No sé. Podría ser. Es un peligro. Se cansan o se asustan, ponen un nene en una caja, vienen escondiéndose de las sirenas, y te lo dejan acá, en la puerta con cualquier excusa. (*Pausa, los dos comen.*) Tenés que tener más cuidado vos. Dejá de hacer boludeces cada vez que salís al lobby.
- EL ACTOR: —Y en vez de dejarlo en un hospital o en una guardería, prefieren dejarlo en un teatro cerrado... debe ser parte de la promo de dos muzas.
- LA ACTRIZ: —No es para burlarse, estúpido. Qué sabés lo que pasa por la cabeza de esa gente de afuera. El encierro los va volviendo locos. Acordate la cara de los cagones que comenzaron a irse cuando se supo todo.
- EL ACTOR: —¿Cuándo se supo qué? Nadie sabe nada todavía. Tendríamos que habernos ido también.

- LA ACTRIZ: —¿A dónde?... no tenemos vida más allá de la obra escocesa, lo sabés bien. No hay nada fuera de este escenario que nos espere, en ninguna parte. La maldición es bien clarita, no decir los nombres del Rey ni de la Reina fuera de la escena, y desarmar el conjuro con 100 funciones.
- EL ACTOR: —Eso último lo inventaste vos, para que nos quedemos acá. Yo no lo leí en ningún lado.
- LA ACTRIZ: —No es cuestión de arriesgar.
- EL ACTOR: —(*Cambiando de tema mientras mira el moisés.*) También pueden ser nenes robados.
- LA ACTRIZ: —(*Se incorpora asustada, contenida.*) ¿Qué... decís?... ¿Qué de...
- EL ACTOR: —(*Interrumpiendo.*) ¡Que también pueden ser robados!...
- LA ACTRIZ: —(*Casi sollozando.*) ¿Cómo robados? ¿Robados por quién?...
- EL ACTOR: —Por ellos mismos. Por ellos. Capaz los roban y después se arrepienten, y cuando los ven, cuando los miran dormir, como decís vos, no los reconocen. Sabiendo que no son de ellos, los invade la desesperación de la muerte. Los posee la culpa eterna, y sangran y ya no pueden dormir más. “No duermas más, ya no dormiré”.
- LA ACTRIZ: —Así... así.... no es el texto.
- EL ACTOR: —No es un texto. Es algo que sueño a veces. No tiene nada que ver con esta obra escocesa maldita. Es una pesadilla donde esa gente escondida sale y devuelve los niños, y son todos iguales y no tienen caras. Es horrible.

LA ACTRIZ mira el moisés vacío. Se acerca a él. Toma una manta y hace un bollo. La arroja y comienza a arrullarla.

- EL ACTOR: —A veces escucho gritos, o llantos callados que vienen desde el foso de orquesta. ¿Vos no los oís?... (*Pausa. Vuelve al vino.*) Para mí alguien se quedó encerrado. Raro, porque durante el día no se escucha nada. Raro. Igual no me animo a bajar... Si no vas a tomar me lo termino yo. (*Toma la botella, bebe.*)
- LA ACTRIZ: —Shhhshhhh, que lo vas a despertar. (*Como en una canción de cuna.*) Duerme, duerme, pobre niño perdido... duerme, duerme, hermoso niño robado... duerme, duerme que ya llegaste a casa.
- EL ACTOR: —(*Yendo hacia el moisés.*) Lady no hay niños acá. (*La Actriz sigue*

arrullando la manta con palabras ininteligibles.)... Déjame esa manta, lo devuelvo. Al moisés lo devuelvo. No es nuestro. No tenemos nada que ver con todo esto. Lo saco a la calle, que se lo lleve cualquiera. A mí me va a seguir dando pesadillas. Son horribles. *(La Actriz sigue con su canto. Él la toma del brazo.) ¿Lady?*

LA ACTRIZ: —*(Se suelta con violencia.)* ¡Déjame!... Soltame carajo... soltame... shhhshhhh duerme bebé maldito, duerme bebé descastado... yo te voy a cuidar. *(Mete la manta dentro del moisés, lo levanta y se encamina al lateral. Se detiene a medio camino. Al actor.)* ¿Y si los chicos de la última fila lo vinieron a buscar? ¿Si vuelven y lo reclaman?

EL ACTOR: —Se lo damos.

LA ACTRIZ: —No. No. Siempre quise un niño. Vos sabés que siempre quisimos un niño, o una niña. Amo a los estudiantes, pero no. Sería como convertirme en una foto en blanco y negro. *(Vuelve a encaminarse al lateral. Se detiene.)* Además transparentes no pueden. Transparentes no se los ve, no se los oye. Si vuelven mañana me avisás. Me avisás. Improviso. Improviso y hago un monólogo sobre los chicos robados y les explico. *(Sale con el moisés.)*

EL ACTOR: —*(En escena, devastado. Se termina la botella.)* Corazón que sangra. Corazón de los sueños horribles. Corazón muerto. *(Sale.)*

Ulular de sirenas, de norte a sur, de este a oeste.

ESCENA 4

Entran ambos actores desde el fondo con las máscaras colocadas, casi al trote, tomados de las manos, van a prosenio. Comienzan a saludar.

AMBOS: —¡Gracias! ¡Gracias! *(Se aplauden mutuamente y al público.)*

EL ACTOR: —¡Gracias por acompañarnos esta noche! Estamos tan felices de que nos encontremos. Quiero cederle la palabra a mi compañera de aventuras... Lady, tu público.

LA ACTRIZ: —*(Por lo bajo.)* No me digas Lady te dije... *(Hacia el público.)* Ehh, eh, muchas gracias una vez más. Por todo. Por venir. Por resistir. Por no tenerle miedo a esta obra escocesa ni a su maldición... igual por las dudas, al salir... escupen hacia la derecha en la vereda del teatro y se me persignan, ¿eh? *(Ambos rien.)*... Les pedimos

disculpas por estas ridículas máscaras. Nosotres los actores somos de usar máscaras... pero esto es una ridiculez, por cierto. Casi no podemos respirar y seguro que a ustedes les complicó entender los textos, ¿no? ¿No? (*Se pone las manos como viseras.*) ¿Entendieron todo? ¡Eu! ¡A ustedes les hablo mierda!

EL ACTOR, resoplando, se saca la máscara y se sienta en la tarima.

- EL ACTOR: —Otra vez rompiendo la magia. Sabés bien que no hay nadie. No sé por qué no respetás la convención, carajo. (*Comienza a sacarse la sangre de las manos.*) Esta mierda es cada vez más pegajosa. Hay que cambiar de producto. Ya no sé cuál es el color de mis manos.
- LA ACTRIZ: —(*Que sigue tratando de ver hacia el público sin éxito.*) Allá, allá había gente. ¡Arriba! En el pulman, en la primera fila del pulman. Había gente, las vi. ¡Se reflejaban cuando encendías el seguidor!... es imposible que no las hayas visto... en la primera fila, en la primera.
- EL ACTOR: —(*Que ya ha comenzado a guardar la utilería.*) Solamente vi sus cabezas blancas, como canosas, con los pelos volando, flotando. Blancos. Eran mujeres. Como gaviotas.
- LA ACTRIZ: —(*Excitada.*) ¡¿Viste?! ¿Viste?... (*Corre hacia las puertas del teatro. Se detiene antes. Al actor.*) ¿Seguirán allí? (*Duda.*) No me animo a subir sola.
- EL ACTOR: —(*Que guarda su corona en el baúl.*) Se fueron cuando el Rey mata a toda la familia de Macduff. No lo soportaron. Las vi levantarse fastidiosas. Murmuraban cosas como “Qué barbaridad”, “Asesinos”, “Juicio y castigo”, y no sé, cosas así, que nada que ver con Escocia. Bueno no sé, para mí que la vieron antes, porque sabían que finalmente el Rey moría... alguna salió sonriendo y murmurando: “Vas a pagar, vas a pagar”.
- LA ACTRIZ: —Se fueron en bandada, por el aire. Escuché los aleteos. ¿No me acompañás al pulman? Por ahí queda alguna todavía.
- EL ACTOR: —No. Caminaron. Decididas. No fue por aire, fue en fila. Una atrás de otra, en silencio, casi como en círculos. (*Guarda algo más, y se encamina al lateral.*) Voy al camarín. No andes por ahí sola. Te espero para ver qué comemos... Encima no hay más vino. (*Sale.*)

LA ACTRIZ queda conmocionada, va regresando lentamente al escenario, mirando hacia el pulman. Sube nuevamente.

LA ACTRIZ: —(*Hacia el pulman.*) Seguro se parecían a mamá. Con ese olor a talco por el sarpullido. Con esos ojos de reproche por mi delantal sucio. Con esa voz de pito retándome por la rodilla sangrada. “¡Varonera! ¿Cómo no te vas a lastimar si jugás con esos salvajes?” (*Va hacia el baúl. Saca un cuchillo con sangre. Transición.*)

Sí, mamá, estoy jugando con salvajes. (*Mostrando el cuchillo.*) ¿Ves? ¿Ves? Hay sangre acá también, no solamente en mis rodillas. Ya no nos importa. No estamos dispuestos a soportar un día más el encierro. Aceptamos hasta ahora, mamá. Aceptamos. Pero ellos comenzaron a aislar, a asolar. Ellos comenzaron a borrarlos, como vestigios de sus pesadillas. Como malos recuerdos. (*Habla al pulman.*)

¿Mamá?... ¿Mamá, me escuchás? ¿Te acordás cuando comenzó? ¿Te acordás cuando uno a uno, una a una, dejaron de regresar de los trabajos?... Ya nos iba a tocar, tarde o temprano. Por eso mamá, para no esperarlos, comenzamos a jugar con los salvajes. A sangre y fuego, a fuego y sangre. A resistir.

Duncan no era mejor, mamá. Nunca podría serlo, nacieron con mi Rey del mismo nido. De la misma cueva infecta de la que salen los demonios. Los que roban niños, los que despeinan canas, los que aíslan y lastiman estudiantes y pibes pobres. Nosotres, les salvajes, les estamos dando batalla. (*Mira su cuchillo. Sale decidida por el foro.*)

ESCENA 5

EL ACTOR ingresa a la sala por alguna de sus entradas, yendo hacia el escenario. Trae un afiche roto en las manos. LA ACTRIZ ingresa por el foro excitada, y comienza a buscar algo en los baúles.

EL ACTOR: —¡Ah! ¡Estabas acá! ¡Te busco hace media hora por todos los pasillos! (*Ya en el escenario.*) Si al menos reconocieras que estamos encerrados por tu manía, podríamos analizar que...

LA ACTRIZ: —(*Interrumpe.*) ¡Qué manía ni qué ocho cuartos!... ¡La gente se moría allá afuera! O se sigue muriendo, no sé... acá tenemos armas, podemos resistir (*Revuelve los baúles y la utilería que está desperdigada en la escena.*) ¿No viste el puñal ensangrentado?... Me lo llevé a camarines el día de las madres.

- EL ACTOR: —No. Está lleno de cuchillos por todos lados. Esto no se trata de puñales, dejate de joder. Cuando lleguen, más vale no resistirse... ¿Trajiste la cinta scotch?
- LA ACTRIZ: —(*Sigue buscando frenéticamente.*) No hay más.
- EL ACTOR: —(*Que comienza a romper el afiche.*) Entonces, se acabó el marketing.
- LA ACTRIZ: —(*Se espanta.*) ¿Qué hacés? ¡No rompas el afiche!... ¡es el último! (*Le quita los fragmentos de las manos, junta pedazos del suelo. Desesperadamente intenta unirlos.*) No... No... es el último... cómo pudiste.... Cómo pudiste... somos... nosotros, ¿no ves?... somos nosotros...
- EL ACTOR: —No somos un carajo. No estamos en ninguna parte. Qué vamos a estar en un afiche de mierda... papel obra encima. No dá más. No doy más. No dá para más.
- LA ACTRIZ: —(*Que solloza tratando de unir las partes del afiche roto.*) No... no aflojes ahora mi Rey, no aflojes ahora... van a volver los chicos, van a volver las gaviotas, van a volver todos y todas, vamos a volver nosotros. No... no aflojes ahora. Desde esta isla escocesa vamos a resistir. El público va a volver, y los hijos de puta seguirán patrullando al pedo, buscando sin encontrar. Y esta peste, y ellos, y toda esta mierda se va a acabar. No... no aflojes ahora. Que en dos horas tenemos función.
- EL ACTOR: —¿No te das cuenta de que no hay nadie? ¿De que no viene nadie?... Toda esta mierda es una fantasía que nos hacen creer. Vos, la primera. Afuera, pasan sirenas, solas, sin autos, sin policías, sin ambulancias. Pasan. Gritan. Aúllan. (*Pausa.*) Estoy harto de esconderme tras los afiches. Ya no quedan. Ahora siento que las sirenas me ven, me sacan fotos, me graban. Me están sacando la ficha para venir a reventar el teatro.
- LA ACTRIZ: —(*Deja los fragmentos que infructuosamente quiere pegar.*) Te querés entregar. Nos vas a traicionar. A mí y al niño.
- EL ACTOR: —No hay ningún niño acá. (*Subrayando las palabras.*) No... tenemos... niños...
- LA ACTRIZ: —Negacionista.
- EL ACTOR: —*Lady*, el otro día querías mandar la obra a la mierda. Por la maldición, porque no venía nadie. Porque te olvidabas el texto... qué se yo. Querías dejar la obra, *Lady*... y ahora resulta que tenemos un hijo y que yo...

- LA ACTRIZ: —(*Interrumpiendo.*) ¡Sos un traidor! ¡Eso! ¡Decilo claro!... Me hiciste la cabeza para que decaiga, me confundiste con las luces, con la pista de sonido, me mentiste con esos fantasmas mirándonos desde las sombras de las butacas... y ahora negás a nuestro hijo. Me hiciste flaquear, es eso. Te querés entregar carajo... pero eso no va a pasar. No mientras yo esté con vida. (*Sigue buscando el puñal entre la utilería. Masculla.*) Y... no... me... llames *Lady*... mierda. (*Encuentra un puñal.*) ¡Acá está!... Lo primero, es eliminar a Duncan. A tu puto jefe. Todos nacidos del mismo nido de traición. Del mismo nido de ratas que se cagan en el pueblo, que se cagan en nosotros. Y después, después, será cosa de salir, a enfrentarlos cuerpo a cuerpo. Y hacer que todos vuelvan. (*Sale como poseída a los gritos.*) ¡Duncan!... ¡Duncan viejo hijo de puta! ¿Dónde estás malparido? ¡¡La sangre quiere sangre!!...
- EL ACTOR: —(*Corre tras ella.*) ¡*Lady*! ¡*Lady*, vení... pará carajo! ¡Pará!!...

Suenan sirenas. Apagón.

ESCENA 6

Ambos están sentados en la tarima, sin las máscaras. Sacándose la sangre de las manos, como en la primera escena.

- EL ACTOR: —Ésta no sale.
- LA ACTRIZ: —Es más pegajosa.
- EL ACTOR: —Quién iba a decir.
- LA ACTRIZ: —¿Viste?... Mañana la hacemos con la de utilería nomás.
- EL ACTOR: —Y mañana, y mañana, y mañana.
- LA ACTRIZ: —Yo sabía que esta obra escocesa nos iba a hundir. Mirá (*Le muestra.*)... hasta hace un rato nunca había matado a nadie... ahora, la sangre no sale de mis manos.
- EL ACTOR: —Y yo no era cómplice de un crimen.
- LA ACTRIZ: —Estabas renunciando. Te estabas entregando. Reaccionaste a tiempo.
- EL ACTOR: —No reaccioné nada. No tenía idea de lo que eras capaz. Sigo pensando lo mismo de antes. Toda esta mentira, toda esta peste, toda esta maldición. Todo este asunto de no poder decir el nombre de la obra. Los nombres de las personas, perdidos. No

hay nombres... Ahora... es tarde. Si los dejamos entrar, vamos en cana por homicidio. No sé si te das cuenta de la gravedad que...

LA ACTRIZ: —¡Basta! Pero basta che, basta. No seas tan cagón. Ya está, ya está, ya fue, ya pasó. No te olvides que el que trajo el moisés fuiste vos. El que me jodió con los fantasmas fuiste vos. Una no es de madera tampoco. Se va cargando, cargando... hasta que explota. Además Duncan...

EL ACTOR: —No era Duncan. Era el director. Y no tenía la menor idea de que estaba secuestrado en el foso de orquesta. Me dijiste que se había ido con el resto, no que lo tenías atado y amordazado. Nadie merece morir así. Hambreado y después acuchillado.

Silencio tenso.

LA ACTRIZ: —Un valiente.

EL ACTOR: —(*Estallando.*) ¡¿Cómo podés ser tan desalmada?!... Cuando gemía de noche, no podía dormir. (*Pausa.*) Dormir nunca más.

LA ACTRIZ: —(*Que sigue limpiándose la sangre con parsimonia.*) Era necesario realizar un acto ejemplificador, para que comprendas la gravedad de la situación. No mires al costado mi Rey. Aceptá las cosas como son. Duras. Reales. El estúpido ése fue el primero en tratar de abandonar el barco. Cuando se fue la Bruja tres, ahí me di cuenta, de que estaban esperando el momento. De que estaban tramando la traición. Y él, él era el responsable de todo. Ya sé que no es Duncan —el viejo se rajó entre los primeros— pero debería serlo.

EL ACTOR: —Esto es una tragedia. Un horror.

LA ACTRIZ: —Lo es, lo es, no te lo voy a negar. Tenés que ser fuerte.

EL ACTOR: —No podemos hacer la obra los dos solos. Hay escenas completas que borramos. Partes enteras de nuestras vidas. Fotos pegadas por la humedad.

LA ACTRIZ: —No importa. Queda lo esencial. El cuentito se entiende bien. Todo lo demás sobra.

EL ACTOR: —(*Que comienza a meter las cosas en los baúles.*) No. No sobra. Es esencial. Estamos grandes. Estamos perdiendo la memoria. Y sin memoria la obra se va al carajo. Vamos perdiendo las imágenes, los rostros, peste tras peste.

- LA ACTRIZ: —¿¡De qué pestes estás hablando?! ¡Acá hay una sola peste, y son los traidores! ¡Los que se esconden, los que aceptan sin decir nada, que las sirenas nos encierren! (*El actor sigue en lo suyo.*) ¿No te bastó con un sacrificio? ¿Qué querés, que se cumpla lo que dijeron las abuelas ésas, las gaviotas? “Vas a pagar, vas a pagar”... ¿Es eso?
- EL ACTOR: —(*Sigue guardando las cosas.*) Las abuelas no existen. Nunca vinieron, ni los estudiantes, ni nadie. No hago más la obra, *Lady*, no la hago más. Renuncio. Seguí sola si querés. Hací un monólogo, no sé. Yo me voy. Voy a salir, y que me levanten. No voy a delatarte, pero no puedo seguir así. Soñando. Olvidando. Viendo esta muerte a mi alrededor y callando.
- LA ACTRIZ: —(*Que toma uno de los cuchillos, lo apunta.*) Quieto. No te vas a ningún lado. Vamos a resistir, hasta que nos vengan a buscar. Hasta que cierren el teatro. Hasta la muerte... Y... no... me... llames... *Lady*.
- EL ACTOR: —(*Cansado.*) ¿Me vas a matar a mí también? ¿No te das cuenta de que ya no sé ni tu nombre? (*Comienza a sollozar quedamente.*) No... me acuerdo... no... me sale... Ya no sé qué puedo decir y qué no. Tengo miedo de equivocarme. Solamente me sale... *Lady*... *Lady*... ya no vamos a recuperar nuestras vidas... Lo que fuimos, lo que sos. (*Trata de abrazarla.*)
- LA ACTRIZ: —(*Sin dejar de apuntarlo con el arma, retrocede.*) ¡Salí!... Salí... Capaz que siempre fuimos éstos. Una valiente y un traidor. Y si tengo que hacer la puta obra escocesa sola y hasta la misma muerte, la voy a hacer. Por ahí, quién te dice, rompo la maldición y puedo decir los nombres prohibidos. Todos. Uno por uno, una por una, sin que me caiga ningún tacho de luz por la cabeza. De los muertos, de los vivos, de los fantasmas. Es mejor poder decir los nombres prohibidos, aunque haya consecuencias.
- EL ACTOR: —Macbeth.
- LA ACTRIZ: —¡No!... ¡Silencio!... ¡No es así como se rompe el maleficio! ¡Escupí a la derecha! ¡Persignate! (*A medida que habla, va realizando esas acciones.*)
- EL ACTOR: —Macbeth... Macbeth... (*Se pone de rodillas dándole frente.*)
- LA ACTRIZ: —(*Desesperada.*) ¡No! ¡No! ¡No! ¡Basta, carajo! ¡Basta!! ¡Nos hundimos!... ¡Nos hundimos!... ¡Cerrá la boca! ¡Cerrá la boca! ¡Cerrá la...! (*Le clava el puñal en el pecho.*)... Boca.

EL ACTOR: —Macbeth, Macbeth, Macbeth... *Lady*... Macbeth... (*Muere.*)

LA ACTRIZ: —(*Se queda mirándolo, afectada. Escupe hacia la derecha, se persigna. Limpia el puñal en su vestido.*) Te devuelvo la dignidad, amor. Otra vez somos aquéllos. Frescos y jóvenes (*Se retira lentamente hacia proscenio, profundamente afectada.*) No es momento para los débiles, mi Rey. Ni para deserciones, amor. Ya no. (*Lo mira en el suelo.*) Al fin de cuentas, la maldición se cumple. No hay forma. Ciclo tras ciclo, la maldición se cumple. Ellos vuelven... y nos quitan lo poco que tenemos... Menos la dignidad, amor. Menos el valor. Menos la resistencia. Duermes, mi amor, duerme. Duermes con mi niño perdido, duerme con mi madre gaviota, con mi abuela suspiro profundo. Duermes. (*Solloza. Pausa.*)...Y no... me llames... *Lady*.

Suenan sirenas. Golpes a la puerta. Voces ininteligibles de handys. Gritos de “¡Abran!”.

APAGÓN FINAL

NO MATARÁS



Luis Ignacio Serradori

Luis Ignacio Serradori

(Monte Caseros, provincia de Corrientes, 1980). Es actor, director, dramaturgo, guionista y docente teatral. Se formó en el grupo de teatro Raíces, de extensa trayectoria, bajo la dirección de Susana Bernardi. Estudió con Vicente Zito Lema, José Luís Valenzuela, Marcelo Bertuccio, entre otros. Entre los espectáculos que escribió y dirigió se encuentran *Las hijas idiotas* (2008); *El gran fracaso* (2010); *La casa de los colores* (2011); *Patria de hostia* (2013); *Los reídos* (2017). Como actor se formó y participó en las obras *Una carretilla de música* (1999); *Pasados por agua* (2001); *Gurka, un frío como el agua, seco* (2003); *La pasión del piquetero* (2005) de Vicente Zito Lema. Publicó, entre otras obras, *Las hijas idiotas* (1° Premio Corrientes Escribe Teatro, 2009); *Los reídos* (1° El NEA escribe Teatro, 2011); *Otilia Buenaventura* (Concurso nacional de dramaturgia del INT, región NEA, 2014); *Los padres* (concurso nacional de dramaturgia del INT, región NEA, 2015). Ha recibido numerosos reconocimientos y menciones en los diversos roles que desempeña. Desde el año 2013 es director del Grupo de Teatro Raíces.

ESCENA 1

Noche. Living de una casa estilo colonial. Hay cajas embaladas en el espacio. MAY duerme, tendida a lo largo de un sillón, abrazando a una niña de 13 años. La luz titila intermitente hasta oscurecer el lugar; al regresar, la niña ya no se encuentra en escena. MAY se sienta en el sillón, golpeada por el sueño, se cubre con la manta llevando la mirada al frente; al vacío. Lllaman a la puerta. MAY no se mueve. Vuelven a llamar. MAY se incorpora, pero no se decide a abrir. Finalmente, la puerta se abre e ingresa MATEO, tiene el pelo mojado por la lluvia y la ropa húmeda. MATEO deja caer la mochila que cuelga en su espalda y avanza hasta quedar frente a MAY. Se observan en silencio durante largos segundos cargados de tensión. Se abrazan. Hay ternura y dolor en el abrazo; una descarga de energía y angustia muy fuertes. Oscuro.

ESCENA 2

Día. MAY fuma, recostada por la puerta de dos aguas que da al patio interno. MATEO ingresa al living; acaba de ducharse, se sienta en el sillón. Tiempo.

MATEO: —(Señalando la puerta.) Golpee.
MAY: —Es tu casa ¿no? (Apagando el cigarrillo.) ¿Te llegaron los mensajes?
MATEO: —Sí. (Breve pausa; transición.) Es una locura, May.
MAY: —¿Para esto volviste?

Tiempo.

MATEO: —¿Es verdad lo del chico?
MAY: —Si leíste mis mensajes ya sabés lo que pasó.
MATEO: —(Se acerca hasta May.) No. Mi respuesta a tus mensajes es no.
MAY: —¿Por qué volviste, entonces?
MATEO: —No sé qué querés que diga.
MAY: —La verdad. Simple. ¿Por qué volviste?
MATEO: —¿Querés que te pida perdón?
MAY: —No.
MATEO: —Perdoname.
MAY: —No me importa. Me tuve que hacer cargo de todo.
MATEO: —¿Querés que me vaya?

MAY: —Hacé lo que quieras, pero si vas a quedarte al menos decime la verdad.

MATEO: —(*Intenta acariciar su rostro.*) Perdóname.

MAY: —(*Apartando el rostro.*) De todo. Yo sola.

MAY camina hasta las cajas con la intención de seguir embalandó. MATEO trata de frenarla agarrándola del brazo.

MAY: —(*Soltándose.*) No me toques.

MATEO: —(*Insiste.*) ¡May...!

MAY: —(*Tajante.*) ¡No me toques!

MAY lo observa con dureza; parece a punto de decir algo, pero se contiene. MATEO la observa detenidamente.

MATEO: —¿Me odias? (*Breve pausa.*) Eso sentís ¿no?

Silencio.

MAY: —(*Suave.*) Peor. Lo que siento es peor, Mateo... pero no sé cómo llamarlo.

Oscuro.

ESCENA 3

Noche. MATEO está sentado en el sillón. Tiene un pequeño juguete en sus manos. MAY ingresa al living y se sienta a su lado.

Tiempo. Los dos observan el juguete.

MATEO: —No lo pensé.

MAY: —Mm, decidiste irte, ¿así? ¿sin más?

MATEO: —Sí. Ese día... salí a caminar y ya no pude volver.

MAY: —¿No podías avisar?

MATEO: —Podía.

MAY: —Pero no quisiste.

MATEO: —No quise.

MAY: —Desapareciste un año, Mateo. ¿Esta es tu excusa?
 MATEO: —No es una excusa.
 MAY: —¿Para qué volviste, entonces? ¿Leíste los mensajes?
 MATEO: —Sí, te dije que leí. Volví porque quise.
 MAY: —Me tuve que encargar de todo.
 MATEO: —Ya sé. Ya lo dijiste. Perdoname.
 MAY: —(*Firme.*) Mateo... no quiero escuchar más esa palabra.
 MATEO: —¿Perdón?
 MAY: —De verdad. No soporto escucharla.

MAY está al borde de las lágrimas. MATEO lo advierte y la besa; un beso frío. MAY aleja su rostro.

MATEO: —Te extrañé. (*Espera una respuesta.*) ¿Vos me extrañaste?
 MAY: —Papá quiere denunciarme.
 MATEO: —¿Qué?
 MAY: —Eso dijo. Que si sigo con esto me denuncia. No lo hizo todavía porque sabe que volviste.
 MATEO: —No puede denunciarte.
 MAY: —Puede. Mamá dice que confían en que vos “me hagas entrar en razón”.
 MATEO: —Pero sos su hija.
 MAY: —¿Y qué? Y él es un pelotudo. Y primero está él y después lo que queda de su hija. ¿Crees que lo dice para asustarme?
 MATEO: —No, no creo.
 MAY: —Un idiota.
 MATEO: —Es tu papá.
 MAY: —Un egoísta.

Tiempo. MATEO deja el juguete sobre la mesita.

MATEO: —¿La seguís viendo?
 MAY: —Sí.
 MATEO: —A Lili... digo.
 MAY: —(*Firme.*) Sí, a Lili. (*Observa la reacción de Mateo.*) Leíste mis mensajes, ¿no?
 MATEO: —Sí, May.

MAY: —Estás al tanto de todo entonces.

MATEO: —Estoy.

MAY: —Sabemos quién fue.

MATEO: —¿Sabemos?

MAY: —Mamá, -por teléfono, claro-, el idiota, y yo...y ahora vos. Pero mamá no quiere saber nada: “no estoy de acuerdo”, dice. “Si tu padre no está de acuerdo, yo tampoco estoy de acuerdo”. Eso dice la boluda.

MATEO: —No hables así.

MAY: —Hablo como se me canta. ¿O me vas a decir vos cómo tengo que hablar?

Tiempo. No saben muy bien qué hacer con el silencio.

MAY: —El chico se llama Gabriel. Me contactó por el chat y...

MATEO: —Pará, May. ¿De qué estás hablando?

MAY: —¿Leíste o no leíste mis mensajes?

MATEO: —Sí, los leí. ¿Pero qué pruebas tenés para...?

MAY: —¿Pruebas de qué? Es él te digo.

MATEO: —¿Cómo sabés?

MAY: —Ya te lo dije en los mensajes. Me contactó.

MATEO: —¿Te contactó por el chat y te dijo que fue él? ¿Así de simple?

MAY: —Sí, Mateo. Así de simple es esta mierda. Te lo escribí en los mensajes. Si me decís que los leíste no me preguntes cien veces lo mismo.

MATEO: —¿Hace cuánto te contactó?

MAY: —15 días... o más, no sé. ¿Importa?

MATEO: —Claro que importa. ¿Por qué hizo eso?

MAY: —¿Qué cosa?

MATEO: —Contactarte.

MAY: —Y qué sé yo. No estoy en su cabeza.

MATEO: —A ver si entiendo, May... ¿Te buscó por el chat y te contó a vos lo que hizo con Lili?

MAY: —¿Vas a repetir todo lo que dije?

MATEO: —Me cuesta creer. ¿Por qué haría eso? No tiene sentido.

MAY: —¿Tiene sentido lo que hizo con Lili? ¿Tiene sentido que te borres durante un año? ¿Tiene sentido algo de todo lo que nos pasó? Habrá que averiguarlo, ¿no? Tenés que hablar...

MATEO: —(*Interrumpe.*) Pero qué estás diciendo. ¿Te estás escuchando, May?

MAY: —“No sabía qué hacer, señora”. Eso me dijo. “No sé qué hacer, pero tengo que hablar con ustedes”. Y me contactó por el chat. Está enfermo. ¿Quién reconoce algo así si no lo hizo?

MATEO: —¿Él te confesó que lo hizo?

MAY: —Sí, ya te dije que sí. “Quiero hablar con ustedes... los padres”, eso dijo. Hace quince días esto... o más, no sé. Te envié las capturas. ¿Viste mis mensajes o no?

MATEO: —(*Levantando la voz.*) Te dije que sí, los vi. ¡Podés parar con eso!

MAY: —A mí no me grites.

MATEO: —Perdón.

MAY: —(*Casi gritando.*) Y no pidas perdón, carajo. ¡Es tan difícil pedirte que no pidas más perdón!

Los dos callan. Largo silencio. El silencio les duele.

MATEO: —Y vos le respondiste. Él te escribe por chat y... ¿Por qué le respondiste, May?

MAY: —No me estás escuchando. No estás entendiendo lo que pasa. Me buscó. ¿Qué iba a hacer? No fue a entregarse a la policía. No lo encontró la policía. Quiso hablar con nosotros. Yo te cuento como fueron las cosas, pero no soy responsable de que las cosas se hayan dado así. Te digo lo que me dijo, pero no estoy en su cabeza. No sé qué mierda piensa.

MATEO: —No entiendo, May.

MAY: —No tenés que entenderlo. Me habló en el chat. Antes me envió una solicitud. Quería hablar con nosotros y vos no estabas. Pero ahora estás. ¿Leíste mis mensajes?

MATEO: —Sí... leí.

MAY: —¿Todos?

MATEO: —Qué sé yo. ¿Cuántos mandaste?

MAY: —Muchos. Capturas, mensajes de texto, audios.

MATEO: —¿Y quiere hablar...?

MAY: —Pero ¿qué te pasa? ¿Sos boludo? Todo tengo que decirlo cien veces.

MATEO: —¿Hablar sobre qué?

MAY: —¿Y sobre qué va a ser? Obvio que es sobre Lili.

MATEO: —¿Y vos no llamaste a la policía?
 MAY: —No.
 MATEO: —¿Por qué?
 MAY: —Porque no y punto.
 MATEO: —Tenías que llamar y que la policía se encargue. ¿Por qué hacés esto, May?
 MAY: —¿Qué cosa?
 MATEO: —Es una locura. Decís que el pibe que...

Se interrumpe.

MAY: —Decilo. *(Breve pausa.)* Lo que ibas a decir... decilo.
 MATEO: —¿Lo que iba a decir?
 MAY: —Lo que hizo con Lili. ¿Por qué no lo decís? Es nuestra hija. Era nuestra hija. Y no podés decirlo. ¿Sabés por qué no puede hacerse cargo la policía? Porque es tarde, Mateo. Está acá el chico. Te lo dije en los mensajes y por eso viniste. Y no me digas que no viniste por eso. Te lo dije bien claro en los mensajes: está acá el chico, encerrado en la pieza del patio.

Suena el celular de MAY. Los dos observan el celular hasta que deja de sonar. MATEO se incorpora y sale al patio. Lo vemos frente a la casilla de trastos viejos donde está el chico.

MATEO vuelve y se sienta en el sillón.

Tiempo.

MATEO: —Es un adolescente.
 MAY: —Tiene 20 años.
 MATEO: —Está quieto.
 MAY: —Es peligroso.
 MATEO: —Es un adolescente.
 MAY: —Que destruyó a tu hija.
 MATEO: —¿Por qué está sentado, sin hacer nada?
 MAY: —Desde el primer día que lo traje se quedó así, sentado en la silla, contra la pared. Eso me dio miedo; que no se mueva.
 MATEO: —¿Cómo lo trajiste?
 MAY: —No importa.
 MATEO: —Quiero saber, May.

- MAY: —(*Simplifica.*) Me contactó. Hablamos por chat. (*Pausa.*) No me mires así. No tenés derecho. Vos no estabas. Por chat nunca dijo nada que lo comprometiera. Un día le dije que quería encontrarme con él... y accedió. Fue en el bar del centro. Llegó... me saludó con dos besos, uno en cada mejilla, como si nada, se sentó en la mesa... y confesó.
- MATEO: —¿Así? ¿Sin más?
- MAY: —Sin más.
- MATEO: —¿Y después?
- MAY: —Seguimos hablando, por chat. Pasó un tiempo y a medida que hablábamos empezó a abrirse, a contar más. Le dije para encontrarnos de nuevo, pero acá, en casa.
- MATEO: —¿Y aceptó?
- MAY: —Mateo... tenés que hablar con él. Sé que parece una locura. Él cree que si está con nosotros va a terminar de entender lo que hizo.
- MATEO: —¿Por qué decís eso? ¿Te lo dijo?
- MAY: —No. Pero se siente bien estando conmigo. Me di cuenta de eso.
- MATEO: —No tiene sentido.
- MAY: —Es cierto. No tiene sentido. Pero es la verdad.

Tiempo. MATEO apoya su mano sobre la mano de MAY.

- MAY: —¿Dónde estuviste?
- MATEO: —En ningún lado.
- MAY: —¿Un año sin estar en ningún lugar?
- MATEO: —Cuando me fui no tenía idea de que no iba a volver, May.
- MAY: —Te llamé cientos de veces. Creí que te había pasado algo.
- MATEO: —Yo te escribí... un correo.
- MAY: —Dos meses después. Casi me vuelvo loca. Estaba preocupada por vos y con todo lo de Lili.
- MATEO: —No sé qué decirte, May.
- MAY: —La verdad. ¿Es tan difícil? Decime la verdad.
- MATEO: —No podía más.
- MAY: —¿Y yo si podía? ¿Yo sí puedo con todo? Decilo de una vez.
- MATEO: —¿Qué?
- MAY: —Por qué te fuiste. Quiero que lo reconozcas.

MATEO: —No podía verte... ni escucharte. Llorabas todo el tiempo. Decías cosas horribles.

MAY: —Nos pasó algo horrible y vos te fuiste a la mierda y me dejaste sola.

MATEO: —¿Sigo siendo todo eso para vos?

MAY: —Pero ¿qué te pasa? No sos el centro del mundo. ¿Qué importa ahora lo que yo piense de vos?

MATEO: —No me arrepiento, May.

MAY: —Perfecto. Te felicito.

MATEO: —Necesitaba irme, no pensar. Me sentí bien haciendo eso.

MAY: —¿No pensaste en suicidarte?

MATEO: —(*Acusa el golpe.*) ¿Por qué me decís eso?

MAY: —Porque eso pensé yo: “Este pelotudo se mata”.

MATEO: —Es horrible lo que me decís. Es horrible lo que nos pasó, es verdad, pero yo quiero estar bien.

MAY: —Ah, ¿sí? ¿Y cómo vas con eso? ¿Estás bien?

MATEO: —Podemos intentarlo, May. Empezar de cero.

MAY: —Empezar de cero... ¿Soñás con Lili?

MATEO: —¿Por qué me decís todo esto? Yo no soy tu enemigo.

MAY: —¡Quiero saber! Dejá de llorar y hacete cargo de lo que está pasando.

MATEO: —Era imposible estar con vos hace un año.

MAY: —¡Ah, claro! Pero qué boluda soy. ¡Cómo no me di cuenta! Porque vos con tu cara idiota de-no-sé-quién-soy eras un divino; una pinturita, mirá.

MATEO: —No te enojés pero hablabas con Lili... como si estuviera viva.

MAY: —¡Hablo con Lili! ¿Y qué? ¿Qué tiene de malo? Hay gente que habla con las flores, con sus perros. Bueno. Yo hablo con mi hija muerta. (*Señala una caja.*) En la caja verde están sus cosas. Podés sacar algo que quieras conservar antes de que tire todo. (*Se incorpora y camina hasta otra caja.*) En esta caja está el informe final de los peritos. ¿Sabés qué hice después de leerlo? Me dije: Hoy se termina, May. “Hoy terminás con esto”. Lavé por última vez toda la ropa de Lili. Mamá me dijo: “Si lavás la ropa vas a perder su olor, May. Lo vi en un programa sobre madres que pierden a sus hijos”. Divina mi mamá. Pero yo quería lavar su ropa por última vez, como cuando estaba viva, quería sentir eso... Me quedé con

la remerita blanca, esa que le encantaba, la del árbol dormido.
Mateo, yo estaba lista para irme y terminar con todo... pero me contactó.

Silencio. MAY se incorpora dispuesta a salir. Se detiene.

MAY: —Hablá con él. Cuando te animes a hablar con él te vas a dar cuenta.

Oscuro.

ESCENA 4

MATEO duerme en el sillón. La luz titila intermitente y se normaliza. MATEO despierta, se sienta en el sillón cubriéndose con la manta. La puerta de afuera se abre e ingresa LILI, vestida con el uniforme del colegio. MATEO la observa. LILI se sienta a su lado en el sillón, se quita las zapatillas y las medias y con sus manos abre los dedos de sus pies. MATEO la observa; sus ojos se llenan de lágrimas.

MATEO: —Llevá tus cosas a la pieza, Lili.

La niña sale con sus cosas.

Oscuro.

ESCENA 5

Es de mañana. MATEO se encuentra revisando una caja negra. MAY ingresa con dos tazas de café, deja una sobre la mesita, camina hasta las cajas y continúa embalando.

MATEO: —(Saca un libro.) ¿Quién leía la biblia en esta casa?

MAY: —(Abstraída.) Ni idea. En esa caja, al fondo, está el revólver de tu viejo. Lo encontré adentro de la cajita musical, arriba del ropero.

MATEO: —(Saca el arma de la caja.) No me acordaba que...

MAY: —La cajita musical es mía, pero está sin la bailarina. Igual nunca me gustó la bailarina, solo la música.

MATEO: —Cuando cumplí 18 me lo regaló.

MAY: —Para 'hacerte' hombre.

MATEO: —Sí. Hombre.

MATEO se sienta en el sillón y observa el revólver. Lo deja sobre la mesita y toma el café.

MATEO: —Conocí a alguien. (*May se detiene; lo observa.*) Fue hace unos meses. No me enamoré ni nada de eso. Fue... pasajero. Pero me sirvió para darme cuentade que podía seguir con mi vida. Que podemos seguir... eso quiero decir.

MAY: —Mateo. Pasó un año y no te enteraste.

MAY abre una de las cajas. Saca una fotografía de LILI y se la muestra.

MAY: —Mirala.

MATEO: —Sé quién es mi hija, May.

MAY: —¿Que tiene puesto? Mirá su cuello.

MATEO: —La cadenita con el delfín. Conozco a mi hija.

MAY: —Ah, ¿sí? ¿La conocés? ¿Qué pasó cuando encontraron el cuerpo de tu hija?

MATEO calla.

MAY: —¿Sabés cómo estaba el cuerpo? ¿Sabés quién tuvo que reconocer el cuerpo? ¿Sabés que no se encontró ninguna huella porque la dejó en los piletones de agua del servicio público? La gente del pueblo tomaba agua mientras ella estaba ahí. ¡Todos tomamos agua! ¿Apareció esta cadenita con el cuerpo? (*Mateo no responde.*) ¡Contestá! Conozco a mi hija, ¿decís? Qué fácil decirloc uando sólo recordás y sabés de ella lo lindo. Tu hija también es lo que le pasó después y lo que está pasando ahora. ¿Apareció la cadenita con el delfín?

MATEO no responde.

MAY: —¿Te pensás que soy idiota? ¿Que voy a quedarme con la confesión de un extraño? ¿Que no voy a estar completamente segura? Él tiene la cadenita ahora. Andá y mirá. Enfrentalo. Preguntaselo. Hablá con él. Te lo va a decir, Mateo. Sin dramas te va a decir

que fue él. Acá el problema no es descubrir quién fue, sino qué vamos a hacer nosotros con la verdad.

MATEO: —Tenés que parar, May. No puedo más. Desde que llegué me estás provocando.

MAY: —¡Claro que te estoy provocando si parecés un muerto! Tenés al chico que destruyó a tu hija y no sabés qué hacer. No te animás a hablar. ¿Por qué no querés enfrentarlo?

MATEO: —(*Se deja caer en el sillón.*) Es demasiado, May. Yo no vine para esto.

MAY: —¿Y para qué viniste?

MATEO: —Por nosotros.

MAY: —Nosotros no existimos, Mateo.

MATEO: —¿De verdad decís eso? ¿No te importa nada?

MAY: —¿Qué más necesitás? Si tenés miedo decílo. Puedo entenderlo. Lo que no puedo aceptar es que quieras salir limpio de esto.

MATEO: —¿Limpio?

MAY: —Sí, limpio. ¿Crees que sos una buena persona porque no hacés nada!

MATEO: —¿Y qué pasa después, May? Lo hacemos. ¿Y después?

MAY: —No importa eso. No hay después. ¿En qué estás pensando? No podés por un minuto dejar de pensar en vos.

MATEO: —Quiero que volvamos a vivir como antes. ¿No entendés?

MAY: —(*Explotando.*) ¡No se puede carajo! Nos mataron una hija y ya no podemos volver a vivir como antes.

Largo silencio.

MATEO: —¿Por qué tengo que hacerlo yo? ¿Porque soy hombre?

MAY: —(*Cansada.*) Porque sos el padre. Porque yo ya hice demasiado y no puedo más. No tengo más fuerzas. Cada pregunta durante todo este tiempo, yo sola tuve que juntar fuerzas y responder. Preguntas de la familia, los vecinos, la policía. “¿Cómo estás, May?”; “¿Avanza la investigación, May?”; “¿May, querés que vaya a tu casa y te cocine algo?”; “Estás muy flaca, May”; “Tenés que ser fuerte, eh”; “¿Por qué se fue Mateo?”; “¿Señora, su hija tuvo algún tipo de problema con alguien?”; “¿Señora, a qué grupo sanguíneo pertenece Lili?”; “Le sugiero que haga una denuncia por la desaparición de su marido...”.

MATEO escucha mirando fijamente el suelo.

MAY: —Después... las cartitas que sus amigas le escribían a Lili, me las mandaban a mí. A mí, Mateo, que apenas si me levantaba para fumar o para comer algo. Porque pasaban los días y yo me olvidaba de comer, bañarme, salir. Escribían que estaban tristes, que la extrañaban, que ella es un angelito que nos cuida. Yo tuve que leer toda esa mierda. Yo sola. Y responder: “Sí, un angelito...”.

MAY contiene el llanto, lo controla con la respiración, y vuelve a la carga.

MAY: —Un día me cansé de todos. Me cansé de la policía y su inoperancia, de las amiguitas, de las madres. ¡Lili no es un angelito! Eso les escribí. ¡Lili es una niña asesinada! Se enojaron las madres. ¿Con quién se enojaron? ¿Y vos dónde estabas? Sufriendo. Solo. Pobrecito. Porque el señor necesita sufrir sin que nadie lo moleste. Porque el señor es tan sensible que necesita abandonar a todo el mundo para entender lo que le pasa. Ni siquiera cuando le arrancan una hija puede olvidarse de él. *(Cambia el aire y sigue.)* La autopsia, Mateo... Abrí los ojos de una vez. La autopsia dice que Lili muere de dolor, su corazón se detiene porque el dolor es tan intenso que no aguanta. Y yo estaba sola. Sola leí el informe. Ahí en ese sillón. Sola.

MATEO llora en silencio.

MAY: —*(Su voz es un susurro.)* ¿Sabés qué es lo peor? Lili te adoraba. Te adoraba y mientras leía el informe yo pensaba que Lili iba a creer que vos no la querías. Ya sé que es una estupidez. Ella está muerta y no piensa, no puede pensar, ni juzgar. Pero eso sentí yo. Que no la honramos...que su amor no era correspondido con la misma fuerza. Qué mierda les pasa a los hombres. Están los que nos matan y están los que perdonan a los que nos matan.

MATEO: —*(Susurra.)* Yo amo a mi hija.

MAY: —No alcanza con amar. Hay que hacer algo más. Yo tuve tiempo para pensar esto porque estuve acá, porque me quedé y me hice

cargo. ¿O vos crees que no dudé yo? ¿Qué no pensé en irme a la mierda? ¿Y quién iba a honrar a mi hija si yo me iba? Pero es verdad. Yo tuve tiempo y pude pensar. ¿Sabés de qué me di cuenta? No tenemos miedo de matar, Mateo. Lo que nos asusta es otra cosa. Lo que nos espanta es dejar de ser lo que creemos que somos. Pero nosotros no somos santos. Somos una mujer y un hombre que tuvieron una hija a la que destruyeron.

MAY se sienta en el sillón, está exhausta. Un profundo silencio sobrevive. MATEO lentamente se incorpora, busca su mochila y sale de la casa. MAY abre la cajita musical y deja el revólver adentro; se oye la música sin la bailarina.

Oscuro.

ESCENA 6

Noche. Living de una casa estilo colonial. Hay cajas embaladas en el espacio. MAY duerme, tendida a lo largo de un sillón, abrazando a una niña de 13 años. La luz titila intermitente hasta oscurecer el lugar; al regresar, la niña ya no se encuentra en escena. MAY se sienta en el sillón, golpeada por el sueño, se cubre con la manta llevando la mirada al frente; al vacío.

Oscuro.

GRITOS SOFOCADOS

Marcela Delturco

*“Soy mujer. Y un entrañable calor
me abriga cuando el mundo me golpea.
Es el calor de las otras mujeres,
de aquellas que hicieron de la vida
este rincón sensible, luchador,
de piel suave y corazón guerrero”.*

Alejandra Pizarnik

Marcela Delturco

Es Profesora en Letras, en danzas clásicas, actriz, tallerista y dramaturga, nacida en la provincia de Formosa, capital. Sus inicios en la actuación se remontan al año 2001 cuando empezó a participar en el Taller de teatro universitario de la UNAF (Universidad Nacional de Formosa) y luego pasó a ser integrante del Grupo de teatro independiente Los Gregorianos, con el que participó en Festivales nacionales e internacionales. Actualmente integra la nueva grupa Kajay teatro, en la que se desempeña como directora y actriz. Kajay es una palabra wichí que significa *fuertes* y la intención de esta grupa es seguir transitando el camino en el arte con el # Por un teatro sin violencias.

PERSONAJES

OLGA, 40 años

ELVIRA, 65 años

RAMÓN, 45 años

ESCENA 1

Habitación a oscuras. OLGA está acostada y RAMÓN encima, ella no se mueve ni emite sonidos, pero se escuchan los gemidos de él, fuertes, constantes durante un período breve de tiempo. Luego del acto sexual, OLGA se queda unos minutos en la misma posición, hasta que decide darse vuelta y quedar de espalda.

RAMÓN: —¿Te gustó? *(Silencio.)* Ey, a vos te hablo, te dejé en las nubes parece. *(Enciende un velador.)* Te quiero, negrita. No hace falta que te lo diga, pero te digo, te quiero, las cosas van a ser distintas a partir de ahora. *(Silencio.)* Voy a esforzarme más por ser mejor y darte todo lo que necesitás, a vos y a los chicos, ya vas a ver cómo las cosas mejoran, *(Olga se mantiene en silencio.)* me voy a bañar. *(Ramón se va. Olga se sienta en la cama unos segundos, se levanta y se dirige hacia afuera.)*

ESCENA 2

OLGA está limpiando y arreglando la cocina comedor, el lugar es precario, se ven las paredes manchadas de humedad. Se escuchan golpes de mano y ladridos de perros, se acerca a la puerta.

OLGA: —¿Quién es?

ELVIRA: —Yo Olguita, Elvira...

OLGA: —Pase ña Elvira, está sin traba el portón. *(Elvira pasa.)*

ELVIRA: —Disculpáme Olguita el atrevimiento de venir sin avisar, pero tengo una urgencia, necesito que le pongas el cierre a este pantalón de gabardina, tengo que hacer unos trámites mañana y no tengo qué ponerme, quedaste en que me ibas a avisar la vez pasada pero no fuiste más por el almacén...

OLGA: —Ña Elvira, disculpe pero no tuve tiempo, anduve algo ocupada y no pude, pero sí, le puedo hacer eso en un ratito...

- ELVIRA: —Dios te bendiga vecina, no me entra el otro pantalón, encima es de jean, muy caliente me resulta. ¿Te molesta si me quedo mientras?
- OLGA: —(*Incómoda.*) Eh, bueno, si prefiere quedese, pero yo le puedo acercar en un rato, digo, por si tiene cosas que hacer...
- ELVIRA: —Me quedo, de paso tomo unos mates y conversamos, no te preocupes que yo traje el mío, mi hijo está atendiendo el negocio, así que pude salir tranquila.
- OLGA: —(*Trae la máquina y la coloca arriba de la mesa.*) Sientesé ña Elvira (*Se acerca a la ventana y mira hacia la vereda.*)
- ELVIRA: —Si te voy a dar problemas decíme, yo no me voy a enojar...
- OLGA: —(*Incómoda.*) No, está bien (*Sgarra el pantalón y el cierre y comienza a coser.*)
- ELVIRA: —Y tengo esta pollera también que no tiene cierre, si no podés ahora te la dejo y la retiro después. (*Ceba el mate.*)
- OLGA: —Bueno, mejor...
- ELVIRA: —Sé que ya no te dedicás a esto, pero no conozco a nadie más...
- OLGA: —No se preocupe...
- ELVIRA: —Lástima que no lo hacés más, con lo que hace falta siempre una modista en el barrio...
- OLGA: —Pero con los chicos y los quehaceres de la casa, ¿vivo? Ya no tenía tiempo, así que dejé no más...
- ELVIRA: —Qué pena, porque seguro que tus buenos pesitos te ganabas...
- OLGA: —Sí, ayudaba bastante, tenía mucha clientela, los chicos están más grandes pero igual demandan tiempo, y mi marido...
- ELVIRA: —Sí, los maridos son peores que los hijos, ya sé, yo me quedé viuda hace unos años...
- OLGA: —Sí, pobre don Francisco...
- ELVIRA: —Claro que vos fuiste al velorio, me acuerdo,
- OLGA: —Así es doña, su marido era conocido por todos, me imagino que lo debe extrañar...
- ELVIRA: —Sí, lo extraño, claro que sí, 40 años estuvimos juntos, toda una vida, al principio parecía que me sobraba el tiempo, pero después me fui acostumbrando a estar sola...
- OLGA: —Me alegro por usted...
- ELVIRA: —Ahora miro la novela solita con mi mate, duermo la siesta, tengo mi vinito siempre dispuesto en la heladera y hasta me voy

los sábados al bingo de la parroquia, tenés una vecina medio timbera. *(Se ríen.)* Mis hijos trabajan en el almacén pero después hacen rancho aparte, así que no me puedo quejar...

OLGA: —Lo importante es que esté bien.

ELVIRA: —Francisco fue mi único hombre, y sí, me acostumbré a vivir con él, era difícil de complacer, yo hice todo lo que correspondía, viste cómo es. *(Suena el teléfono de Olga.)*

OLGA: —Ña Elvira ¿será que puede quedarse callada un momento? Es que este teléfono es viejito y no se escucha. *(Elvira asiente, y Olga se aleja para hablar. Elvira la mira fijamente, después de dos minutos regresa y sigue cosiendo.)*

ELVIRA: —Está cara la cebolla parece...

OLGA: —¿Disculpe?

ELVIRA: —Es una frase que decía mi mamá cuando yo estaba muy seria, porque volviste así después de la llamada.

OLGA: —No, no se preocupe, nada importante. *(Sigue cosiendo.)*

ELVIRA: —Y vos ¿estás bien con Ramón?

OLGA: —*(Desconcertada.)* Estoy bien nomás, sí. *(Silencio.)*

ELVIRA: —La vez pasada fue al negocio tu vecina, Adelina, acá al lado creo que vive...

OLGA: —Sí, acá al lado vive, compartimos medianera ¿Qué le dijo? *(Elvira no responde.)* ¿Habló de mí?

ELVIRA: —Sí hija, me dijo que a veces se escuchan discusiones que salen de tu casa...

OLGA: —La señora Adelina siempre fue muy metida y chusma.

ELVIRA: —¿Pero vos estás bien entonces?

OLGA: —Ña Elvira, yo estoy bien, son peleas no más como todos tienen. Ramón anda muy nervioso y a veces discutimos, como cualquier pareja...

ELVIRA: —Dijo que le parecía eso, pero bueno, viste que para hablar ella siempre está dispuesta. Yo te saco el tema por las dudas no más...

OLGA: —Le agradezco la preocupación pero nada de lo que dijo es cierto...

ELVIRA: —Bueno Olguita, mejor así, la gente mete sus narices en cosas ajenas como si no tuviera problemas que resolver. Adelina ya sabemos cómo es, pero me preocupé, por eso te pregunté, no quise incomodarte.

OLGA: —No importa ña Elvira, no pasa nada.

- ELVIRA: —(*Incómoda.*) Dicen que en el Colorado la semana que viene ya se podrá viajar los domingos, ya me pica todo, extraño mi pago. Lo único que allá se siente más caliente, lo que nos espera este verano, si en plena primavera hacen estos calores...
- OLGA: —Sí, no se aguanta, en mi pueblo dicen que hizo más calor que acá el fin de semana pasado, yo soy de Espinillo...
- ELVIRA: —¿Hace cuánto no te vas?
- OLGA: —¡Uf, un montón! Pero Ramón trabaja casi todos los fines de semanas y es difícil...
- ELVIRA: —Claro, me imagino...
- OLGA: —Sí...
- ELVIRA: —¿Te gusta mucho coser?
- OLGA: —Sí, me gusta, tejer también. Todos en mi familia me dicen que salí a mi abuela Lina, ella me enseñó, de chica ya, me hablaba en guaraní, yo entendía muy poco, pero le copiaba y me salía, rohayhushememby cuña, me decía cuando lo que tejía le gustaba mucho...
- ELVIRA: —Esas herencias valen oro, sos muy habilidosa, Olga. Yo lo único que hago es algún que otro crochet, nada más, nunca tuve mucha paciencia, con Francisco sí pero porque no me quedó otra. (*Se ríe.*) Ahora atiendo el almacén y cuando tengo un rato libre prefiero pasear, mi visita es la prueba.
- OLGA: —Disfrute de su tiempo libre, aunque ahora poco y nada se puede. Esto ya está listo para usar. (*Le muestra el pantalón y luego lo dobla.*)
- ELVIRA: —Quedó perfecto, decíme cuánto te debo (*Busca su monedero en el bolso.*)
- OLGA: —Cuando le coloque el cierre a la pollera le cobro 300 pesos por los dos, pero ahora no le voy a poder coser, si quiere pase mañana a esta hora y le voy a tener terminado el trabajito...
- ELVIRA: —Gracias por la molestia que te tomaste, y te pido disculpas de nuevo por mi atrevimiento de venir sin avisar.
- OLGA: —No se preocupe ña Elvira, no es nada, mañana la espero a esta hora...
- ELVIRA: —Bueno, hija. Mañana entonces; y si tenés ganas de retomar el oficio avisame que yo conozco a todos los vecinos del barrio y en un santiamén ya tendrías la casa llena de clientes...
- OLGA: —Es que ese es el problema, la casa siempre estaba llena de gente y Ramón en el trabajo y no daba abasto sola con todo, ¿vivo?...

- ELVIRA: —¡Ah! Entiendo, pero entonces tengo la solución para vos, en casa tengo un lugar en el depósito y ahí podemos montar un tallercito, llevás tu máquina y listo, y así no tendrías gente todo el día metida en tu casa.
- OLGA: —Ay ña Elvira, me gusta su propuesta, pero tengo que ver...
- ELVIRA: —Los primeros meses no te cobraría alquiler hasta que te acomodes y después arreglamos el precio que nos convenga a las dos, nos va a venir bien un ingreso más de dinero.
- OLGA: —Es una buena idea, le agradezco...
- ELVIRA: —Pensalo tranquila, pero si aceptás no te olvides de avisarme así le hago limpiar el lugar a mi hijo más chico. No me quiero hacer ilusiones pero ¡qué alegría me daría tenerte ahí así compartimos más tiempo y nos hacemos compañía! *(Cuando Elvira se va, Olga se apresura a guardar la máquina de coser.)*

ESCENA 3

Mañana siguiente. En la cocina OLGA prepara mate y el olor a fritura invade el espacio. Aparece RAMÓN.

- OLGA: —Buen día. ¿Querés tomar unos mates?
- RAMÓN: —Buen día, dale, sí, quiero.
- OLGA: —*(Ceba el mate.)* ¿Venís tarde hoy?
- RAMÓN: —No sé, ¿por?
- OLGA: —Quiero saber para tenerte preparada la comida, así no la tengo que recalentar después. A veces termino dándole a los perros porque vos no volvéis a dormir.
- RAMÓN: —Olga, ¡yo no tengo la culpa ahora de que haya una pandemia y me hagan cumplir más turnos! Te dije que redujeron el personal, a Jorge lo echaron porque no aceptó que le paguen la mitad del sueldo. ¡A veces no sé si sos o te hacés! *(Agarra una torta frita, le da un mordisco y se sienta.)*
- OLGA: —*(Le pasa el tapabocas.)* Tampoco es para tanto enojo...
- RAMÓN: —Bueno, dejá de hablar al pedo y pasame un mate, negra.
- OLGA: —*(Le ceba un mate.)* Me prometiste algo vos...
- RAMÓN: —Que voy a cambiar, sí, pero vos también te quejás de lleno. ¿Acá te falta algo para comer? ¿Te falta yerba, azúcar, leche para esos

dos mitaisés? ¿Qué virus les puede agarrar a ustedes? ¡El virus del alpedismo! *(Se ríe.)* Buscá algo para entretenerte, negra, aprendé a cocinar mejor, por ejemplo. ¿O pensás tenerme a base de guisos?

OLGA: —Es para lo que alcanza la plata que me das...

RAMÓN: —Es la plata que gano, si no te gusta ya sabés...

OLGA: —Si no me gusta, ¿me voy?

RAMÓN: —¿A dónde vas a ir? ¿No te acordás cómo te saqué de tu casa?...

OLGA: —Ya pasaron muchos años de eso. ¿Hasta cuándo me vas a sacar en cara?

RAMÓN: —Hasta que haga falta, hasta que entiendas que soy el hombre de la casa y que me sacrifico mucho por esta familia...

OLGA: —La vez pasada te acordabas de nuestro casamiento en el pueblo y ahora me decís esto, ayer me pediste perdón y...

RAMÓN: —Vos empezaste...

OLGA: —*(Nerviosa.)* Ramón, y si agarro unos trabajitos acá en el barrio, ya ni remiendos les puedo hacer a los chicos porque no tengo telas, la máquina de coser está sin usar hace mucho ya. *(Ramón no responde.)* Ayer vino ña Elvira, me pidió que le ponga un cierre a un pantalón. *(Ramón la mira fijo, Olga se asusta.)* no le hice el trabajo, le dije que te iba a preguntar, unos pesos más siempre vienen bien.

RAMÓN: —Dejame pensar. ¿Quién es doña Elvira?

OLGA: —La dueña del almacén de acá a la vuelta...

RAMÓN: —¿La esposa de don Francisco? *(Olga asiente.)* ¿Sabés qué pasa? ahora está jodida la cosa, mejor si no salís y si no viene nadie. El bicho este es muy contagioso dicen. ¿Y si esa Elvira viene acá y te contagia? Si después de todo no nos falta nada, *(Olga asiente.)* ya vamos a tener para comprar más telas, ahora nos prometieron un bono, ojalá...

OLGA: —Sí, ojalá. Espero que se termine prontito esta cuarentena, últimamente estás muy nervioso, hasta llegué a pensar que...

RAMÓN: —¿¡Qué!?! ¿Vas a empezar otra vez con lo mismo? ¡Cómo me inflás los huevos, mujer! ¿Viste que sos vos la que busca pelea siempre?

OLGA: —Bueno, tengo derecho a dudar...

RAMÓN: —**VOS NO TENÉS QUE DUDAR DE NADA.** *(Se agarra la cabeza.)* ¿Te das cuenta que con vos no se puede tener una conversación en paz...?

- OLGA: —A veces no venís a dormir...
- RAMÓN: —¡Ya te expliqué, tengo guardias! Mirá Olga, yo sé que a veces me enoja y me altero, vos me ponés así, trabajo todo el día y cuando vuelvo me ponés loco, ¿Tanto cuesta darte cuenta que lo único que hago es cuidarte, cuidar a mi familia? ¿O te parece divertido que esté cargando nafta todo el día y llene la billetera para la empresa y no para mí?
- OLGA: —Sí, tenés razón. Disculpame.
- RAMÓN: —Disculpame decís, y me mirás con rencor. Bueno, me voy que estoy llegando tarde. *(Le da un beso en la mejilla, se dirige hacia la puerta.)*
- OLGA: —Le voy a decir que sí...
- RAMÓN: —No entiendo...
- OLGA: —Le voy a decir que sí a ña Elvira...
- RAMÓN: —Todo el quilombo que hacés por un puto cierre *(Ríe sarcástico.)*, das lástima haciéndote la rebelde...
- OLGA: —Necesito trabajar, necesito hacer algo más que servirte...
- RAMÓN: —Te dije que lo iba a pensar, la cosa está jodida...
- OLGA: —La cosa está jodida en todo el mundo y todo el mundo trabaja igual...
- RAMÓN: —Querés llenar la casa de gente que ni conocés...
- OLGA: —Si eso te molesta tanto, yo puedo poner el taller en el depósito de doña Elvira, tiene un lugar me dijo...
- RAMÓN: —¿Tiene un lugar te dijo? *(Con la mano le agarra del cuello y repite la pregunta varias veces, hasta que la suelta de golpe y Olga vuelve a respirar agitada y tose.)* ¡Vieja de mierda, ahora va a saber quién soy para que piense dos veces antes de hacer planes con mi mujer! *(Se dirige hacia la puerta como para salir y Olga intenta frenarlo, él la empuja.)*
- OLGA: —Por favor Ramón...
- RAMÓN: —*(Se acerca lentamente.)* Ay ella, Olguita, la esposa de Ramón, la pobre víctima que necesita ayuda ¡sola te vas a quedar por hija de puta! *(Olga agarra el maso de la cocina y le da un golpe en la cabeza, en la sien derecha, Ramón se da vuelta como desorientado, se tambalea hacia la mesa y cae al piso inconsciente. Olga queda inmóvil mirando a su marido. Suena su celular, atiende.)*
- OLGA: —*(Le tiembla la voz.)* Diga, ña Elvira, ¿cómo está? Hoy no voy a poder hacer el trabajo, yo le digo cuándo, le aviso en la semana, no es nada, estoy mal del estómago no más, capaz lo que cené me cayó

mal pero no se preocupe, hasta luego. *(Se acerca a Ramón lentamente, se agacha y se fija si todavía respira. Se levanta y agarra su celular pero luego lo deja en la mesa, camina por la habitación nerviosa.)*

ESCENA 4

Afuera se escucha el sonido del portón abriéndose, OLGA se sobresalta e intenta arrastrar a RAMÓN pero sólo puede moverlo un poco. Golpean la puerta.

ELVIRA: —Olga, abríme, soy Elvira. *(Olga abre la puerta apenas y saca su cabeza.)*

OLGA: —Ña Elvira, estoy descompuesta ahora, le dije cuando me llamé que hoy no podía...

ELVIRA: —Es que vine por eso hija, te traje un té de coca, te va a hacer bien al estómago *(Le pasa la taza de té.)* te escuché mal m'hija, y ahora que veo tu cara me preocupó, dejame pasar. Lo del cierre puede esperar...

OLGA: —*(Intentando contener el llanto.)* Después me acerco y le cuento, más tarde paso por su casa...

ELVIRA: —Hija, mirá cómo estás. ¡Dejá que te ayude! *(Olga duda pero termina haciéndola pasar.) (Ve a Ramón.)* ¡Ay por Dios! ¿Qué le pasó? *(Olga llora sin hablar, doña Elvira se acerca a Ramón.)* ¿Respira? *(Olga niega con la cabeza, Elvira observa el maso en el piso.)* ¿Le pegaste con eso?

OLGA: —Sí, lo maté.

ELVIRA: —¡Dios me salve y guarde! ¿Pero por qué?

OLGA: —Me defendí ña Elvira, me apretó el cuello y no me soltaba, y cuando se me acercó para golpearme otra vez le pegué con todas mis fuerzas...

ELVIRA: —*(Nerviosa.)* Los rumores eran ciertos entonces...

OLGA: —*(Llorando.)* Sí, estaba cansada ña Elvira, me humillé siempre, me pegó tantas veces que ya perdí la cuenta, cada vez más fuerte, me dolía el cuerpo, pero me dolía más el alma, quería gritar pero no podía, eran como gritos sofocados, no sé muy bien cómo explicar...

ELVIRA: —¿Llamaste a alguien, a la ambulancia o a la policía? *(Olga niega con la cabeza.)*

OLGA: —Ña Elvira vaya a su casa, yo no quise meterla en esto, tuve que matar a Ramón, o me mataba él.

ELVIRA: —*(Nerviosa.)* ¿Por qué pelearon?

- OLGA: —Eso ni importa ya, cualquier cosa terminaba en lo mismo.
Siempre lo mismo.
- ELVIRA: —Entiendo m'hija.
- OLGA: —¿Qué hago doña Elvira? ¿Qué tengo que hacer?
- ELVIRA: —No sé m'hija, dejame pensar...
- OLGA: —(*Busca el celular.*) ¿Cuál es el número de la policía? Yo con los nervios no me acuerdo...
- ELVIRA: —911. ¿Qué vas a hacer?
- OLGA: —Voy a decir la verdad. Que lo maté, pero también voy a contar lo que me hacía. (*Olga marca el número en el teléfono pero Elvira le saca el celular.*)
- ELVIRA: —ESPERÁ. (*Olga la mira sorprendida.*) Si decís eso nadie te va a tener lástima...
- OLGA: —No quiero que me tengan lástima, no necesito eso.
- ELVIRA: —Pero te van a encerrar Olga, pensemos en algo que te pueda salvar...
- OLGA: —Ramón era malo conmigo, ña Elvira...
- ELVIRA: —Sí, yo te creo y como te conozco sé que así fue, pero es mejor que pensemos en algo más. Me parece que conviene llamar al 107 para pedir una ambulancia, porque Ramón se cayó y se golpeó contra algo. ¿Entendés? (*Olga no responde.*)
- ELVIRA: —Si contás la verdad no hay retorno, si mentís tenés una oportunidad ¿me entendés? Sos demasiado joven todavía...
- OLGA: —Y mis hijos me necesitan...
- ELVIRA: —Llamá ahora, el problema de la pandemia los tiene a todos muy ocupados, (*Se persigna.*) espero Diosito que sea como supongo...
- OLGA: —(*Marca el número.*) No responden...
- ELVIRA: —Podés decir que Ramón se agarró el pecho como que le faltó el aire y se desplomó en el piso, pero antes su cabeza dio contra (*Busca algo.*) ya sé, contra la garrafa (*Señala.*) ¿Me escuchás Olga? (*Olga está como ida.*) ¡OLGA ATENDÉ! (*Olga reacciona.*) Dale, llamá. (*Olga marca varias veces pero no atienden.*) Ni bien te respondan yo me voy y llevo esto (*Guarda el maso.*) ¿Tenés algo para tomar? Algo fuerte dame...
- OLGA: —Vino no más hay en la heladera...
- ELVIRA: —Sí dame, necesito tranquilizarme. (*Se sienta, Olga le sirve el vino en un vaso.*) Vos no tomes Olga, mejor que no te sientan aliento a

alcohol, pueden sospechar que vos con esa cara de santa marmota mataste a tu esposo (*Se tiente.*) perdoname, digo cualquier cosa...

OLGA: —Gracias por quedarse ña Elvira...

ELVIRA: —De nada.

OLGA: —(*Sigue marcando el número.*) No atienden ¿Llamo a la policía y le decimos que tuvo un infarto?

ELVIRA: —Mejor no, seguí intentando.

OLGA: —(*Marca nuevamente.*) Siguen sin atender...

ELVIRA: —Paciencia m'hija, paciencia...

OLGA: —¿Y si no?

ELVIRA: —(*Mira el cuerpo.*) ¿Viste eso?

OLGA: —¿Qué cosa?

RAMÓN despierta y gime, intenta decir algo pero no puede, mueve la mano como llamando a alguien.

ELVIRA: —(*Susurra.*) No está muerto hija...

OLGA: —(*Susurra.*) ¡Pensé que lo maté, estaba segura de que no respiraba!

ELVIRA: —Pero no ¿qué hacemos?

OLGA: —No sé...

ELVIRA: —Puedo conseguir ayuda para llevarlo al hospital. ¿Querés? (*Olga no responde.*)

RAMÓN se sienta y se agarra la cabeza, se queja de dolor, pero logra pararse, cuando se levanta la mira a OLGA y se abalanza sobre ella y le agarra del cuello, OLGA intenta defenderse, con los brazos trata de safarse pero no puede.

ELVIRA: —¡Ay por Dios, déjela ya! (*Trata de separarlos, Olga se desvanece.*) ¡suelte hombre, suelte, ya es suficiente!

RAMÓN la empuja con fuerza y ELVIRA se cae, ella ve el maso que sale del bolso y lo golpea con eso varias veces por todo el cuerpo. RAMÓN suelta a OLGA y golpea a ELVIRA, pero se marea y también cae, Intenta levantarse pero OLGA desesperada le pone una bolsa de plástico en la cabeza, él la golpea y patea con los brazos y piernas, ELVIRA lo sujeta como puede. Después de unos minutos RAMÓN deja de moverse. Las dos mujeres observan atentas su respiración, que se va haciendo cada vez más lenta, se miran pero ninguna dice nada. La respiración se detiene. Quedan las dos sentadas en silencio.

- OLGA: —Ñã Elvira ¿está bien?
- ELVIRA: —Te iba a matar hija, te iba a matar...
- OLGA: —(*Agarra su celular y llama al 911.*) Buen día, mi marido se cayó y se pegó la cabeza contra la garrafa, creo que no respira, por favor necesito ayuda. Segura no estoy, pero se apretó el pecho y cayó. Llamé varias veces pero no me respondieron. Barrio Villa del Rosario, Brandsen 4569. Bueno, gracias. Está bien, entiendo. Espero.
- ELVIRA: —Llamaste a la policía...
- OLGA: —Sí, NO AGUANTO MÁS, ME DIJERON QUE ESPEREMOS, QUE VAN A MANDAR UN MÓVIL. (*Se sirve vino en un vaso y le sirve a Elvira también.*) Ahora soy yo la que necesita tranquilizarse. No se preocupe que cuando escuche que llegan lavo todo en un ratito (*Se sienta en una silla y toma.*), siéntese ñã Elvira. OJALÁ CREAN LO QUE LES DIGA.
- ELVIRA: —(*Se sienta y toma.*) OJALÁ M'HIJA. (*Quedan en silencio unos minutos.*)
- OLGA: —Ramón nunca quiso que haga nada sin su permiso, y eso que le pedía bien, tranquila, pero decía que no a todo, a veces pensaba que me tenía bronca. Antes, cuando era soltera, era muy habladora ¿sabe? Me gustaba conversar con la gente, de lo que sea, era medio pipireta, así decía mi mamá; pobre la vieja, hace rato que no la veo, debe pensar que tiene una hija ingrata y tiene toda la razón, ella sabía que algo me pasaba La última vez que fui me dijo: “hija, mirame, vos no estás bien, cada vez venís menos, cada vez hablás menos, estás delgada, demacrada, como alma en pena, y no me gusta”. Le dije que le parecía no más, que no era nada, que tenía una dolencia en el estómago esos días.
- ELVIRA: —¿Hace cuántos años estás casada Olguita?
- OLGA: —Veintitrés...
- ELVIRA: —¿Veintitrés que se casaron? ¿y de novios?
- OLGA: —Poco, apenas tres meses y ya le insistió a mis viejos, para que me den el permiso, la situación económica no estaba bien en casa así que dijeron que sí enseguida. Tenía diecisiete, era chica pero me sentía muy enamorada. Me acuerdo cuando lo conocí, andaba descalza tratando de bajar guayabas de un árbol, en la vereda de la vecina Porfiria, la vieja hacía dulce que vendía en frascos, a nosotros nos regalaba si le juntábamos una buena cantidad de

las frutas. Ese día no alcanzaba las que estaban muy arriba de la planta y él se acercó y me ayudó; me acuerdo de su sonrisa, de lo amable que fue, nunca nadie se me había insinuado así, con tanto empeño, dejando en claro que le gustaba, me dolía la panza y no entendía bien por qué. ¡Qué jóvenes éramos! Hice mi vestido con tanta ilusión, mi tía Luci me dio el encaje, un retazo que sacó de un vestido viejo, no era mucho, pero sirvió para que tenga un detalle, quería que sea bien cortito pero no me dejó, no me di cuenta de todo lo que me esperaba, no me di cuenta, le juro...

ELVIRA: —Yo me casé a los trece, según todos ya estaba en edad de merecer, la verdad no sé qué merecíamos las mujeres a esa edad pero en mi caso me tocó un hombre veinticinco años mayor. A los trece no sé si me enamoré, yo todavía jugaba, sabés, a las escondidas, con mis primos, mi cuerpo ya había cambiado pero mi cabeza todavía no, yo no entendí muy bien por qué me tuve que casar, me obligaron y punto. Nunca se me ocurrió cuestionar...

OLGA: —¡Qué feo ña Elvira!

ELVIRA: —Qué feo decís como si lo que te pasó fue mejor. (*Se ríen*) dejé de ser una chiquita para ser una adulta, pero me acostumbré enseguida, siempre la resignación fue mi compañera inseparable...

OLGA: —Yo era alegre y me fui apagando con los años...

ELVIRA: —Te fueron apagando, Olga. Ramón fue un mal agradecido, vos te casaste enamorada, con qué necesidad tratarte de ese modo, mirá cómo te pagó ese amor. ¿Me servís más vino? (*Olga le sirve.*) ¿Y con los chicos cómo era?

OLGA: —Indiferente, nunca fue cariñoso pero el problema era conmigo, por ser mujer, supongo, por suerte parí machitos, me repetía cuando hablaba de ellos. Cuando yo veía que se iba a poner fea la cosa los mandaba a lo de mi comadre, como ahora...

ELVIRA: —Y no te equivocaste. Brindemos, Olga (*Brindan.*) Para que este sea un nuevo comienzo, a pesar de las circunstancias...

OLGA: —Ni sabría cómo empezar, me acostumbré a esta vida, sabe. La primera vez que peleamos, íbamos a ir al cumpleaños de mi tío Julián, allá en el pueblo, y me arreglé un poco. Cuando me vio me hizo lavar la cara para que me saque el maquillaje. Dijo: “así pintada como puta yo no voy ni a la esquina con vos”. Me rompió la remera porque dijo que era muy escotada. “Te gusta mostrar

las tetas, como a todas, ¡vestíte como una mujer decente, carajo!”.

Me asusté tanto que me lavé la cara y me cambié, no me hablaba, entonces le pedí perdón, no sé por qué, pero le pedí perdón.

ELVIRA: —Vos no te diste cuenta, yo no pude elegir, me acuerdo que en mi noche de bodas lloré en silencio, nadie me había explicado sobre eso. ¿Sabés a lo que me refiero, no? Trece años tenía...

OLGA: —Qué difícil, ña Elvira...

ELVIRA: —Es la vida que nos tocó Olguita...

OLGA: —Muy difícil la vida que nos tocó ña Elvira, muy difícil.

Se escuchan las sirenas del móvil policial llegando a la casa, OLGA lava los vasos y esconde la botella. Se coloca un pañuelo para tapar su cuello. Mira a ELVIRA, abre la puerta y camina con paso firme hacia el portón.

FIN

LA SANGRE AMONTONADA

—

Daniel Sasovsky

LA SANGRE AMONTONADA

Daniel Sasovsky

(Las Breñas, provincia de Chaco, 1973). Inicia su formación con Marta Rodríguez; Entre 2002 y 2005 estudió Dramaturgia en el Centro Cultural Ricardo Rojas (CABA). Su maestro fue Marcelo Bertuccio. También realizó cursos con Ariel Dávila, Gonzalo Marull, Luis Arenillas y Marcelo del Prato. Distinciones: *Bety Godt, la inconquistable* (Primer Premio Concurso Nacional de Dramaturgia 2001), *Fe de erratas* (Concurso Regional Teatro por la Identidad, 2007), *Juan Natalio y la aproximación al vientre* (Colección Nueva Dramaturgia Argentina, INT, 2008), *El adiós de Federico* (Mención de Honor Argentores, 2009), *Una mujer sentada en una silla* (Primer premio concurso El NEA escribe teatro, 2010), *La señal de los ojos claros* (La Culturosa, 2015), *La Calabaza invisible* (Primer premio concurso El NEA escribe Teatro, 2016), *Los percherones* (Primer premio Mejor Dramaturgia, Chaco 2019), *Humo de guerra* (Colección del Instituto Nacional del Teatro), *La guerra de Malvinas en el teatro argentino* (Compilación Ricardo Dubatti 2020), *Las huellas de Eva en el Chaco* (Premio Teatro en Radio, Instituto Nacional del Teatro y RTA, 2021), *La sangre amontonada* (23 concurso Nacional de obras breves Homenaje a teatro Abierto, INT, 2022).

PERSONAJES

PACHÁ: (Madre tierra) Mujer de avanzada edad. Habla con autoridad.

TUPÍ: (Quebracho) Anciano. Gritón, desprolijo. Con bastón para caminar.

CAJÚ: (Hombre Pájaro) Joven delgado, con alas de plumas, que despliega por momentos.

Habla con elegancia, fineza y algo afinado.

RAMÓN: (Hachero) Joven.

ESCENOGRAFÍA:

Interior del monte chaqueño. El lugar es un pequeño descampado, en medio de una maleza espesa. Atrás, un árbol de quebracho colorado, inmenso. En el centro una mesa larga, campestre, con pequeños bancos para sentarse, desparramados en el suelo. Un hacha tirada.

AMANECER

PACHÁ, arrodillada frente a RAMÓN, tendido en el piso. No se mueve. Ella coloca la mano sobre la cabeza y luego en la nariz. TUPÍ, mira, sentado a los pies del árbol.

PACHÁ: —¡Está vivo, Tupí! Ayúdame a llevarlo...

TUPÍ: —(Camina hacia ellos. Pega un bastonazo sobre la pierna de Ramón.) ¡Está más muerto que nosotros!

PACHÁ: —¿Qué haces? (Pausa.) ¡Te digo que respira! Poco, pero respira... ¡está vivo, Tupí!

TUPÍ: —¡Antes los tiraban en la laguna, ahora los matan así, de un balazo! ¡No se les haga costumbre, quedan flotando y con olor podrido!

Pausa.

PACHÁ: —Tiene cara de seguir viviendo.

TUPÍ: —¿Para qué? Hachero mal pagado y seguro con la panza vacía. Está muerto, Pachá.

PACHÁ: —¡No podemos dejarlo, respira!

TUPÍ: —(Gritando.) ¿Querés que le meta el dedo en el culo para mostrarte que está muerto?

PACHÁ: —¡Viejo de porquería, cada vez sale más bosta de tu jeta asquerosa! (Pausa. Intenta levantarlo.) ¡No puedo sola, es pesado! Ayúdame, Tupí.

TUPÍ: —(*Camina hacia el árbol.*) ¡Dejá de joder, voy a dormir un rato! (*Regresa al árbol.*) (*Pausa.*)

PACHÁ: —¡Vení aquí, Tupí, es muy pesado, entre los dos podemos levantarlo!

TUPÍ: —(*Gritando.*) ¡No voy a seguir tus locuras, vieja, así que dejá el hambre donde lo encontraste, después lo tiramos en la laguna juntos, porque sino se va a podrir frente a nosotros!

Aparece CAJÚ. Despliega sus alas, ellos retroceden sorprendidos. Cierra alas. Se acerca lentamente, acomodándose las plumas.

CAJÚ: —¡Buenas tardes, gente amiga!

PACHÁ: —¿Cajú, sos vos, Cajú?

CAJÚ: —(*Reverencia.*) ¡El mismo... venga un abrazo, Pachá! (*Se abrazan.*)

TUPÍ: —(*Enojado.*) ¡Qué susto me diste la puta que te parió!

CAJÚ: —¿Momentito, y esa forma de recibirme, viejo?

TUPÍ: —¡Apareciste, de golpe, como una alimaña!

CAJÚ: —¡Aparezco como quiero!

TUPÍ: —¡Y yo te recibo como quiero, bicho de mierda!

CAJÚ: —¡Cuidá tu lengua!

PACHÁ: —¡Basta, Tupí! ¡Hace días que estás hablando peor que un basural podrido!

TUPÍ: —¡Váyanse a la mierda! (*Regresa al árbol.*)

PACHÁ: —¡No le lles el apunte Cajú, es un viejo burro y maleducado!

Pausa.

CAJÚ: —(*Mira a Ramón en el piso.*) ¡La pucha, qué tenemos aquí! ¿Y éste?

PACHÁ: —Le tiraron a quema rota, los de siempre.

CAJÚ: —Ah... pobre hombre, encima joven...

TUPÍ: —(*Desde el árbol.*) ¡Pajarraco, hacele entender a esa vieja loca que el tipo, está muerto!

PACHÁ: —¡Callate de una vez, Tupí, siempre lo mismo! (*A Cajú.*) Se llama Ramón, y está vivo. Respira.

Pausa.

CAJÚ: —¿Te parece que respira, Pachá? *(Pausa.)* Para mí, no. No. No. No, respira.

TUPÍ: —¡Viste, vieja loca!

PACHÁ: —¡Tocalo, Cajú, tiene la piel caliente!

TUPÍ: —¿Cómo no va estar caliente con este calor de mierda?

CAJÚ: —¡Está muerto, Pachá!

TUPÍ: —¡A ella no le entra en la cabeza, porque cada día...!

RAMÓN se incorpora, lleva sus manos al estómago.

PACHÁ: —¡Se movió! ¿Vieron? *(Pausa.)* ¿Qué les dije?

TUPÍ: —*(Acercándose.)* ¡Un rato más y cae seco! *(Pausa.)* ¡Miren cómo sangra a chorros por la herida! ¡Dejen de joder con este negro, sáquenlo de aquí, porque después se me amontona toda la sangre y lo tengo que ver pudriéndose frente a mis narices!

CAJÚ corta un puñado de plumas de sus alas y frota sobre la herida de RAMÓN. Reacciona.

PACHÁ: —¡Se movió!

CAJÚ: —¡Vamos, Pachá, llevémoslo hacia el árbol! *(Arrastran a Ramón, lo sientan junto al árbol, Pachá le mueve la cabeza.)*

PACHÁ: —¡Hay que darle agua! *(Pausa.)* ¡Tupí, dame agua!

TUPÍ: —No tengo.

PACHÁ: —¡Si escondes las botellas con agua por todos lados!

TUPÍ: —¡No se pueden tomar, vieja, estoy cansado de decirte!

CAJÚ: —¿Botellas escondidas?

PACHÁ: —Llena botellas con agua y las entierra, ni siquiera se acuerda dónde están.

TUPÍ: —¡No se pueden tomar porque las botellas tienen hongos!

CAJÚ: —¿Qué se te dio, viejo, por enterrar botellas?

TUPÍ: —¡A vos no te importa, háganse cargo del moribundo!

CAJÚ mueve el pie, rascando el suelo. Se convierte en un zapateo frenético. Extrae, una botella enterrada. La muestra como un trofeo.

CAJÚ: —¡Aquí tenemos agua para todos los habitantes del planeta!
¡Sorpresa embotellada, lista para beber!

TUPÍ: —(*Enojado, a Cajú.*) ¡Dejá eso, trae para acá, no se toca lo ajeno
pajarraco! ¡Dame! (*Intenta agarrar a Cajú, Pachá lo detiene.*)

PACHÁ: —¡Basta, Tupí!

TUPÍ: —¡Que me devuelva la botella, entonces!

PACHÁ: —(*Quitándole la botella a Cajú.*) ¡Dame, Cajú!

TUPÍ: —¿No entendés que tienen hongos las botellas?

PACHÁ: —No importa. (*Derrama agua sobre Ramón.*)

TUPÍ: —¡Vas a contaminar todo a ese negro y se va a podrir!

CAJÚ: —¡Mirá, Pachá! ¡Está reaccionando!

PACHÁ: —¡Dame agua, Tupí, no importa que tenga hongos, le hizo bien!

Pausa.

TUPÍ: —Ahí donde está parado Cajú, hay otra botella...

CAJÚ: —(*Rasca la tierra nuevamente y extrae otra botella, entrega a Pachá que la
derrama sobre Ramón. Reacciona.*)

PACHÁ: —¡Abrió los ojos!

CAJÚ: —¡Mueve la boca, quiere decir algo!

Pausa.

RAMÓN: —(*Balbuzeando.*) Juro... por la virgencita... no tengo nada que ver...

Apagón.

SIESTA

Los cuatro personajes sentados a la mesa, mirando al público, menos RAMÓN, hacia el lado derecho, desvanecido, con la cabeza apoyada sobre la mesa, respira con dificultad y se mueve. A su lado, TUPÍ, que no deja de mirarlo, molesto. Sigue, PACHÁ y CAJÚ. Todos tienen una rodaja de pan casero. Están comiendo, menos RAMÓN.

PACHÁ: —(*A Cajú.*) Tantos años sin verte.

CAJÚ: —Muchos, Pachá... extrañaba el lugar, y a vos... ¡bah, a los dos!

- PACHÁ: —Aquí también preguntábamos por vos. (*Ríe.*) ¿Por dónde andará volando ese atorrante, decía yo?
- TUPÍ: —(*Enojado.*) ¡Le falta sal, Pachá, el pan no tiene gusto! ¡Sin sal, es harina que amasaste con agua contaminada de la laguna!
- PACHÁ: —¡Nada te viene bien, no me interesa lo que decís, siempre lo mismo! Además tenés que comer sin sal, estás viejo.
- TUPÍ: —¡Vos también!
- CAJÚ: —Para mí está delicioso, y crocante...
- TUPÍ: —¡Es un mazacote!
- PACHÁ: —¡No es obligación comer, si no te gusta, dale a Ramón!
- TUPÍ: —(*Mirando a Ramón.*) ¿Hablás en serio? ¿Vieron cómo está acostado en la mesa, desparramado como una bosta líquida?
- CAJÚ: —Ya comerá, está mejorando.
- TUPÍ: —¿Mejorando? (*Ríe.*) ¡Olvidé que le pusiste tus plumitas en la herida, tipo doctor! ¿Te arrancaste esas plumas, tipo doctor... o brujo?... ¿Doctor o brujo? ¿Para qué hablar con vos? Es gastar tiempo y saliva.
- PACHÁ: —¡No llevés el apunte, Cajú!
- TUPÍ: —(*Levanta a Ramón, desde el cuello, luego lo suelta y pega la cabeza en la mesa.*) ¿Mejorando? (*Ríe sarcástico.*)
- PACHÁ: —¡Viejo, más cuidado, no es un animal! (*Pausa.*) ¿Contanos, Cajú, qué andas haciendo por aquí?
- TUPÍ: —¡Jodiendo!
- PACHÁ: —¡Callate, Tupí!

Pausa.

- CAJÚ: —Visitando mi antigua casa. Mi hogar. Todo cambió. (*Exagerando las palabras y movimientos.*) ¿Sabes, Pachá?... no sentí tanto dolor... difícil explicar, uno imagina lo peor y a veces puede llevarlo en la cabeza... es un dolor aceitado, que son los peores... No imaginé encontrar esto. Como que el sitio fue devorado, de la peor manera, por la codicia del hombre, sin importar nada. Pájaros que se van callando de a poco, por un silencio obligado, que arrastra el atardecer. Ahora comienza el sonido de otros bichos, los más lieros. (*Come.*)

TUPÍ: —(*Aplaude.*) ¡No sabía que te volcaste a la poesía, sos un poeta! (*Ríe.*)
¡Y pensar que naciste de un huevo!

PACHÁ, pega violentamente las manos en la mesa, RAMÓN se incorpora.
Pausa.

CAJÚ: —¡Está reaccionando!

PACHÁ: —¡Sí...sí, debe tener hambre!

TUPÍ: —¡Ocupense del hachero moribundo, me molesta aunque no hable!

PACHÁ: —Hambre y sed. Sí, es hambre, ¿vaya a saber cuándo comió por última vez?

TUPÍ: —(*Corta un pedazo de pan y coloca frente delante de Ramón.*) ¡Tomá, pan casero, sin gusto, sin sal, sin nada! (*Cae la cabeza de Ramón sobre la mesa.*) ¿Vieron? El resucitado no tiene hambre.

PACHÁ se levanta, va hacia RAMÓN, con una mano sostiene la cabeza y con la otra introduce un pedazo de pan en su boca.

CAJÚ: —¡Cuidado, Pachá, está inconsciente, es peligroso!

PACHÁ: —¡Es para que mastique, necesita alimentarse!

TUPÍ: —¡Claro que tiene que masticar, pero no puede!... ¿Son ciegos, ustedes?

RAMÓN comienza a masticar lentamente.

CAJÚ: —¡Está comiendo!

PACHÁ: —¿Qué les dije, tiene hambre?

CAJÚ: —También debe tener sed... (*Pachá suelta la cabeza de Ramón queda tambaleando. Lo vuelve a agarrar e introduce más pan en su boca.*)
Cuidado, no lo vayas a atragantar.

RAMÓN mastica unos segundos y cae a la mesa. PACHÁ lo mira y se sienta.
Pausa.

PACHÁ: —Hay que ir de a poco, ya comerá.

Silencio. PACHÁ mira a todos.

- TUPÍ: —¿Qué pasa, ahora?
- PACHÁ: —¡Ay qué tonta, sabía que me olvidaba algo! *(Saca cuatro vasos de madera, escondidos en sus ropas, y los coloca frente a Cajú, Tupí, Ramón y luego ella, se sienta.)* Perdón, Cajú, olvidé poner los vasos.
- CAJÚ: —No hay problema... *(Levanta el vaso y vuelca.)*
- TUPÍ: —¡No pajarraco, no es mágico, no tiene nada! *(Coloca violentamente su vaso boca abajo.)* ¿Se puede saber para qué pusiste los vasos si no hay agua para tomar?
- PACHÁ: —Quedate tranquilo, no te voy a pedir a vos... no hay agua... pero algo parecido... *(Saca una petaca de sus ropas, sirve a Cajú y luego ella.)*
- TUPÍ: —Yo no quiero.
- PACHÁ: —Ya sé, por eso no te serví. *(A Cajú.)* Es una bebida nueva que aprendí a preparar
- TUPÍ: —¡Avisale al forastero que no es agua!
- CAJÚ: —¿Y qué es?
- TUPÍ: —¡Un líquido con yuyos que hace, vaya a saber qué le pone! ¡Es más fiero que tomar Meada!
- CAJÚ: —Huele bien.
- TUPÍ: —¡Menos mal que no tenés nariz!
- PACHÁ: —Te va a gustar, Cajú...
- CAJÚ: —*(Bebe un trago.)* Es... es... bastante... no sé explicarlo...
- TUPÍ: —¡Qué asco!
- CAJÚ: —Un poco fuerte...
- PACHÁ: —Al principio. No estás acostumbrado a tomarlo, por eso.

RAMÓN se incorpora de golpe, su cabeza queda tambaleando unos segundos y luego cae sobre TUPÍ.

- TUPÍ: —¡La puta que te parió! *(Empuja a Ramón violentamente hacia el otro lado.)*
- PACHÁ: —¡Te dije que no es un animal!
- TUPÍ: —¡No sé qué es, pero no lo quiero tirado encima mío... desde hoy estoy aguantando y no tengo nada que ver!

RAMÓN reacciona, tambalea y cae desvanecido sobre la mesa. PACHÁ va hacia él, levanta la cabeza por detrás, con la otra mano coloca un pedazo de pan. RAMÓN mastica. PACHÁ se sienta.

PACHÁ: —¿Qué dije? Tiene hambre...

RAMÓN queda con la boca llena unos segundos y cae a la mesa.

Pausa.

TUPÍ: —¡No sé por qué insisten, está de última, tírenlo a la laguna, así no sufre, igual se va a morir!

PACHÁ: —Yo no dejo a un hombre herido delante de mis narices.

TUPÍ: —¡Esa manía de meterte a joder con un montón de cosas que encontrás!

PACHÁ: —¿Qué te molesta a vos?

CAJÚ se para, agarrándose el estómago.

PACHÁ: —¿Qué pasa, Cajú?

CAJÚ: —Pachá, me siento mal...

PACHÁ: —*(Va hacia él.)* ¿Qué tenés, pajarito, no me asustés?

CAJÚ: —¡El estómago, me arde... es un fuego... me arde... me está subiendo por el cuerpo!

TUPÍ: —¡Te dije que ese brebaje no tenías que probar!

PACHÁ: —¡Tranquilo, Cajú, respirá hondo!

CAJÚ: —¡Tengo sed, me quemo por dentro, agua!, ¡Agua, necesito agua!

PACHÁ: —¡Tupí, alcánzame una botella de agua!

TUPÍ: —¿Estás loca? ¡Tienen hongos, le va hacer peor!

PACHÁ: —¡No importa, dame igual!

CAJÚ: —¡Agua, agua! ¡Me estoy quemando por dentro!

PACHÁ: —¿Dónde escondite, Tupí?

TUPÍ: —¡Escuchame, vieja, dos botellas me destaparon para rociar al moribundo y ahora porque se te descompuso tu amigo pajarraco... No me acuerdo dónde enterré...

CAJÚ: —¡Es un fuego... necesito agua!

TUPÍ: —¡Tienen hongos las botellas, está contaminada el agua, te va hacer mal y después me culpan a mí si pasa algo!

PACHÁ saca el bastón e intenta pegarle a TUPÍ. Se detiene.

TUPÍ: —*(Quitándole el bastón.)* ¡Ni se te ocurra, Pachá!...

Silencio.

TUPÍ golpea con el bastón, escarba y saca una botella de agua enterrada. Entrega a PACHÁ, ésta a CAJÚ, que bebe desesperadamente.

Pausa.

PACHÁ: —¿Estás mejor, Cajú? ...Vení sentate, te pondrás bien (*Acompaña a Cajú a la mesa y lo sienta en lugar que estaba ella. Tupí mira con desprecio e inclina su cuerpo hacia el otro lado. Pachá se sienta en el lugar que ocupaba Cajú.*)

Pausa.

CAJÚ: —Gracias, Tupí, me siento mucho mejor...

TUPÍ: —(*Despectivamente.*) No hay de qué... (*Vóltea su vaso apoyado en la mesa. Pega un bastonazo en el suelo y saca una botella enterrada.*) ¡Esta botella no tiene hongos! (*Se sirve.*) ¡Salud! (*Bebe.*) (*Pausa.*) (*Ramón se incorpora. Intenta masticar. Y cae nuevamente.*) ¡Este negro no me deja comer ni siquiera el pan desabrido que cocinaste, Pachá!

PACHÁ: —Te cambio el lugar, si tanto te molesta.

TUPÍ: —¡Ya está!... (*Pausa.*) comimos... tomamos... se intoxicaron... ¿qué más se puede esperar?

RAMÓN abre los ojos. Mastica cada vez más fuerte. Se atora y escupe en la cara de TUPÍ.

TUPÍ: —(*Furioso.*) ¡Qué inmundicia, la puta que lo parió! ¡Miren lo que me hizo este negro roñoso! ¡Qué asco! (*Empuja violentamente a Ramón y cae al suelo. Tupí se acerca y pega con el bastón. Pachá corre y se interpone.*)

PACHÁ: —¡Pará, Tupí! No tiene la culpa, no le pegués.

CAJÚ: —(*Agarra el bastón, forcejean.*) ¡Tiene razón, dejalo!

TUPÍ: —(*A Cajú, mordiendo las palabras.*) ¡Sol... tá... tu... ma... no... De mi... bastón ahora mismo!

PACHÁ: —¡Basta!

Silencio. TUPÍ va hacia un lateral acomodándose. PACHÁ y CAJÚ sientan a RAMÓN en la silla.

TUPÍ: —¡Escuchen los dos! Ahí sobre sus narices tienen un peón de la fábrica, moribundo y los dos perdiendo el tiempo en esa porquería. ¡Me cansé!

PACHÁ: —¡Sos una bestia, viejo! ¿No te das cuenta que no tiene cómo defenderse?

TUPÍ: —No es mi problema.

CAJÚ extrae más plumas de sus alas y coloca en las heridas de RAMÓN, que reacciona lentamente.

PACHÁ: —¡Gracias, Cajú!

CAJÚ: —Es muy joven, se pondrá bien.

TUPÍ: —¡Saquen a este tipo de aquí, lo quiero fuera de este sitio, aquí es mi lugar! ¡Se va a podrir frente a mis narices y no quiero ver sangre amontonada de alguien que no conozco!

Pausa. CAJÚ empieza a reír de a poco hasta llegar a la exageración.

TUPÍ: —¡Ahí, lo tenés al pajarraco está loco como vos!

Pausa.

CAJÚ: —¡Vení, Pachá, voy decirte algo a solas! *(Al oído de Pachá.)* ¿Qué opinás, Pachá?

Pausa.

PACHÁ: —Ya sé...

TUPÍ: —¿¡Ahora andan con secretitos!? ¿Qué te dijo?

PACHÁ: —Nada.

TUPÍ: —¡Ni me importa!

Pausa.

CAJÚ: —*(Salta arriba de la mesa y apunta a Tupí.)* ¡Vienen por vos, Tupí!

Apagón.

TARDE

TUPÍ sentado junto al árbol, duerme. Sobre la mesa, boja abajo, CAJÚ, con alas desplegadas. PACHÁ limpia las plumas de CAJÚ, delicadamente, acariciándolo. Hacia un lateral, RAMÓN apoyado en una de las patas de la mesa. Duerme, respira fuerte.

- CAJÚ: —(A Pachá.) Si ves alguna pluma achicharrada cortala, Pachá, me hacés un gran favor, no puedo controlar mi espalda.
- PACHÁ: —Ese es el problema, son muchas, los años se van notando de a poco.
- CAJÚ: —No me recuerdes, es terrible. ¿Te acordás? Yo tenía plumas brillosas.
- PACHÁ: —¡Claro, el más lindo pájaro de la zona, morían con vos!
- CAJÚ: —¡Había una competencia, de picos y plumaje, pero tenía lo mío!
- PACHÁ: —¡El más bello de todos!
- CAJÚ: —¡No exageres, sé cuánto me querés, Pachá!
- PACHÁ: —¿Por qué voy a mentirte?
- CAJÚ: —(Pachá le arranca una pluma y él grita.) ¡Ah! ¡Me dolió!
- PACHÁ: —Perdón.
- CAJÚ: —Fíjate, cerca del cuello, son las que van multiplicándose. Ahí en el pescuezo, donde no se puede llegar, empieza todo.
- PACHÁ: —Estoy viendo. (Pausa.) Te extrañaba, Cajú, sabía que ibas a volver en algún momento.
- CAJÚ: —Yo también. Regresar a la tierra que uno vivió es difícil.

PACHÁ arranca otra pluma, CAJÚ grita.

- CAJÚ: —¡Estás arrancando las que sirven, Pachá, prestá atención, solo las achicharradas dije!
- PACHÁ: —Bueno, tranquilo... es que... si saco las que no sirven, tengo miedo de dejarte pelado.
- CAJÚ: —(Se para, enojado.) ¡Basta, Pachá! No vine para que me tortures con los años, sabés que siempre fui coqueto pero no hay necesidad de humillarme. No quiero que me saques más plumas. ¡Dejá!
- PACHÁ: —¡Era una broma! (Ríe.)
- CAJÚ: —(Enojado.) ¡No es gracioso, Pachá, estás denigrándome terriblemente! ¡Una falta de respeto! Si bien no nos vemos hace tiempo, no imaginé.... y yo no merez... co... se.. guir... escu... cha... n... d... o. (Ríe. Abraza a Pachá, se tiran sobre la mesa.)

Pausa. TUPÍ despierta.

TUPÍ: —¿La puta madre, será posible?... ¡Pensé que estaba soñando!... no... es verdad... ¡Juna gran siete! (*Gira pegando con el bastón en el suelo.*)

Pausa.

PACHÁ: —¿Cómo es tu nueva casa, Cajú?

Pausa. TUPÍ camina silenciosamente hacia ellos.

CAJÚ: —Allá se vive como aquí, anidando en el árbol más alto, para no ser atrapado. Uno deja de llorar las penas del lugar donde se crió. El sitio nuevo es el “presente obligado”... (*Pausa.*) Rozándome el pico, frente a mis ojos, se encendió una luz brillante. Al principio no podía distinguir el color, solo encandilaba, y después, se fue apagando. Podía verla sin que me cegara. Era una luz nueva. Tenía un brillo divino, que limpiaba las lágrimas más feas del pasado. (*Pausa.*) ¿Cómo hacer para cerrar las heridas del pasado que seguían lastimando?

TUPÍ: —(*Aparece por detrás de Cajú.*) ¡Bravo, Cajú!

CAJÚ: —¡Ay, qué susto!

TUPÍ: —¡Perdón por interrumpir tu discurso poético!

CAJÚ: —¡Te apareces así, de repente, como un fantasma!

TUPÍ: —Aparezco como quiero, porque yo vivo aquí.

CAJÚ: —¡Viejo de mierda!

TUPÍ: —¿Cómo dijiste? (*Lo agarra del cuello y aprieta.*)

CAJÚ: —¡Soltame, me ahorcás!

PACHÁ: —¿Tupí, qué hacés?

TUPÍ: —¡No te metas, Pachá!

PACHÁ: —¡Que lo sueltes, dije! ¿Estás loco?

TUPÍ: —(*Lo empuja hacia ella.*) ¡Ahí tenés, a tu amiguito, perdido, el que se fue, sin despedirse! ¿Para qué hablar?

TUPÍ va hacia RAMÓN.

TUPÍ: —¿Qué hace este roñoso todavía aquí? (*Pausa.*) ¡Les hice una pregunta!

CAJÚ: —Ya lo vamos a llevar, no te molesta, ni siquiera está cerca de vos.

TUPÍ pega con el bastón en la cabeza de RAMÓN. PACHÁ corre y le quita el bastón.

PACHÁ: —¡Dejalo, Tupí!

TUPÍ: —¡Ah, vieja, devolveme el bastón!

PACHÁ: —¡Si llegás a pegarle de nuevo, vas a conocerme... si otra vez tu mano o puño golpea a este joven, voy hacer implacable... así que viejo, estás advertido!

Tira el bastón a TUPÍ. Pausa.

TUPÍ: —¡Me dijeron que lo iban a sacar de aquí, y todavía está! Vos Pachá, junto con este... Me dormí y pensaba que estaba soñando toda esta mierda. Y resulta que no, es la realidad. ¿Qué carajo les pasa?

CAJÚ: —Ya lo vamos a llevar, viejo...

TUPÍ: —¡Te hacés el poeta ahora, desde que llegaste, hablando con palabras estúpidas, que de tu pico garronero nunca salieron! *(Camina alrededor de Cajú, mientras habla.)* Me llama la atención... ¿Te miraste al espejo? Parece que no, se te ven las plumas muertas... Es el paso del tiempo. Hay que ir sacando las plumas achicharradas para estar más presentable. Las plumas negras, llenas de moho, porque después es más difícil.

CAJÚ: —Claro que los años pasan y se nota, preguntale a tu bastón que te sostiene...

TUPÍ: —¿Mi bastón? No puedo tirarlo, es imprescindible. Lo tuyo es distinto, se trata de una desprolijidad.

CAJÚ: —¿Qué carajo te importan mis plumas a vos?

Pausa.

TUPÍ: —¿Vinieron por mí? ¡Lo dijiste así, parándote en la mesa con un ademán afeminado y señalándome! *(A Pachá.)* ¿Le crees a este cajón de plumas, que viene de un solo lugar? No. No viene de un solo lugar, viene de muchos, toda su vida fue ese problema, tener que escapar. Siempre escapando. ¿Y vos, Pachá, querés que el pajarraco desplumado te cuente dónde habita? Volaban llevando

los huevos que pudieron agarrar con el picotazo desesperado y algunos alcanzaron a agarrar los cascarones de huevos empollados para decir que algo les importaba... todos los huevos rotos.

RAMÓN reacciona.

RAMÓN: —¡Agua! ¡Agua, por favor! (*Silencio.*) ¡Agua... quiero agua!

TUPÍ se agarra la cabeza. PACHÁ corre hacia RAMÓN.

RAMÓN: —¡Tengo mucha, sed! ¡Agua!

PACHÁ: —Sí, sí... ya te consigo... quiere agua....

CAJÚ: —Agua, Tupí... ¿no lo escuchaste?

TUPÍ: —¡No tengo!

RAMÓN: —Agua...

PACHÁ: —¡Tupí, dame una botella!

TUPÍ: —¿Estás sorda? Dije que no tengo.

PACHÁ: —¡Sí tenés!

TUPÍ: —Dejame de joder...No... ten... go...

RAMÓN: —Agua...

CAJÚ comienza a escarbar el piso con el pie desesperadamente. Cambia de lugar y hace lo mismo.

PACHÁ: —¡Tupí, hablo en serio!

CAJÚ: —No sale ni una botella...

TUPÍ: —¡Te vas a gastar las suelas, pajarraco!

RAMÓN: —¡Agua!

PACHÁ: —¡Tupí, dame el agua, es una orden!

TUPÍ: —¿Querés agua?

RAMÓN: —¡Sí, señor Tupí!

Pausa.

TUPÍ: —¿Escucharon? Me llamó Tupí. Conoce mi nombre. Si estuvo inconsciente todo el tiempo, ¿cómo es que dice mi nombre? ¡Explíquenme! ¿Qué mierda están escondiendo los dos? Ustedes... ustedes... ustedes.

PACHÁ: —Tupí, no te inventes fantasías, te llama como te llamás.
 TUPÍ: —¡No te creo!
 RAMÓN: —¡Agua!
 TUPÍ: —¿Querés agua? Ahí está la laguna, con agua de sobra, decíle a estos dos que te lleven ahí. Aclaro que está media turbia por los desperdicios de la fábrica taninera, y además hay un montón de hacheros que flotan, así como vos, esos que no se los encuentran nunca, como vos, dentro de poco.
 PACHÁ: —¡Escuchame, viejo arcaico! Toda la vida tuve que sostenerte y lo hice. Todo mi tiempo gastando siempre al lado tuyo. Todas mis horas fueron para sostenerte de pie. ¿Vas a darme agua?
 TUPÍ: —No quedan botellas.
 PACHÁ: —¡Estás mintiendo, vivís escondiendo botellas!

Pausa. TUPÍ camina hacia el árbol, escarba la tierra y saca una botella.

TUPÍ: —Es la última.

PACHÁ va hacia él. TUPÍ le entrega la botella.

PACHÁ: —¡A mí no hay que mentirme!
 TUPÍ: —¡Bah!

PACHÁ destapa la botella y entrega a RAMÓN que bebe desesperadamente. Apagón.

NOCHE

PACHÁ sobre la mesa, abrazando a RAMÓN. Duermen. CAJÚ parado en el centro con alas desplegadas, las mueve y respira profundamente. TUPÍ lo observa.

TUPÍ: —¿Qué hacés, pajarraco? (*Ríe.*) ¿Estás intentando volar y no podés?
 CAJÚ: —Me llamo Cajú y vuelo cuando quiero.
 TUPÍ: —¡Entonces, aprovechá los últimos aleteos!
 CAJÚ: —Hago gimnasia. Para ablandar los músculos. Relajarlos.

Pausa.

TUPÍ: —(*Ríe.*) ¿A qué viniste, Cajú?
CAJÚ: —A visitarlos.
TUPÍ: —Nadie te extrañó. ¿Sabías que Pachá tampoco se acordó de vos?
¿Vas a creerle que pensaba por dónde andabas volando? Ella se olvida de los que se van sin despedirse.

Pausa.

CAJÚ: —No teníamos dónde anidar. Caían los árboles, uno por uno, se iba desbastando todo.
TUPÍ: —Hubiesen empollado sobre la tierra, sobre las ramas secas, entiendo que no era la costumbre, pero... ¡Qué hablar si te hacés el sordo! (*Pausa.*) ¿Estás tranquilo ahí, tu nueva casa, con el nido y los mismos huevos? También escondido. Y otra vez volarás a esconderte. Siempre eso. ¿Sabías que los sitios para esconderse se van acabando?

Pausa.

CAJÚ: —Estoy de paso, en pocas horas me iré, te respeto porque tenés cien años plantado en esta tierra. Sobrevivir también es un problema, lo hiciste porque no llegó nadie para derribarte, tuviste el lugar más alejado de la fábrica, los gringos, que convirtieron a tus hermanos, primero en aserrín y luego en un líquido espeso y turbio llamado, tanino. Viviste, sin poder dormir, guardando botellas de agua, que no querés compartir. Pachá estuvo a tu lado todos estos años, la única que te abrigó. No escapaste porque no pudiste. ¿Vas a seguir hablando de los que pudimos volar? No te preocupes, Tupí. Vamos a llevar a Ramón donde se apilan los quebrachos, merece vivir. Respira.
TUPÍ: —¿Para qué seguir hablando con vos?

Pausa. PACHÁ despierta.

PACHÁ: —¿Me dormí, ya es de noche?
CAJÚ: —No quería despertarte.
PACHÁ: —Tendrías que haberlo hecho.

TUPÍ: —¡Dejá de mentir, Pachá, vos nunca dormís y escuchaste todo lo que hablamos con el pajarraco en extinción!

CAJÚ: —Es hora que Pachá descanse, ella no te necesita.

TUPÍ: —Mis brazos sostenían tu nido, el lugar seguro para el momento... ¡Ya cumpliste tu deseo de visitarnos, andate ahora mismo de este lugar!

PACHÁ: —¿Desde cuándo tomás decisiones sobre mí?

TUPÍ: —¿Qué decís, Pachá?

PACHÁ: —Perdiste hasta el respeto sobre todo cuando llega una visita. ¡Un pájaro en extinción, según vos!

Pausa. TUPÍ camina lentamente hacia el árbol.

TUPÍ: —¡Resuelvan qué van hacer con ese tipo!

Pausa.

CAJÚ: —*(Toma a Ramón por sus espaldas, lo levanta y cambia la voz, imitándolo.)*
¡Llegamos con el destronque hasta aquí, la empresa va buscando y entrando en el monte de a poco, con paciencia! ¡En la playa hay diez toneladas de quebrachos! ¡Yo no fui señor, a mí me llamaron una noche para la reunión porque se hablaba de que teníamos que tener derecho, vio, y yo de metido fui para ver de qué se trataba! ¡Se lo juro por la virgencita, señor! *(Ríe. Cambia la voz como Cajú.)* Aquí está... ¿Cuánto creés que mide de ancho el quebracho? ¡Quebracho! ¡Aserrín! ¡Tanino!

TUPÍ: —*(Camina hacia Cajú.)* ¡Tenés alas, pero volás al pedo! *(Extrae un puñal y clava a Cajú, que cae lentamente.)*

RAMÓN se aleja asustado.

Pausa.

PACHÁ: —¿Qué hiciste, Tupí? *(Llora.)*

TUPÍ camina hacia el árbol llevando el puñal ensangrentado.

Silencio. RAMÓN se acerca al cuerpo tendido de CAJÚ e intenta levantarlo.

RAMÓN: —Respira, Pachá, ayúdeme.
PACHÁ: —Está muerto, Ramón.
RAMÓN: —Parece que respira.
TUPÍ: —(*Gritando a Ramón.*) ¡Pensé que te habían cortado la lengua y encajado picana pero no! ¡Estás vivo!

RAMÓN toma el hacha, va hacia el árbol y pega un hachazo.

TUPÍ: —¡Pará! ¿Qué hacés? (*Hachazo.*) (*Grita.*) ¡Te digo que parés!
(*Hachazo.*) (*Grita.*) ¡Estoy hablando!

TUPÍ cae.

Silencio.

RAMÓN: —(*A Pachá.*) ¡Nunca me costó tirar un quebracho, la puta que era grande, parecía que no iba a caer! (*Pausa.*) ¿Por qué llorás, Pachá?
PACHÁ: —Ya va a pasar, Ramón, cuestión de tiempo es el dolor. (*Pausa.*) A veces pregunto si estas piernas que se apoyan en mi cuerpo son eternas. ¿Cualquier filo de cuchillo o hacha, tienen derecho a ir acabando con los que siempre estuvieron a mi lado? No quisiera ser inmortal porque siento una larga pesadilla de soledades, que se va devorando todo, y lo que queda es sangre amontonada pudriéndose al sol. (*Pausa.*) ¡Me voy, Ramón!

Pausa.

RAMÓN: —Espere... Pachá quiero decirle una cosa...
PACHÁ: —¿Qué?

Pausa.

RAMÓN: —¡Gracias por el pan!

FIN

REGIÓN NUEVO CUYO

EMA NO ES AME

Mariela Domínguez

Mariela Domínguez

Nace en Buenos Aires en el año 1975. A los doce años forma parte del Taller Infanto-Juvenil de la Provincia, y luego de diferentes grupalidades de la ciudad, como el Estudio Arte, estudia la Licenciatura en Teatro de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Tucumán, y forma junto a Alejandro Ochoa el Grupo La Valija, que gestiona varias producciones y recorren muchas ciudades del norte Argentino.

En el año 2002 vuelve a San Luis, ya con el título de intérprete dramático, y funda con otros compañeros el grupo La Tía Tota, al que actualmente pertenece y con el que sostiene el espacio La Papelería Centro Cultural. En estos veinte años han estrenado más de quince producciones teatrales de su autoría, dictado talleres, gestionado giras y festivales, participando de festivales provinciales, nacionales e internacionales.

Fundadora de La Fundación La Tía Tota, ejerce el cargo de presidenta de la misma con la que gestiona La Papelería Centro Cultural.

Como docente hace más de quince años se desempeña en el Instituto de Formación Docente Continua de Villa Mercedes, en el espacio curricular Lenguaje artístico Teatro. Dictando también diferentes talleres, de iniciación y perfeccionamiento en áreas como actuación, gestión y dramaturgia.

En el espacio se ven dos mujeres: EMA y MADRE. Es un espacio neutro que puede ir armándose y convirtiéndose en diversos lugares: un comedor, un dormitorio, una cocina o si se prefiere ningún lugar determinado.

La escena está a oscuras se enciende una luz que ilumina a EMA.

EMA: —(Al público, despojadamente.) Cuando la información es contundente, la afirmación de la verdad es innegable: un papel, un mensaje, un error generalmente de otro, un dato preciso, un murmullo mal disimulado, una foto vieja, una mirada esquiva, un silencio pronunciado, se vuelven un cachetazo certero que permite atar los cabos, y sentir que el piso tambalea y que todas aquellas otras afirmaciones con las que construiste esta vida caen a lo más profundo de un ciego precipicio, casi con un grito mudo en la imagen de una mala película de terror. Lo más básico del mundo, como nombrar o nombrarte, deja de ser eso... las palabras, dejan finalmente de tener sentido ante el abismo de lo incierto.

MADRE: —(Al público, sola a modo de aclaración.) Yo soy “La Madre” así como un nombre propio, pero no se confundan: no su Madre (*Señala donde había aparecido Ema.*) en esta historia no hay pertenencias, “mi Hija”, “mi Padre”, “mi Madre”, tomaremos los roles como nombres propios. Piensen en la imagen de todas las Madres del mundo, buenas, prolijas, peinadas, vestiditas de cartón, pintaditas en colores pastel, con un delantal floreado e impoluto, abriendo una lata de tomate y sonriendo a la cámara. Madre, sin deseo, sin llanto, sin expectativas más la de vivir esa vida de Madre, para la que fue creada, construida. Madre con fijador en el cabello planchado, con un trabajo de medio tiempo. Mirando la vida por la ventana. Y esperando que ocurra algún cambio, pero nunca preparada para ese momento.

EMA: —Ese momento donde la vida se detiene...

MADRE: —Donde no podés entender que el mundo siga girando.

EMA: —Que el árbol se tiña de primavera...

MADRE: —Que el tuco se queme en cacerola...

EMA: —Que te extrañe y duela hasta el fondo del pecho esa carcajada que se escucha a lo lejos...

MADRE: —¿De qué se ríe?

- EMA: —¿Cómo tiene el valor de reírse?
- MADRE: —¿Cómo tiene el desparpajo de respirar?
- EMA: —Ese momento cuando una siente ese nudo en la garganta que estrangula...
- MADRE: —Como si tomara aire para arrojarse a una pileta y contener la respiración...
- EMA: —Como si exhalar fuera la certeza de estar viva y no querer tener certezas...
- MADRE: —Y realmente corroborar que está pasando, lo que realmente está pasando...
- EMA: —Respirar del cuello para arriba, con la boca cerrada para contener el llanto...
- MADRE: —El llanto que es incertidumbre.

Vuelve a quedar el espacio a oscuras, se ilumina el personaje de EMA.

- EMA: —(*Explicando al público.*) Les digo estas palabras con el único fin de explicar las siguientes imágenes, que finalmente no son más que excusas para entender el cómo y quiénes llegamos a este punto y es necesario para eso que intenten imaginarlas, más que como una película, como unas diapositivas, proyectadas en una pared blanca, de donde se sacan los cuadros que adornan el living y queda marcado el contorno un poco más oscuro. Es posible que algunas imágenes presenten en su proyección algunas imperfecciones producto de los clavos que no se retiraron.

PRIMERA IMAGEN

- EMA: —Primera diapositiva. Primer recuerdo forzoso de tanto verla pero no creo por la edad, poder recordarla. La imagen es clara: yo de pequeña desnuda, en una bañadera de plástico rosa, de nena, parezco bastante grande para la edad que tenía, o creía tener. Madre con ese saco tejido, que sí recuerdo, me sostiene con las manos metidas hasta los codos en la bañera, en la foto la imagen es blanco y negro, la real digo, la de mi cabeza es en colores, puedo ver los azulejos naranjas del baño y sentir el olor a

jabón de glicerina. Puedo escuchar la voz de Madre y sus dientes perfectos, sus aros de perla, su cadenita de oro con la figurita de una niña pendulando de su cuello. Seguramente es Padre quien toma la foto. A él me cuesta recordarlo sonriente. Siempre solemne, serio, grande. Padre, o el hombre que decía serlo, siempre fue un hombre grande.

LOS HECHOS SEGÚN EMA

- EMA: —(*Al público.*) Deberán saber que los hechos que relataré continuación corresponden al plano de lo subjetivo. Las escenas que se verán son recuerdos que conservo en mi cabeza. Por más que intente no puedo separar los verdaderos, los propios, como le digo yo, de los implantados, de los que tantas veces me contaron otros, entonces nunca puedo distinguir si son recuerdos realmente, o si mi imaginación me juega una mala pasada. En esta escena estamos Madre y yo conversando en la cocina. Padre está tácito en el comedor leyendo el diario. Madre amasaba una pastaflora y yo pellizco un poco de masa cuando se descuida y me la como rapidito para que no me rete. Madre está callada y cansada como siempre pero era sábado a la noche y al otro día se desayunaba en casa pastaflora. Yo le digo mirando la foto en blanco negro: “¿Madre, te acordás de los azulejos naranjas del baño?”.
- MADRE: —El baño de la casa no tiene azulejos naranjas. Nunca tuve un baño con azulejos naranjas ¿de dónde sacaste los azulejos naranjas? Los de nuestra casa siempre fueron azules con una guarda negra.
- EMA: —En mi cabeza los azulejos del baño son naranjas con dibujos blancos, o pueden ser blancos con dibujos naranjas. Pero eso puede ser un residuo de un recuerdo autentico ¿en serio recién nacía? Parezco más grande.
- MADRE: —Siempre fuiste una beba grande. La bañera la compró Padre de apuro, yo alcancé a salir al jardín y decirle que fuera rosa.
- EMA: —¿Por qué de apuro?
- MADRE: —Porque estabas sucia y debía bañarte. Eso hacen las madres... limpian a las niñas.
- EMA: —¿Veníamos del hospital?

MADRE: —Recién te traíamos a casa.

EMA: —(*Insiste.*) ¿Veníamos del hospital?

MADRE: —Te había comprado ropita en la farmacia de la avenida y una mamadera de vidrio y un babero con florcitas, un sonajero con forma de gusanito y un chupete rosa, de nena.

EMA: —¿No me diste la teta?

MADRE: —(*Molesta.*) No.

EMA: —¿Por qué?

MADRE: —(*Tajante.*) Porque no.

EMA: —Me mostrás la foto de antes.

MADRE: —¿De antes de qué?

EMA: —De antes que esa.

MADRE: —Esa es la primera foto que te sacamos.

EMA: —¿Y no tenés una conmigo en la panza?

MADRE: —No tengo.

EMA: —¿Por qué?

MADRE: —(*Respondiendo rápido, casi atropelladamente.*) Se veló el rollo. Buscá la de tu bautismo, ahí estás hermosa, ya más gordita con el vestidito blanco que te regaló la madrina. Y los aritos y la cruz de oro que te guardo yo.

EMA: —Y ¿te dolió?

MADRE: —¿Qué cosa?

EMA: —Parir.

MADRE: —No me acuerdo, estaba tan feliz por tenerte que no pensaba en otra cosa... ya basta. De eso no se habla.

EMA: —Pero podés contarme bajito, Padre no escucha.

MADRE: —Padre siempre escucha.

LOS HECHOS SEGÚN MADRE

MADRE: —(*A público, contando.*) Debo corregir algunas cosas. Sí, es verdad. Estamos con Ema conversando en la cocina. Padre está sentado a la mesa. Padre siempre está presente, esta vez lo recuerdo con buen humor resolviendo un crucigrama. Yo estaba armando una pastaflora de membrillo, porque ojo con darle a Padre una de batata... “El dulce de batata es para el vigilante” decía Padre.

Era sábado a la noche y estaba feliz... al otro día íbamos a ir de picnic con los compañeros de trabajo de Padre. Entonces, Ema que estaba mirando la foto, como siempre tuvo que hacer una de sus preguntas impertinentes. “Madre”, dijo “¿te acordás de los azulejos naranja del baño?”. Padre levantó la vista y se sintió que el ambiente de volvía más denso. Me apresuré a contestar:

- MADRE: —(*Casi reprochado.*) ¡No! Ema, el baño de la casa no tiene azulejos naranjas, nunca tuvimos un baño con azulejos naranjas, ¿de dónde sacaste los azulejos naranjas? Los de la nuestra casa siempre fueron azules con una guarda negra que combinan con las baldosas del piso.
- EMA: —Pero Madre... recuerdo unos azulejos naranjas con dibujos blancos, o pueden ser blancos con dibujos naranjas.
- MADRE: —Estás recordando mal o mirando mucha televisión.
- EMA: —(*Volviendo sobre la foto.*) ¿En serio recién nacía? Parezco más grande
- MADRE: —Siempre fuiste una beba grande.
- EMA: —¿Y la bañera de dónde la sacaron?
- MADRE: —La bañera la compró Padre. La compró rosa porque siempre quiso una niña que fuera la niña de sus ojos.
- EMA: —¿Por qué me bañabas?
- MADRE: —(*Un poco fastidiada.*) Porque estabas sucia y debía bañarte, eso hacen las madres... limpian a las niñas.
- EMA: —¿Veníamos del hospital?
- MADRE: —Recién te traíamos a casa
- EMA: —¿Veníamos del hospital?
- MADRE: —Ya con las preguntas, Ema... se me va a pasar el punto del dulce.
- EMA: —¿No me diste la teta?
- MADRE: —(*Tajante.*) No.
- EMA: —¿Por qué?
- MADRE: —Porque no se usaba.
- EMA: —Quiero ver la foto de antes.
- MADRE: —¿De antes de qué Ema?
- EMA: —De antes que esa.
- MADRE: —No hay, esa es la primera foto que te sacamos.
- EMA: —Una tuya embarazada de mí.
- MADRE: —(*Molesta.*) No tengo.
- EMA: —¿Por qué?

MADRE: —(*Apresurando la respuesta.*) Se veló el rollo. Lo guardamos mal y se arruinó. (*Busca otra foto.*) Mirá esta foto qué bonita... es tu bautismo. Ahí estás hermosa, ya más gordita con el vestidito blanco que te regaló la madrina. Y los aritos y la cruz de oro que te guardo para cuando vos seas Madre.

EMA: —Y... ¿te dolió?

MADRE: —¿Qué cosa?

EMA: —Parir...

MADRE: —No me acuerdo. Estaba tan feliz por tenerte que no pensaba en otra cosa. Ya basta, de eso no se habla.

EMA: —(*Susurrando.*) Pero podés contarme, bajito, Padre no escucha.

MADRE: —Padre siempre escucha.

SEGUNDA IMAGEN

EMA: —En esta segunda foto se me ve peinada con dos colitas tensas que volvían mi frente más lisa, las gomitas que la sujetaban cubiertas con un prolijo moño que siempre anudaba Madre con mucho cuidado. Tengo puesto mi guardapolvo blanco, almidonado, prendido en la espalda con las tablas perfectamente planchadas, medias tres cuartos azules que cubrían la mayoría de mis pantorrillas, zapatos “guillerminas” lustrosamente negros y en la mano, sujetándolo fuertemente hasta casi percibir los dedos blancos por la falta de circulación de la sangre, un portafolio de cuero marrón que pesaba todos los manuales Kapelusz del mundo y un cuaderno rayado tapa dura forrado con papel araña azul, cartuchera con figuritas troqueladas con brillantina y el borra tintas con olor a lavandina, papel secante, con la lapicera fuente y sus cartuchos, y hojas canson número 5 y el punzón y el sobrecito de papel glasé metalizado. Y el olor a lápiz nuevo y a plasticola blanca. Y ella, Madre, parada al lado mío. Atrás el auto que nos acompañó toda mi infancia. Recién ahora puedo relacionar esa marca con algo malo o terrible. Ella, Madre, con su suéter a rayas en degradé marrones, con la permanente recién hecha, con sus pantalones anchos de corderoy y su gamulán con corderito. El Padre otra vez tácito

detrás del lente de la cámara, tomando la instantánea en polaroid de sus mujeres.

LOS HECHOS SEGÚN EMA II

- EMA: —Esa fotografía es algún día del primer día de clases, de algún grado entre segundo y sexto. El tiempo en ese tiempo se vuelve voluble, peligrosamente inflamable. Cada recuerdo se potencia,. Ahora ante la revelación ya hecha, todos los detalles son relevantes, intento recordar el tono exacto, el silencio, la inflexión en la palabra para poder predecir, deducir, encontrar la pieza que me negaban pero sabía que le faltaba a este rompecabezas. Yo sentada en el sillón miraba atentamente el álbum familiar. Madre en su sillón, el más pequeño. Le cocía el dobladillo a Padre de uno de sus pantalones verdes. Miré a Madre fijamente y pregunté: “¿Por qué Padre siempre me llevaba a la escuela?”.
- MADRE: —Porque los Padres deben llevar a sus hijas a la escuela, para que estén seguras.
- EMA: —¿Segura de qué?
- MADRE: —De la calle, la calle es peligrosa.
- EMA: —¿Por qué?
- MADRE: —Porque te lleva a la mala compañía.
- EMA: —¿Qué son las malas compañías?
- MADRE: —Gente mala, gente peligrosa, que te puede decir cosas feas, que te puede hacer cosas malas. Las señoritas de su hogar no andan en la calle.
- EMA: —¿Por qué Padre no se baja del auto cuando me llevaba a la escuela?
- MADRE: —Porque te miraba del auto y se quedaba un ratito para ver que hacías, porque Padre es un hombre muy ocupado.
- EMA: —Padre me espiaba
- MADRE: —Te protegía.
- EMA: —¿Por qué sos más petisa que yo?
- MADRE: —Porque sos alta como Padre.
- EMA: —Nunca me parecí a Padre.
- MADRE: —Tenés su mismo carácter.

EMA: —Pero yo quería tener tus ojos...

MADRE: —Pero mis ojos son míos, y veo a través de los tuyos, eso hacen las madres.

EMA: —Extraño esa escuela, el olor a lluvia, el ruido a niños, el piano de la sala de música que tocaba la marcha de San Lorenzo.

MADRE: —Extraño que seas pequeña y no preguntes tanto.

EMA: —¿Qué habrá sido del portafolio?

MADRE: —Lo rompiste y, no sé... se lo habremos dado a alguien.

EMA: —Yo lo vi arriba en tu placard.

MADRE: —¿Por qué estabas hurgando? Sabés que no podés entrar a mi pieza.

EMA: —Estaba buscando algo.

MADRE: —(*Enojada.*) Que no se entere Padre que estás metiendo la nariz donde no corresponde.

EMA: —Pero...

MADRE: —Pero nada, qué lindas te quedaban las colitas.

LOS HECHOS SEGÚN MADRE II

MADRE: —Yo estaba sentada acá donde estoy sentada en este momento y ella, Ema, ahí en una silla... había sacado el viejo álbum de fotos y se detuvo en una que realmente no sé de qué año era, pero sí que mostraba un primer día de clases de la primaria. Estaba tan hermosa con su guardapolvo que le había planchado la noche anterior y recuerdo aun olía a apresto. Yo estaba tan... joven, tan radiante. Me quedé mirando la foto intentando deducir qué año exactamente fue aquel en que parecíamos tan unidas, tan felices. Y de repente escuché que me preguntaba.

EMA: —¿Por qué padre siempre me llevaba a la escuela?

MADRE: —Porque te quiere mucho.

EMA: —En serio, Madre ¿por qué nunca me lo dijo?

MADRE: —Los padres no dicen esas cosas.

EMA: —Pero siempre, siempre me llevaba a la escuela y me esperaba a la salida, mis amigas le tenían miedo.

MADRE: —Porque es un hombre muy serio, no tenía por qué caerle bien a tus amigas. Los hombres, los Padres están para otra cosa.

- EMA: —¿Para qué?
- MADRE: —Para cuidar a sus hijos, a su familia.
- EMA: —¿De qué?
- MADRE: —De la calle, de la gente peligrosa
- EMA: —¿Por qué?
- MADRE: —Porque sí. Mirá qué hermosa estás en esta foto, mira esos ojitos llenos de inocencia.
- EMA: —No me estás contestando.
- MADRE: —(*Ignorándola, mirando la foto.*) Lo que me costaba peinar ese pelo tan largo, y que te quedaran parejas las colitas.
- EMA: —Me dolía la cabeza con lo tirante que me peinabas.
- MADRE: —Bueno, es así todas tenemos que hacer sacrificios para ser gente de bien. Vos pensás que yo no sacrifiqué nada para criarte a vos.
- EMA: —Igual extraño ser pequeña.
- MADRE: —Y yo peinar tu pelo largo en silencio.

TERCERA Y ÚLTIMA FOTO

- EMA: —Esta última imagen es a todo color, yo en mi habitación con mi uniforme de escuela religiosa, el pelo suelto, peluches desgastados por el tiempo, sobre el acolchado rosa, de nena y las cortinas haciendo juego, algunos posters de películas estadounidenses pegados en la pared blanca. Y ahí estoy yo y Madre. Yo parada con el impulso de querer irme, con un delineador barato que evidentemente aún no sabía aplicar. Madre, con todos los años encima, ya curvada, sentada en la cama, con los ojos llorosos detrás de anteojos con marco grande. Era mi último día de secundaria, no había nadie detrás de la cámara... solo la habíamos apoyado sobre mi escritorio y le habíamos puesto el automático. Si pudiéramos ampliar el cuadro de la foto se vería mi bolso preparado junto al marco de la puerta. Y si aún pudiéramos ampliarlo más se vería el remis esperándome en la calle. Es la última foto, la última en esa casa, la última con ella como Madre, la última de Ema como Ema. La tomé por compasión, o por ternura o como testimonio, aún no lo sé pero necesitaba poder tomar esa última foto. Tampoco se ve en ella el

portafolio marrón que aferraba aún más fuerte que en la segunda diapositiva. El portafolio que escondía, finalmente, las piezas de este rompecabezas. Las certezas que faltaban. La afirmación de la verdad innegable que me habían negado tantas veces. Esta vez no guardaba un manual Kapelusz, con la primera lectura de mi mamá me mimó, ni figuritas con brillantina, ni tenía olor a libro nuevo. Había guardado durante años un vestidito tejido de color amarillo, mucho más pequeño que la bebé de la primera foto, media foto de una mujer con mis ojos, y una carta que nadie había tenido el valor de romper. Padre ya no estaba en casa, se lo habían llevado detenido y en su última mirada dejó claro que todo era culpa mía. Madre se había quedado porque había sacrificado tantas cosas todas por mí, que fuera de esa casa, sin Padre y sin Ema ella no podía ser Madre. Y Padre ya no estaba y Ema jamás había existido. Yo no recuerdo con certeza su nombre por eso la llamo así. No mamá, no mami, sino Madre, como concepto abstracto, como obligación, como destino. Como otra vida que jamás tendría que haber vivido.

**EL OLVIDO Y
EL CARBÓN**
(MEMORIAS NEGRAS)

—

Sonnia De Monte

Sonnia De Monte

(Sur de Mendoza, 1958). Actriz y licenciada en Arte dramático, UNCuyo. Actriz, dramaturga y guionista de teatro, cine y TV. Estrenada en Argentina, Chile, Uruguay y Canadá.

Actualmente integra los grupos teatrales independientes LES EX, de Mendoza y DE ARCILLA Y TATOO, Gral. Alvear, Mendoza y el comunitario UNNÍ, de la Biblioteca popular “A. Dimarco” de Bowen, Mendoza. Tiene publicadas tres novelas en Argentina y una por FORUM y Universidad de Udine, Italia, y obras teatrales. Integra el libro *Basta. Cien mujeres contra la violencia de género*.

PERSONAJES

MARÍA REMEDIOS ROSARIO DEL VALLE*: Morena, con ropas dañadas por uso, lavadas y vueltas a lavar; en pobreza extrema. Lleva sobre su atuendo una chaquetilla militar.

NEGRA VIEJA: Personaje ficcional, aunque no comprobado. Morena anciana, muy pobremente vestida. Tullida.

(**Aclaración:** ha sido decisión de autora el uso del “vos” y no del “tú” en los diálogos, aun atenta a la utilización del tuteo en la época en que se desarrolla la acción).

EN ESCENARIO

Cámara negra. Percusión para clima inicial. Cajón sonoro donde se sienta NEGRA VIEJA y que hará sonar en distintas ocasiones. Fogón elemental, con algunas piedras. Olla de hierro. Antorcha o algunas velas. Luz azul de noche. Las dos mujeres están quietas, una sentada y la otra en pie. El canto ancestral de NEGRA VIEJA inicia el movimiento.

LA NEGRA VIEJA hace sonar el cajón donde está sentada, ritmo suave y armónico; tararea con sonidos bajitos.

REMEDIOS: —Me han dicho que presentaron el pedido. Presentaron esos papeles.

NEGRA VIEJA deja su percusión. Siempre sentada, remueve el fogón a su lado, quema unos atados de hierbas. Surge un humito denso y aromático.

REMEDIOS: —Dicen que están peleando; unos para darme y otros para no darme. Dicen que han escrito papeles y papeles, porque de papeles míos no hay noticia. Que han escrito...

NEGRA VIEJA: —Mi padre no sabía. Como los sabiondos dicen que es eso de saber escribir.

REMEDIOS: —Son preparados. Van a saber qué escribir.

NEGRA VIEJA: —Mi padre era sabido. Dejó detrás de la única puerta de cañas que le puso al petate ese de las pocas ropas, una escritura. Dibujos y dibujos de ataduras, de torturas y de trabajos a reventar.

REMEDIOS: —Tengo que tener paciencia, me han dicho. Que me la van a conseguir a la pensión. Que me la he ganado.

- NEGRA VIEJA: —Sacaba el carbón de los fogones y escribía dibujos.
- REMEDIOS: —Nunca lo pensé. Ahora la quiero.
- NEGRA VIEJA: —Las guerras esas hacen perder la memoria.
- REMEDIOS: —Lo necesitamos.
- NEGRA VIEJA: —La de veces que he preguntado: ¿con esos pelean? ¿Para esos pelean y se van a morir?
- REMEDIOS: —¡Vamos a comer seguido!
- NEGRA VIEJA: —Esos blancos se creen blancos y están más sucios que el fogón.
- REMEDIOS: —Y andá a saber si no podremos arreglar el rancho y ponernos ropa decente.
- NEGRA VIEJA: —Esos blancos escriben y ensucian hasta el blanco de los papeles.
- REMEDIOS: —Y voy a poner afuera tres cruces talladitas: para el alma de mi hombre y de los dos muchachos míos que se quedaron en cuerpo allá en el norte. *(Ademán rápido para persignarse.)*
- NEGRA VIEJA: —*(Imita el movimiento; sin dirigirse a Remedios.)* Primero arriba, después abajo y se abre a los costados para no cerrar ni arriba ni abajo. Cierra un beso y sellado queda el poder de arriba sobre todos los que vienen peleando de abajo. Carajo con los blancos.
- REMEDIOS: —¿En una guerra es de día o es de noche? Estoy oliendo con la cabeza... ¿qué olores se sienten en una guerra? ¿Son de tiempo o son de muerte? Ni se sabe.
- NEGRA VIEJA: —Hay tantas hambres que esos no entienden.
- REMEDIOS: —Y el cansancio. ¿Cómo no va a valer unos trapos decentes tanto cansancio?
- NEGRA VIEJA: —Te tendrían que haber dado por nombre Libertad. Así quedaba clarito: Remedio Libertad.
- REMEDIOS: —Tanta sed, tanta venda tapando tajos ¿no valen una casita?
- NEGRA VIEJA: —Había un árbol grande en el medio del campo. Ahí nos ataban y nos daban los rebencazos. Hacíamos una mala para ellos y si era un negro solo o una negra sola, esperaban a sumar otro y otra en falta, así daba bien la grandura del árbol para amarrarnos. Y nos daban.
- REMEDIOS: —Tanta pérdida, ¿no valdrá una olla más?
- NEGRA VIEJA: —Los pájaros cantaban de lo lindo en el árbol copudo. Volaban un poquito con el primer rebencazo y volvían. Pero un día volaron y no volvieron más. Ni cantos le quedaron al árbol.
- REMEDIOS: —¿Tanto sufrir no valdrá llenar dos ollas?

- NEGRA VIEJA: —Pero se podrían haber contado los pájaros que ya no estaban por las cicatrices del tronco.
- REMEDIOS: —El general Belgrano me dijo que no debía hacer lo que yo hacía con sable y balas. Que tenía que curar y consolar, hacer de mujer en la guerra.
- NEGRA VIEJA: —Ni cantos ni nidos. Árbol solo quedó y lleno de cicatrices. Se secó.
- REMEDIOS: —Me le retobé varias veces. Hasta que supo que sí, que yo podía. (*Se estira hacia abajo la chaquetilla.*) Vaya a saber de qué muerto habrá sido esto.
- NEGRA VIEJA: —Vaya a saber si se muere alguien antes del invierno para encontrar un chal... Una mantita.
- REMEDIOS: —(*Pasa sus manos por la chaquetilla.*) Acá lo ando llevando vivo yo.
- NEGRA VIEJA: —Una de vicuña sería lo mejor. De tejido prieto. De lana de oveja. De llama.
- REMEDIOS: —Me tuvo que aprovechar, nomás. En los triunfos. Y en la derrota mucho más. Godos de mierda.
- NEGRA VIEJA: —(*Sopla sobre el fogón.*) El fueguito baila. Anda pidiendo olla.
- REMEDIOS: —Después me hizo honores.
- NEGRA VIEJA: —(*Con un abanico sin tela, que tan solo conserva las varillas, intenta avivar el fuego en el fogón.*) Y la olla anda pidiendo carne.
- REMEDIOS: —A él no le hacía que yo fuera negra.
- NEGRA VIEJA: —Carne no hay.
- REMEDIOS: —Los otros me miraban como si fuera un fantasma distinto.
- NEGRA VIEJA: —Papas tampoco.
- REMEDIOS: —Fantasma negra que metía sablazos y tajeaba de verdad, no como si cortara como la luz de un alma en pena.
- NEGRA VIEJA: —Mandioca tampoco.
- REMEDIOS: —Llovía cuando mataron a mi hombre y a mis muchachos. Se me habían puesto los labios más morados de lo que los tengo. Temblaba. Tiritaba. El general me tiró su poncho desde el caballo. Para la lluvia sirvió. Para mi adentro no.
- NEGRA VIEJA: —No habiendo qué echar a la olla, no tengo hambre.
- REMEDIOS: —Eran tres sombras sobre los charcos de agua y sangre. No porque fuera noche; porque eran negros. Así se los tragó la tierra de... ¿de quién dicen que es la tierra? Bueno, se los tragó la tierra, nomás. Nadie sabe cuánta luz me dan.

NEGRA VIEJA percute en el cajón, suavemente.

REMEDIOS: —Pero yo seguí y seguí.

NEGRA VIEJA percute en el cajón, suavemente. *REMEDIOS* saca de entre sus ropas un pedazo de pan. Se acerca a la vieja, le quita las manos del cajón y le deja un pedazo. Come su pobre porción.

NEGRA VIEJA mastica trabajosa y lentamente y vuelve a hacer sonar su cajón.

REMEDIOS: —(Con palmas, suavemente, sigue el ritmo. Se detiene.) Vieja...

NEGRA VIEJA estira sus manos. Se las estrechan mutuamente. *REMEDIOS* la suelta, toma la olla de hierro y un palo o lo que fuere e inicia percusión en la olla. La vieja retoma el cajón y la sigue.

NEGRA VIEJA: —De dónde te sale esa música a vos, liberta y soldada de la Patria.

REMEDIOS: —Del sonar de otra tierra, vieja.

NEGRA VIEJA: —De tus entrañas, negra.

REMEDIOS: —De las entrañas de otra tierra, vieja.

NEGRA VIEJA: —Yo vine en las tripas del mar.

REMEDIOS: —Yo no.

NEGRA VIEJA: —Ni lo quieras. Las costillas de madera sonaban. Las cadenas sonaban.

REMEDIOS: —Vieja...

NEGRA VIEJA: —Y sonaban nuestras costillas rotas y los azotes y los dientes que se nos caían. Se nos quedaban prendidos con un hambre rabiosa a las galletas podridas. Y sonaba en el garguero el agua avinagrada y sonaban las panzas hinchadas de gusanos o de negritos por parir y sonaba...

REMEDIOS: —Callate, vieja.

NEGRA VIEJA: —Sonábamos nosotros, esclavos en las tripas del mar y acá en la tierra ellos también, atropellados en su propia tierra. Ahí tenés, propia y no suya... A los alaridos, los pobres ellos, antes libres y después esclavos de esta pampa y la miseria. Miseria que no conocían, como nosotros.

REMEDIOS: —Callate, vieja.

NEGRA VIEJA: —Sht...

- REMEDIOS: —A veces no te entiendo.
- NEGRA VIEJA: —Sht... (*Vuelve a sonar el cajón hasta adormilarse.*)
- REMEDIOS: —El general Belgrano no tenía ínfulas. Coraje, tenía.
- NEGRA VIEJA: —La milicia, milicia es.
- REMEDIOS: —Se puso a disposición del general San Martín, un igual, sin aspavientos. Lo invitó a ser su amigo, su compañero de lucha, hasta su jefe. Sabía poco de milicia, sabía mucho de gentes.
- NEGRA VIEJA: —Cuando te trajeron con las heridas, yo te pregunté: “¿Por estos te vas a morir?”.
- REMEDIOS: —“Niñas”, nos decían en Ayohúma. Niñas.
- NEGRA VIEJA: —Las moscas, las avispas, los jotes. Teníamos que cerrar heridas con las manos y abrir los brazos para espantar alimañas.
- REMEDIOS: —Éramos dos cosas. Niñas para llevar agua y mujeres para consolarlos. Los hombres pueden estar medio muertos pero no le hacen asco a ninguna mujer.
- NEGRA VIEJA: —¡Menos milicias nos de ese Dios blanco!
- REMEDIOS: —No les importa si sos chica, vieja, blanca, negra, parda o india. Se te echan encima como ciegos, palpando y apretando y remeciéndote, nomás.
- NEGRA VIEJA: —Todo por la Patria.
- REMEDIOS: —Y mi hombre muerto ahí.
- NEGRA VIEJA: —Yo te decía: “Comé de esto, Remedios. Yo te lo acerco, vos no podés”.
- REMEDIOS: —Y mis muchachos en los charcos. La luna los puso más pálidos que la misma muerte. Me daba un dolor tan fuerte enterrarlos, por eso: porque no verían más la luna ni a las niñas.
- NEGRA VIEJA: —Esos no te acercarían nada, te decía, aunque anduviste sableando al lado. Yo, negrabuela, te lo acerco.
- REMEDIOS: —Casi niños eran. Pero hombres nacieron. Se tenían merecido ver a una muchacha temblando de gusto bajo alguna luna. Sin ataque, sin guerra, sin herir, solo con gusto.
- NEGRA VIEJA: —Con toda esta carga fulera que cargo: vieja y negra, ¡mierda! Pero soy la única que te acerca un cacharro con algo caliente.
- REMEDIOS: —Cuando me pensionen, tres cruces talladas voy a poner.
- NEGRA VIEJA: —¡La luna poneles, negrita! Y vos, negrabuela, poné algo en la olla. (*Toma la olla de hierro y la acerca al fogón.*) ¡Remedios! Vení, cocinemos juntas.

REMEDIOS: —Agua llovida vamos a cocinar.

NEGRA VIEJA: —Ta, que sos amarga. ¿Cuánto hace que no te reís? Vení, mirá hervir el agua... ¿No te da risa una sopa sin nada? Vení.

REMEDIOS: —(*Se acerca. Juntas y del brazo, medio inclinadas sobre el fogón, Negra Vieja, ayudada por Remedios se mueve con dificultad; miran ambas la olla.*) Estás loca, vieja.

NEGRA VIEJA: —¿No te da risa esa pavada de olla hirviendo nada?... Reíte. Va a hacer que nos entendamos tantas hambres que ellos no entienden.

REMEDIOS: —Llueve, vieja.

NEGRA VIEJA: —Llueve. (*Pasa una mano sobre la espalda de Remedios.*)

REMEDIOS: —La tercera noche prisionera llovió. Me ardían los azotes, godos de mierda. Pero se me lavó el pelo.

NEGRA VIEJA: —Asentame en el cajón, negra... La cuarta noche hubo luna.

REMEDIOS: —(*La ayuda a sentarse.*) La quinta también. Contaba los días por las azotadas. La sexta se vino oscura, con nubarrones.

NEGRA VIEJA: —Y el día siete llovió otra vez.

REMEDIOS: —No, seguía la nubazón. Así es que no llegué al castigo del día nueve. Me les escapé.

NEGRA VIEJA: —Si seguía lavándote la lluvia esos te iban a mirar y a oler de otra manera. ¡Te salvaste de que te pordelantearan! (*Grotesco gesto de acoplamiento.*)

REMEDIOS: —(*Ríe.*) ¡Vieja loca! Esos mierdas me tocaron con el látigo, nomás. Esa vez, por lo menos.

NEGRA VIEJA: —Decime tu nombre entero.

REMEDIOS: —Si lo sabés.

NEGRA VIEJA: —No importa, decilo vos. Yo sé por qué.

REMEDIOS: —María Remedios Rosario del Valle.

NEGRA VIEJA: —¿De dónde sacaste eso de Rosario?

REMEDIOS: —Los amos. Ellos creían.

NEGRA VIEJA: —Creían que poniéndote Rosario te volvías blanca.

REMEDIOS: —Será. Creían fiero.

NEGRA VIEJA: —¿Y el “del Valle”?

REMEDIOS: —Por los amos.

NEGRA VIEJA: —Valle de nada para vos.

REMEDIOS: —Ellos tenían más que un valle.

NEGRA VIEJA: —Y vos rosario de azotes tenés en la espalda.

REMEDIOS: —Así no me olvido de amos y godos.

NEGRA VIEJA: —Así no te olvidás tu nombre.

REMEDIOS: —No, vieja, si me lo hubiera olvidado no me estarían haciendo los papeles.

NEGRA VIEJA: —Cuando ese militar te encontró en la calle ¿no te dio vergüenza?

REMEDIOS: —¿De qué? ¿De mi miseria? No sé.

NEGRA VIEJA: —O de sus miserias. Él se acordaba de tu nombre.

REMEDIOS: —Sí. Del nombre y de mí entera. Cuando le estiré la mano, sacó la platita y me miró. Yo me quedé tiesa y él se quedó como estaqueado; después respiró fuerte para adentro y dijo: “¡María!”, para afuera.

NEGRA VIEJA: —Contento.

REMEDIOS: —No. Con vergüenza.

NEGRA VIEJA: —Hizo bien.

REMEDIOS: —Ahí se le ocurrió lo de la pensión.

NEGRA VIEJA: —Porque te encontró viva. Ya de muerta ni el nombre.

REMEDIOS: —¿Y para qué te sirve una pensión si te moriste?

NEGRA VIEJA: —La pensión no. Pero el nombre sí, negrita.

REMEDIOS: —Llueve afuera y en el rancho también, vieja.

NEGRA VIEJA: —(*Burlona.*) Tenemos que arreglar el techo de la casona, amita Rosario. Tengo frío.

REMEDIOS: —¿No te digo? Estás loca. Y yo también tengo frío.

NEGRA VIEJA: —Acá no gotea, avivá el fuego y sosteneme para echarme.

REMEDIOS: —Sí, vieja. (*La alza del cajón, se acuestan sobre el piso. Se abrazan para darse abrigo.*)

NEGRA VIEJA: —Llueve, negrita.

REMEDIOS: —Sí, vieja. Llueve con frío.

Las dos mujeres abrazadas en el piso se dan calor. La luz es poca; el fuego en el fogón de piedras ilumina la escena.

NEGRA VIEJA inicia un cantito ancestral, muy bajito.

REMEDIOS: —¿No dormís?

NEGRA VIEJA: —Cuando se me pase el frío.

REMEDIOS: —Sht... Cerrá la boca, vieja. Se te van a helar las encías.

NEGRA VIEJA hace una risita de vieja, encantadora. Hasta que ambas llegan a la carcajada. Silencio. Quietud. Solo el fuego vive, crepita e ilumina por un rato. Luz de día.

REMEDIOS: —(Se levanta.) Algo habré de traer.

NEGRA VIEJA: —Acomodame.

REMEDIOS: —Si. (La ayuda a alzarse, le acomoda las pobres ropas, la sienta en el cajón.)

NEGRA VIEJA: —Quedan brasitas. (Remueve en el fogón. Arroja un matojo de hierbas. El aroma se siente intenso en todo el ambiente.)

REMEDIOS: —Yo no sé por qué todas las yerbas del mundo no servirán para hacer un té.

NEGRA VIEJA: —Ni yerba para un matecito cocido. Mi padre secaba unas matas que nacían por ahí, en el campo. Cuando crujían los palitos ya estaban maduras para hacer el té.

REMEDIOS: —¡Té de tinta me voy a hacer!

NEGRA VIEJA: —Era sabido mi padre. Negro y sabido. Pero lo tenían para hacer fuerza nomás.

REMEDIOS: —Si no me pensionan, voy a meter todos esos papeles en la olla y me voy a tomar un té azul.

NEGRA VIEJA: —Nunca se olvidaron de que era negro. No lo querían sabido.

REMEDIOS: —Hasta que se me llene de furia la panza. Bien azul de furia y té de tinta. (Impulso. Sale.)

NEGRA VIEJA rasga con las uñas el cajón, una y otra vez, hasta llegar a percusión armónica, siempre elemental, con uñas y palmas.

REMEDIOS: —(Regresa y saca de entre sus harapos una torta frita grande.) Vieja.

NEGRA VIEJA sigue su música.

REMEDIOS: —¡Vieja!

NEGRA VIEJA: —¿Quién sos?

REMEDIOS: —Vieja...

NEGRA VIEJA: —¿Remedios o la amita Rosario, sos?

REMEDIOS: —(Corta la mitad de la torta y se la alcanza.) Tomá, tomá, comé.

NEGRA VIEJA: —No hay plata.

REMEDIOS: —No. Nada más que torta frita.

NEGRA VIEJA: —Te dan lo que creen que tenés que tener.

REMEDIOS: —Callate y comé, vieja.

NEGRA VIEJA: —¿Quién te dio eso? ¿Una niña blanca con paragüitas de fantasía? ¿Una dama blanca con vestido de cola? ¿Un caballero blanco con capa? (*Picara.*) ¿Un “blanco” cura?

REMEDIOS: —Callate.

NEGRA VIEJA: —Le tienen miedo a lo que vas a comprar. ¡Te dan una torta frita!

REMEDIOS: —No seas ingrata.

NEGRA VIEJA: —Por más que estén bien vestidos, arrastran barro por su camino.

REMEDIOS: —Basta, vieja. La robé.

NEGRA VIEJA: —(*Sorpresa.*) ¡Mírala a la Misia Rosario!

REMEDIOS: —Pero la robé por unos días. La voy a pagar con la pensión.

NEGRA VIEJA solo la mira.

REMEDIOS: —O con alguna plata que me den un día de estos.

NEGRA VIEJA: —(*Come lentamente.*) Está rica, negra.

REMEDIOS: —Sí.

NEGRA VIEJA: —Y la han untado con miel.

REMEDIOS: —Sí.

NEGRA VIEJA: —Pará, ¡esperame!, que no puedo mascar como vos.

REMEDIOS: —¿Por qué te voy a esperar? Ya me vas a pedir otro pedazo.

NEGRA VIEJA: —No.

REMEDIOS: —¿Y entonces?

NEGRA VIEJA: —Así nos chupamos los dedos juntas.

REMEDIOS: —Yo no te voy a chupar los dedos a vos.

NEGRA VIEJA: —No, vos te chupás los tuyos y yo los míos. Como si fuera el postre.

REMEDIOS: —Ay, vieja... Hay veces que en vez de sentarte en el cajón te haría sentar en las brasas.

NEGRA VIEJA: —(*Chupándose los dedos, golosa.*) ¿Por qué me harías esa picardía? ¿Me querés más carbón?

REMEDIOS: —(*Se chupa los dedos con ruiditos.*) Más oscura y no te voy a ver nunca antes de que amanezca.

NEGRA VIEJA: —(*Se chupa los dedos con más ruiditos.*) ¿A quién le trabajaste la torta frita?

REMEDIOS: —Por ahí.

NEGRA VIEJA: —¿A quién?

REMEDIOS: —... A otra morena.

NEGRA VIEJA: —¡Ahá!

REMEDIOS: —Por eso se la voy a pagar algún día.

NEGRA VIEJA: —Y bue... Sobrada estará, si tiene harina para amasar y miel para untar.

REMEDIOS: —Es al revés, vieja. Es un poco menos pobre que nosotras, no está sobrada.

NEGRA VIEJA: —Así será, negrita. Pero mirá que ir a surtirte con otra pobre...

REMEDIOS: —Será la nueva ley.

NEGRA VIEJA: —Yo no la he escrito porque soy de las sin letras.

REMEDIOS: —Yo tampoco. Ojalá no fuera nunca esa ley que nos sale de... de... ¿de dónde nos sale?

NEGRA VIEJA: —Preguntale a los de tu pensión. De ahí habrá salido. Pero escrita con limón, como recaditos de las mocitas pálidas.

REMEDIOS: —¿Y eso?

NEGRA VIEJA: —Ah, a que no sabés que si escribís con limón... Bueno, vos no porque no sabés escribir.

REMEDIOS: —Terminala, vieja.

NEGRA VIEJA: —Ellas si sabían; las más enteraditas, no todas. Y las que sabían le escribían esquelitas con limón a los caballeros. Y esos tales, para poder leerlas, las tenían que acercar a la llama de la vela o al fuego. ¡Si habré llevado y traído!

REMEDIOS: —(*Divertida.*) ¿Y?

NEGRA VIEJA: —Y nada. Nunca pude leer ni una, ya sabrás, pero se les asomaban las letras antes de entregarlas.

REMEDIOS: —¿Por?

NEGRA VIEJA: —¡Porque eran puro fuego! Por algo tenían que esconderse atrás de un limonero.

REMEDIOS: —¡Sos un diablo, vieja!

NEGRA VIEJA: —Diabla. Los caballeros no me cuadran a mí.

REMEDIOS: —Allá en la guerra los hombres eran unos y otros.

NEGRA VIEJA: —Demasiado apegados al látigo, esos. Para darle galope a los pobres animales y lonjazos a los indios y los negros.

REMEDIOS: —Eran corajudos como pumas y a veces eran potrillos perdidos.

NEGRA VIEJA: —Los morenos no. No le tenían ningún apego al látigo; a ellos les pegaba el látigo.

REMEDIOS: —Las mujeres estábamos ahí para ser como somos.

NEGRA VIEJA: —Los morenos más bien son apegados a las herramientas.

- REMEDIOS: —Me hubiera gustado haber nacido pájaro. O pez.
- NEGRA VIEJA: —Mi padre, que era sabido, decía que los morenos somos así porque nos cortaron las alas para que no pudiéramos dejar de morder tierra. Así que nos dio tan fuerte el sol que nos oscureció.
- REMEDIOS: —Cualquier hombre tiene adentro algo de animal y algo de bestia.
- NEGRA VIEJA: —Yo me animé a decirle que no, que somos morenos porque somos. No teníamos por qué ser blancos y volvernos negros.
- REMEDIOS: —Me hubiera gustado ser animalito.
- NEGRA VIEJA: —Mi padre se quedó callado un rato. No dijo más nada...
- REMEDIOS: —Mujer animalita me hubiera gustado...
- NEGRA VIEJA: —... después me trajo una tajada de tronco que sobó y sobó hasta dejarlo liso. Con un carbón le había dibujado un negro y una negra sin alas, pero con las cadenas de los tobillos cortadas.
- REMEDIOS: —Pero de esos animalitos del aire o del agua; porque en la tierra los atan.
- NEGRA VIEJA: —Los pájaros vuelan porque tienen plumas y huesitos huecos. Si tuviéramos un hueco en vez de carne negra, volaríamos con ellos.
- REMEDIOS: —Cuando me ataban para darme con el látigo, sentía el mismo dolor que cuando vi a los muchachos en los charcos. Pero menos fuerte.
- NEGRA VIEJA: —O será el destino. No volar.
- REMEDIOS: —Eso de tener que ser otra cosa para no sufrir...
- NEGRA VIEJA: —La verdad es que eso del destino es una burrada. Los burros existen, esa burrada del destino no.
- REMEDIOS: —Cuando me den la pensión me voy a comprar alas. De mentira, aunque sea. Para volar de esta miseria.
- NEGRA VIEJA: —Un solo hueso de negro aunque esté relleno vale más que un anillito de esos de plata y oro... (*Risita.*) ¡o de limón! De niña pálida.
- REMEDIOS: —Ya vas a ver, vieja, cuando me den la pensión.
- NEGRA VIEJA: —Un solo hueso de negro vale más que un par de huevos de toro de esos que se dicen caballeros, militares o presentantes de lo que necesitamos.
- REMEDIOS: —Te lo juro, cuando me den la....
- NEGRA VIEJA: —No jures.
- REMEDIOS: —Vieja diablo.
- NEGRA VIEJA: —Qué hambre tengo. Quiero un asado de criadillas de toro y de caballero. ¿Vos qué querés?

REMEDIOS: —La pensión.

NEGRA VIEJA: —Esperala estirando la mano, a ver qué te dan.

REMEDIOS: —(*La zamarrea.*) Vieja de mierda, ¡oí! Soy Capitana, yo, ¿entendés?
¡No te hagás la loca ni la sorda!

NEGRA VIEJA: —Tu general Belgrano quería hacer escuelas para las niñas pobres.
Para que le rezaran al dios de los blancos y aprendieran a leer,
escribir, coser, bordar...

REMEDIOS: —¡Capitana soy!

NEGRA VIEJA: —...escuelas donde le agarraran amor al trabajo y no vivieran
ociosas.

REMEDIOS: —¡Sí, vieja, sí!

NEGRA VIEJA: —¡¿Cuándo estuviste ociosa vos?!... Yo tampoco. ¿O te creés que
estoy tullida por bordar, yo?

REMEDIOS: —¡Vieja! No me...

NEGRA VIEJA: —...y que tenía que alejar a las pobres de ser putas. Porque eso no
las dejaba casarse bien.

REMEDIOS: —Yo me casé bien.

NEGRA VIEJA: —Vos te casaste con el velo blanco de la luna y entre los pastos.
Igual que yo.

REMEDIOS: —No había cura.

NEGRA VIEJA: —No estábamos en la lista de niñas del cura.

REMEDIOS: —El general sabía que a las hembras nos tiraban a la desgracia.

NEGRA VIEJA: —Y al suelo, si, pero...

REMEDIOS: —¿Pero qué?

NEGRA VIEJA: —Nada, negrita, nada.

REMEDIOS alicaída. Silenciosa.

NEGRA VIEJA: —Ahá... Vos sos Capitana ¿y por nombre?

REMEDIOS: —(*Se estira la chaquetilla.*) Remedios Rosas. Después de la pensión y de
que Rosas me ponga en la lista de la milicia, tendré por nombre
Remedios Rosas.

NEGRA VIEJA: —Ni el nombre te van a conservar, ni el nombre... Ay, negrita. Ni
con nombre tuyo serás.

REMEDIOS: —(*Casi llanto por furia.*) ¡Fui Capitana, vieja! ¿No podés...?

NEGRA VIEJA: —No, no puedo.

REMEDIOS rebusca por algún lado o sale disparada.

NEGRA VIEJA: —(*Arroja matojo de hierbas al fogón. Humito y aroma por todo el ámbito.*) Yo no me olvido, negra, yo no me olvido.

REMEDIOS regresa o encuentra. Carga un busto de yeso o similar, parte de una estatua o monumento, blanquísimo.

NEGRA VIEJA: —No tengo dientes para mascar eso.

REMEDIOS: —Callate, vieja, basta. Terminala. (*Apoya el busto en las piedras del fogón y saca carbones.*)

NEGRA VIEJA: —Parrilladita de gloria blanca vamos a comer (*Risita de vieja.*)

REMEDIOS: —Callate, vieja, callate. (*Mientras con los carbones pinta y oscurece el busto blanco.*)

NEGRA VIEJA: —Cuando terminés esa faena y te den la pensión, poné eso ahí afuera junto a las tres cruces que les vas a hacer tallar.

REMEDIOS: —¿Afuera?... (*Vuelve a sonar la lluvia.*) No, vieja, llueve otra vez. (*Mira el busto que va ennegreciendo con el carbón.*) Se va a volver a blanquear, se va a volver a blanquear.

NEGRA VIEJA retoma el ritmo en el cajón, fuerte, muy fuerte, rabiosa, al compás de la frenética pintada con carbón de REMEDIOS al busto blanco. Humea el hato de hierbas en el fogón. Sonido de alguna gotera que se filtra por el techo. Se pierde la escena en el humo, la bruma y el olvido.

BREVE REFERENCIA HISTÓRICA:

*** María Remedios del Valle para algunxs autores; otrxs agregan el nombre Rosario.** (Información tomada de publicaciones de la doctora María de Lourdes Ghidoli): “parda”, descendiente de esclavos africanos. Se incorporó al Ejército del Norte junto a su marido e hijos bajo el mando del general Manuel Belgrano a quien solicitó asistir a las tropas. Belgrano consideraba que la milicia no era lugar para mujeres. Ella se mantuvo en retaguardia y en labor constante, por lo que, en reconocimiento, Belgrano la nombró Capitana. Perdió a los suyos en batalla pero continuó en el ejército.

En Ayohuma (1813), herida y capturada por los españoles, asistió y favoreció la huida a otros prisioneros. La descubrieron y sentenciaron al castigo por flagelación durante nueve días. También logró huir.

El General Juan José Viamonte, en 1827, la reconoció en situación de mendicante. Con su ayuda y la de otros militares presentó un pedido de pensión a la Junta de Representantes de Buenos Aires, quienes lo consideraron no viable. Logró más testigos: afirmaron que fue la única mujer al mando del General Belgrano y se le otorgó al fin un sueldo como Capitana. En 1835, Juan Manuel de Rosas la designó Sargento Mayor y es a partir de 1836 cuando María Remedios del Valle aparece en las listas del Ejército con el nombre de Remedios Rosas. No se conoce su fecha de nacimiento. Murió en 1847.

Noticia sobre el general Belgrano (resumen de datos que corroboran aspectos de EL OLVIDO, tomados de diversos autores como Felipe Pigna, María Esther De Miguel, entre otros): Manuel del Corazón de Jesús Belgrano. (Buenos Aires 3/6/1770 - 20/6/1820). Ferviente católico apostólico romano, creencia que imponía a las tropas, así fueran blancos, aborígenes o morenos. Creador de la bandera argentina.

Estudió en Europa cuando la Revolución Francesa. Conoció las ideas de Rousseau, Voltaire, Adam Smith y del fisiócrata Quesnay.

Regresó en 1794 a Buenos Aires como abogado y Primer Secretario del Consulado, nombrado por Carlos IV. Puso en práctica sus ideas fisiocráticas. Creó escuelas.

En 1811, el Triunvirato lo designó al frente del Ejército del Norte, en pos de detener los avances realistas. Belgrano no tenía formación militar; pero pudo disciplinar a las tropas diezgadas y tuvo resultados aunque victorias muy pocas. Se puso a disposición de San Martín y de sus planes de liberación. Trabajó junto a Bernardino Rivadavia (en misión europea) por la fundación de una “monarquía americana”, la que entendían como estrategia para la independencia.

Engendró hijos y abandonó a sus mujeres al priorizar sus propósitos. Solo se hizo cargo de Manuela Mónica a quien legó parte de la herencia pero no el apellido. Otro hijo “sin padre” fue Pedro Rosas, adoptado por Juan Manuel de Rosas (cuñado de María Josefa, amante de Belgrano; ella lo había seguido en sus avatares, hasta su embarazo). Belgrano murió en medio de grandes dificultades económicas, sin reconocimientos y con su salud en extremo deteriorada.

Si bien se reconocen sus valores en la lucha por la independencia y libertad de los pueblos, más en conocimiento de la cultura imperante en su época y cierta continuidad que se intenta transformar en el presente, citamos:

“A las mujeres sin condición de sangre ni fortuna hay que educarlas, hay que crear escuelas gratuitas para niñas, donde se les enseñará doctrina cristiana, a leer, escribir, coser, bordar y donde, principalmente, se les inspirará el amor al trabajo para separarlas de la ociosidad”.

“En este país las mujeres, el sexo desgraciado, expuesto a la miseria y desnudez, a los horrores del hambre y a los estragos de las enfermedades que ella origina; expuesta a la prostitución de donde resultan considerables males a la sociedad, tanto por servir de impedimento al matrimonio, cuanto por los funestos efectos con que castiga a la naturaleza este vicio”.

Bowen, Mendoza, febrero/marzo 2021 y pandemia.

MI NOMBRE MUERTO

Nilo Macias Orioni

Nilo Macias Orioni

Es transmasculino, actor, performer, payaso, dramaturgo y profesor de teatro. Nació en San Juan en 1991 y reside en Mendoza desde el 2009. Es egresado de la Universidad Nacional de Cuyo y autodidacta. Trabajó con directores y elencos de la provincia como actor, algunas de las obras son *Edra*, *El jardín de las delicias*, *En tu reflejo*, *Mariquita* y *Bestial*. En esta última desarrolló su primera experiencia como director y dramaturgo.

Actualmente se encuentra profundizando su investigación y labor en gestión y producción, dirección teatral, iluminación, música y docencia.



Ilustración hecha por Danilo

UNO

Ingresa a escena EL AUTOR.

EL AUTOR: —Buenas noches a todos, todas y todes. Me presento: soy el autor de la obra. Mi nombre es NILO soy un varón trans y tengo 30 años. Soy actor, docente, amante de la cocina, y más cosas que voy descubriendo. A veces no sé qué soy. Hace dos años salí del clóset (por segunda vez) y desde entonces han pasado muchísimas cosas: algunas terribles, otras bastante intensas, otras maravillosas. Vine a ponerle el cuerpo a esto que sería como una especie de preludio, pero la verdad es que también es una excusa para aparecer en escena con mi propia voz. Desde que transicioné he habitado muy poco la escena teatral, por lo cual se me ocurrió que volver así era una buena manera de decir: ACÁ ESTOY, EXISTO.

Sin más, les doy la bienvenida a esta experiencia vuelta ficción, con la parte número uno: Todo este tiempo estuve trazando un camino de vuelta a mi nombre muerto.

Sale.

Suena el “Movimiento 3, Presto agitato” de la sonata de piano “Claro de luna” de Beethoven.

NARRADORE: —El espacio empieza a teñirse de luces de colores cálidos. Se ve la sombra de los árboles de una plaza en una tarde insoportablemente hermosa y un banquito pequeño donde solo entra una persona. La plaza está vacía, con la primavera impregnada en el aire. Ingresa RÍO, un varón trans de unos 27 años. Está ansioso, pensativo, se come las uñas, se sienta en el banquito, se agarra la cabeza, se vuelve a parar. Camina al centro del escenario y se detiene. Observa las distintas partes de su cuerpo, como si las descubriera por primera vez. Lentamente da algunas vueltas sobre su eje. Observa hacia arriba, la luz; hacia abajo, su sombra.

RÍO: —Uno de los continentes que atraviesa el trópico de Cáncer es el africano.
Pasa por varios países de África: Mali, Mauritania, Nigeria, Egipto.
Los trópicos se van moviendo de lugar año a año, por la rotación del eje de la tierra en relación al sol. En los lugares por los que pasa el trópico, el sol da de manera perpendicular a la tierra. Esto se acentúa en los solsticios de verano e invierno.
Y lo puedes notar porque los cuerpos no generan sombra.
Son todo luz.

RÍO corre por el espacio, realiza una serie de movimientos que coinciden con la música, otros que no coinciden para nada. Toca las partes de su cuerpo bruscamente. Se marea, se aturde, grita desesperadamente. Se coloca una faja.

RÍO: —Voy a hablar sobre lo que me pasa, como si fuera la última palabra que diga sobre un escenario. Como si la humanidad estuviera a punto de extinguirse. Voy a hablar de mí. Y no quiero que piensen que por eso soy valiente. No pretendo realizar un acto de valentía, no soy un héroe.

Es septiembre del 2021 y Tehuel de la Torre, varón trans de 22 años, fue visto por última vez el 11 de marzo mientras se trasladaba a una entrevista de trabajo en Alejandro Korn, Buenos Aires. En la causa hay dos sospechosos detenidos, la búsqueda es escasa y la angustia por su desaparición se acrecienta.

Hace poco empecé a encontrarme con personas que no veía hace mucho, me saludan, a veces me feminizan, otras veces me felicitan por ser valiente, otras me preguntan cómo es mi nombre, otras evitan nombrarme, o no pueden. No. Yo no necesito valentía para nombrarme. No quiero necesitarla para sobrevivir.

El volumen de la sonata sube. RÍO prueba distintos movimientos y posturas con la faja puesta, como si se mirara en un espejo, luego sale.

NARRADORE: —Ingresa DESEO, la sensualidad personificada en un ser extravagante, sus movimientos son envolventes y precisos: parecieran salidos del más caluroso infierno.

DESEO tiene un traje de cuerina brillante y negra, unos guantes con uñas largas, borcegos con plataforma y una máscara que le cubre la cabeza. En su mano lleva un látigo, que va golpeando contra el piso mientras se mueve. RÍO lo observa de pies a cabeza y se va.

DESEO: —Mi nombre es Deseo. Muchas imágenes viven y mueren adentro mío, encuentros infinitos de orgías apocalípticas con personas sin rostro. *(Da un latigazo.)* Tiño las sábanas de la sangre de quienes me hirieron. *(Da otro latigazo.)* Ya no duermo, hace siglos que no duermo. Vago por la Tierra como un chispazo efímero, como el brillo de un diamante al sol. Camino sobre estos pies que me sostienen, mientras voy juntando los cristales que la madrugada dejó. Me deforme, soy muchas partes, que son mi creación. Soy mi creación. Lo que no se ve, lo que no se dice, lo que se oculta en la vigilia, ahí es donde habito este cuerpo, este fragmento de lo que construyo partes que son sólo mías pero no del todo me pertenecen

Pausa.

Deseo
ir
hasta
el
fondo.

DESEO se coloca unos auriculares con luces de colores e, inmediatamente, suena “Flamboyant” de Dorian Electra.

DESEO da varios latigazos al aire. Entre las piernas tiene escondidas unas esposas que saca muy lentamente. De distintas partes de su vestuario saca otros elementos: un pene de plástico, un collar de diamantes y un chupete. Realiza un número de burlesque muy sensual.

Ingresa RÍO. DESEO está en escena inmerso en su danza, con los auriculares puestos.

RÍO: —Morir. Una tristeza inexplicable. Vomitar o llorar a gritos. En la boca del estómago. No puedo. Siento un hueco. Hoy no. Quisiera. Tal vez. Morir. Te imagino. Por la puerta de mi casa. Un ladrón. Durante la noche. Me roba. Hurto inminente. Tal vez venga. La muerte. Un demonio. Atraviesa mi alma. Atraviesa mi alma. Un demonio. Todo este tiempo estuve trazando un camino de vuelta a mi nombre muerto. Esta es mi muerte.

Suena “Marcha Fúnebre” de Frédéric Chopin.

De a poco, vuelven las luces de la plaza, la sombra de los árboles sobre el piso, la calma del barrio al mediodía. RÍO se desvanece lentamente, con suavidad y queda tendido en el suelo.

DESEO le coloca los auriculares y se va.

DOS

NARRADORE: —Parte número dos: “Vuelvo a mi lugar seguro”.

Habitación de RÍO.

Hay una cama en el piso, en el costado derecho, con un acolchado de leopardo y almohadones de colores. Al costado izquierdo, está la puerta que da al pasillo de la casa de RÍO y FELICIANO, su amigo y compañero de casa.

RÍO está sentado en la cama. Está agitado. Tiene la mirada perdida por el dolor, y a la vez no entiende bien qué le pasa. Entra por la puerta FELICIANO.

FELICIANO, varón trans de unos 25 años, es alto, tiene el pelo corto con algunos mechones de colores. Tiene la cara pálida, como si estuviera descompuesto. Entra a la habitación y se para al lado de la cama.

RÍO y FELI se miran a los ojos, como si cada uno supiera lo que le sucede al otro. Ambos se aprietan la boca del estómago, hacen un esfuerzo enorme por respirar.

FELI: —Hey.

RÍO: —Hey, ¿cómo estás?

FELI: —No sé qué me pasa, estaba tratando de trabajar en la compu y no pude seguir, ¿vos?

RÍO: —También, me siento muy mal.
Vení al lado mío.

FELI se sienta en la cama al lado de RÍO.

FELI: —Siento que me voy a morir, eso siento.

RÍO: —Sí, estoy igual, tengo un dolor muy profundo.

Ambos se señalan la boca del estómago.

FELI Y RÍO: —Acá.

Se miran a los ojos, lloran un poco, les cuesta hacerlo. En un mismo movimiento, ambos se recuestan en la cama. FELI acaricia la cara de RÍO, RÍO lo abraza.

RÍO: —Esto es lo más cercano a la muerte que he sentido.

FELI: —Tal vez nos estamos muriendo.

Pausa. Se miran, se acarician.

RÍO: —Es loco que nos haya pasado en el mismo momento.

FELI: —Podríamos agendar este día como el día de nuestra muerte.
RÍO: —Viernes, 30 de agosto de 2019.

Pausa.

FELI: —Qué bueno que estemos juntos.
RÍO: —Sí.

Pausa.

FELI: —¿Y si nos levantamos y vamos corriendo al mercado a comprar unas birras?

RÍO sonríe.

RÍO: —Sí, y nos hacemos un plato enorme de fideos.
FELI: —Eso nos haría muy bien.
RÍO: —¿A la cuenta de tres nos levantamos y corremos?
FELI: —Dale.

Se desprenden un poco del abrazo y se quedan mirando el techo unos segundos.

RÍO: —Uf, cómo va a costar esto...
Okey.

RÍO le toma la mano a FELI y se miran a los ojos.

RÍO: —Uno...
FELI: —Dos...
RÍO Y FELI: —¡TRES!

*FELI y RÍO se levantan de la cama y salen corriendo.
Corren. Luego caminan un poco, RÍO tiene una botella de cerveza.
Se puede ver a FELI y RÍO tomando la cerveza sentados en el piso.*

RÍO: —Jajajaja no, bueno, yo gané esa pelea.

- FELI: —¡Mentira! Te hice el gancho y te caíste, y después no te pudiste zafar de la maniobra básica porque perdón, pero nadie puede zafarse de la maniobra básica.
- RÍO: —Bueh, ¿qué te haces el Jackie Chan?
- FELI: —Ñañañaña.

RÍO le da un par de piñas en el brazo, jugando, FELI se las devuelve, se enredan un poco y luego se sueltan.

- RÍO: —Ay bestia, me dejaste el dedo mocho.
- FELI: —Y si vos empezaste.
- RÍO: —No te hagas el vivo.
- FELI: —No podés conmigo, bebito, admitilo.
- RÍO: —Ya vas a ver.

Pausa. Beben cerveza.

- RÍO: —No doy más de disforia
- FELI: —Sí, yo igual.
- RÍO: —Necesito sacarme estas tetas, urgente, ya no puedo más.
- FELI: —¿Cómo te fue en la consulta?
- RÍO: —Raro, o sea, las chabonas le pusieron bastante onda, pero lo de los pronombres y eso me la seca.
- FELI: —Sí, en general la gente no lo entiende, o sí pero pareciera no importarles.
- RÍO: —Tal cual. Después me pidieron un certificado psicológico para justificar la operación...
Tendría que andar con la ley en el bolsillo.
- FELI: —Sí re, igual que a Rodri. Ayer en la asamblea me contó que mandó una nota a la obra social para denunciar.
- RÍO: —Y sí. (*Pausa, se queda pensando.*) ¿Te digo la verdad? Si sólo me piden eso, más los estudios, y en unos meses estoy entrando al quirófano, no me importa nada, llevo el certificado y listo.
- FELI: —De una.
- RÍO: —Vos, ¿qué onda?
- FELI: —¡Tengo turno para el endocrinólogo la semana que viene! No lo puedo creer, ya está, después de mil vueltas burocráticas y toda

esa shit, en unos días voy a poder empezar con todo. Tengo alto cagazo, igual. ¿Viste cuando deseas algo tanto y crees que es inalcanzable y de pronto estas a unos pasitos de lograrlo, y se te frunce todo? Bueno, así. Pero, ¿entendés lo que significa? Imaginate el día que empiece a salirme la primera barbita y te pinche el cachete cuando te salude por las mañanas. O cuando me empiece a cambiar la voz y grabe audios con unos agudos rarísimos. Y seguro te voy a pedir que me revientes los mil granos que me van a salir en la espalda, en el culo y en todos lados, porque cuando era adolescente estaba lleno, imaginate con la testo.

RÍO: —Vení, dame un abrazo.
Vas a tener una barba hermosa.

FELI: —Chi.
Y más fuerza para nockearte.

FELI agarra a RÍO y, en una maniobra, lo tira al piso, lo traba con sus manos y con una pierna. RÍO intenta salir, pero no puede. Ambos ríen sin parar.

TRES

NARRADORE: —Parte número tres:
Ya sé, ya sé todo
igual solo a veces
me siento desposeído
de la palabra con la cual
me refiero a mi existencia.³

Ingresa TRÓPICO, un drag king con una barba de peluche rosa y brillos. Su vestuario es escandaloso, llamativo, espectacular. En su mano, una libreta con sus poemas. En su boca, el dulce sabor de las palabras y en su mirada, el riesgo de quedar atrapado.

TRÓPICO: —(Le habla a Narradore.) Hola, ¿cómo estas? ¿Te acordás de mí?
NARRADORE: —Sí, me acuerdo, de la facu ¿verdad?

³ Poesía de Oro Maciel.

TRÓPICO: —¡Sí! Linda, ¡tanto tiempo!

NARRADORE: —Sí, tanto tiempo.

TRÓPICO: —Las vueltas que da la vida, ¿no? Qué bueno verte, preciosa.

NARRADORE: —Precioso, en todo caso, con e.

TRÓPICO: —Ah, disculpame, es que... yo algo sabía por las redes... pero... vos me entendés, yo te conozco de antes y me cuesta, es un proceso, osea, lleva tiempo, y bueno, mi tiempo, mi proceso, yo... yo te conocí en otra época, vos me entendés, ¿verdad? Lleva un tiempo acostumbrarse.

NARRADORE: —Me imagino, me imagino.

NARRADORE sale. TRÓPICO se queda observando a su público, hace señas a la técnica para que le pongan música. Suena la Sinfonía nro. 40 de Mozart.

TRÓPICO: —Ejem, hola, ¿qué tal? Mi nombre es Trópico.

Sí, sí, sí, como esa línea imaginaria que atraviesa al mundo entero.

¿Saben de dónde viene mi nombre?

Proviene del latín ‘tropos’ y significa volver al punto donde se comenzó.

Parece mentira, pero es así.

Conmigo, es así:

Todas, todas las mujeres de mi vida inevitablemente, vuelven a mí.

Como un imán atrayendo el metal

En esa inercia que no tiene igual

Ellas vuelven a mí.

Regresan, se quieren quedar entre mis brazos.

TRÓPICO busca un poema en su cuaderno, se aclara la garganta y acomoda su postura para recitar.

Partir,
ponerse en camino
o ir
de una posición
a otra.
Retorno,
vuelta cíclica

del sol
al mismo punto
año tras año
de manera inexorable
Como el tiempo
que discurre por siempre.

La música sube el volumen, TRÓPICO se queda esperando el aplauso del público en una pose de final por haber recitado su poema. Si el público no aplaude, TRÓPICO pide el aplauso. De a una, van ingresando a escena los personajes, caminan alrededor de RÍO. Hablan superponiéndose, como un loop que forma un colchón rítmico. Luego DESEO se encuentra con RÍO.

VOCES: –Todo este tiempo
Ella, digo él, es Río
Siento que me voy a morir
Me llamo Deseo
me refiero a mi existencia
Tal vez nos estamos muriendo
Como si el teatro estuviera a punto de extinguirse
De sueños maricones
Los cuerpos no generan sombra
Todo este tiempo
Estuve trazando
El contenido
Vuelta cíclica
Como si fuera la última palabra
Corramos
Ya no soy Paulita
Como el tiempo que discurre por siempre
una tarde insoportablemente hermosa
Un camino de vuelta
A mi nombre muerto

NARRADORE: –Volver, la plaza del barrio y la sombra de los árboles de esa tarde insoportablemente hermosa.

RÍO se acerca a DESEO, lo acaricia. DESEO le muerde suavemente la mano, sonríen. Corren.

RÍO: —El pasado no existe, lo que queda es el hoy. Sé quién soy un poco más, sigo buscando en la mirada amiga un reparo, un abrazo que me fue negado. Mil veces intenté encontrarme, me caí me raspé y seguí. Llegué, llegaste no sabía que venías. Mi vida un pedaleo nocturno un disparo al vacío una película que no vi. Esta plaza es mi amiga, me da pie y letra me cobija igual que a esa señora que descansa a mi lado y me pregunta algo pero no le entiendo. Me ensimismé puede ser. Las tripas me arden mi cabeza explota un cuerpo con memoria escribe ahora por mí. Soy lo que descubrí. Qué difícil avanzar sin desechar lo previo ¿cómo hacer para darle paso al devenir?

Me pregunto de nuevo, te pregunto, no hay respuesta que no me diga el tiempo le suelto la mano racional al deseo y suelto la caja donde me guardé.

Disforia. Miedo. Angustia existencial, ansiedad social potenciada en el encierro. Tejes y manejes de una mente desgastada de un cuerpo que sostiene una estructura emocional degollada. Mi sangre corre y yo corro con ella endurecerse en la intemperie volverse piedra ¿cómo hacer para que la coraza no llegue directo al corazón?

Tacto de mis huellas toco con toda la piel. Soy todos mis muertos sangre de papel tinta de mis huesos. Ofrendo flores a tus ojos, a mi lengua, a los astros, a las estrellas, al final del día, al último suspiro, al reconocerse, al desprendernos, al potenciarse, al permanecer, al aprender, a resignificar, a revivir, a morir.

Suena la canción del inicio de la obra, el “Movimiento 3, Presto agitato” de la sonata de piano “Claro de luna” de Beethoven. RÍO y DESEO corren juntos.

Las luces bajan lentamente.

FIN

*Este nombre es mi mapa
vuelvo a casa en un carro roto, yo también lo estoy
Me encuentro solo en una plaza, hay un tobogán al que siempre voy
Subo la escalera, me deslizo, piso la tierra, doy la vuelta y vuelvo a subir
Yá no me siento solo
He vuelto a mí
Estoy ardiendo,
permaneceré aquí,
en el fuego
Y que mis alas
enciendan cenizas*

EL AUTOR

SENTIMIENTO PATRIÓTICO

Javier Ernesto Mussano

Grito agradecido

a las mujeres del monte

a Clementina Rosa Quenel

a mis amigas

a mi mamá y mis tías

a mis primas.

SENTIMIENTO PATRIÓTICO

Javier Ernesto Mussano

Nacido en Río Cuarto, Córdoba. A los 20 años emigró a Buenos Aires donde se formó principalmente en el teatro físico y desarrolló trabajos como intérprete en diferentes especialidades de la actuación, como el radio teatro, el doblaje de películas, tv, cine, teatro, títeres y objetos en el Teatro San Martín y luego en la Cía. de la UNSAM, con quienes obtuvo numerosos premios nacionales e internacionales como actor y director. Allí también desarrolló una intensa labor docente. Actualmente, radicado en Las Chacras, un pequeño pueblo en las Sierras Centrales de San Luis, al margen de los grandes centros urbanos, coordina El Medio, Arte Cultura, entre Arte y Naturaleza, desarrollando residencias, curadurías, procesos de creación y acompañamientos a grupales e individuos, trabajando con la Tierra, la plástica, la escultura, la escritura y explorando zonas liminales, como la performance, la danza teatro y otros lenguajes emergentes.

- Oíd Mortales.
- Oíd Mortales el grito mal avenido, el relincho de malones en la sangre, la poronga secular de corvo sable que diluvia a primera, segunda y tercera vista, ¡¡¡que emana polvo y guano!!!
- Oíd morales.
- Oíd morales vuestro obituario, la genealogía de tu derrota, el camino de los bárbaros en el desierto, el olor a sangre. Oíd cómo se derrumban los Andes cada día que cae el sol de mi bandera arrastrándose por los cielos que emula, llevando como una mula la pesada carga del fraude y la traición... Oh... mi bandera... limpiando vidrios en los semáforos... roída por microbios nano tecnológicos escapados de los bustos y las estatuas sucias de tanto sacarle brillo...
- Oh, mi Pueblo... Habitante de las grietas y las rajaduras que alimentan la carne de nuestros heroicos y resquebrajados esperpentos a punto del desmoronamiento.
- Oíd murales.
- Oíd murales esas pircas hechas de piedras chocando, y ahí nomás, a la vuelta, las crines peinadas de Europa, los crucifijos escupiendo su veneno, fundando las ciudades del “Ser”. Pavimentando el “Estar”.
- Oíd el cortejo fúnebre cargado de muertos que nunca saben, que nunca oyen, que nunca prosperan.
- Oíd la rapiña sobrevolando la historia pudriéndose en el presente...
- Oíd cómo chocan las palabras contra las cosas, como zumban los zánganos garroneando los cimientos que huelen a pólvora de indio, a carne de negro y a sudor de gringo.
- ¡Oíd mortales!
- Oíd carajo el ruido de las cadenas que se arrastran y no se rompen. Oíd 40 millones de eslabones perdidos chillando su libertad sin salida, el ruido sinovial de rodillas encalladas en el fango de la vergüenza, de la gloria hecha jirones, del desconcierto desafiando siempre la misma nota y de la mismísima mierda camuflada de honorabilidad.

- Oíd el eco de las cacerolas vacías en las plazas, de las ollas cocinando la rabia, del aluminio abollado gritando ¡qué se vayan todos! ¡Y no se van!
- Oíd la ponzoñosa indignación del Nos, la impotencia del Vos, la indiferencia del Yo, que se come como el pan de cada día.
- Oíd los golpes de Pueblo tropezando su devenir... ¡y no se van!
- Oíd la jauría de Unitarios y Federales ladrando. Oíd su beligerancia histérica y eterna. Poned el oído en el suelo y escuchad la suave pendiente trocar el filoso falo de la libertad, por la lengua bífida que asesina a la palabra.
- Ved el punto miserable del soslayo. La tangente llena de piojos y garrapatas gordas con la sangre de los crédulos que una y otra vez se levantan para caer.
- Vedlos colgados de las hilachas de la camiseta que se ponen. Ved a los devotos ser carne de voto, ser su cañón y su charco de sangre.
- Oíd, perras pretensiosas, cómo los legajos de la historia se arrojan cada vez que sale el equipo a la cancha sosteniendo el pan y el circo de cada día.
- Oíd a los jugadores del puto juego explotar en el campo minado.
- Oíd como aplauden los árbitros en los palcos oficiales. Oíd la bulla de los horrores, la ausencia de los ejemplos y la bendita pasión habitando los lugares indebidos.

Arrojan papelitos. Un futbolista en el medio. Lxs demás se van pasando la pelota. Dice:

- En el campo de este juego hay dos lados y dos fuegos.
Hay fisgoneos en tribunas, hay un medio y una flor.
No puede ser que este lado se haya roto por amor.
Lo creado, lo inventado, se desnuda todo el tiempo.
Y se inclina por lo lento, aunque se haya derramado
yendo para el mismo lado, creciendo lo acumulado.
Se acumula y se acumula. Se junta y ya no da más.

Veo patear lo acumulado. Siempre para el mismo lado.
Gambetear lo gambeteado, patear al arco y errar.
Gambetear toda la vida. Esquivar, sortear y errar.
La vida viene a pegar. El árbitro a cobrar mal.

Que la roja es mi sustento y la amarilla, mi sal.

Me río sin mis dos dientes de delante y de detrás
que no paran de mascar el cemento del cimiento,
y aunque critiquen mis dientes que no paran de mascar,
no me van a enmascarar agregándome más dientes,
porque serían los dientes de la risa que está en frente.
No de MI risa caliente, perforada, indecente.
Yo sé que no queda bien tener hueco entre los dientes,
en la entrepierna, el sobaco, en los ojos o en la mente.
Pero el hueco viene a ser la pelota de mi juego
Con el hueco yo me muevo, tiro al arco y hago un gol.

Si una moneda es la vida, su cruz me mata o me salva
y su cara, siempre miente. Entonces, siempre me mata.
Cara y cruz son la moneda que no pesa lo que vale.
Solo en la nada no hay peso. Solo en la nada se nada
y entre nadas va este juego.
¿Será que en la nada hay 'algo' que se podría ganar?
¿Será que el premio al ganar es que se puede perder?

La derrota ha sido siempre la fuente de mi ganancia. El nudo de
mi ignorancia y la cuna de mi estancia,
mirando pasar la vida desde mi muerte a mi infancia.
Así logré mi sapiencia forzada por la carencia
que consiste en el derecho de que otro tenga el poder.
Y así gané un doctorado y un posgrado en El Perder
Pues solo el que tiene, pierde. He ahí un gran saber.

Explota.

Lluvia de papelitos. Famosa Ola. Todxs corren. Aúllan:

- ¡¡Cómo gusta del Verso la Cosa Pública!!
- Resabios de romanticismo. La noche aplasta.
- Asolaron la región. ¡Un escondite!
- ¡Han hecho un trépano y ya nada se convierte!
- ¡La vertiente se secó! ¡El campanario es el burdel!

ALGUIEN: —Quisiera dios y mi sombra, que quien la vea, la bese. Que quien la tome, la deje, que quien la saque, la mate.

Toman distancia. ALGUIEN es EL POETA. Risas. Burlas. Delira:

—Ya no hay necesidad de la luna, la cabeza es grande, el mundo está atestado. Las testas macilentas tienen boca y blasfeman. No hay espacio. ¡No hay espacio! Es preciso ralear. La vida siempre engendra algo, siempre mata algo y siempre está al lado de donde estamos. La vida, que es otra cosa, se empecina en esquivarnos.

Un oxímoron sobrevuela. Chorra grasa. Me salpica. Riego las semillas que arrojan sobre las piedras. ¿Qué cultivo es éste? Se para y se cae. ¡Se para y se cae! ¡No hay espacio! Y tira que tira la voluntad. Sísifo de punta en blanco azuza el yugo. Adelante, el abismo. Es menester cambiar de rumbo. Es propicio cruzar las grandes aguas.

EL POETA: —(*Flota y dice.*)
¡Oh! Lúcido Delfos, cansado estoy de la sorda algarabía, de la dura reyerta, de la lenta agonía... Observo cómo engordan cada vez que tiran, cayendo como Ícaros cada vez que obstinan. Morfeo me rechaza. Mi lira desafina. Todo se ha partido en dos y mis mocos no alcanzan para unir lo separado. El oxímoron defeca desde el cielo y nadie entiende. El magnetismo junta y repele. Emiten ondas. No hay espacio. Sobrevuelan aviones.
¡Han echado clorofila en mi sangre! ¡Qué es este cultivo! Soy un mono bailando al compás del organito. Arrojan monedas, pero se llevaron la fuente. ¡No hay Fuente! ¡No hay espacio! ¡Las aguas se han abierto! ¡Quién osará cruzar por este Mar Rojo! ¡Perseguidores! ¡Perseguidos! ¡Las aguas se cierran!! ¡Las aguas se cierran!

UN POLICÍA: —(*Lo enlaza.*) Cien mil flejes te honran garabato luminoso. ¡Oh! Poeta lívido y sensible que la exigente prioridad no para de confundirte con un vaso descartable y confundirme y confundirnos.
¡Salve mi cachiporra de la claridad!
Como decía, elucubras. Pero elucubras mal y sin permiso pequeño cerdo flotante, y si me lo permites, probarás la punta

sensible de mi garrote en tu comisura anal. Porque estos vientos te evidencian. Aunque tientes. Aunque desprecies. No pasas de ser un mero mensajero de la subversiva concepción del tiempo. Un atentado contra el pasado y el futuro. Un Enemigo más Del tiempo de los Desatentos a quienes amparo con uñas y dientes. No te olvides. Los parásitos mueven al mundo. Quien jala del hilo soy yo. Quien jala el gatillo, soy yo, el representante de los representados que representan el destino de mi masa certera, o sea tú, picaflor cervecero.
(Suelta y recoge el hilo.) ¿¿Y?? ¿¿qué se siente?? ¿¿Lindo no?? ¿Alto no? *(Jala.)*
 ¿¿Y ahora?? Pobrecito mi cachorrito.

Mientras, un grupo hace gimnasia. Dicen:

- Siempre queda bien un Griego pintando las líneas de la concha de tu madre...
- ARISTÓFANO: —*(Elucubra. Camina de un lado a otro.)* Intento con afán organizar párrafos, no se... armar alguna idea comprensible, generar algún concepto luminoso, algo de Naturaleza.
- CORO: —Craso error. Nada más destructivo que la voluntad de imitar la Naturaleza. Soterra el enigma. ¿Alguien sabe qué es? Nada acecha con tanta magnitud como el cambio de las cosas. Lo no dicho hace poner los puntos, las comas, acompañar las consonantes y pesa más que lo dicho.
- ARISTÓFANO: —Alguien dijo que lo que emana de la fuerza de las horas, es el tupé de creerlas. Nunca pienso en eso. Pero este momento indescriptible que todo lo subvierte, hace que no pueda, cesar mi pensar, que todo sea palpitante y que el pragmatismo se me vaya a la mierda.
- CORO: —Otros como tú bebieron cicuta.
- ARISTÓFANO: —Puedo crearme en el silencio y crear la vida, así como creamos occidente. Pero a la vez, esa matriz me corroe hacia un final impredecible...como occidente...
- CORO: —¿Él, será “El Otro”? ¿Hasta qué punto se ha de multiplicar? ¿Podrá cultivarse, como un virus? ¿El auto cultivo es emancipación? ¿Con qué se riega?

- ARISTÓFANO: —Cero intención. Cero pretensión. Solo la respiración abriendo paso entre lo que se concibe como obstáculo o como borde de camino. Pasar la sanata, plantar la sarasa y abonar con perorata. Así, dar vuelta una hoja puede resultar intimidante.
- CORO: —Todo cambia en el ejercicio de asesinar la ideología de turno. El Leviatán ha entrado otra vez al quirófano. Todo puede parecer hermoso si se lo opera debidamente. Depende de un punto de vista más o menos jovial, de un pensar más o menos decente y de la calidad del Botox.
- ARISTÓFANO: —No es insulso el juicio ni estridente la observación. Sin embrago, el grito no se escucha. Es extraño el ensamble de palabras dichas sobre cosas no vistas vagando en cualquier dirección, profesadas por vagos almidonados que así porque sí, se lanzan al verbo. La palabra habita los desarmaderos y la comida chatarra. Habría que saberlo ya. Los hombres, a tontas y a locas hacen milagros y provocan horrores.
- CORO: —Es previsible. Es imposible. Es mercenario. Es necesario.
- ARISTÓFANO: —Así, los malos momentos, emergen claros luego del ejercicio del inescrutable escrutinio. Indescifrables, estallan como signos cuneiformes, como vigas paleozoicas que se incrustan en las sienes para nada.
- CORO: —Los fantasmas acechan. Hay demonios panteístas, invencibles comunistas, y los muertos de siempre.
- ARISTÓFANO: —No puedo despreciar. Me achica ese sentir. Pero ahora que lo pienso, es hermoso todavía verse preocupado por todo lo que está solo. Sobre todo, sabiendo que viene acompañado. Estudio esa evidencia. Estudio con solvencia lo vencido. Y verlo, darse cuenta, es un despertar, un desasosiego de potencia divina frente a lo parlamentario.
- CORO: —Lo falso se vuelve serio. Lo serio, menospreciado. Y el precio va remarcado sobre lo que no tiene precio. Es una tentación repetirse y un negocio bien pagado.
- ARISTÓFANO: —En este bendito lugar, apenas se cava se encuentra agua, pero a duras penas uno no se ahoga. ¿Qué será de mí si se inunda este charco?
- CORO: —¿Qué será de Él?
- ARISTÓFANO: —Hace siglos que me han vencido y, sin embargo, sigo vigente.

Vedme: solo soy un trapecio pendulando, una cuerda floja. ¡No existe tono semejante que vibre con la existencia! ¿Seré rapaz como el fuego? ¿Seré letal como el mar? Arrastro los elementos que han modelado mis días. ¡Misericordia! Me postro ante las interpretaciones de los hombres. Me han vencido.
¿Y si rompo esta comarca, la desarmo y avanzo? ¿Seré tan atrevido?

CORO: —Tonto ha de ser lo que no se divisa con claridad, como un pacto deshecho, como una aurora invadida o un sacramento violado.

ARISTÓFANO: —Pactos de hombres. Se descuelgan como tábanos hambrientos. Charlatanería. Me cago en Grecia y en su peor legado: el triunfo de los siempre actualizados y coucheados sofistas.

CORO: —Fúmesse un hombre. Fúmesse una mujer. Fúmesse una fauna entera y entérese de lo que funda. Enfunde sus granos, sus guitarras, y en el acceso final, vomite como una cebra comida por caballos. Lleve su inoperancia con eficacia y dignidad. Viva con plenitud su sordera. Ejercite su ignorancia. Goce de la ignominia y el camino hacia su muerte.

HERALDOS: —Oíd mortales el grito desmedido del silencio que todo lo sabe. El silencio quebrado, postergado, digital, contaminado, vaginal, refugiado entre las grietas. El silencio, platónico, como destello. El silencio del que todxs huyen.
Oíd el silencio de la respuesta que engendrará la pregunta.
¿Dónde se ubica el oráculo? ¿Antes o después?

Entran cuatro sujetos grises que contestarán con tranquilidad y galantería alternando sus parlamentos.

UNO: —Abran paso. Córranse. Huele a patógenos.

PRESIDENTE: —¡Bienvenidxs! ¡Salve la pluralidad! ¡Salve la diferencia! ¡Salve la Democracia! Y... Sálvese quien pueda. Por favor sentaos. Allí.

Alguien traza un área con tiza alrededor de los grises.

PRESIDENTE: —¿Quién sois?

GRIS: —Somos los que somos y no somos.

PRESIDENTE: —Inadmisible. ¿Sois trabajadores?

GRIS: —No.

PRESIDENTE: —¿Vagos?

GRIS: —Tampoco.

PRESIDENTE: —¿Putos?

GRIS: —Algunos, otros no. Pero si buscáis asirnos de alguna manija, podemos proponeros diferentes azas. Sabemos que vuestra necesidad de definir es del tamaño de vuestro miedo.

PRESIDENTE: —¡Salve la pluralidad! ¿Sois efigies? ¿Esfinges? ¿Quimeras? ¿Qué hacéis, pues?

GRIS: —Cercenamos los huevos del estado patriarcal falo centrista y opresor, a favor de un salto madurativo con el que asumimos, antes que nada, la dimensión evidente y oculta a la vez, de ser Creadorxs de Realidad.

PRESIDENTE: —Inadmisible por lo claro y directo. Aquí precisamos eufemismos. ¿Quién sois?

GRISES: —Somos la negación de la patria que vuestra Patria impone. Somos los que matamos al padre...

—...Y los que reconocemos a la Tierra como nuestra única Madre.

—Somos los que dejamos afuera toda culpa...

—Por eso asumimos cualquier forma y sus consecuentes responsabilidades. Incluso las de Vosotrxs, abnegadxs patriotas actuando en contra de su propia patria.

—Somos una actualización en el “software” del gauchaje. Ningunxs, Nadies, Nada. Bebemos la leche de la vaca mestiza. Marchamos hacia adelante, cuando ir, es volver. Estamos.

—Somos lo que queda de la paliza histórica. Una imagen pixelada de lo que llaman “Argentinx”. Desdibujadxs Apátridas.

—Somos Conjunción. Deserción. Coincidencias erráticas por los márgenes desiertos.

—Cualquieras. Sintonía. Vibración. Deriva. Una malformación de la biología social.

PRESIDENTE: —¡Delincuentxs! ¡Libertarixs! ¡Trosxs! ¡Hippies! ¡Anarcos! ¡Freaks! Disculpen, ¿votan?

GRISES: —No

PRESIDENTE: —¡Desertorxs! ¡Fachxs! ¡Nazis! ¡Iconoclastas! ¡Gorilas! ¡Zurdxs! ¡Negrxs de mierda! Disculpen, ¿pagáis impuestos?

GRISES: —Sí.

- PRESIDENTE: —Em.... ¿Qué culto profesáis?
- GRISES: —El presente.
- PRESIDENTE: —Sabéis que seréis expulsados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
- GRIS: —Nos fuimos apenas despabilamos de este sopor, apenas nos dimos cuenta de lo que hacíamos y de lo que hacéis.
- PRESIDENTE: —¿Qué hacíais? ¿Qué hacemos?
- GRISES: —Regurgitábamos. Evadíamos. Poníamos al cuidado de lobos nuestras ovejas...
- Vuestra República Burguesa descansa sobre la comodidad de una Cosa Pública que administran oscuras manos depravadas privadas que no se privan de nada...
- Creéis el cuento de la soberanía por conveniencia, en el acuerdo tácito de hacer la vista gorda, mientras se llevan todo, envenenan todo, arrasan con todo...
- ... Mientras, miráis alienado las esquirlas de la realidad que deciden mostraros y estallan ante vuestros ojos.
- Nunca pararon de llevarse todo.
- PRESIDENTE: —Decid quiénes, malditxs.
- GRISES: —Lxs aberrantes titiriterxs. Lxs que nunca veis. Lxs que están detrás. Lxs que ríen mientras estamos aquí, matándonos entre nosotrxs. Lxs dueños de todo esto. Lxs sepulturerrxs de siempre.
- PRESIDENTE: —Faltáis el respeto al sacrificio de lxs trabajadorxs, al ejercicio de la democracia, a la sagrada familia. ¡Os apartáis del Pueblo, egocéntricxs! ¡Individualistas de mierda!
- GRISES: —Hemos renunciado a lo que Traba -hacia-abajo. Recuperamos el Sacro-Oficio. Hacemos lo que amamos y amamos lo que hacemos. Sustituimos el in-dividualismo por el Ser No-Divididx. Y todo cambió porque cada unx cambió.
- Desarticulamos el “fámulus” famélico familiar esclavista para juntarnos en tribus que amontona el viento.
- Desarmamos el lenguaje cotidiano en el que lxs traidorxs encriptaron la opresión.
- Huimos de las crónicas ciudades enfermas, al silencio del desierto. Nuestras tiendas no tienen puertas y siempre hay un cántaro de agua fresca para lxs visitantes. Nosotrxs también somos El Pueblo.

- PRESIDENTE: —No nos robaréis nuestra lucha y nuestra revolución. Ni siquiera reivindicáis todo lo que hemos logrado.
- GRISES: —No sabéis quién sois. Os reclama vuestra sombra. Vivís desterradx defendiendo o acusando. Ansiosxs. Neuróticxs. Y muy peligrosxs.
- Sois demasiado lentxs... Precisáis siglos para reconocer la potencia de una mujer o legitimar un transexual.
- PRESIDENTE: —¡Falacia! Nuestra patria asegura la paz interior. Solo condenáis. Nada proponéis.
- GRISES: —Nacimos en el mismo seno. Tenemos ojos, nariz y orejas como ustedes. Hemos visto más de una vez levantar la espada contra vuestra propia gente. Hemos escuchado las mismas lisonjas. Hemos oído pudrirse el perfume de las flores. Antes de apartarnos, Vosotrxs éramos Nosotrxs. Vosotrxs SOIS Nosotrxs.
- A esta altura ya deberías saber que no se puede ser tenedor si la matriz es cuchara.
- La pulga que pica al perro está en su cola, por eso el perro no para de perseguirse.
- El Rey va desnudo, y está delante de vuestras narices.
- Sois cómodxs. Os acomodáis en nichos que vosotrxs mismxs construís. No os apartáis para ver las necrópolis que estáis fundando. Crecéis en vuestra Patria, a paladas de tierra que os arrojan a la cara.
- Nos preguntamos cuántos golpes podrá soportar vuestra máscara, esa que oculta la identidad por la que tanto peleáis.
- Vivís en guerra con vosotrxs mismxs. Nada sabéis de paz. Nada sabéis del interior, con sus vericuetos y laberintos. Lxs sepulturerrxs se encargaron de enterrar vuestros tesoros más preciados.
- Las uñas se han quebrado de tanto arañar la fosa. El aire no llega. Vuestro cuerpo se ha convertido en una maraña de raíces. Allá abajo, los héroes y heroínas que defendieron las fronteras de estas tierras sin fronteras, se retuercen del asco y la vergüenza escuchando proclamar sus nombres en la inmunda boca de lxssepulturerrxs. Jamás. Repito. Jamás puede haber paz interior o exterior...
- Es lo mismo...

- ... Mientras quienes la declaman, se dedican cada día, a arrojaros tierra a la cara ...
- Lo peor es que quedáis tan ciegos, que termináis odiando a la tierra, sin ver a quien os la tira.
- PRESIDENTE: —La posteridad mostrará vuestra ignominia. Además, Sois minoría.
- GRISES: —La posteridad es el efecto de la causa. La posteridad es AHORA. Cada momento.
- Cada acto funda una patria. Y ante lo que habéis hecho, a lo que HEMOS llegado, es menester abortar la misión condenada al fracaso que maquilláis de éxito social.
- Y nunca se sabe cuántos son “La Minoría”. Cuidado con Las Minorías. Se escabullen entre los dedos y de pronto, estallan.
- PRESIDENTE: —Vuestra patria es utopía.
- GRIS: —Hemos matado hasta las Utopías. Jugamos la Vida en el terreno de los encuentros, en la cercanía de nuestros cuerpos. De allí nacen las ideas. De nuestros cuerpos. No al revés. No hay nada de qué agarrarse. Solo así pudimos conocer al “El Otrx”. ¿Podréis, alguna vez soportar ese abismo? Cultivamos lo imposible y comemos de sus frutos. Vuestras retinas están tan sucias que aún no podéis vernos, pero somos tan reales como la farsa que Ustedes sostienen.
- HERALDOS: —Oíd mortales el grito ancestral del suelo escupido. Escuchad sus temblores, sus volcanes, sus torrentes y el reclamo del origen. Oíd a los bosques mancillados y a los pájaros correr. Oíd el golpe de la máquina en la subasta a sangre fría. Ved cómo se llevan el jarrón, la cuna y el vergel.
- Aminorad el paso que lo pequeño se pisa. Detened al barrendero. La escoba levanta polvo y verdades. Escuchad el fino tono, la nota primordial. Oíd al cigoto rodar por la aspereza. Ved cómo se desliza su apotema.

Entra un NIÑO. O un muñeco. O una incubadora. Fastidio general.

- NIÑO: —Por favor, no empiecen porque el que empieza soy yo, el que aún no tiene Yo. El que duda en empezar.

Lxs demás se dispersan. Algunxs se duermen.

NIÑO: —Aprendo la suma y la resta. Me sumo a los parias. Soy un resto. Aún no he traspasado el umbral y ya escucho a los bueyes tirar. Como un eco que rebota entre el péndulo y la hoz.

OTRA VEZ: —Todxs reunidxs aquí en el maldito tiempo. ¿¿Por qué me ofrecen este borde?? Justo este. No empujen. No voy a huir. No puedo huir. Soy prematuro.

Desde aquí veo al fantasma que será mi padre. Da vuelta grandes páginas amarillentas. Mira diarios de hace 30... 50... 80 años. Los compara. Ve casi los mismos títulos. No empujen. No se preocupen. Aprendo bien.

Veo su silueta oscurecerse. Nunca más levantará la vista. Cierra el diario como si cerrara su vida y guarda en sobres de nylon la pesada evidencia.

Veo cómo una parte de él quisiera guardarse en esos sobres, hacer bollo esos diarios, a ese día y a todos los que vendrán. No se preocupen aprendo bien.

Veo como se encorva su espalda. Veo como el crisol vierte sobre él, el plomo candente que armará la anodina escultura de un sobreviviente.

Piensa qué hacer para no ser sumido en la degradación futura. ¿¿Qué forma le dará al lastre?? ¿¿Quién será?? ¿El que aprende a pescar o el que pide el pescado? ¿El que pisa o el pisado?

El cree que elige y elige pescar. Elige pisar. En la República, todos creen que eligen y así se creen libres. Ahí llego yo. Cuando él se va. Aprendo bien.

Cuando yo llego mi progenie tomará el tren de la infamia que los hace dignos y libres. Los veo llegar a la pecera donde se arrojan los peces. Veo a los que pescan y veo a los que comen el pescado. Se confunden. La pecera es la misma. El anzuelo su vuelve furtivo.

Yo tengo la certeza que seré la tanza invisible y tensa. El hilo conductor del rosario maldito que no se corta. El quid de la cuestión, Edipo, el gozne de carne. Soy el descalificado a priori. El descalcificado mamífero depositado en la guardería de turno succionando el biberón farmacológico, ansioso por deshuesar el tubo de ensayo.

Miro a mi padre. Veo mi sino. Quién decide dónde nacer.

Derrumbe. Quién decide dónde morir. Derrame. ¿Y si interrumpo mi entrada a este lupanar? No me turbará demasiado ese espanto. Aún recuerdo vuestro Gran Olvido. Mi cordón umbilical aún sigue atado al útero universal. Volveré al océano infinito. La forma hará una pausa en mí. Nada más. No profeso el miedo que los mayores ejercen a hurtadillas.

Ser hijo de la muerte no presupone suspiros ni al llegar ni al partir. Ya me di cuenta de todo. Sin embargo, apenas caiga la primera palada de tierra, esta lucidez subversiva quedará sepultada. Ahí están las puertas. Picos para verter y derramar sobre mi oquedad sin fondo. Ofrenda y sacrificio.

El plano inclinado ha sacado filo a su hipotenusa. Contemplo mis primeros juguetes antes de entrar: La hipotenusa lacerante y la oquedad sin fondo. Un paso nada más. Un paso y ya soy patriota. Seré la milésima parte del día,

CORO: –“Para que no nos falte nada”.

NIÑO: –Seré el vertedero del mercurio.

CORO: –“Para que no nos falte nada”.

NIÑO: –Seré el cobayo, el clonazepam y el cáncer a futuro.

CORO: –“Para que no nos falte nada”.

NIÑO: –Seré menos mirado, menos hablado y menospreciado que un dólar.

Seré el tema postergado, la deuda del filósofo y el objeto de los malos titiriteros.

Así, todo faltará...

CORO: –“Para que no nos falte nada”.

Aquí vengo. Aquí estoy. Pitágoras, cadalso y sordera. Presto a tallar el neurótico rostro de la normalidad, a sentarme en el pupitre del fraude, a callar el grito sagrado y a borrar con el codo lo que escribo con la mano.

Es el peldaño de la boca inmunda: ¡Viva la Patria!

APAGÓN

REGIÓN CENTRO

LA ADAPTACIÓN



Nicolás Alejandro Marina

LA ADAPTACIÓN

Nicolás Alejandro Marina

Guionista y dramaturgo argentino.

Escribió, entre otras, las obras de teatro *Banco de suplentes*, *La patria náufraga*, *El viento en la cara* y *La cocotriz o el poder de las palabras*. Desde el año 2005 se desempeña en distintos medios audiovisuales de Latinoamérica, tanto en ficción como en no ficción y documental. Entre sus trabajos más recientes destacan la comedia juvenil *Millennials* (Temporadas I y II) y la serie policial *El Marginal* (Temporadas I, II, III y IV).

Año 1951. El actor y cantante HUGO del Carril visita con frecuencia la cárcel de Devoto para entrevistarse con el periodista y escritor ALFREDO Varela, detenido por su militancia comunista. El objetivo de estos encuentros es adaptar la novela de Varela, “El Río Oscuro”, en lo que sería la película “Las aguas bajan turbias”.

En medio de una oscuridad absoluta destaca un sector iluminado, representando la celda. Allí se encuentran ALFREDO Varela y HUGO Del Carril, sentados sobre una cama cucheta. Todo es en blanco y negro, como en una película antigua, incluso la tonalidad de sus pieles. ALFREDO lleva el típico traje a rayas. HUGO luce un traje blanco impecable, con un clavel rojo en el ojal que brinda una única nota de color.

Entre ambos hay un paquete de facturas abiertas. Hojas mecanografiadas sueltas cubren el lecho y se desparraman por el suelo. Ambos leen en silencio las páginas que tienen entre sus manos. HUGO mueve los labios, como si le costara leer o como si declamara con voz inaudible. Aprueba lo que lee. ALFREDO niega repetidas veces hasta que deja las hojas a un lado, irritado, y se pone de pie.

ALFREDO: —¡Esto es un despropósito!

HUGO: —¿No le gusta?

ALFREDO: —¿Necesita que sea más expresivo? Me parece una basura.

ALFREDO va hasta la puerta de la celda.

HUGO: —No exagere. Es una adaptación.

ALFREDO: —“Un libricidio”, dirá más bien. (*Mira hacia el otro lado de las rejas, con anhelo.*) ¿Cómo estaba el tiempo afuera?

HUGO: —Un día espléndido, radiante; un día...

ALFREDO: —(*Completa con ironía.*) Peronista.

HUGO: —No sea cínico.

ALFREDO: —Disculpémé. Mis días son todos oscuros. No veo la hora de que se termine esto.

HUGO: —Tiempo al tiempo, Alfredo.

ALFREDO: —“Tiempo al tiempo”... Tan fácil es decirlo... (*Vuelve al camastro; toma una factura y se la queda mirando.*) ¿Usted sabía que a las facturas las bautizaron los anarquistas?

HUGO: —Algo de eso escuché.

- ALFREDO: —Qué raro que ustedes no se apropiaron de los nombres de las facturas, también. Las podrían rebautizar: Cabecitas Negras, Descamisadas, Suspiro de Oligarca, Bolas de Gorila...
- HUGO: —(*Ríe.*) No sea hereje...
- ALFREDO: —“Hereje”... Qué palabrita viene a elegir. Pensé que el peronismo era nomás un movimiento político, no una religión.
- HUGO: —Coma, en vez de filosofar. Las compré en Los Dos Chinos.
- ALFREDO: —¿No viene alguna con lima adentro? (*Prueba una factura. La saborea.*) Un manjar. Acá nos dan un pan con manteca y azúcar que es más intragable que este libreto.
- HUGO: —El libreto está bien, hombre. Pasa que usted no quiere que le toquen ni una coma.

ALFREDO toma un puñado de hojas y las agita con desprecio.

- ALFREDO: —¿Qué dice? ¡Si le manosearon hasta el último signo ortográfico! No lo entiendo. Si pensaba cambiar tanto mi libro, ¿para qué me lo pidió? ¿Por qué no contar otra historia, desde cero?
- HUGO: —Usted no entiende. Lo importante no es la palabra muerta, sino el espíritu de la letra. La visión. El mensaje.
- ALFREDO: —¡Y eso es precisamente lo que usted está despanzurrando!
- HUGO: —Quiero mostrar lo que usted está contando y que a mí me llegó hasta lo más hondo del alma, pero de una manera menos... áspera.
- ALFREDO: —¿Áspera?
- HUGO: —Como usted. Usted es áspero, no me lo va a negar.
- ALFREDO: —Si me lo dice así, no se lo niego.
- HUGO: —Pero así y todo usted fue capaz de contar esta maravilla. Y yo quiero que le llegue a mucha más gente; incluso a la gente que no está preparada para lidiar con su aspereza... Quiero contar lo que usted contó a pesar de usted.
- ALFREDO: —¡Avisé! ¡Ahora resulta que usted sabe mejor que yo, lo que quise contar!
- HUGO: —Yo quiero contar una historia bien popular, que resuene en lo más profundo del alma de la gente, y que además de hacerla estremecer le dé esperanza... Fíjese, por ejemplo, en la página 20...

Ambos se concentran en el libreto. Sobre la pared, a un lado, comienza a proyectarse la escena de la película “Las aguas bajan turbias” en la que un mensú arenga a sus compañeros diciéndoles que tienen que estar todos unidos como ramas en un atado. ALFREDO y HUGO permanecen inmóviles hasta que la escena termina.

ALFREDO: –Parece sacado de una historieta del Pato Donald.

HUGO: –Creo que es de una fábula de Esopo.

ALFREDO: –¿Se da cuenta? Yo no quise contar un cuento infantil. Yo quise hacer una denuncia contra la opresión que sufren los trabajadores en manos de los patrones.

HUGO: –Y eso es lo que se va a contar. Pero aclarando que con el peronismo eso ya no pasa. De hecho, al principio de la película va a aparecer un cartel que diga: “Esto ya no sucede en tiempos de Perón”.

ALFREDO: –¿Le parece? Eso es tomar a la gente de tonta.

HUGO: –Exigencias del subsecretario de Prensa. Apold ya me tiene entre ceja y ceja, así que mejor darle todos los gustos que se pueda.

ALFREDO: –¡Me tienen harto su subsecretario, su general, y su gobierno popular que pretende mantener un control policial hasta del pensamiento de la gente!

HUGO: –¡Shhh! Baje la voz, que lo pueden escuchar...

ALFREDO: –¡Eso es lo que quiero: que me escuchen! ¿Para qué escribo, si no? *(Toma un libro ajado de debajo del colchón.)* ¡Escuche!

HUGO: –¿Puede leer en esta penumbra?

ALFREDO: –*(Irónico.)* Su sonrisa ilumina hasta la celda más oscura. *(Lee con cadencia poética.)* “Cerquita del arroyo, en la confluencia con el Paraná, apareció el cadáver. Estaba casi desnudo... En el medio descansaba el miembro en posición irregular, ridículamente pequeño, torcido y blancuzco. Estaba muerto, también, y daba más idea del cadáver que el cadáver mismo... Despacio, tranquilo, venía el hombre. El viaje era azaroso y evidentemente él no tenía apuro. Enfiló primero hacia la costa paraguaya y luego fue deslizándose paralelamente a ella. Algún tronco caído lo detenía por momentos, pero luego le franqueaba el paso. Encontró un zorzalito muerto, que se le apareó, y así viajaron un trecho, el plumaje empapado y yerto junto a la cabeza que el pelo cubría casi totalmente, como una máscara. Después se separaron

también, y lo invadió una avalancha de juncos... Un remanso lo detuvo largo tiempo, y comenzó a dar vueltas, ensimismado. Giraba y giraba, como impulsado por una brisa interior; fúnebre veleta descompuesta... Después, unas gaviotas que pasaban lo vieron acercarse al canal, y entonces sí que se deslizó velozmente río abajo, en un torbellino de vegetales podridos y de pájaros muertos y de agua encrespada. De pronto el Paraná hacía una curva aguda, y las gaviotas no lo vieron más. Aguas abajo, el cadáver seguía viajando velozmente, la boca y la nariz hundidas en el líquido cristalino, y cruzados sobre la espalda esos brazos amoratados, esos puños unidos como insultando al radiante cielo”.

Silencio. HUGO carraspea, conmovido.

- HUGO: —¿Cómo hace para contar algo tan espantoso de manera tan bella?... Parece un vals entre el río y el ahogado.
- ALFREDO: —Vals del río y el ahogado. Lindo título *(Anota la ocurrencia con lápiz en un margen del libro.)*
- HUGO: —Usted tendría que ser letrista de tangos.
- ALFREDO: —El tango es para llorones que se la pasan mirándose el ombligo.
- HUGO: —No ofenda, che.
- ALFREDO: —*(Señalando el libro.)* Si tanto le gustó, ¿por qué no trata de reflejar algo así en el celuloide?
- HUGO: —¿Diez minutos de un cuerpo muerto flotando en el agua? ¿Con la pichila al aire? ¿Usted quiere que se me desmayen las viejas? Entienda que la idea es que la gente vaya a ver la película, le guste y la recomiende. Tenemos que suavizar el mensaje; darle al público un final feliz.
- ALFREDO: —No hay finales felices. Los finales felices son puro cuento.
- HUGO: —¡Justamente! ¡Eso es lo quiero contar: un cuento!
- ALFREDO: —¡Hay que contar la verdad!
- HUGO Y ALFREDO: —*(Al unísono.)* Con usted no se puede hablar.

HUGO y ALFREDO quedan un instante en silencio, sin mirarse, empecinados. De pronto ALFREDO toma el guion y se pone a subrayar.

ALFREDO: –Todo sea por salir de acá cuanto antes.

HUGO sonríe aliviado y satisfecho.

ALFREDO: –Me podría ayudar con el plan de fuga.

HUGO: –No sabía que tenía un plan de fuga.

ALFREDO: –Desde antes que me encierren. Siempre hay que estar precavido. Usted se viene con algo del maquillaje que usan en las películas. Intercambiamos ropas. Me disfrazo de usted. Usted se pone mi traje de reo. Franqueo las puertas, una por una; en el camino firmo un par de autógrafos para los guardias, y libre al fin.

HUGO: –¿Y yo? ¿Quedo preso por cómplice de fuga?

ALFREDO: –Usted dice que yo lo obligué a punta de lápiz, y que a último momento lo desmayé de un golpe. Totalmente inocente... ¿No le van a creer? ¿Al gran Hugo del Carril? Déle, ¿qué le cuesta?

ALFREDO, medio en serio, medio en broma, se abalanza sobre HUGO como para quitarle la ropa.

HUGO: –¡¿Qué hace, largue?! ¡Guardia!

ALFREDO: –Tranquilo, que no le va a pasar nada... No me interesa su cuerpo apolíneo, quiero la pilcha...

HUGO: –¡Está loco, Alfredo!

Ambos siguen forcejeando. Se interrumpen por la aparición de un guardia al que el público no ve.

ALFREDO: –No pasa nada, estamos ensayando el libreto nomás.

HUGO: –A veces es necesario actuarlo para ver cómo va a quedar la cosa.

ALFREDO: –*(Finge actuar.)* “¡Muera, patrón de yerbatal maligno!”.

HUGO: –Vaya nomás, yo le aviso cuando terminemos.

ALFREDO y HUGO se relajan. El guardia se marchó.

ALFREDO: –Hombre de pocas luces, el penitenciario. No entiendo cómo no nos fugamos todos en masa, todavía.

HUGO: –Aguanté un cacho, nomás. Tenga paciencia.

ALFREDO: –Es fácil decirlo cuando no se duerme acá todas las noches.

HUGO: —A cada situación adversa en la vida se le puede encontrar su lado bueno.

ALFREDO: —¿Ah sí? ¿Y qué puede tener de bueno estar preso, según usted?

HUGO: —Imagino que tendrá más tiempo para pensar.

ALFREDO: —Pensar. Ese es el problema. Acá adentro no puedo parar de pensar.

HUGO: —¿Y pensar no le sirve para escribir?

ALFREDO: —Usted no entiende. La escritura es más acción que pensamiento. Estoy bloqueado. Empantanado en mis pensamientos.

HUGO: —Entreténganse con algo.

ALFREDO: —(*Abarca la celda con sus manos.*) ¿Con qué?

HUGO: —Puede jugar, por ejemplo, a encontrarle formas a las manchas de humedad.

ALFREDO: —Ay, sí, qué divertido.

HUGO: —Esta de acá, por ejemplo. Mírela y dígame qué ve.

ALFREDO: —La negligencia, la abulia y la indiferencia del servicio penitenciario nacional que trata a los reclusos poco menos que como a animales y los mantiene en condiciones de vida indignas; de hacinamiento, insalubridad y carestía extrema...

HUGO: —Con usted no se puede jugar.

ALFREDO: —Ya lo probé todo, Hugo. Llega tarde con su jueguito. No hay mancha de humedad en esta celda húmeda a la que no le haya encontrado forma de algo ya. A esa de ahí, sin ir más lejos, le encontré forma de mujer y la declaré mi novia de confinamiento, Martita.

HUGO: —¿Cuál? ¿Esta?... Psé. Con un poco de imaginación... Está linda, Martita...

HUGO pasa sus manos por la pared, sensualmente.

ALFREDO: —¡Ey, largue!

HUGO: —Los otros días estuve con Perón y me pidió que le pregunte por qué está preso.

ALFREDO: —Por comunista.

HUGO: —Eso cae de maduro; quiero decir: ¿cuál fue el hecho puntual por el que lo detuvieron?

ALFREDO: —(*Hace la mímica contra la pared.*) Por orinar el paredón de la embajada de EEUU.

- HUGO: —¡Ande!
- ALFREDO: —En serio, le digo. O al menos esa es la excusa que pusieron las autoridades policiales. Pero me gusta como historia. Dejemos que la posteridad cuente que venía con la vejiga que me explotaba y que entonces decidí demostrar un punto.
- HUGO: —¿Y qué punto sería ése?
- ALFREDO: —Que el poderoso, por más poderoso que sea, se siente amenazado ante la menor pavada cometida por el obrero. Y de esta manera, el pobre intelectual de izquierda logra convertir su urgencia fisiológica en manifiesto y símbolo de la lucha de clases. Si todos los trabajadores oprimidos del mundo orinásemos contra los muros de nuestros explotadores, sus fortalezas acabarían cayendo ya sea por efecto de la erosión úrica o por el golpe asestado a su orgullo y pundonor. Y entonces viviríamos en un mundo mejor.
- HUGO: —¿En serio lo metieron preso por eso?
- ALFREDO: —Cuenta ese cuento que a la gente le va a gustar.
- HUGO: —¿Ve? En este caso, no se opone a cambiar el cuento. ¿Por qué con su libro se empecina tanto?
- ALFREDO: —Porque mi libro es mío.
- HUGO: —Su libro ya fue publicado, y pertenece a todos los lectores.
- ALFREDO: —Y ya se apropiaron de él los grandes capitales cinematográficos.
- HUGO: —Y agradezca que así fue. Con unos pequeños retoques aquí y allá, su historia va a llegar a las grandes masas a las que usted tanto anhela hablarles.
- ALFREDO: —¿Pequeños retoques dice?
- HUGO: —Su libro es maravilloso, pero está escrito tan raro... Por momentos no se entiende si es una novela, una crónica periodística...
- ALFREDO: —(*Toma una factura.*) Es todo eso, Hugo.
- HUGO: —Demasiado rebuscado. A la gente hay que ayudarle a digerir la información. Nosotros somos como la mamá pájara que les lleva a sus polluelos el alimento regurgitado.
- ALFREDO: —(*Deja asqueado la factura.*) Qué imagen más desagradable.
- HUGO: —No más que muchas de las que aparecen en su libro. Por eso mismo. Yo simplemente quiero contar lo mismo que contó usted, pero pasándolo por un tamiz.
- ALFREDO: —Lo quiere hacer más simple y que tenga un final feliz y tranquilizador.

- HUGO: —Exactamente.
- ALFREDO: —Un relato simplista siempre va a tener un final feliz.
- HUGO: —¿Me está llamando simplista a mí?
- ALFREDO: —Todo depende del lugar en el que uno decide terminar el relato. Cambia el final y cambia la moraleja. Fueron felices y comieron perdices. Pero si seguimos un poco más, se vuelven un matrimonio gastado y aburrido, él empieza a escaparse para estar con otras o adquiere el hábito de golpearla, o las dos cosas; mientras que ella se vuelve melancólica, adicta a los radioteatros y a los dulces y se pone gorda y tristonera. O si cuenta la historia desde la perspectiva de las codornices, es una tragedia sangrienta.
- HUGO: —Qué ganas de arruinar una linda historia.
- ALFREDO: —La vida solita se encarga de eso. Pero a lo mejor, si seguimos un poco más, la taba vuelve a caer del otro lado y la historia vuelve a cambiar, y así una y otra vez y otra... y el relato no se termina de contar nunca.
- HUGO: —En algún momento hay que poner el freno. Uno tiene que decir: Hasta acá quiero contar. Al fin y al cabo, lo que yo quiero es generar una reacción en el público.
- ALFREDO: —En eso estoy de acuerdo.
- HUGO: —Usar la historia para tener al público en un puño y hacerle sentir y pensar lo que yo quiero. El libreto perfecto es el que escribe las reacciones de la platea. El que prevé qué sobresaltos espirituales van a henchir sus almas cuando se levanten de la butaca, y qué elucubraciones van a rondar por sus cabezas mientras caminan de regreso a sus casas.
- ALFREDO: —En eso yo ya no estoy tan de acuerdo. Al menos no debería ser así. La historia debería despertar a la gente, invitarla a pensar por sí misma.
- HUGO: —Usted dice así, pero bien que al que no piensa como usted lo destrata. Típico de comunista.
- ALFREDO: —Y usted al que no piensa como usted le hace la guerra. Típico de peronista.
- HUGO: —¿No estoy acá compartiendo mi tiempo con usted, acaso?
- ALFREDO: —Porque le conviene.
- HUGO: —Nos conviene a los dos.
- ALFREDO: —Eso está por verse.

- HUGO: —No logro entenderlo. A ver explíqueme: ¿Por qué escribe usted?
- ALFREDO: —¿En el sentido más profundo? Para tratar de entender el mundo y para que el mundo me entienda a mí.
- HUGO: —Sigo sin entenderlo. Pruebe con el sentido más superficial.
- ALFREDO: —Veamos... Uno a veces se vale de los cuentos para decir lo que quiere decir y no puede o no se anima. Por ejemplo: supongamos que usted ama a una mujer...
- HUGO: —He amado a tantas.
- ALFREDO: —... Y no se atreve a decírselo...
- HUGO: —Jamás me pasó.
- ALFREDO: —Intente imaginarlo. Usted la ama, y no se anima a decírselo. Entonces, usted se inventa una historia en la que Pepito ama a Juanita. Pero en realidad Pepito es usted y Juanita es la mujer que usted ama.
- HUGO: —Supongo que cuando usted dice “usted”, se refiere a usted... Pero qué chambón. ¿Por qué no va y la encara de buenas y primeras?
- ALFREDO: —Cómo se nota que usted es galán de cuna y ha tenido todo servido en bandeja, toda la vida...
- HUGO: —Cómo se nota que usted no sabe nada de mí.
- ALFREDO: —¡Porque los Pepitos de este mundo no saben cómo conducirse con las Juanitas!
- HUGO: —Bueno, pero usted recién me decía que las cosas hay que decirlas de frente y qué se yo, y ahora me está hablando de que para confesarle el amor a una mujer se tiene que inventar un cuento de Pepito y Juanita. Al final, ¿quién es el cobarde?
- ALFREDO: —Es verdad. Todo el esfuerzo de mi vida está dirigido a desprenderme de capa tras capa de cobardía. Y uno es tan cobarde que no vacila en señalarles su cobardía a los demás, pero le cuesta reconocer la propia. Pero no hay problema. Es un avance. Empiezo con los demás, y terminaré conmigo.
- HUGO: —Qué tipo sinuoso para decir las cosas, Alfredo.
- ALFREDO: —Usted no necesita inventarse esos cuentos porque usted es un cuento en sí mismo, ¿verdad? Esa sonrisa blanca, esa voz varonil y seductora, esos hoyuelos angelicales... es toda una impostura, ¿verdad? Contamos hasta donde queremos revelar de nosotros. Y lo que no queremos revelar es esa parte de nosotros que nos hace miserables. ¿Cuál es el verdadero Hugo del Carril?

HUGO, incómodo, camina brevemente en círculos, como una fiera enjaulada.

HUGO: –Soy esto que ve, sin dobleces.

ALFREDO: –Todos tenemos dobleces. Y alguien tan expansivo como usted, más todavía.

HUGO: –Digamos que soy mi mejor versión de mí, adaptada al gusto de la mayor parte del público. Y eso es lo que quiero hacer con su historia, adaptarla al gusto popular.

ALFREDO: –Pero si adapta tanto las cosas, no va a quedar nada de lo que originalmente eran.

HUGO: –¿Estamos hablando de su historia o estamos hablando de mí?

ALFREDO: –Estamos hablando de todo.

HUGO: –Pero si al público le gusta, ¿qué importa? ¿Es más importante lo que le gusta a usted que lo que le gusta a la mayoría?

ALFREDO: –A mí me importa. Y no es una cuestión de “gustos”. Yo no quiero que la gente salga del cine con una sonrisa de felicidad estúpida. Quiero que salga pensando.

HUGO: –Pueden salir pensando pensamientos felices. Y ese es mi rol como artista popular.

ALFREDO: –Es lo que hace el capitalismo: meterle un cuento convincente en la cabeza a la clase obrera para que ni sueñe con sublevarse. Pero si uno insiste, otra visión se puede ir abriendo paso de a poco, despertando a las conciencias. Su visión será muy seductora, pero a mí no me convence.

HUGO: –¿Está seguro? A lo mejor yo ya le impuse mi visión hace rato y usted no se dio cuenta. A lo mejor usted ya está viviendo en mi visión. A lo mejor usted y yo no somos usted y yo, sino dos fantasmagorías que se desprenden de mi visión, representándonos a nosotros, que yacemos convertidos en polvo desde hace mucho tiempo, para deleite de un público que nos contempla desde sus butacas.

ALFREDO: –No se me ponga metafísico, hombre. Le hablo de cosas concretas. De la explotación del hombre por el hombre. Le decía que uno quiere imponer su visión de mundo. Y la vida y la lucha de clases en el fondo no es más que eso: unos queriendo meterles las fábulas propias en la cabeza a los demás. La visión de un hombre que inspira o convence a otros, puede tener más fuerza que la propia realidad.

HUGO: —Es lo que yo digo. Y ahí entra mi visión de su historia.

Comienzan a proyectarse las escenas finales de la película. Vemos al propio Hugo Del Carril como Santos y a Adriana Benetti como Amelia, huyendo en balsa hacia un destino promisorio. HUGO contempla extasiado. ALFREDO, exasperado.

ALFREDO: —Mi historia no termina así, como una novelita rosa.

HUGO: —El amor nunca está de más.

ALFREDO: —¿Qué me importa a mí que el amor triunfe si hay tanta gente que es explotada? Lo redujo todo a una historia de amor. Y la historia de amor es lo de menos en mi historia.

HUGO: —El amor es lo que nos salva.

ALFREDO: —¡Al contrario! ¡La lucha es lo que nos salva! ¡La furia, la rabia! ¡Levantarse contra el que nos oprime y decirle “Basta”, y empezar a construir una historia nueva, más justa! (*Toma el libro, busca otro fragmento y lee.*) “Sorprendido, sacudido en lo mejor de su sueño, el mensú miraba hacia abajo, buscando la figura odiada y ya familiar. Pero esta vez no había nadie. En vano buscaba su mirada anhelante. Lo había engañado su miedo, el hábito adquirido de estar esperando en todo momento el latigazo de la voz enemiga. Esta vez no era nadie, sino el terror que los capangas y contratistas saben ir metiendo, lenta y sabiamente, en el pecho de cada peón, hasta convertirlo en una piltrafa, en una mísera criatura permanentemente acosada, que no se atreve a sublevarse ni aún en pensamiento y ahoga sus más íntimas rebeliones, de miedo a que se las descubran los que todo lo saben; que baja siempre los ojos, cobarde e hipócritamente, ante el superior, para que no pueda adivinar lo que él piensa. Siempre temeroso, siempre sometido, siempre con los ojos bajos. Cuando levante los párpados protectores, cuando alce la cabeza y mire de frente, será para matar. Ellos —los otros—, lo acostumbraron a ser así. Que no se quejen de ese fruto amargo que algún día les obligarán a comer”.

HUGO: —Fantástico. Pero demasiado amargo. Y la adaptación consiste precisamente en hacer más digerible un bocado demasiado agrio para la mayoría de la gente. Agregarle una pizca de azúcar...

ALFREDO: —Si será afrancesado... Y una vez más insiste en acallar lo que quiero decir.

- HUGO: —¿En serio? Desde que lo conozco que no para de hablar. ¿Cuándo se hace el tiempo para escribir? ¿Y para qué necesita tanto decir algo, a ver? Si total la gente nunca escucha.
- ALFREDO: —Para usted es fácil decirlo. Chasquea los dedos y la atención del mundo se vuelve hacia usted. Para los demás, en cambio... Si llego al final de mi vida sin haber dicho lo que tenía decir, sin hacerme escuchar, entonces mi vida no va a haber tenido el más mínimo sentido.
- HUGO: —Si amó, vivió, bailó y rió, sí que va a haber tenido sentido.
- ALFREDO: —¿Le parece que puedo hacer algo de todo eso acá adentro?
- HUGO: —Si lo hubiese hecho antes, en vez de tanto protestar y denunciar, hoy no estaría acá adentro.
- ALFREDO: —No vaya a creer. Para los pobres, hasta la diversión es un crimen.
- HUGO: —No rezongue, viejo. Su situación no es tan desesperante como la ve. Ya lo dijo el compañero Leopoldo Marechal: “De todo laberinto se sale por arriba”.
- ALFREDO: —¿Me vio cara de Ícaro? ¿Y qué pasa si el laberinto está techado, como es mi caso?
- HUGO: —Con usted no se puede poetizar.
- ALFREDO: —Y usted, todo lo quiere embellecer. Yo en cambio a todo le quiero quitar la capa de maquillaje para mostrar a la luz la cruda cara de la realidad que se oculta.
- HUGO: —Usted se cree el único con una condena. Pero a todos nos pesa el pasado. Todos estamos presos de algún recuerdo que nos orada la cabeza.
- ALFREDO: —¿Qué condena puede pesar sobre esa cabecita engominada de usted, niño mimado del celuloide?
- HUGO: —Salga, no se burle...
- ALFREDO: —¿Qué me va a decir ahora, que conmigo no se puede qué cosa?
- HUGO: —(*Piensa, ofuscado, hasta que le sale una palabra.*) ¡Estar! ... Sigamos trabajando.
- ALFREDO: —Sí. Sigamos trabajando, mejor.

Ambos toman sus respectivos guiones.

- ALFREDO: —Terminemos con esta bendita adaptación que ya me la quiero sacar de encima. “Las aguas bajan turbias”, qué título horrendo.

Ojalá me larguen antes del estreno. Me gustaría estar ahí, sentado en la sala oscura, y poder leer en la pantalla, por más que hayan despanzurrado mi libro: “Basada en El río oscuro de Alfredo Varela”.

HUGO carraspea incómodo. ALFREDO lo mira sospechando.

ALFREDO: –¿Qué pasa?

HUGO: –Nada...

ALFREDO: –El carraspeo ese... ¿Fue por algo?

HUGO: –... No.

ALFREDO mira la carátula del guion. Pasa a la segunda. A la tercera. Comprende.

ALFREDO: –¿Y mi nombre? ... No aparece por ninguna parte.

HUGO: –Comprenda. El trato al que llegué con el Subsecretario Apold incluye que usted no aparezca mencionado para nada.

ALFREDO: –¡Pero, ¿cómo no va a aparecer mi nombre que soy el que escribió el libro?!

HUGO: –Fue inflexible en eso.

ALFREDO: –¡¿Y ahora me lo viene a decir?! ¡Atorrante! ¡Fayuto!

HUGO: –¡Ya se lo iba a contar!

ALFREDO: –¡¿Cuándo?! ¡¿Cuando salga en libertad?! ¡A lo mejor eso también es verso!

HUGO: –¡Yo nunca le mentí! ¡No hago más que actuar en su beneficio!

ALFREDO se abalanza sobre HUGO. Lo aferra de la solapa con ambas manos.

ALFREDO: –¡Usted no me quiere ayudar, usted me quiere chupar la sangre! ¡Tiene alma de patrón!

HUGO: –¡Largue, que lo van a escuchar los guardias! ¡Mire, se lo suplico en voz baja para no mandarlo al muere!

ALFREDO: –¡¿Qué me importa que me escuchen?! ¡Que me vean amasijando al gran artista argentino! ¡Lindo cuento para contarle a la posteridad!

HUGO: –¡Sosiéguese, Alfredo, por favor se lo pido!

ALFREDO: —¡Sí! ¡Me sosiego, ya me sosiego, pero antes déjeme sacarme las ganas!

ALFREDO lo arrincona contra la pared, le apoya un puño en el pecho y con el otro pareciera que lo va a golpear, pero le arranca el clavel del ojal y se lo lleva a la boca.

HUGO: —No sea chiquilín...

Ambos miran hacia la puerta, dando cuenta de que acaba de aparecer el guardia. ALFREDO suelta a HUGO y retrocede dos pasos. ALFREDO se acomoda la ropa.

HUGO: —Nada de qué preocuparse, amigo. Seguimos con los ensayos.

ALFREDO gesticula, como para acotar algo, pero escupe pétalos. Cierra la boca y traga.

HUGO: —Vaya nomás que yo le aviso.

Ambos se relajan, lo que indica que el guardia se acaba de ir.

HUGO: —Lo salvé de una buena.

ALFREDO: —¿De qué me va a salvar? Yo ya estoy condenado.

ALFREDO se sienta en el camastro, abatido. HUGO le apoya una mano en el hombro.

HUGO: —No se aflija, amigo...

ALFREDO lo aparta con un movimiento brusco del brazo.

ALFREDO: —Me voy a pudrir acá adentro...

HUGO: —Pero no... Cuando se quiera dar cuenta, ya va a estar otra vez disfrutando de la calle. Va a ver.

ALFREDO: —Ayúdeme a escapar. Me lo debe.

HUGO: —¿Está loco? ¿O me está haciendo una broma?

ALFREDO: —Le estoy hablando muy en serio. Si no, cuando usted se vaya, me armo una soga con estas sábanas y me ahorco. O me atraganto con las hojas de su guion, que bastante indigesto ya es.

HUGO: —Salga. No me comprometa...

ALFREDO: —(*Lo aferra del brazo.*) ¡Por favor, Alfredo! ¡No me diga que no! ¡Necesito abandonar esta tumba de criminales o voy a enloquecer!

HUGO vacila un buen instante. Finalmente resopla y asiente. Se empieza a quitar la ropa.

HUGO: —Está bien. Por ser usted.

ALFREDO: —¡Del Carril, viejo y peludo!

ALFREDO también empieza a desvestirse. Ambos se intercambian prendas y se visten con los atuendos del otro.

HUGO: —¿Usted se piensa que el guardia es zonzo? Usted y yo no nos parecemos físicamente en nada.

ALFREDO: —¿No es actor? Haga de mí, que yo hago de usted.

HUGO: —Y suponiendo que su descabellado plan dé resultado, ¿qué va a hacer una vez afuera? ¿Vivir como un fugitivo el resto de su vida? ¡Piense en su familia, en su carrera!

ALFREDO: —Puedo escribir tranquilamente desde la clandestinidad. O mandarme a mudar a México; o, mejor, a Rusia. Y la familia me puede seguir después adonde sea que me asiente.

HUGO: —Los estaría condenando al exilio y al ostracismo.

ALFREDO: —Esas dos palabras son sinónimos. No necesita usar las dos.

HUGO: —¡Ay, el literato!

Los dos terminan de cambiarse. El traje de HUGO a ALFREDO le queda grande. La ropa de preso de ALFREDO a HUGO le queda chica.

HUGO: —Mírenos. Somos dos mamarrachos.

ALFREDO: —(*Hacia afuera, imitándolo.*) ¡Guardia!

HUGO: —Vamos a ser el hazmerreír del Servicio Penitenciario.

ALFREDO: —(*Al guardia.*) Ya por hoy, finiquitamos la faena, mi buen amigo. Si es tan amable de abrirme la puerta, así puedo retornar al petit hotel de Recoleta en el que actualmente estoy morando

HUGO: —(*A Alfredo, al oído.*) No diga que no le avisé.

ALFREDO sale de la celda. Evidentemente, el guardia no sospechó nada.

ALFREDO: —¡Hasta mañana, compañero Alfredo! ¡Ha sido muy grato compartir esta jornada con usted, como siempre! ¡Que duerma bien!

ALFREDO se va. Desaparece en la oscuridad. HUGO se queda observando, atónito. Pasado un instante, recorre la celda, desconcertado. Se sienta en la cama. Toma algunas hojas. Las deja. Pasa la mano por el colchón. Luego por la pared. Se mira la ropa de presidiario. Se pone en pie, en pánico. Recorre la celda como un animal enjaulado. Abre la boca como para decir algo, pero no le salen las palabras. Respira agitado. Se obliga a calmarse. Se sienta en la cama nuevamente. Se encorva de hombros. Es la imagen misma de la desolación. En ese momento, retorna ALFREDO.

ALFREDO: —(Al guardia.) ¡Media horita más, nada más! ¡Me olvidé que faltaba algo! (A Hugo.) ¿Y? ¿Qué se siente?

HUGO: —¿Volvió?

ALFREDO: —Tiene razón. Es ridículo. Y nada propio de mí. Yo soy de enfrentar la que me toca hasta las últimas consecuencias... Además, mírese: No pasaron ni cinco minutos y ya estaba por largarse a llorar.

HUGO: —¡Avisé! Me estaba aclimatando.

ALFREDO: —Devuélvame mis atuendos.

Ambos comienzan nuevamente la operación de intercambiarse las ropas.

HUGO: —No puedo creer que nadie haya notado la diferencia.

ALFREDO: —La sociedad le presta más atención al traje que al hombre.

Terminan de vestirse con sus respectivas ropas. Finalmente, ALFREDO regurgita un clavel y se lo tiende.

ALFREDO: —Tenga. Se lo devuelvo.

HUGO: —(Lo toma y se lo vuelve a poner.) Gracias. ¿Seguimos trabajando? Le dije al guardia que teníamos para media hora más.

ALFREDO: —Y Bueno. Antes de tenerlo parado acá respirando mi aire sin hacer nada, prefiero seguir con este bodrio de libreto suyo.

HUGO: —Sabía que no me iba a dejar acá.

ALFREDO: —Se lo tendría merecido, mal amigo.
HUGO: —Pero amigo al fin.
ALFREDO: —Le dijo la cobra a la mangosta.

Pasan un instante en silencio, cada cual mirando su guion, pero sin hacer nada.

HUGO: —Soy el único que lo viene a ver.
ALFREDO: —Sí. Por interés.

Ambos sueltan los guiones.

HUGO: —Porque lo respeto y lo admiro. De poca gente puedo decir lo mismo. Veo en usted algo de mí.
ALFREDO: —¡¿De mí?! Si somos el agua y el aceite.
HUGO: —Quiera creerlo o no, en el fondo usted y yo no somos tan distintos. Y queremos las mismas cosas.
ALFREDO: —Si es así, ¿por qué yo estoy adentro y usted afuera?
HUGO: —Es cuestión de saber adaptarse, viejo. No queda otra. Yo también tengo mis oscuridades, mis dobleces, como usted dice; así y todo, elijo cada mañana mostrar al mundo mi mejor sonrisa.
ALFREDO: —Para usted es fácil: todo el mundo le devuelve la sonrisa. Yo, en cambio... ¿Para qué todo este esfuerzo que después nadie me va a reconocer? Si hasta el nombre me quieren borrar...
HUGO: —Eso no van a poder hacerlo por más que traten. Un eco de lo que somos se abre siempre paso en medio de todas las voces que nos quieren silenciar a diario. Créame. A usted nadie lo va a poder borrar. Ya lo van a escuchar. Si no ahora, más adelante.

ALFREDO permanece en silencio incrédulo por un instante.

ALFREDO: —Tenía razón.
HUGO: —¿Qué cosa?
ALFREDO: —Afuera hace un día espléndido.
HUGO: —¡Un día peronista! ... ¿No le dije? Y yo acá adentro con usted.
(Toma su copia del guion.) ¿Seguimos?
ALFREDO: —Sigamos.

ALFREDO toma su copia. Ambos se ponen a trabajar.

APAGÓN

PARAGUAYOS DE NIEBLA

—

Gustavo Dos Santos

Gustavo Dos Santos

(1969, Merlo, GBA). Es escritor y docente de las cátedras de Análisis de la Dramaturgia I y II del Profesorado de Teatro de General Madariaga, Buenos Aires. Ha publicado diversos libros de narrativa y poesía. *Todos los monstruos aman a Scarlett* (2016) reúne algunas de sus breves piezas teatrales. Ha escrito también los textos *La ocurrencia* (Mención Concurso de Dramaturgia Teatro Buster Keaton/2019), *Los besacoches* (Seleccionada por la Fiesta del Teatro Independiente Región Sudeste Atlántico del CPTI/2022); *Mamani era Dios, Mamushkao la anteúltima mujer, Deportivo Peckett, Microabsurdeces y otros teatros acotados. Varada* (disponible en www.celcit.org.ar) fue estrenada en el Teatro de La Torre, Pinamar, en 2019, con dirección de Nicolás Olea y se encuentra en escena en Espacio Base (Posadas, Misiones), con dirección de Julia Barrandeguy (Auspicio INT).

“Porque es cierto que las calles hieden,
que hiede el mendigo y la india vieja
que nos habla sin que entendamos nada,
como es cierto, también, nuestra extrema pulcritud.
Y no hay otra diferencia, ni tampoco queremos verla,
porque la verdad es que tenemos miedo,
el miedo de no saber cómo llamar todo eso
que nos acosa y que está afuera
y que nos hace sentir indefensos y atrapados.
(...) Y en el juicio aquél sobre el hedor de América
y sobre la afanosa pulcritud, se halla implícito
el afán de encubrir una ira que nadie quiere ver”.

RODOLFO KUSCH

América Profunda

I.

Un hombre sentado en una silla, con un diario bajo el brazo. Dos hombres y dos mujeres entran, a punta de arma que otro empuña para ordenarlos en fila con la intención de fusilarlos. Ninguno puede mantener su posición y parecen ablandarse sin llegar a caerse. El virtual asesino lucha por acomodarlos. Finalmente, resuelve amontonarlos unos contra otros, formando una pirámide, como leña para una hoguera. Sólo entonces habrá de liquidarlos, de a uno. Mientras tanto, el lector irá asomándose y presenciando las acciones criminales, sin mostrar demasiado asombro o indignación. En off se oirá el siguiente texto:

POR QUÉ SON PELIGROSOS LOS PARAGUAYOS
Y CUÁL ES SU PLAN

En la Guerra que Brasil, Argentina y Uruguay libraron contra Paraguay entre 1865 y 1870 murieron un millón de paraguayos, entre el 80 y el 90 % de la población masculina adulta. Con esta estrategia, Inglaterra desarticuló el exitoso modelo proteccionista paraguayo y aseguró sus intereses económicos colonialistas en la región. A la luz de estos hechos, la venganza guaraní, hoy en proceso, resulta comprensible.

La gran capacidad de resistencia al calor que identifica a los paraguayos viene siendo utilizada por estos con el fin de contaminar el ADN de argentinos, uruguayos y brasileros. El proceso se inicia por contacto con las partículas de niebla sudorosa, a través de piel, ojos y pulmones. Aunque las consecuencias de su ingreso al organismo aún detalladas con rigurosidad, ya se habla de un plan de aislamiento para contener el avance en cuestión.

Sobrepasando los objetivos iniciales, las nubes guaraníes se expanden gradualmente por todo el planeta. En pocos años, se estima, la humanidad entera - en mayor o menor medida- sufrirá modificaciones genéticas provenientes de esta rencorosa estirpe.

II.

Un redoblante marca paso de guerra. Grito en off: ¡Avance! Aparece un SOLDADO, escopeta al hombro. Tras él entra una NIÑA, cargando en brazos un pez casi tan grande como ella. Parece perdida.

- SOLDADO: –¿Una niña en la guerra? ¿A dónde vas con ese pescado?
- NIÑA: –Lo rescaté de la orilla. Las balas pegaban en el agua y él tenía mucho miedo.
- SOLDADO: –Se está pudriendo tu pez...
- NIÑA: –(Negando.) Es el olor de la guerra... ¿No tendrá alguna cosa que él pueda comer?
- SOLDADO: –¡Ese pescado está muerto!
- NIÑA: –No puede ser: yo lo salvé de las balas... Está dormido, no grites...
- SOLDADO: –¿Sos paraguaya?
- NIÑA: –Soy el río...
- SOLDADO: –Valiente sos. Y muy linda. ¿No te da miedo andar por acá? Está lleno de enemigos.
- NIÑA: –No tiemblo.
- SOLDADO: –Ya veo: tus piernas son duras... Me gustan... Decime ‘rojaijú’...
- NIÑA: –¿No ves que soy una nena?
- SOLDADO: –Rojaijú. Decime ‘rojaijú’...
- NIÑA: –No. No te digo ‘rojaijú’. Vos, decime... ¿Cuándo termina la guerra?

SOLDADO: —Falta poco... muy poquito. ¿Me decís ‘rojaijú’? Decime... dale...
decime...

NIÑA: —(*Sorprendida.*) A lo mejor, tenés razón: un poco de olor está
soltando... ¿Me conseguís un fuentón, así lo baño?

SOLDADO: —Yo traigo un fuentón... y me decís ‘rojaijú’...

NIÑA: —Mejor te digo rojaijú, y la guerra termina. No, no: mejor me
vuelvo caminando y me quedo cerquita del río cantando con él.

SOLDADO: —Te conviene decirme ‘rojaijú’.

NIÑA: —¿Me ves temblar?

III.

*Un redoblante marca paso de guerra. Grito en off: ¡Avance! Un HOMBRE y una MUJER
ingresan. Cada uno trae una silla. Se sientan y conversan.*

MUJER: —En esta carta que la sirvienta me manda, además de reclamarme
la plata, me dice que está enamorada de vos. Que a vos te gustaba
cuando ella te decía ‘rojaijú’... ¿Vos le pedías que dijera ‘rojaijú’?

HOMBRE: —¡Jamás!

MUJER: —Entonces, no le vamos a pagar por mentirosa...

HOMBRE: —No te das una idea la manera en que sudaba cuando estábamos
desnudos...

MUJER: —Yo no soy de transpirar...

HOMBRE: —Por eso sigo con vos...

MUJER: —Yo nunca fui de transpirar demasiado.

HOMBRE: —Igual, te digo... no tenía olor feo... Todo el tiempo transpiraba...
cuando bailaba, cuando limpiaba, cuando dormía...

MUJER: —Porque es paraguaya...

HOMBRE: —Obvio que sí... ¿Cuánto le estamos debiendo?

MUJER: —Diez mil quinientos pesos...

HOMBRE: —Llamala y decile que venga, que le voy a pagar. Pero vos andate,
no quiero que te vea y se ponga mal.

MUJER: —Vos sos tan bueno... Pero escuchame... no le pidas que te diga
‘rojaijú’. Me pone celosa.

HOMBRE: —¿Sos loca? ¿Pedirle a una sirvienta que me diga ‘rojaijú’?

MUJER: —Ex sirvienta...

HOMBRE: —Ex sirvienta, tenés razón.

MUJER: —¿Entonces?

HOMBRE: —Entonces, ¿qué?

MUJER: —Entonces, ¿sí?

HOMBRE: —Sí, sí...

MUJER: —No me digas que sí, si después no vas a cumplir tu palabra... No hagas como ella que no sabe decir 'no'.

HOMBRE: —Así son los paraguayos: no los vas a cambiar vos. Son muy serviciales. Los jesuitas tienen la culpa.

MUJER: —Ellos eran así: sometidos, mansitos por demás.

HOMBRE: —Yo he visto a dos paraguayos peleando y parecían dos perros asesinos, no los podían separar.

MUJER: —Siempre dicen que 'sí' para poder confundir. A río revuelto, ganancia de pescadores... Con esa cara de sirvientita boluda...

HOMBRE: —Ex sirvienta...

MUJER: —Ex sirvienta, tenés razón...

HOMBRE: —Mejor, me voy a bañar... Avisame si llega.

MUJER: —Después contame qué más te decía cuando estaban desnudos.

IV.

Un redoblante marca paso de guerra. Grito en off: ¡Avance! Dos hombres entran trayendo un escritorio cada uno. Usan las sillas que dejaron el HOMBRE y la MUJER. Se sientan con postura de obedientes oficinistas. Uno de ellos coloca un cartelito con las iniciales W.E.R. Se muestran ensimismados en la tarea de limpiar cada cual su arma.

EL OTRO: —Jefe...

EL JEFE: —Sí...

EL OTRO: —¿Qué significa W.E.R.?

EL JEFE: —Walter Enrique Ramírez. ¿Por?

EL OTRO: —No sabía. Por eso...

EL JEFE: —No sabías.

EL OTRO: —Jefe...

EL JEFE: —Sí...

EL OTRO: —Los paraguayos se quejan. Toda la noche estuvieron a los gritos.

EL JEFE: —La gente en los calabozos siempre grita... O se calla.

EL OTRO: —Se quejan del frío.

EL JEFE: —¿Del frío? Que se jodan. En Paraguay hace calor: se hubieran quedado allá. Haceme un favor: hacete unos mates...
EL OTRO: —Lo tengo listo.

EL OTRO sale y regresa enseguida con un mate y un termo.

EL JEFE: —¿Qué me das? ¿Me estás jodiendo? Esto es tereré. Está helado.
EL OTRO: —Uh... Le erré de termo. Le llevé a los paraguayos el agua caliente. Ya vengo.

EL OTRO sale y regresa rápidamente. Está asustado.

EL OTRO: —Jefe...
EL JEFE: —Sí...
EL OTRO: —De no creer lo que pasó.
EL JEFE: —¿Qué pasó?
EL OTRO: —Con el agua caliente, los tres se evaporaron...
EL JEFE: —¡Tocá alarma, carajo!
EL OTRO: —No tenemos alarma.
EL JEFE: —Toca alarma. Si no van a decir que se fugaron y ni siquiera nos enteramos... Ahora, decime vos ¿con qué necesidad se escapan? Hacerse nube para jodernos. Al final, son kamikazes.
EL OTRO: —¿Esos no eran japoneses?
EL JEFE: —...
EL OTRO: —Yo también me hubiera evaporado. Todo es preferible a una muerte traicionera. ¿Por qué había que matarlos de esa forma?
EL JEFE: —¿Por la Guerra, decís? ¿Y a vos quién te dijo esa burrada?
EL OTRO: —La gente.
EL JEFE: —¿La gente?
EL OTRO: —La gente...
EL JEFE: —La gente...
EL OTRO: —La gente dice que usted es paraguayo, por ejemplo...
EL JEFE: —Se te habrá escapado.
EL OTRO: —... que usted se llama Walter ‘Enciso’ Ramírez... que su madre es paraguaya... y que usted no lo sabe, o lo sabe y se hace el boludo.
EL JEFE: —¿Mi madre?
EL OTRO: —No. Usted... que usted se hace el boludo.

EL JEFE: —¿Qué mi madre es paraguaya? Ni siquiera tuve madre... Tan pobres éramos mis hermanos y yo... Una chaqueña nos crió... Nos daba agua con guante de goma... mamábamos de ahí como guachos... tan sufridos fuimos apenas nacidos...

EL OTRO: —Jefe...

EL JEFE: —Sí...

EL OTRO: —¿No está transpirando muy mucho?

EL JEFE: —No habléis pavadas, ¿querés? Andá a seguirle el rumbo a los paraguayos...

EL OTRO: —¿Qué?

EL JEFE: —¡Que te vayas!

EL OTRO: —No le entiendo... ¡Está hablando en guaraní!

EL JEFE: —¡¿Pero acaso no te he dicho que he nacido en Formosa?!

EL OTRO: —¡Está hablando en guaraní! ¡Paraguay!

V.

Un redoblante marca paso de guerra. Grito en off: ¡Avance! Entran dos. UNO lleva a otro en silla de ruedas. Al llegar, el de la silla se levanta y desarrolla una rutina de ejercicios físicos. El otro lo acompaña elongando y trotando en el lugar.

UNO: —Catorce días estuvieron bailando en un galpón. Dicen que eran como tres mil paraguayos. ¿Vos sabés la temperatura que habrán levantado?

DOS: —A mí me dijeron cinco mil...

UNO: —No. No puede ser. Yo lo vi por Internet. Ahí no entraban cinco mil.

DOS: —¡Y no pudieron agarrarlos!

UNO: —Son muy bichos... Eso pasa... Están atentos a todo, como animales salvajes... Mirá que los van a agarrar.

DOS: —Tienen cara de no entender nada, pero te acuestan de vuelta y media como los chinos...

UNO: —Ah, no vas a comparar con los chinos: nunca estuvimos en guerra con ellos.

DOS: —A Inglaterra llegaron dos barcos cargados de paraguayos.

UNO: —Y sí... tienen miedo que los maten. Pero allá vas a ver que se mandan alguna, también. La verdad, ya no me quiero enroscar. Están todo el día con el asunto de la niebla paraguaya...

- DOS: —¿Y no te parece importante?
- UNO: —A mí me gusta venir al parque tranquilo. Y eso que acá es donde más niebla se junta.
- DOS: —Yo no puedo dejar de pensar. Vivo lavándome las manos con alcohol...
- UNO: —Mirá si mañana te hacés un análisis y te dicen que estás contaminado.
- DOS: —Si me da positivo, te aviso. Por hoy, basta... Me voy... Allá viene un colectivo. Vos llevate la silla.
- UNO: —Pará que te acompañe, ayúdame...

VI.

Un redoblante marca paso de guerra. Grito en off: ¡Avance! Entran el HOMBRE y la MUJER con sus sillas. Continúan conversando.

- MUJER: —No había batata, traje mandioca...
- HOMBRE: —¿Mandioca? Y cómo la vas a preparar...
- MUJER: —La voy a hervir como si fuera batata...
- HOMBRE: —Mejor me voy... la mandioca no tiene gusto a nada...
- MUJER: —¿A dónde te vas?
- HOMBRE: —A comer algo como la gente, por ahí...
- MUJER: —No te vayas. Si querés le digo a ella que cuando venga nos cocine; que le vas a pagar, si nos cocina algo rico primero. ¿Qué te parece?
- HOMBRE: —No. Ya te dije que es mejor que vos no estés.
- MUJER: —Le digo que venga, que te cocine la mandioca, y de paso le pagás. Y yo me voy a comer a otra parte. ¡Solucionado! O, mejor, para no gastar, doy unas vueltas por ahí y después vuelvo.
- HOMBRE: —Puede ser... ¿Qué quería el tipo con el que hablabas hace un rato?
- MUJER: —Me dijo “soy ciego”.
- HOMBRE: —¿Te dijo “soy ciego”? ¿Y qué quería?
- MUJER: —Tiene una silla de ruedas en venta. Necesita viajar a Inglaterra...
- HOMBRE: —¿No sería un paraguayo?
- MUJER: —No creo. Parecía normal.
- HOMBRE: —Los paraguayos se están yendo a Inglaterra.

- MUJER: —Puede ser que se lleven esta niebla...
- HOMBRE: —No sueñes. La niebla se hace nube, la nube se hace lluvia. La lluvia es agua. ¿Te das cuenta? Con el agua, te bañás, cocinás,... Un simple vaso de agua tiene el sudor de esta gente.
- MUJER: —No quiero ponerme a pensar... *(Cambiando de tema bruscamente.)* ¡Que ella que sabe, cocine la mandioca! Pero escuchame. ¡No aproveches para pedirle que te diga ‘rojaijú’!
- HOMBRE: —Andá tranquila.

VII.

Un redoblante marca paso de guerra. Grito en off: ¡Avance! Entran dos. Uno de ellos se saca la camisa, las medias y las zapatillas. Pone dos sillas a la par y se acuesta. El otro es médico y lo ausculta.

- PACIENTE: —Doctor, digamé la verdad.
- DOCTOR: —Quedate tranquilo... no tenés nada raro...
- PACIENTE: —Estoy seguro de que la niebla me impregnó las zapatillas... Iba a ponerme las de cuerina. Pero, no sé. Me olvidé. ¿Seguro que no estoy...?
- DOCTOR: —No tenés nada en los pies... si vieras los míos... Si podés, usá zapatos... Por lo menos hasta que el tema de la niebla termine...
- PACIENTE: —¿Puedo correr con zapatos?
- DOCTOR: —Obvio. Pero ponete las plantillas que te di. Lo importante es que hagas ejercicio. Mientras estés transpirando evitás que la niebla te afecte. Y apenas llegás a tu casa, te bañás. Con agua fría, ni se te ocurra usar la caliente. Juntas coraje y te duchás.
- PACIENTE: —Coraje me sobra. El otro día me golpearon la puerta dos paraguayos. ¡Justo! Me puse loco. Querían agua para la obra... porque al lado de casa están construyendo. “¡Una paliza les voy a dar!”, les grité. Eran gigantes, dos roperos, pero usted ni se imagina. A uno le di tantos manguerazos por la espalda que parecía una cebra. Y al otro, directamente, lo ahorqué.
- DOCTOR: —¡Decime que no lo tocaste!
- PACIENTE: —No. Ni loco. Con la manguera lo asfixié.
- DOCTOR: —Bien hecho.
- PACIENTE: —¡Paraguayos de niebla!

DOCTOR: —¡Paraguayos de niebla!

VIII.

Un redoblante marca paso de guerra. Grito en off: ¡Avance! Entran un HOMBRE y una MUJER. Ponen las sillas a la par, mirando al público. Sentados, sus cuerpos se mueven, arrastrados por la inercia del colectivo en el que viajan.

HOMBRE: —Nada se ve...

MUJER: —¿Quién maneja?

HOMBRE: —Por la cara es paraguayo.

MUJER: —Mirá cómo transpira... mirá la cara de pervertido que tiene...

HOMBRE: —La piba, la que subió con el viejo en silla de ruedas, le habló al oído al chofer...

MUJER: —¿Ellos también serán paraguayos o qué?

HOMBRE: —Seguro: la silla de ruedas parece alquilada en Asunción...

MUJER: —Sí, a mí también me pareció que esas ruedas no eran de acá...

HOMBRE: —Son ruedas paraguayas...

MUJER: —El viejo es ciego, o se hace el que no ve...

HOMBRE: —Recién miró a la piba y le dijo algo...

MUJER: —¿Decís que ve?

HOMBRE: —Yo creo que, al que maneja, lo conocen...

MUJER: —¿Dónde están?

HOMBRE: —Adelante, atrás del chofer... Creo... yo mucho no veo... qué niebla de mierda...

MUJER: —¿Cuántas piernas tiene el chofer?

HOMBRE: —¿Qué?

MUJER: —¿No le ves cuatro piernas?

HOMBRE: —No, no le veo. No le veo.

MUJER: —¿Qué dijiste?

HOMBRE: —Que no lo veo... No lo distingo...

MUJER: —¿Pudiste ver que ella movió los labios, que dijo algo?

HOMBRE: —Me parece que ella está sentada en las piernas del chofer...

MUJER: —¿Y el viejo?

HOMBRE: —El viejo tiene un pescado en la mano... No mirés... te va a impresionar...

MUJER: —¿El pescado?

HOMBRE: —No. Lo que la piba está haciendo...

MUJER: —¿La ves? ¿Podés verla?

HOMBRE: —No. Pero puedo imaginarlo.

MUJER: —¡Qué asco dan!

HOMBRE: —Levantá los pies, que te vas a mojar hasta las medias...

MUJER: —¡Qué manera de transpirar esa gente! ¿Tan rencoroso puede ser un hombre? ¡Cien años largos ya pasaron de la guerra! ¡Se te hizo tarde, hermano! Pero, ¡no! Ahí los tenés, ¡Listos para jugar la revancha! ¡Qué antojo! ¡Hay que ser rencoroso!

HOMBRE: —Levantá, levantá... ¡Esto es una laguna, chofer!

IX.

Un redoblante marca paso de guerra. Grito en off: ¡Avance! Entran EL JEFE y EL OTRO con sus escritorios a cuestras. Se sientan y limpian sus armas.

EL JEFE: —Escuchá cómo me quieren.

EL OTRO: —¿Qué dijo, jefe?

EL JEFE: —Escuchá cómo gritan mi nombre: ¡WER, WER, WER!

EL OTRO: —No es su nombre: son paraguayos de Inglaterra, preguntan por los tres que se volaron ayer. “¿Where? ¿Where? ¿Where?”. “¿Dónde están?”, nos preguntan.

EL JEFE: —Son peor que la langosta... ¡Paraguayos de niebla! ¡No va a quedar ni uno!

EL OTRO: —¿Ha visto a ese viejo que anda vendiendo la silla de ruedas?

EL JEFE: —No...

EL OTRO: —Me regaló a la hija... pero es paraguaya...

EL JEFE: —¿Y qué vas a hacer?

EL OTRO: —(Corrige.) ‘¿Qué vengo haciendo?’ será... hace un año que vive conmigo...

EL JEFE: —¿Estás loco?

EL OTRO: —Cada vez que le doy carne, me susurra ‘rojaijú’... Le nace de puro agradecida... En Paraguay, vivía a fideo y mandioca... Buenita es la piba. Y yo casi estoy enamorado.

EL JEFE: —¡Pero es paraguaya!

EL OTRO: —Por eso me dice ‘rojaijú’. El asunto es que ayer me trajo un chico...

EL JEFE: —¿Cómo “un chico”? ¿Un machito?

EL OTRO: —Una criatura. Me dijo que quería criarlo conmigo.

EL JEFE: —¿Tiene nombre?

EL OTRO: —Yo quisiera llamarlo como usted.

EL JEFE: —Un orgullo para mí... Y que sea con suerte...

EL OTRO: —Así será... Aunque estos días no hace más que llorar... Y yo no le entiendo en su llanto... Pero ella le habla y le entiende...

EL JEFE: —Ella sí...

EL OTRO: —¿Será que el niño llora en guaraní?

EL JEFE: —Mala suerte, che... mala suerte.

X.

Un redoblante marca paso de guerra. Grito en off: ¡Avance! Entran el HOMBRE y la MUJER. Se sientan y conversan.

MUJER: —Ya le dije que venga... la llamé... y le hablé más suave que nunca... Después no digas que no pongo voluntad...

HOMBRE: —Sabés que ahora que me decís lo del ciego que te habló por teléfono, el de la silla... ¡Yo soñé que te llevaba a pasear en una silla de ruedas! Y a cada rato me decías ‘rojaijú’... Y hacíamos el amor... Y transpirabas como... como ella cuando baila o cocina o está conmigo... Y es raro: vos no sos de transpirar... vos sos limpita... seca sos... siempre fuiste bastante secota... ¿Me escuchás? Vení acá...

MUJER: —¿Qué decís? No te entiendo...

HOMBRE: —No sé qué me daba más miedo... si la silla de ruedas o que tuviéramos sexo a cada rato y que vos te parecieras a ella... *(Confundido.)* No. No era eso. Me daba miedo que vos fueras como vos... que no te parecieras a ella ni un poco. Y yo seguía empujando la silla para que ella volviera y ocupara tu lugar, sentada en todas partes. Lo que pasa es que ya no podías bailar. Vos eras como ella, pero apenas te movías debajo de mí. ¿Qué es ese olor?

MUJER: —¿Te conté que le hablé? Viene en un rato... No sé por qué tiene la manía de enviarme cartas si vive a unas cuadras... Estoy haciendo pescado... Yo creo que la mandioca va a estar más

sabrosa si la comés con el pescado... Bah, no sé... Preguntale a ella, que ella sabe...

HOMBRE: -Sí, ella sabe.

XI.

Un redoblante marca paso de guerra. Grito en off: ¡Avance! Entran los dos que estaban en el parque haciendo ejercicios. Ahora va empujando la silla de ruedas el que antes iba sentado.

DOS: -Qué colectivo de mierda.

UNO: -¿Viste la cara del viejo?

DOS: -Sí. Para mí que era ciego.

UNO: -¿Y la piba que estaba sentada al lado de él?

DOS: -Parecía la hija, o la novia.

UNO: -*(Lascivo.)* No tener una novia como ella...

DOS: -Era linda, pero me juego a que eran paraguayos.

UNO: -Muy linda.

DOS: -¡Y el viejo, ciego!

UNO: -Transpiraban como dos animales.

DOS: -Me di cuenta porque el piso era un enchastre.

UNO: -Igual era linda.

DOS: -Sí. Muy linda.

UNO: -Empujá con más ganas, que yo te llevé sin protestar.

DOS: -Tanta gimnasia me cansó. *(Inspeccionando el ambiente.)* Ya está armándose niebla.

UNO: -¿Cómo dice la zamba? “Es bandera de niebla su poncho al viento...”

DOS: -¿Qué poncho?

UNO: -Un poncho... cuando la niebla va de acá para allá con el viento...

DOS: -No te entiendo... ¿En qué idioma estás hablando?

UNO: -Dije “Poncho”. ¿Qué parte no entendiste? Casualmente, los ingleses se robaron todo el algodón que pudieron de Paraguay... ¿sabías?

DOS: -¿Qué decís? Hablá en criollo, carajo. ¿Me dijiste ‘rojaijú’? ¡Pará la mano!

UNO: -¿Sabés quién me vendió esta sillita de ruedas? Un ciego... más raro era el tipo... se reía todo el tiempo... decía dos o tres palabras y se reía...

DOS: —Me pica la cara... ¿No me habré contaminado, carajo?

UNO: —Se iba a Inglaterra... no sé... creo que era paraguayo... ¿Qué hacés? ¿Te rascás? ¿Bailás? Me das risa... Las cosas que uno hace en la niebla... ¡Eso mismo dijo el tipo! Las cosas que uno hace en la niebla... ¡Más raro!

XII.

Un redoblante marca paso de guerra. Grito en off: ¡Avance! Entran el HOMBRE y la MUJER. Conversan sentados.

HOMBRE: —Tuve suerte en el garaje. Pegado a mí, llegó un tipo apurado. “No hay lugar”, le explica el pibe, que hablaba con acento chaqueño o paraguayo. Pero el otro le insistió: “Vengo toda la semana; hoy que es sábado ¿ya no soy más cliente?”. “Amigo, no hay lugar”, repitió el paraguayo. “Vos no sos mi amigo, ¡paraguayo de niebla!”, soltó caliente el otro tipo y se fue. “Rajá de acá”, remató el paraguayo. Ya no se puede andar en la calle. Todos andan muy locos. No sabés: el viaje en colectivo fue un desastre. Llegué hecho un asco a la oficina. Puro barro en los pies.

MUJER: —No te preocupes, le digo a ella que te limpie los zapatos. Pero pagaleni bien llegue porque, si no, no se mueve.

XIII.

Un redoblante marca paso de guerra. Grito en off: ¡Avance! Entra EL OTRO, sin EL JEFE. Se sienta y le habla para un oyente imaginario, sentado a su lado.

EL OTRO: —A la hora de la siesta no anda nadie en las calles... Cincuenta grados y más sabe hacer... ¡Caminar al sol es imposible! Cómo no van a ser sufridos. Se te seca el cerebro con semejante temperatura. Una vez me crucé con un viejo que andaba a los gritos. Estaba ciego y empujaba una silla de ruedas vacía. A los gritos iba: “¡Nos robaron el río! ¡Somos la gente del río, carajo!”, gritaba... Al pedo andaba al sol. Un charco iba dejando... Te digo que es cosa de creer o reventar cómo transpiran. Era igual a un viejo que me crucé el otro día allá en el centro. No

te conté. Quería venderme a toda costa su silla. Casi, casi le pregunto si nunca había estado en Paraguay. ¡Una cara tenía! Lo acompañaba una pibita con un pescado de goma. Como esas lauchas que parecen de verdad. Un pescado. No me sacaba los ojos de encima la piba... y ¿vos podés creer que el viejo se evaporó? Así... ¡flush! Quedó la ropa tirada en el suelo... una mugre traía en las pilchas... pasaba gente a lo pavote, pero nadie le dio bola. Al final, me traje a casa a las dos: a la silla y a la piba. Y de pasada compré mandioca. En Paraguay la probé y desde entonces, no paré... Además, que el kilo vale dos pesos... La piba no la quiere ni ver: me pide carne... carne... ¿te das cuenta? ¡Todo al revés! A veces no se puede y no se puede. Yo le digo: “hoy no hay carne” y la tipa se queda mansita. Ahora, el día que da para un churrasco, se pone contenta y me dice ‘rojaijú’. Qué se yo. Por lo menos no estoy solo.

XIV.

Un redoblante marca paso de guerra. Grito en off: ¡Avance! Entra EL JEFE WER en silla de ruedas. La NIÑA del Pez lo va empujando.

EL JEFE: —Y después de la Guerra nos robaron el río... Con una cuchara lo vaciaron, me dijeron... ¿Qué le costaba a la nena decir ‘rojaijú’? Claro, ella sólo le quería salvar a su pescado, que ya estaba sin vida. Estúpida niña. Y a mí, Walter Enciso Ramírez, me ha tocado descubrir que mi madre es paraguaya... Yo, que perseguí guaraníes hasta verlos evaporarse, que he dedicado mi vida a conocer todas sus mañas y torpezas... ¡Ay, de mí! Por eso y sólo por eso me he arrancado los ojos. Algunos dicen que tanto coraje a mi edad, ya no era necesario... Menos mal que me queda la silla... y la piba que me empuja como un buey... Su boca crecida para decir ‘rojaijú’. ¿Es que había mejor recompensa para esquivar la venganza de estos indios? ¡Cómo iba a imaginar que yo paraguayo también! ¡Nos robaron el río! ¡Malditos!! Una guerra nos lantaron para dejarnos sin sangre... y ahora el río nos corre por las venas... Recuerdo los pechos de mi madre, su pobreza, y el agua que bebíamos, porque leche no había ya en

ella... sedientos como guachos, saciados a golpes de rocío y teta falsa... Curtidos como la tierra agrietada... No es justo... No es justo. Escondan todo el algodón, que allá vienen los ingleses... ¡Transpiren! ¡Transpiren! (*A la Niña.*) ¿Vos me entendés? ¡A quién le hablo yo, también! Uno habla y ya cree que lo están escuchando... (*Intempestivo.*) Me da una risa... Dame, querida, que te llevo el pescadito... Mirá cómo estás transpirando otra vez.... Sí, ya sé... yo también... Decime ‘rojaijú’... así... otra vez.... Sí... Otra vez...

XV.

Un redoblante marca paso de guerra. Grito en off: ¡Avance! Entra el SOLDADO, inspeccionando la escena con excesiva atención. La NIÑA deja al JEFE en su silla de ruedas, en el fondo y al volver, abrazada a su pescado, se topa con el SOLDADO lascivo.

- SOLDADO: —Nena... vos... no deberías andar solita por acá. Es peligroso. La guerra está terminando y hay mucho soldado argentino volviendo. ¿Por qué no vas con tu papá o con tu hermano?
- NIÑA: —Todos murieron peleando... Ya casi no hay hombres.
- SOLDADO: —Si me seguís a mi país, yo puedo cuidarte.
- NIÑA: —No hace falta: él me protege...
- SOLDADO: —¿Tu pescado? ¡Ja! Pensá un poco: en unos años vas a querer tener marido y no vas a encontrarlo...
- NIÑA: —(*Abrazando a su pez y cerrando los ojos, feliz.*) Con él me voy a casar y vamos a tener muchos hijos...
- SOLDADO: —Un pescado no puede vivir afuera del agua, por eso está muerto.
- NIÑA: —Si él no puede vivir en la tierra, yo me voy a vivir en el río con él.
- SOLDADO: —Vos de acá no te movés. ¿Qué río ni que río? La guerra aún no acabó y vos sos mi prisionera...
- NIÑA: —¡No me toques!
- SOLDADO: —¡Ay! ¡Mierda! ¡Me mordiste!
- NIÑA: —Te dije que él me protege.
- SOLDADO: —Qué mala te ponés y qué linda... ¿Qué puedo hacer para que digas ‘rojaijú’?
- NIÑA: —Volvete a tu tierra. Y cuando llegues allá, mandame carta y yo te juro que te grito ‘rojaijú’ con toda el alma.

- SOLDADO: —¡Paraguayita tramposa! ¿Sabés por qué no me gustás? Porque sos pura agua... ¡No parás de transpirar! Nunca vas a casarte.
- NIÑA: —Voy a casarme y te voy a invitar.
- SOLDADO: —No voy a venir.
- NIÑA: —¿Te vas a perder la sopa? Es de buen paraguayo comer sopa en casamientos.
- SOLDADO: —Yo no soy paraguayo. ¡Y mirá que sos bruta! La sopa no se come: se toma.
- NIÑA: —La sopa paraguaya se come, ¡ignorante! Pero vos podés venir con tu cuchara, si te hace feliz.
- SOLDADO: —Ni en pedo voy a un casamiento paraguayo con cuchara. Voy a venir con cuchara a vaciarte tu río. Por más que llores y transpires como yegua, sequito va a quedar, vas a ver...
- NIÑA: —La guerra ya terminó: no es justo. ¡Andate vos, con tu cuchara de mierda! Los ojos vaciate con ella...

XVI.

Un redoblante marca paso de guerra. Desde el fondo hacia el proscenio, lentamente aparece el JEFE WER en su silla de ruedas, gritando: ¡Avancen! Se detendrá para ponerse de pie, recitando con tono exageradamente épico.

- EL JEFE: —Y ahora, que todos vuelvan a sus casas / Que coman mandioca, que traguen chipá / Que no haya más agua y tengan sed / Que varones y mujeres susurren ‘rojaijú’ para encontrarse / Que la guerra termine de una vez / Que la nena tenga padre y hermanos / Que nadie seque nuestros ríos con cuchara o tenedor / Que esas nubes ahoguen Inglaterra para siempre / Que el hombre no mate al hombre / Que el mundo se vuelva paraguayo / Que me crezcan los ojos otra vez / Y a ustedes / A ustedes... / A ustedes, también. / A ver si aprenden a ser buena gente / Y nos piden perdón. / ¡Transpiren! / ¡Transpiren, carajo! / No aflojen, ¡mis paraguayos de niebla! (*Perdiendo el tono elocuente, se sienta y se vuelve intimista.*) Y yo no sé, linda estaba, justo salía del baño y la veo a la piba, la carne blanquita, recién bañada, como Dios la trajo al mundo, pero más desarrollada. Y qué iba a decirle, qué iba a hacer un viejo paraguayo en silla de ruedas. Me puso

rojo la fiebre, rojo, rojo... Y como soy un soldado cumplí con el deber de transpirar para afuera, a lo macho. Así fueron las cosas. De caliente nomás que me puso... la miraba cambiarse en la pieza y parecía que iba a llover. Una niebla tremenda me salía, que caminaba por toda la casa y después se perdía allá afuera... *(Feliz.)* Y la piba se reía, como mirándole los ojos muertos a aquel desgraciado que la engendró por la fuerza. *(Permanece pensativo. Luego, al público.)* ¿Que nos pidan perdón? ¿Quién mierda va a pedirnos perdón con este asunto de la niebla? Qué quilombo... Como dijo mi sargento, malherido y temblando de frío: “¡Por fin refrescó, ya estaba cansado de tanto transpirar!” *(Lanza al aire un sapucaí y recorre la escena con su silla, contento sin motivo. Entra la Niña a buscarlo y salen de escena los dos.)*

FIN

**O JUREMOS
GLORIETA MORIR**

¡TRANZOMBIES
PATRIOTAS
RECONQUISTAN
BUENOS AIRES!

—

Carlos Oscar Di Lorenzo

O JUREMOS GLORIETA MORIR

¡TRANZOMBIES PATRIOTAS

RECONQUISTAN BUENOS AIRES!

(Site-specific en siete glorietas de la Ciudad de Bs. As.)

Carlos Oscar Di Lorenzo

Coordinador de Proyectos en FUNDACIÓN X LA BOCA.

Guionista de Cine y TV egresado de ENERC en 2005.

Posgrado “TELEVISIÓN ARGENTINA. NUEVAS NARRATIVAS, AUDIENCIAS Y POLÍTICAS PÚBLICAS” organizado por: Observatorio del Sector Audiovisual/UNQ/UNLP/UBA - 2014.

Seminarios de dramaturgia y dirección con Eduardo Rovner, Daniel Veronese, Alejandro Tantanián y Emilio García Wehbi.

Ganador de ProTeatro 2022 con la obra *El público*.

Ganador de Visuales Sonoras y Artistas Boquenses, GCABA 2021.

Ganador de ProTeatro 2019 con la obra *Las Cautivas*.

Autor y director del Proyecto *Sandy*, Site-Specific ganador y parte del *Laboratorio 4x4*, de @queridaelena teatro 2019.

Guionista de Cine y TV de *Viento sur*; Nominación MARTÍN FIERRO MEJOR UNITARIO (APTRA, 2015) AméricaTV, 2014.

Becado en el 1er. Encuentro Iberoamericano de Escritores Cinematográficos en la Ciudad de México, 2011.

1.

Copan la glorieta varias personas con diferentes remeras de la selección argentina, bombos, vuvuzelas y cotillón del mundial, cantando y festejando. Todxs tienen los ojos blancos. Lucen como zombies que el apocalipsis encontró en sus ropas de fanáticos de camino o de vuelta de un partido.

¿Hola?

Hola...

Hola, hola, hola...

Hola, Hola...

Hola...

Hola, sí, sí, hola, hola.

Hola, sí

Hola...

Hola, hola, hola...

Hola, Hola...

Hola...

Hola, sí, sí, hola, hola.

Hola, sí

Hola...

Bueno, ahora sí,

Hola.

Mi nombre es Tatiana República Gracia San Martín.

Y vengo a proponerles un sueño:

¡Yegua!

¡Gato!

¡Chanco pato jerbo surubí!

Agarrame que la mato.

¿Oís?

¿Oís los cantos de Mayo?

¿Ke'?

¡Kuka!

¡Globoluda!

¡Devolvé la que te fugaste, gato!
¡Se robaron todo!

¡Cerebroooooo!

Los hermanos sean unidos
porque ésa es la ley primera
Si no se unen ellos
los devoran los de afuera
Una vez un compañero
de la facultad me prestó
una edición del Martín Fierro
que nunca recuperó

Era un libro como de 60,
70 centímetros de largo,
con la cubierta dura,
de tela azul oscura
y el título grabado
con letras en dorado.
Las hojas eran gruesas
y hacían el mismo grueso ruido.

Al pasarlas de a una,
cortaba el aire el zumbido.
Adentro impresionaban
increíbles ilustraciones.
Lo vendí por dos mangos
con otra tanda de ediciones
en una librería de la calle Corrientes.
Hasta hoy lloro esos libros.

¿Por qué?

¿Por qué qué?

¿Por qué los vendiste?

Porque no tenía para comer.

Hubieras vendido otra cosa
Qué sé yo
Rosas en las esquinas
Tu cuerpo
Fragancias, Carilinas.
Se me ocurren tantas cosas.
No puedo dejar de pensar en las rosas.
¿Ha de ser por las espinas?

¡Agarrame! Agarrame que la mato
Te corto te pincho te mato
Le corto la lengua la quemo me escapo
Mientras homenajeo a Babasónicos
y a Cacho.

Si te agarro con otro
Te mato
Te doy una paliza
Y después me escapo

¡Borracha!
¡Tibia!
¡Gorila!
¡Ornitorrinca estúpida mamélida mendiga!

¡Eeehhh, che!
Medio que te estás pasando un cacho...

Si te agarro con otro
Te mato
Te doy una paliza
Y después me escapo

Pasaron cosas, perdón.
Tenés razón, perdón,

me clavé alto viaje
me re copé con el personaje
Y me dejé llevar
Nunca fue mi intención
Provocar ningún desmadre
Ni herir cualquier corazón.

Acabada la función
Trataré de sopesar
Cada palabra que he dicho
Y si es necesario te escribo
No quiero que un resquemor
Se te atravesase en la gola
Y cualquier día sin esperarme
¡Saz! Me...

Noooo, todo bien.
Aunque seas un poco cursi,
te entiendo.
Tampoco tanto espamento.
No nos pongamos violentos.
Sólo eso.
Pues ésta no es ocasión
Para andar metiendo miedo,
Angustia, rabia u opresión.
¿Violentos?
¿Qué dice, señora?

Sí, sí, tranqui
Con todo esto del site-specific,
¿Viste? Es mi primera vez.
No volverá a suceder.
Vos no te preocupés
Que si me pongo violento
Me hacés la seña del dos.

Tira un beso.

Y se me va con el viento.

Dale, gracias.

Entredientes.

Chupame la pija.

¿Perdón?

¿Qué?

¿Qué dijiste?

Nada.

¿Nada?

Nada.

¿Seguro?

Nada.

Acá venimos a celebrar la Patria, eh...

Nada de grietas, por favor.

Nada de grietas ni tretas

Ni giles con mala intención.

No te hagás el bravucón.

Que al toque te hacemos pollo.

La Patria la hacemos todes,
ricos, pobres, mansos y sotretas.

¡Traviesa!

¿Perdón?

Nada, nada.

Con la grasa que chorreás
Puedo hacerme una hamburguesa

¡Pero por favor!

Cara de pato
Cuerpo de lavarropas

Se cuelgan de mis tetas

Nada de grietas.

Para nada.
Ni la más mínima fisura,
no te preocupés, locura.
Que no pasa Naranjú.
Fijate bien dónde estamos
Mirá vos tanto esplendor
No da para andar peleando
Sino para contemplar el sol.

¡70 años de peronismo!

¡Meee cacho en die!

Hay tumulto entre la gente
Se ha cortado la corriente
Los traviesos aprovechan la ocasión
Pero todo se ilumina
Y empezó la silbatina
Al jurado que a 'un' travesti coronó

¡SIC!

¡Cerebroooooo!

Apáguenmele el micrófono
a la tía borracha,
háganme el grandísimo favor.
Que va a terminar el show
Revoleando la bombacha.
La Patria...
¿Qué es la Patria?

¿La Patria es el otro? ¿La Patria contratista?
¿La Patria equilibrista narcisista futbolista?
¿La Patria entangada hasta el coxis
en los bosques de Palermo?
La Patria quemada y tirada en un zanjón.
¿La Patria es la calle, la orilla, el cordón?
¿De quién es la vereda?
¿Mía, tuya, de aquella, del señor, me amaaaar?
¿Por qué no es la Matria?
¿Qué sentido tiene decir
“la Madre Patria”?
¡Qué contradicción!
¿Maradona o Messi?
¿Moria o Susana?
¿Clarín o Página?
¿Salteña o tucumana?
¿Batata o membrillo?

Siempre tan binaries, ¿no?

Después de todo, una pipa es una pipa
Y un vigilante es un vigilante.

Vos me vas a disculpar.
Pero ahí te tengo que interrumpir.
No sólo por diferir.
Te olvidaste de rimar.

¡La madre de Dios!
¡Te dije que le apagués el micrófono!

El vigilante era una combinación
de queso y membrillo,
que a principios de 1920,
en una fonda de Palermo nació.
Los tipos fueron bien pillos
ofrecían un postre rico,
barato, práctico, sencillo,
que se hizo muy popular entre los milicos.

De una comisaría cercana,
Se podía comer de parado
y sin cubiertos
en el medio de sus rondas,
rapidito, sin tomarse mucho tiempo.
Con el tiempo,
se hizo extensivo al dulce de batata.
Pero no salgás con pataratas.

Si es lo que dije.

No.

¡Sí! Exactamente.
Definitivamente.
Dije literalmente, explícitamente, detodocosamente:
“Un vigilante es un vigilante.”.
Pero no es lo que quisiste decir.
Quisiste decir que un vigilante
podía ser igual con batata o con membrillo.
Y no es así, originalmente
Lo he dicho y te lo repito:
es con membrillo.
Como me faltan dos versos
Los completo rápidamente.

¿Qué es eso “detodocosamente”?
También se dijo en algún momento
que Belgrano era homosexual.
Es feo eso, eh.

¿Pero por qué es feo?

Porque era un patriota.

Guarda que en la mesa somos mayoría.

¡Tu tía!

¿Qué mesa?

Nada de grietas.
¡Caretá!

¿Qué mesa?

Se cuelgan de mis tetas.

Originalmente, el himno tenía errores
de imprenta y de ortografía.

¡Tu tía!

Pero eso no es lo más importante.
Originalmente, el himno tenía nueve estrofas.
Y hoy no las conoce nadie,

Ni tu madre.

Ni tu tía.

Se redujo a dos estrofas

Y el estribillo.

Qué desperdicio, ¿no?

¡Gracias, Roca!

¡Cerebroooooo!

Antes, los únicos maricas conocidos eran los porteros de los quilombos. Ahora me cuentan de Fulano o Mengano, gente bastante conocida, como incluidos en la categoría de los invertidos. ¡Y no les cuento en Europa! Aparecen con toda desenvoltura en los ambientes más refinados.

ESTROFA 1

¡Oíd, mortales!, el grito sagrado:

¡libertad!, ¡libertad!, ¡libertad!

Oíd el ruido de rotas cadenas
ved en trono a la noble igualdad.

Se levanta en la faz de la tierra
una nueva gloriosa nación.

Coronada su sien de laureles,
y a sus plantas rendido un león.

CORO: Sean eternos los laureles
que supimos conseguir:
coronados de gloria vivamos,
o juremos con gloria morir.

2.

¿Hola?

Hola...

Hola, hola, hola...

Hola, Hola...

Hola...

Hola, sí, sí, hola, hola.

Hola, sí
Hola...
Hola, hola, hola...
Hola, Hola...
Hola...
Hola, sí, sí, hola, hola.
Hola, sí
Hola...
Bueno, ahora sí.Hola.
Mi nombre es Amancay Alen Aylen Ayelén Azul Manantial de
Ilolays Felices de no Saber de Vos
Y vengo a proponerles una pesadilla.
Sep, una pesadilla.
¿Para qué te voy a mentir, Mabel?

¡Yegua!
¡Gato!

Ahí lo tenés al pelotudo.

Agarrame que la mato.

Tres empanadas.

¿Oís los cantos de Mayo?

¿Es mi sensación o los nombres
de los personajes son bien raros?

Antes de la llegada de los españoles
a principios del siglo XVI
Más de 300.000 personas había
agrupadas en una veintena
de pueblos originarios.

¿Sabés que no me gusta esa palabra?
Me lo paso por los ovarios.

Estos originarios
Eran agricultores,
cazadores
y recolectores.

Al Noroeste, los diaguitas.
Al Noreste, guaraníes, tupíes, tobas, guaycurúes.
Los pampas en el centro.
Y al Sur, onas, tehuelches y mapuches.

¡La pucha, qué conocimiento!

Para qué te miento
Los pueblos originarios
Abordaron la diversidad
De diversas maneras
Había algunos que aceptaban las maricas
Diversas sexualidades
Diversas identidades
No binarias
Ni heteronormativas

Hasta que llegaron los españoles
Con sus espejitos de colores
Y sus trabucos y sus arcabuces
Reprimiendo a troche y moche
A sangre y fuego
A pito y látigo
Diezmando agricultores,
Cazadores y recolectores

¡Negra!
¡India!
¡Okupa!
¡Agarrá la pala!

Acá venimos a celebrar la Patria.
Nada de grietas, eh.

Brasileiro, Brasileiro,
Que amargado se te ve,
Maradona es más grande.
¡Es más grande que Pelé!

(Bis.)

Vos me vas a disculpar.
Pero ahí te tengo que interrumpir.
¡Ah, noooooo!
Vos te la estás buscando.

No puede ser más grande que Pelé
Porque Maradona está...

Suena un tremendo acople.

¿Perdón?

Maradona está...

Suena un tremendo acople.

¿Perdón?

Maradona está...

Suena un tremendo acople.

¿Perdón?

Maradona está...

Suena un tremendo acople.

¿Oís? ¿Oís los cantos de mayo?
Vos me vas a disculpar,
pero me cuesta seguir tu relato.
Así que...

Brasil, decime qué se siente,
Tener en casa a tu papá,
Te juro que aunque pasen los años,
Nunca nos vamos a olvidar,
Que Diego los gambeteó,
Que el Cani los vacunó,
Están llorando desde Italia hasta hoy,
A Messi lo vas a ver,
La copa nos va a traer,
Maradona es más grande que Pelé.

(Bis.)

“Don Pedro se niega a ver sus ojos hinchados y sus labios como higos secos, pero en el interior de su choza miserable y rica le acosa el fantasma de esas caras sin torsos, que reptan sobre el lujo burlón de los muebles traídos de Guadix, se adhieren al gran tapiz con los emblemas de la Orden de Santiago, aparecen en las mesas, cerca del Erasmo y el Virgilio inútiles, entre la revuelta vajilla que, limpia de viandas, muestra en su tersura el Ave María heráldico del fundador.

El enfermo se retuerce como endemoniado. Su diestra, en la que se enrosca el rosario de madera, se aferra a las borlas del lecho. Tira de ellas enfurecido, como si quisiera arrastrar el pabellón de damasco y sepultarse bajo sus bordadas alegorías. Pero hasta allí le hubieran alcanzado los quejidos de la tropa. Hasta allí se hubiera deslizado la voz espectral de Osorio, el que hizo asesinar en la playa del Janeiro, y la de su hermano don Diego, ultimado por los querandíes el día de Corpus Christi, y las otras voces, más distantes, de los que condujo al saqueo de Roma, cuando el Papa tuvo que refugiarse con sus cardenales en el castillo de Sant

Angelo. Y si no hubiera llegado aquel plañir atroz de bocas sin lenguas, nunca hubiera logrado eludir la persecución de la carne corrupta, cuyo olor invade el aposento y es más fuerte que el de las medicinas. ¡Ay!, no necesita asomarse a la ventana para recordar que allá afuera, en el centro mismo del real, oscilan los cadáveres de los tres españoles que mandó a la horca por haber hurtado un caballo y habérselo comido. Les imagina, despedazados, pues sabe que otros compañeros les devoraron los muslos”.

¡Awante Mujica Láinez, amigo!

¿Oís? ¿Oís los cantos de mayo?

¡Alto chorizo el autor de este mamarracho!

¿Autor?

¿Perdón? ¿Estás borracho?
Se dice “homenaje”, querido.

No te me hagás la entendida.
Se dice “cita”, amiga.
Y para cita, te pasaste tres pueblos.
Insisto, el autor de este coso es alto pillo.
Chorizo y pretencioso.
Te cito:
“No te hagás el bravucón.
Que al toque te hacemos pollo”.
Creo que me enamoré.

¿Qué decís?
¿De quién?

Del morocho.

Revolea los ojos.

Vamos con el himno...

ESTROFA 2

De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar.
La grandeza se anida en sus pechos
a su marcha todo hacen temblar.
Se conmueven del Inca las tumbas,
y en sus huesos revive el ardor,
Lo que ve renovando a sus hijos
de la Patria el antiguo esplendor.

CORO: Sean eternos los laureles
que supimos conseguir:
coronados de gloria vivamos,
o juremos con gloria morir.

3.

Luego de la independencia
la situación de las LGBTTTIQ+
siguió la tendencia a la represión
moral, médica y psiquiátrica
que caracterizó en general
a la cultura occidental.

¿Hola?
Hola...
Hola, hola, hola...
Hola, Hola...
Hola...
Hola, sí, sí, hola, hola.
Hola, sí
Hola...
Hola, hola, hola...
Hola, Hola...

Hola...
Hola, sí, sí, hola, hola.
Hola, sí
Hola...
Bueno, ahora sí,
Hola.
Mi nombre es Soledad Susú Safari
Y vengo a proponerles...

¿De nuevo lo mismo?
¡Nos toman por boludos!
¡Nos toman por boludos!

Tenés razón.
Tampoco es tan difícil.
Lo que yo quería decir
es muy simple.
La grieta no es de ahora.
La grieta es de siempre.
De la zanja de Alsina
para atrás
y para adelante.
Siempre hubo grieta.

¡Se pasan de la raya!
¡Nos toman por boludos!
¡Nos toman por boludos!
No, pero posta.
Pensalo:
Hispanistas, independentistas.
Civilización y barbarie.
Liberales y Autonomistas.
Unitarios y Federales.
Peronistas y Radicales.

¡Kuka!
¡Globoludo!

¿No te digo?
¡Gallina tenía que ser!
¡Callate, bostero pata sucia!

¿Ves?

¡Se robaron todo!
¡Trololo!

¡Eeeeeehhhh!
¡Pará un cacho!

Quiere bailar y bailar y...
No empecés, pelotuda.

Ahí estuviste mal, wachín.
¿Como “trololo”?
Estamos en 2022.
Tocá y no vuelvas más.
Ya ni ganas de rimar.
Vamos con la tercera estrofa,
Que al toque me pongo la gorra.
Increíble, ¿vos podés creer?

Entre dientes.

Negro de mierda.

ESTROFA 3

Pero sierras y muros se sienten
retumbar con horrible fragor.
Todo el país se conturba por gritos
de venganza, de guerra, y furor.
En los fieros tiranos la envidia
escupió su pestífera hiel.
Su estandarte sangriento levantan
provocando a la lid más cruel.

CORO: Sean eternos los laureles
que supimos conseguir:
coronados de gloria vivamos,
o juremos con gloria morir.

4.

El morocho se besa con una.

“¿Qué hacés besando a la lisiada?
Así que era de éste de quién estabas enamorada.
¡Maldita lisiada!
¡De mi Nandito!
Te dije que no se te ocurriera poner los ojos en él.
¡Y los pusiste!
¡Escuincla babosa! ¡Te atreviste!
¡Pero te va a pesar, te va a pesar!
Te voy a dar una paliza que no vas a olvidar en tu vida,
¡inválida del demonio!”.

Mi nombre es Pantaleón Aparicio Espíritu de Nicanor el Antiguo
Gorila de las Nieves de Usuahia.

Y me encantan las telenovelas.
No me pierdo una.
Mexicanas, turcas, brasileras.
Te las veo todas.
Desde Piel Naranja y Rolando Rivas,
Hasta María de Nadie, Rosa Salvaje
Celeste, Celeste siempre Celeste y Estrellita mía.

Los ricos también lloran.
Cuna de lobos. Cristal.
La extraña dama.
Ricos y famosos.
Atrévete. Resistiré.

Perla Negra. Dulce amor.
Avenida Brasil, Fatmagul y Scherezade.

La gente se preocupa demasiado, ¿sabés?
Por eso la Patria se quiebra a cada rato.
Si no es por una cosa es por otra.
Es la naturaleza humana, ¿viste?
Por eso yo miro novelas.
Y nada más.
Como mucho miro el mundial.
Nada quiero saber yo con la realidad real.
Mi gloria es vivir tan libre
como el pájaro del cielo;
no hago nido en este suelo
ande hay tanto que sufrir,
y naides me ha de seguir
cuando yo remuento el vuelo.

¡Cómo te cabe el drama,
Pantaleón Aparicio!

Me cabe entero
Y no al vicio
Yo no tengo en el amor
quien me venga con querellas;
como esas aves tan bellas
que saltan de rama en rama,
yo hago en el trébol mi cama
y me cubren las estrellas.

Dejá de chorearle a Hernández
Y seguí con tus novelas.
Les contaba que la Patria
Se resquebra a cada rato
Y no es por mi relato
Ni por ninguna novela
Sino por pura ambición

La cíclica repetición
De la mayor maldición
De la historia de las eras
Sino escuchá esta canción
¿Qué estrofa es la que me toca?
¿Con qué tengo que rimar?
Mah, sí, mandale mecha nomás...

ESTROFA 4

¿No los veis sobre México y Quito
arrojarse con saña tenaz?
¿Y cuál lloran, bañados en sangre
Potosí, Cochabamba y La Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas
luto, y llanto, y muerte esparcir?
¿No los veis devorando cual fieras
todo pueblo que logran rendir?

CORO: Sean eternos los laureles
que supimos conseguir:
coronados de gloria vivamos,
o juremos con gloria morir.
Volveremos,
Volveremoss!
Volveremos otra vez,
Volveremos a ser campeones,
Como en el 86'.

(Bis.)

¡Oh, vamos a volver!
¡A volver!
¡A volver!
¡Vamos a volver!

¡Sí se puede!
¡Sí se puede!

¡Sí se puede!

¡Sí se puede!

¡Oh, vamos a volver!

¡A volver!

¡A volver!

¡Vamos a volver!

¡Sí se puede!

¡Sí se puede!

¡Sí se puede!

¡Sí se puede!

¡Oh, vamos a volver!

¡A volver!

¡A volver!

¡Vamos a volver!

¡Sí se puede!

¡Sí se puede!

¡Sí se puede!

¡Sí se puede!

5.

Siento los ojos como pedos.

¿Qué?

Siento los ojos como pedos.

¿Qué decís?

Siento los ojos como pedos.

La grieta me envenena

Me indigna

Me atormenta
Desierta atontada violenta
Arremeto y tipeo a lo pavote
Sticker, emoji, cosito.
Toda clase de despelote.
Nada me detiene cuando estoy contenta.

Selfie, Tiktok, twitteo
Todo lo que se me viene al vuelo
No me importa na'
Alta hater, amiga
No te metáconmiga
Que te meto 800k
En tre segundo
Tre
Do
U

Suelta el mic.

Mirala a la sucia ésta
Con esa cara de zombie
Vos me vas a decir, Mabel
¿Qué le cuesta, eh?
¿Qué le cuesta?

¿Qué le cuesta qué?

Ponerle onda, digo.
Acá se hacen todos los bandidos.
Y son unas nenas de pecho.
Nacidas en democracia.
Como diría Lohana.

Tira besito al cielo.

Ahí tenés otra grieta.

¿Qué decís?

Boomers y Centennials.

Oh, no.

Esto es demasiado para mí.

¿Qué sigue?

ESTROFA 5

A vosotros se atreve argentinos
el orgullo del vil invasor.
Vuestros campos ya pisa contando
Tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos que unidos juraron
Su feliz libertad sostener
A estos tigres sedientos de sangre
Fuentes pechos sabrán oponer.

CORO: Sean eternos los laureles
que supimos conseguir;
coronados de gloria vivamos,
o juremos con gloria morir.

Recién por 1880 nace la palabra “homosexualidad”.
Y ya en 1886 era incluida en un estudio de psicopatías sexuales.
La generación del 80 argentina
aprovechó para contraponerse a travestis y homosexuales
Con sus valores morales, nacionalistas, la “nueva raza” argentina
Acogía a los inmigrantes
Y ya discriminaba “invertidos” y “maricas”.

6.

¡Wow!
¡Me muero muerta, mostra!
¡Haceme respiración boca-cola!

No te pasés que es un espectáculo patriótico y ATP.

Y eso que no te conté
De Pepita de Avellaneda
La torta cantora de tango
Que se vestía de varón
Y lo toreaba a Gardel
Disputándole a Mme. Jeanne.
Escupiéndole el asado

Ésa es la felicidad, ¿ves?
la posibilidad de tener tiempo,
no cosas.
Tiempo para usufructuar a mansalva con quienes amamos.

¿Qué dice, señora?

¡Ya está drogada!

Y bueno, hace manso frío.
Andá vos a pasear en culo por el bosque
A ver si con un tecito
Se te pasa lo pavote

¡Esta criatura estúpida!

¡Mamá! Dice doña Elisa que nos vayamos todos a la mierda.

¡Minusválida mental! ¿Quién te enseñó a dejar el teléfono
descolgado?

¡Nadie, aprendí sola!

¡Esto es un espectáculo de cabaret!
¿Qué es? ¿Sitges de los 90s?
¿Revivió la Legran?
Muy pronto, muy pronto, muy pronto.

A nadie le gusta hablar de la muerte.

Es mejor no recordar a nadie.

Es mejor no recordar nada.

Mentira, ¡alta pavada!

Devolveme la peluca, travesti maluca.

Y dejá de hablar giladas.

No empecés con el bochinche.

Que te meto alto saque

No me importa que haya visita

¡MEMORIA!

Como dijo el groso de Chiche.

Quieren matar al ladrón...

Ah, no.

Ése es otro.

Hoy en día no te das cuenta.

¿Qué decís?

No te pongás violenta, eh.

¡Shady!

¡Bitch!

Mucho Ru-Paul, amiga.

¡Disfrutá, querida!

Esto se está yendo a la mierda.

¿Pero no era que era ATP?

¡Patriótico y ATP!

Jodeme.

Pará, pará, para, pará, pará

Pará, pará, para, pará, pará

Pará, pará, para, pará, pará

Pará, pará, para, pará un poco...

Entonces...

Entonces...

Entonces...

Entonces...

¿Vos querés decir...?

¿Vos querés decir que...?

¿Sos boluda, tenés un ataque de epilepsia o te comiste un Fantino?

Me conociste atorrante, travieso y aventurero

Un romántico canalla con fama de mujeriego

Y a pesar de mi pasado con historias sospechosas

Te enamoraste de mí, mira lo que son las cosas

Pero nadie dijo “Cacho”.

Estás atenta.

¿Cómo es tu nombre?

Mi nombre es eeehhh...

Ricardo Esteban Rubén.

No te sentís bien, Ricardo.

¿Qué fue lo que pasó en pocas palabras?

Y lo que pasó...

Y bueno...

Se cruza de piernas.

Yo venía piteando como un campeón

Y bueno, se me cruzó, no sé qué se me cruzó

Y quedé como un Schumacher en Fórmula 1

No es tan grave.
Te vas a recomponer seguramente.
¿Cómo te sentís?

Yo me siento muy bien
Y bueno, ahora me repongo y...
Y me siento como...
Como un Fórmula 1.
Soy un campeón.

¿Qué dolores son los que más te aquejan?

Y bueno, la boca, que tengo rota, toda.
Y bueno, vamos Schumacher y ahí.
Para vos, querido.

¿Venías solo?

Venía solo, sí.
Y vos, Crónica, ¿dónde salís?
Y yo estoy siempre donde tengo que estar.
¡Crónica, firme, junto al pueblo!

ESTROFA 6

El valiente argentino a las armas
corre ardiendo con brío y valor:
El clarín de la guerra, cual trueno
en los campos del Sud resonó.
Buenos Aires se pone a la frente
de los pueblos de la ínclita unión.
Y con brazos robustos desgarran
al ibérico altivo león.

CORO: Sean eternos los laureles
que supimos conseguir:

coronados de gloria vivamos,
o juremos con gloria morir.

7.

¿Hola?
Hola...
Hola, hola, hola...
Hola, Hola...
Hola...
Hola, sí, sí, hola, hola.
Hola, sí
Hola...
Hola, hola, hola...
Hola, Hola...
Hola...
Hola, sí, sí, hola, hola.
Hola, sí
Hola...
Bueno, ahora sí,
Hola.
Mi nombre es...

A nadie le importa ya, amiga.
¿Cuántas estrofas quedan?

3

Tres empanadas.

Más de 300.000 personas había
agrupadas en una veintena
de pueblos originarios.
Que te meto 800k
En tre segundo
Tre

Do
U

Suelta el mic.

Mirala a la sucia ésta
Con esa cara de zombie

No nos pongamos repetitivos
Mabel, lo único que te pido
Haceme el grandísimo favor
No empecemos con las cosas locas
De dramaturgia contemporánea
Que no entiende ni tu tía Asunción
A mí contame algo sencillo
Como la Biblia, la Odisea o la tetera de Constitución.
Sospu...

Suena un tremendo acople.

Todxs se tapan los oídos, cierran los ojos y gritan al unísono.

¡ATP!
¡ATP!
¡ATP!
¡ATP!
¡ATP!
¡ATP!
¡ATP!
¡ATP!

Pero amiga,
para eso está Disney pl...

Suena un tremendo acople.

¡Cerebroooooo!

ESTROFA 7

San José, San Lorenzo, Suipacha,
ambas Piedras, Salta y Tucumán,
la colonia y las mismas murallas
del tirano en la banda Oriental.
Son letreros eternos que dicen:
aquí el brazo argentino triunfó;
aquí el fiero opresor de la Patria
su cerviz orgullosa dobló.

CORO: Sean eternos los laureles
que supimos conseguir:
coronados de gloria vivamos,
o juremos con gloria morir.

¿Oís?
¿Oís los cantos de Mayo?

Y un día vino el peronismo
la homosexualidad y el travestismo ingresaron
en una etapa de ambigüedad,
que permitió la consolidación
de la identidad marica nacional

¡Viva Perón, carajo!

No se adelante, señora
Que todavía no termino
Escúcheme el cuento entero
O tómese un tilo

Las maricas y los montoneros
Estaban de fiesta
Imaginate, Mabel.
Participaban en las marchas
Llevaban el cartel:
“Para que reine en el pueblo

El amor y la igualdad”

¡Figurate vos qué comedidos!

Pero un día la derecha
Peronista y antiperonista
Desprestigió a la izquierda
Acusándolos de drogadictos y maricas

¡No somos putos, no somos faloperos,
somos soldados de FAR y Montoneros!

Cada vez que venís al programa siempre hablás de política
En lugar de hablar de lo tuyo, de tu talento, de tus espectáculos,
que hacés siempre...
Muy politizada, muy, muy, muy de izquierda, demasiado,
demasiado....

Tódxs se tapan los oídos, cierran los ojos y gritan al unísono.

¡DE-MA-SIADO!
¡DE-MA-SIADO!
¡DE-MA-SIADO!
¡DE-MA-SIADO!

Y eso pasó de moda, totalmente.
Como pasó de moda el comunismo.

¡Qué horror!

Tódxs se tapan los oídos, cierran los ojos y gritan al unísono.

¡MUY-DEIZ-QUIERDA!
¡MUY-DEIZ-QUIERDA!
¡MUY-DEIZ-QUIERDA!
¡MUY-DEIZ-QUIERDA!
o juremos con gloria morir.

o juremos con gloria morir.
o juremos con gloria morir.
o juremos con gloria morir.

8.

Nos vamos quedando sin letra
Atardece entre los lagos
El resto ya lo sabés
Néstor, Cristina
Matrimonio igualitario
Ley de identidad de género
DNI para unes pares
Y aparentemente
Trabajo

Pero ya ves que acá hay zombies
Para hacer dulce de leche
Una patria construida sobre huesos
Como Poltergeist
Huesos de indias, pobres, amigas, marrones
Cráneos de todos los colores
Teta, pito, concha, huevo para hacer panqueques

Lloran las madres
Lloran las abuelas

Llantos desconsolados, lamentos fantasmagóricos.

Lloran a sus muertos
Como la llorona llora a sus pequeños ahogados.

Al menos 400 personas con identidades u orientaciones sexuales
LGBTTIQ+ fueron detenidas-desaparecidas durante la última
dictadura, siendo sometidas por ello a tratos especialmente
degradantes e inhumanos. No vamos a hacer una descripción

detallada de los horrores y la tortura, sería darles el gusto a los
torturadores.

¡No se olviden!

¡400!

¡30000!

¡30400!

Lloran las madres

Lloran las abuelas

Llantos desconsolados, lamentos fantasmagóricos.

Lloran a sus muertos

Como la llorona llora a sus pequeños ahogados

¡LESBIANAS!

¡PUTOS!

¡BISEXUALES!

¡TRAVESTIS!

¡TRANSEXUALES!

¡INTERSEX!

¡QUEER!

¡ASEXUALES!

¡PRESENTE!

¡AHORA!

¡Y SIEMPRE!

¡AHORA!

¡Y SIEMPRE!

¡AHORA!

¡Y SIEMPRE!

ESTROFA 8

La victoria al guerrero argentino

con sus alas brillantes cubrió.

Y azorado a su vista el tirano

con infamia a la fuga se dio.
Sus banderas, sus armas, se rinden
por trofeos a la libertad.
Y sobre alas de gloria alza el pueblo
trono digno a su gran majestad.

CORO: Sean eternos los laureles
que supimos conseguir:
coronados de gloria vivamos,
o juremos con gloria morir.

*Las mostras por fin se duermen
Una sobre la otra
Una montaña de zombies.*

9.

¿Y ahora?

Dejá de joder.

¿Y ahora qué hacemos?

Dejá descansar.

¿Pero y la obra, la glorieta, la gente?

¡Sacá, sacá!

*Se sienta al borde de la glorieta.
Comenta suavemente los últimos versos.*

ESTROFA 9

Desde un polo hasta el otro resuena
de la fama el sonoro clarín.
Y de América el nombre enseñando

Les repite, mortales, oíd:
Ya su trono dignísimo abrieron
las Provincias Unidas del Sud.
Y los libres del mundo responden
al gran pueblo argentino, salud.

Entonces, también se duerme.

TETERA



Hernán Costa

Hernán Costa

Es Doctorando en Artes (UNA), Especialista y Magister en dramaturgia (UNA), docente de Semiótica del Teatro, investigador (UNA) y Arquitecto (UBA).

Cursó dramaturgia en la E.A.D (2005-2006). En 2003 estrenó su primera obra *Fani Dei* en el Centro Cultural Rector Ricardo Rojas (UBA). Obtuvo el primer premio en el concurso Obras Inéditas de Teatro 2004 del Fondo Nacional de las Artes por su obra *Las guardianas*, publicada en el volumen *Dramaturgia en Banda* por INTeatro (INT). Su obra *Ensayo para un hereje* fue publicada por INTeatro (INT), tomo 70/90 *Crónicas dramatúrgicas*. Su obra *Drama camp* fue publicada en la colección Altas llantas de la editorial Pánico El Pánico. Su obra *Una metáfora inoportuna: El cuerpo degradado en el teatro de Copi* fue publicada en el 2017 por la colección Biblioteca Proteatro de la editorial Eudeba.

PERSONAJES

ELISEO

JACK

VOZ DE NARRADOR

VOZ DEL NARRADOR (VOZ DE N.):

—Todos los días debería escribir dos páginas diarias de insultos a la memoria de Dios. Una hora antes veo un regimiento, la patria de los gorros, la patria feroz que apesta a sobaco de zumbo mugriento. Encaro a un infante y le digo: “Deme un poco de ese Rhon amigo”. El milico gruñe por lo bajo y me las pico como puedo, camino contra las paredes, me arrastro hasta acá. Ahora estoy en el baño de una estación, entro a un privado de la letrina pública. Último ramal avanzada la noche. Oigo pasos, aquí todo es vaho, gemido y sombra. Eliseo está parado con anteojos oscuros y barbijo frente a un mingitorio, Jack acaba de entrar con un cigarrillo en la boca.

ELISEO: —¿Ya pasó el de las dos?

JACK: —No te escucho.

VOZ DE N.: —Eliseo baja levemente su barbijo hasta taparle mentón y cuello.

ELISEO: —Si pasó el de las dos.

JACK: —Sí.

ELISEO: —Gracias.

VOZ DE N.: —Jack le da una pitada a su cigarrillo, mete sus manos en los bolsillos, mira hacia el privado, escudriña detenidamente ese sector.

ELISEO: —¿Te vas?

VOZ DE N.: —Jack no le contesta, tira el cigarrillo, hace un rápido paneo con su mirada, da unos pasos, sin querer se tropieza con una zapatilla tirada.

ELISEO: —¿Te lastimaste?

VOZ DE N.: —Jack lo observa desde donde está, luego camina lentamente hacia él, se para a un costado, se abre la bragueta y se pone en posición de orinar.

JACK: —¡No! Estoy bien.

ELISEO: —¿No fue nada?

VOZ DE N.: —Jack se acerca más a Eliseo.

JACK: —No... nada.

VOZ DE N.: —Eliseo tantea con su mano el pantalón de Jack.

ELISEO: —Menos mal, uno puede toparse hasta con una rata.

VOZ DE N.: —Jack observa la mano de Eliseo rozar su miembro, la aparta bruscamente.

JACK: —¿Qué te pasa?!

ELISEO: —¡Perdón! No me ubico. ¿Me decís la hora?

JACK: —¡Fijate en tu reloj!

ELISEO: —No puedo, estoy medio ciego.

JACK: —¿Qué decís?

ELISEO: —Apenas diviso contornos, sólo llevo unas horas con esto.

JACK: —¿Fuiste a alguna guardia?

ELISEO: —Las guardias nocturnas son tierra de nadie, además tengo miedo de que sea... quizás es nervioso.

JACK: —¿Por...?

ELISEO: —Porque no descanso bien, padezco de insomnio, se me nubló la vista mientras leía una novela, veo como en una bruma.

VOZ DE N.: —Una de las puertas de los privados se entreabre, Jack se fija si hay alguien.

ELISEO: —Me parece que hay alguien más.

JACK: —No creo, debe ser una de las puertas que está floja.

ELISEO: —¿Serán ratas? En estos lugares habría que andar con botas. ¿En qué estación estamos?

VOZ DE N.: —Jack se prende otro cigarrillo, observa una colilla prendida en uno de los privados.

JACK: —¿No la conocés?

ELISEO: —Me bajé de golpe, prácticamente me tiré del tren, estaban unos tipos dándose una golpiza, al no poder ver bien me arrinconé contra una puerta, esperé hasta último momento para bajar, temí que ellos bajaran también, luego casi me mato en esas escaleras, me resbalé con el orín de algún gato.

JACK: —Es la que da a una cancha de...

ELISEO: —¿Debajo de un terraplén?

JACK: —Sí... ¿Traés documentos?

ELISEO: —¿Cómo?

JACK: —¿No los tenés?

ELISEO: —No sé, creo que los perdí. ¿Qué necesidad hay de portarlos ahora?

VOZ DE N.: —Jack se levanta la bragueta.

JACK: —¿No te enteraste?

ELISEO: —No, estoy prácticamente incomunicado, hace tres días que me cortaron la luz.

JACK: —Estalló otro reactor nuclear en Ucrania.

ELISEO: —¡Qué rico aroma! ¿Son negros?

JACK: —¿Me escuchaste?

ELISEO: —Sí... pero casi no leo internet, no distingo a Kenia de Zambia... Se ve que son fuertes.

JACK: —Me los trajeron de Marruecos. ¿Querés uno?

ELISEO: —No sé... bueno.

VOZ DE N.: —Jack saca un cigarrillo del bolsillo, lo coloca suavemente sobre los labios de Eliseo, se lo prende, este último toma varias pitadas, comienza a toser hasta contraerse de las convulsiones.

ELISEO: —Son un poco fuertes.

VOZ DE N.: —Eliseo tira el cigarrillo, Jack le da pequeños golpes en la espalda.

JACK: —Respirá hondo.

ELISEO: —Despacio, por favor, que duele. ¿A qué te dedicás?

VOZ DE N.: —Jack observa que una sombra le hace señas, se queda mirándola.

JACK: —Trabajo. ¿Vos?

ELISEO: —Yo soy casi un contador, me recibí joven, nunca ejercí la profesión, trabajé para el estado, era contratado.

JACK: —Yo en cambio...

VOZ DE N.: —Jack le susurra al oído.

JACK: —Descuartizo cadáveres.

ELISEO: —¿Trabajás en la morgue?

JACK: —No.

ELISEO: —¿En un... matadero?

JACK: —¡Me encantó lo tuyo! No, cerca de las rutas.

ELISEO: —¿Sos médico rural?

VOZ DE N.: —Jack le vuelve a susurrar.

JACK: —Sólo disecciono occisos.

VOZ DE N.: —Eliseo se levanta la bragueta.

ELISEO: —Ya me siento mejor, necesitaría sentarme.

VOZ DE N.: —Jack lo toma del brazo y lo ayuda a sentarse.

JACK: —Vení, aquí hay un cajón fuerte. Soy forense de un hospital de frontera.

ELISEO: —Y tus... pacientes ¿Son extranjeros?

JACK: —Muchos son marginales, borrachos atropellados, otras... amigas de la noche.

ELISEO: —Ayudás al control sanitario.

JACK: —Más o menos.

ELISEO: —Y... ¿Portás armas?

JACK: —Sí, un bisturí.

ELISEO: —Igual, aquí no hace falta.

JACK: —¿Te parece?

VOZ DE N.: —Jack mira hacia el privado, se acerca hacia el mismo, hace un movimiento insinuante.

ELISEO: —Aquí la gente es tranquila, nadie se mete con nadie, por lo menos uno se distrae mientras espera el tren y de paso...

JACK: —Pero el próximo, creo que pasa en una hora. ¿No querés esperar afuera que hay mejores asientos? Yo te ayudo.

ELISEO: —Estoy bien acá.

VOZ DE N.: —Eliseo hace un mal movimiento y se cae del cajón, Jack se acerca e intenta tomarlo del brazo.

ELISEO: —¡No, dejá! Puedo solo.

VOZ DE N.: —Eliseo se levanta, arrastra los pies, se choca contra la puerta de un privado. Jack le pone la mano sobre el hombro.

JACK: —Vení, es por acá.

ELISEO: —¡Te dije que me dejes! No soy un inválido.

JACK: —Ahí adentro hay un agujero en el piso.

ELISEO: —¡Mejor, así me traga la tierra! Total, nadie me puede ayudar.

JACK: —Me parece que estás exagerando amigo, además bajá la voz.

ELISEO: —¡Estoy realmente harto, furioso, desencajado! ¿Por qué tengo que dar explicaciones a gente que ni conozco? Estoy mejor así, de esa manera no tengo que soportar miradas hirientes.

JACK: —¡Bueno, bueno, tranquilizate...! Yo sólo te quería ayudar a salir.

ELISEO: —¿Salir al andén? ¿Y después, qué? Quedarme solo, como una oruga, mimetizarme con una publicidad virtual, luego hacer la

plancha sobre las vías y esperar a que el próximo expreso me estampe aquí para siempre.

JACK: —Hacé como quieras amigo.

ELISEO: —¡Sí, eso quiero! Y que me pongan un epitafio en letras doradas que diga: “Por aquí pasó un imbécil”.

VOZ DE N.: —Jack se prende un cigarrillo, se dirige hacia la pared del fondo, desde allí observa a uno de los privados, se baja la bragueta como si hubiese alguien mirándolo. Eliseo se queda estático contra la puerta.

ELISEO: —¿Estás?

VOZ DE N.: —Jack no le contesta, mientras fuma intercambia gestos con el otro.

ELISEO: —Perdoname, estoy muy nervioso, quizás sea mi nueva condición, o el estado general de las cosas. (*Pausa.*) ¿Estás? ¡Por favor, hablame!

VOZ DE N.: —Jack se acerca a la puerta del privado, una mano se introduce en su bragueta.

JACK: —Sí, estoy mirando el cielo por el buraco en el techo.

ELISEO: —Fíjate en las tres marías, debajo, hay otras tres más chiquitas, ¿las ves?

JACK: —Sí.

ELISEO: —Una de esas tres, es la nebulosa de Orión.

VOZ DE N.: —Jack intercambia miradas insinuantes y gestos mientras recibe masajes, se mete despacio en el privado.

ELISEO: —En realidad, forman el cinturón de Orión, aquí, justo arriba en el Zenit, está Sirio el doble sol... es una estrella binaria, dos estrellas apareadas, o una pareja de estrellas, una gigante y otra enana que gira a su alrededor, como si fuera un satélite, una compañera que no la deja ni a sol ni a sombra.

VOZ DE N.: —Eliseo no mide bien y al apoyarse sobre la puerta, hace que esta ceda, se resbala y se incrusta una pierna dentro del pozo. La

matemática es perversa, Freud no era matemático, era austríaco como el Führer y neurólogo, con gran fascinación por la histeria, la asociación libre, en fin...

ELISEO: —¡Ayúdenme, por favor!

VOZ DE N.: —Jack sale del otro privado con los pantalones bajos, lo toma fuertemente por la espalda, lo ayuda a incorporarse.

ELISEO: —¡Cuidado, Jack, que me duele!

JACK: —¿Qué dijiste?

ELISEO: —Jack... no sé, me surgió de golpe, fue inconsciente.

JACK: —¿¡Cómo inconsciente!?

ELISEO: —Quizás lo relacioné con desmembramientos de cuerpos, vos me hablaste de occisos, mujeres en las rutas, hiciste referencia a la marginalidad, a los puestos fronterizos, o ese perfume que tenés, es muy particular.

JACK: —Tenés que ser más cuidadoso, te dije que fueras al andén, no sé por qué, pero me hacés acordar a alguien.

VOZ DE N.: —Eliseo tantea que Jack tiene los pantalones bajos.

ELISEO: —Perdón. ¿Interrumpí algo?

JACK: —Te estás confundiendo amigo.

ELISEO: —Claro, yo soy como un holograma humano en 4D, que no mira, que se aquieta hasta convertirse en azulejo lumínico.

JACK: —Mejor salgamos.

ELISEO: —¿Para qué? Si aquí hay una pléyade de mirones.

JACK: —Vos tendrías que estar en una guardia.

ELISEO: —Necesito intoxicarme con este vaho, andá con el otro, yo mientras tanto escucho a las ratas.

JACK: —Decís pavadas.

VOZ DE N.: —Eliseo intenta encajarle un beso en la boca, mientras se aferra a Jack, quien al principio no se resiste, pero al rato lo aparta con inusitada fuerza, tirándolo al piso, cae un objeto además de sus anteojos.

- ELISEO: —(*Palpa en el piso.*) Mi... ¡Se me cayó!
- VOZ DE N.: —Jack levanta un pequeño crucifijo del piso.
- JACK: —¡No puede ser...! ¿De dónde sacaste este crucifijo...?
- VOZ DE N.: —Eliseo tantea en el piso hasta encontrar sus anteojos negros, se los pone.
- ELISEO: —¿A vos qué te importa? Dámelo por favor, ayudame a salir.
- JACK: —Fue hace varios años, yo lo llamaba Eliseo, a él le daba bronca porque usaba su otro nombre. Siempre tarareaba una canción pegadiza.
- VOZ DE N.: —Eliseo se incorpora con la ayuda de Jack, trata de ocultarse la cara.
- ELISEO: —Éste lo compré en una feria artesanal.
- VOZ DE N.: —Jack se prende otro cigarrillo.
- JACK: —¿Querés una pitada?
- ELISEO: —No, gracias.
- JACK: —Tenés lindas manos.
- ELISEO: —Las heredé de mi abuela.
- JACK: —¿Vive?
- ELISEO: —No, necesitaría salir a tomar aire.
- JACK: —¿Qué te pasa?
- ELISEO: —No sé... quizás sea mi mente.
- JACK: —¿Tu mente?
- ELISEO: —Procesa en todo momento, me parece que te están esperando.
- JACK: —¿Querés que vaya a verlo?
- ELISEO: —¿Qué...?
- JACK: —¿O, querés que te lleve al andén?
- ELISEO: —Quizás... no.
- JACK: —Sos desconfiado.
- ELISEO: —Es que me volví escéptico.
- JACK: —Qué. ¿Ahora no querés salir?

ELISEO: —Me parece que dependo.

JACK: —¿De mí?

ELISEO: —Uno siempre depende de algo, de las ganas, de lo que desconoce, de los números primos.

JACK: —Te estás yendo por la tangente.

ELISEO: —Lástima que no pueda ver el cielo.

JACK: —¿No me escuchaste?

ELISEO: —Quizás ya no lo necesite.

JACK: —¡Vamos, jugate!

ELISEO: —Es que me da...

JACK: —¡No se me haga el marica ahora!

ELISEO: —Mirá quién lo dice.

JACK: —Tomá, mi crucifijo.

ELISEO: —El mío, querrás decir.

VOZ DE N.: —Jack se acerca a Eliseo, le engancha el crucifijo a una cadena, le baja más el barbijito y le da un beso en la boca. Enseguida se separa.

JACK: —Eliseo, el de las manos mágicas.

ELISEO: —No sé de qué hablás.

VOZ DE N.: —Jack le canta al oído.

JACK: —Las manos mágicas te dirán la forma de aprender. Bonitos trucos que de magia son... el resto depende de usted.

ELISEO: —Qué canción tan estúpida.

JACK: —Me la enseñó Eliseo.

ELISEO: —Un tipo con pocas luces seguro.

JACK: —¡Me encantó!

ELISEO: —Bueno, me voy... dentro de un rato tiene que pasar una combinación.

JACK: —¿Me dejás?

ELISEO: —Solo no te vas a quedar.

JACK: —No, tengo las estrellas.

VOZ DE N.: —Silencio tenso.

ELISEO: —Una sola pregunta.

JACK: —Todas.

ELISEO: —¿Conservás la foto?

JACK: —Sí, y la puse en un marco.

ELISEO: —¿Dónde?

JACK: —Ah, es un secreto.

ELISEO: —Me voy afuera.

JACK: —Vaya, ni bien llegue el tren te ayudo a subir.

ELISEO: —Ja.

VOZ DE N.: —Eliseo se calza el barbijo, se arregla un poco, da pequeños pasos, mientras Jack lo vigila en silencio.

ELISEO: —¿Sigo?

JACK: —Vas bien.

ELISEO: —Mirá que no sé medir las distancias, además soy un inválido.

JACK: —Que entra a los baños públicos.

ELISEO: —Necesidades fisiológicas.

JACK: —¿A la madrugada?

ELISEO: —¿Seguís en el piso veinticuatro?

JACK: —Por ahora sí.

ELISEO: —Una vez me apretaste los dedos, casi no podía moverlos.

JACK: —¡Qué exagerado!

ELISEO: —¿Tu mujer?

JACK: —¡Shh... habla más bajo!

ELISEO: —Así que médico forense...

JACK: —La ceguera te hace distorsionar la realidad.

VOZ DE N.: —Eliseo sube despacio los escalones, tararea una canción. Jack se mete en uno de los privados.
La gente está muy necesitada de afecto, deberían liberar las drogas duras. Y yo con esta mochila al hombro ¡Qué joder! Con cien kilogramos de rechazo diario, de miradas que me esquivan. Noche taza, jugo de pollo al horno y no doy más. Quizás amague con subirme al tanque de agua de alguna torre y haga la plancha junto al flotante, así puedo escupirlo al creador y gritarle: ¡pusilánime! En fin, siempre va a haber alguien que pida que le

cuentes un cuentito, una historia, y yo contesto que historias no tengo, si quieren historias vayan a un banco de plaza, pero a mí no me jodan, sin embargo, podría...

Eliseo baja despacio, tantea la pared y se para frente a un mingitorio.

Jack desde uno de los privados se acerca y se para al lado.

JACK: —¿Ya pasó el de las tres?

VOZ DE N.: —Eliseo baja levemente su barbijo hasta taparle mentón y cuello.

ELISEO: —Supongo que todavía no.

JACK: —Me decís la hora.

VOZ DE N.: —Salgo sin hacer ruido para no confundir a los muchachos, me ayudo con un palo y camino por la sombra.

Música.

FIN

En Estados Unidos, el baño público se llamaba *toilet-room*, o en forma abreviada, *t-room*, palabra que fonéticamente suena igual que *tea room*, es decir “salón de té”. Ya hacia fines del siglo XIX los gays norteamericanos encontraron irónico llamar con el nombre de un elegante lugar de reunión de damas respetables al por cierto menos refinado sitio de encuentro de homosexuales. No sabemos cómo ni en qué momento ni a través de quién el término de *tea room* llegó a Buenos Aires, donde se deformó en “tetera”, nombre con el que se lo conoció desde entonces.

El hábito de los baños públicos en las grandes ciudades es universal, quedando como testimonio de estas costumbres en París, en *El libro blanco*, de Jean Cocteau, y en el film *L'homme blessé* (*El hombre herido*), de Patrice Chareau, en Barcelona; en *Diario de ladrón*, de Jean Genet, en Londres; en el film *Prick up your Ears* (*Susurros en tus oídos*), 1987, de Stephen Frears. En los Estados Unidos, incluso, el sociólogo Laud Humphrey le dedicó un estudio: *Tea room Trade: Impersonal Sex in Public Places*, Chicago, 1970.

Las teteras, como las salas cinematográficas, tenían cada una su propio estilo arquitectónico, desde las lujosas catacumbas de mármol de los cines, hasta las miserables con paredes pintadas a la cal de los cafetines mugrientos de arrabal. En las teteras de las estaciones de ferrocarril, que no cerraban nunca, se cruzaban a la mañana temprano los trasnochadores ociosos que volvían de la juerga nocturna con los trabajadores que trataban de distenderse antes de ir al trabajo.⁴

⁴ Del libro *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades* de Juan J. Sebreli, extracto del capítulo “Historia secreta de los homosexuales en Buenos Aires”, donde se explica la significación del término “Tetera”.

ÍNDICE

3 **Prólogo**

5 **REGIÓN CENTRO LITORAL**

- 7 **Lo que pasa en la piel**
Morgan Herbas Loureiro

- 33 **Tracción a sangre (de cordón)**
Erica Fernanda Bortni

- 51 **17 segundos**
Emilio Firpo

- 65 **Los cuchillos de brillo amoroso**
Matías Martínez Videla

77 **REGIÓN PATAGONIA**

- 79 **Cumbia Transpirada**
Alejandra Quiroz

- 95 **Los agravios**
Darío Levin

- 11 **Cicatrices, como hilos de escarcha**
Nené Guitart

127 **La guerra, ese odio fértil**

Aníbal Albornoz Ávila

147 **REGIÓN NOA**

149 **Flores blancas**

Natalio Aníbal Leonel Bognanni

161 **Nacer en tiempos violentos**

Reynaldo Castro

173 **La normalidad**

Natalia Aparicio

193 **REGIÓN NEA**

195 **No me llames *lady***

Carlos Leyes

217 **No matarás**

Luis Ignacio Serradori

233 **Gritos sofocados**

Marcela Delturco

249 **La sangre amontonada**

Daniel Sasovsky

269 **REGIÓN NUEVO CUYO**

271 **Ema no es ame**

Mariela Domínguez

- 283 **El olvido y el carbón**
Sonnia De Monte
- 301 **Mi nombre muerto**
Nilo Macias Orioni
- 315 **Sentimiento patriótico**
Javier Ernesto Mussano
- 331 **REGIÓN CENTRO**
- 333 **La adaptación**
Nicolás Alejandro Marina
- 353 **Paraguayos de niebla**
Gustavo Dos Santos
- 373 **O juremos glorieta morir**
Carlos Oscar Di Lorenzo
- 411 **Tetera**
Hernán Costa

TEATRO/23. Concurso Nacional de Obras de Teatro

Abril de 2023 - Primera edición



Este nuevo volumen reúne textos inéditos premiados en el **23° Concurso Nacional de Obras de Teatro. Obras breves. Teatro abierto a nuevas miradas**, organizado por el Instituto Nacional del Teatro. Estos materiales, desde diferentes poéticas dramáticas, confluyen en una expresión rica y singular que pone de relieve las actuales tendencias de la escritura teatral en cada región del país.

Cada una de las obras premiadas expresa la diversidad de propuestas estéticas propias de cada lugar. “Desde aquellas que aceptan las convenciones escénicas más habituales hasta otras que proponen experiencias inéditas o muy poco transitadas. Algunas con más tradición teatral, otras con un sutil mestizaje, en donde lo teatral se mezcla con tradiciones y cosmovisiones regionales”, sostienen en el prólogo los integrantes del jurado de éste 23° Concurso.